

# THOMAS BERNHARD CORRECCION



Lectulandia

Publicada en 1975, «Corrección» es muy probablemente la suma y culminación de la obra de Thomas Bernhard (1931-1989). Tras el suicidio de su amigo Roithamer, el anónimo narrador de la novela llega a la casa del taxidermista Höller, en cuya buhardilla el suicida ha permanecido durante seis años entregado a la tarea de planear y construir, en el centro geométrico exacto del bosque de Kobernauss, un Cono que, desafiando las leyes de la construcción tradicional, estaba destinado a ser residencia y «felicidad suprema» de su hermana. Urdida en torno a un proceso obsesivo de creación y destrucción que se plasma en un afán de constante corrección, la novela es una reflexión sobre los problemas del hombre contemporáneo, enfrentado a la deshumanización, el desamor y la soledad.

**Lectulandia**

Thomas Bernhard

# **Corrección**

ePub r1.0

Titivillus 07.11.17

Título original: *Korrektur*  
Thomas Bernhard, 1975  
Traducción: Miguel Sáenz

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Para la sustentación estable de un cuerpo es necesario que tenga al menos tres puntos de apoyo que no estén en línea recta, así Roithamer.

## 1. *La buhardilla de los Höller*

Después de una neumonía al principio ligera, pero luego, por dejadez y descuido, súbitamente convertida en grave, que me había afectado a todo el cuerpo y me había tenido nada menos que tres meses en el hospital de Wels, situado junto a mi lugar natal y famoso en el campo de las llamadas enfermedades internas, me había dirigido, no a  *finales de octubre*, como me habían aconsejado los médicos, sino ya a  *principios de octubre*, como quería sin falta y bajo mi llamada propia responsabilidad, aceptando una invitación del llamado taxidermista Höller del valle del Aurach, inmediatamente al valle del Aurach y a casa de los Höller, sin dar un rodeo por Stocket para ver a mis padres,  *inmediatamente* a la llamada buhardilla de los Höller, para examinar, y quizá también ordenar enseguida, el legado recibido después del suicidio de mi amigo Roithamer, que había sido amigo también del taxidermista Höller, por una llamada disposición de última voluntad, un legado compuesto de miles de hojas escritas por Roithamer, pero también por el voluminoso manuscrito titulado  *De Altensam y todo lo relacionado con Altensam, con consideración especial del Cono*. La atmósfera en casa de los Höller estaba todavía totalmente bajo la impresión de, sobre todo, las circunstancias del suicidio de Roithamer y me pareció enseguida, a mi llegada, favorable para mi propósito de ocuparme en casa de los Höller o, más exactamente, en la buhardilla de los Höller, de los escritos que me había dejado Roithamer, examinando y ordenando ese material escrito, y tuve de pronto la idea de no ocuparme sólo del legado de Roithamer sino escribir también al mismo tiempo sobre esa ocupación, lo que aquí ha comenzado, y para ello, la circunstancia de que, sin reservas por parte de Höller, pudiera instalarme enseguida en la buhardilla de los Höller me era favorable y, aunque en casa de los Höller me ofrecieron también otras habitaciones para mis fines, pude, de una forma totalmente consciente, instalarme en la buhardilla de los Höller, exactamente de cuatro metros por cinco, siempre querida por Roithamer y, sobre todo en los últimos años de su vida, ideal para sus fines, por cuánto tiempo, a Höller le daba igual, me dijo, en esa buhardilla de la casa construida por el caprichoso Höller contra las reglas del sentido común y del arte de la construcción, precisamente en la garganta del Aurach, que había sido proyectada y construida por él como para los fines de Roithamer, y en la que Roithamer, que había estado conmigo dieciséis años en Inglaterra, había vivido en los últimos años casi ininterrumpidamente, y ya antes, sobre todo durante la construcción del Cono para su hermana en el bosque de Kobernauss, había pernoctado al menos siempre, convenientemente, porque durante toda la construcción del Cono no pernoctaba ya en Altensam, donde estaba en su casa, sino sólo, porque le resultaba ideal en todos los sentidos en sus últimos años, en la buhardilla de los Höller, él, Roithamer, no había ido nunca en los últimos años directamente de

Inglaterra a Altensam, sino siempre, inmediatamente, a la buhardilla de los Höller, para fortalecerse en lo simple (la casa de los Höller) para lo complicado (el Cono), y no había podido ir ya directamente a Altensam desde Inglaterra, donde los dos, cada uno con su ciencia y por su cuenta, habíamos vivido siempre en Cambridge en los últimos años, y tenía que ir directamente a la buhardilla de los Höller, si no seguía esa regla, que se había convertido en su costumbre favorita, la visita a Altensam le resultaba ya desde el principio la más horrible de las visitas, no podía permitirse en modo alguno ir inmediatamente de Inglaterra a Altensam y a todo lo relacionado con Altensam, varias veces *no* había dado el rodeo por casa de los Höller, por falta de tiempo, como él mismo había admitido, y había sido un error, en los últimos años no hacía ya experimentos yendo a Altensam sin visitar la casa de los Höller y a Höller y a los Höller, jamás iba ya sin visitar primero a Höller y a los Höller en casa de los Höller, sin alojarse antes en la buhardilla de los Höller y dedicarse dos o tres días a unas lecturas sólo posibles en la buhardilla de los Höller, y que no lo perjudicaban sino que lo fortalecían, leer en la buhardilla de los Höller los libros y escritos que no le había sido posible leer en Inglaterra ni en Altensam, pensar y escribir lo que no le había sido posible pensar y escribir en Inglaterra ni en Altensam, *aquí descubrí a Hegel*, solía decir siempre, aquí me ocupé realmente por primera vez de Schopenhauer, aquí pude leer por primera vez, con conciencia clara y sin ser molestado, *Las Afinidades Electivas* y *El Viaje Sentimental*, aquí, en la buhardilla de los Höller, tuve acceso de pronto a las ideas que, durante todo el *decenio anterior a la buhardilla*, me habían estado vedadas, y realmente, como escribe él, a las ideas más esenciales, a las más importantes para mí, sí, las más necesarias para la vida, aquí, en la buhardilla de los Höller, escribe, me era posible todo lo que siempre me había sido imposible fuera de la buhardilla de los Höller, ceder a mis dotes intelectuales y, de esa forma, desarrollar mis capacidades intelectuales y avanzar en mi trabajo porque, si fuera de la buhardilla de los Höller me había visto siempre impedido para desarrollar mis capacidades intelectuales, en la buhardilla de los Höller podía desarrollarlas de la forma más consecuente, todo en la buhardilla de los Höller favorecía mi pensamiento, en la buhardilla de los Höller podía permitirme siempre todas las posibilidades de mis facultades intelectuales y, de repente, en la buhardilla de los Höller estaba sustraído siempre a la opresión del mundo exterior sobre mi cabeza y sobre mi pensamiento y, por tanto, sobre mi constitución entera, lo más increíble no era ya de repente increíble en la buhardilla de los Höller, lo más imposible (¡pensar!) no era ya imposible. Eran las condiciones necesarias para su pensamiento y las que más lo favorecían las que había encontrado siempre en la buhardilla de los Höller, para poner en marcha el mecanismo de su pensamiento sin reservas y totalmente libre de estorbos, sólo tenía que ir a la buhardilla de los Höller, desde dondequiera que fuese, y ese mecanismo funcionaba. Si estaba en Inglaterra, según él, pensaba continuamente sólo en eso, siempre y enseguida, cualquiera que fuese mi estado de ánimo, si estuviera en la buhardilla de los Höller, siempre al final de su pensamiento o de sus sentimientos, si

estuviera en la buhardilla de los Höller y, por otra parte, le era evidente que ir a vivir para siempre a la buhardilla de los Höller no equivaldría a poder pensar siempre libremente y sin estorbos, en realidad, una, como él dice, infinita estancia en la buhardilla de los Höller, si es que esa infinita estancia en la buhardilla de los Höller hubiera sido posible, no habría conducido más que a su total aniquilación, si me quedo más de lo necesario en la buhardilla de los Höller, según él, iré, en el más breve de los plazos, a mi perdición, acabaré por completo, ése era su pensamiento, por lo que siempre había permanecido en la buhardilla de los Höller *sólo un período determinado, imprevisible para él mismo, pero, sin embargo, exactamente medido*, el período ideal de permanencia en la buhardilla de los Höller debe de haber sido, para él, de catorce o quince días, como se desprende de sus notas, siempre sólo de catorce o quince días, al decimocuarto o decimoquinto día, así Höller, Roithamer había hecho siempre el equipaje con la velocidad del rayo y se había dirigido a Altensam, pero con frecuencia no para quedarse en Altensam un período bastante largo, sino el más breve de los períodos, lo mismo que siempre permanecía en Altensam el período más breve, el más necesario, no aguantaba en Altensam más que el más breve o más superbreve de los períodos, y había ocurrido que se alojara en casa de los Höller, sin duda con la intención de ir quince días después a Altensam y, después de catorce o quince días, en lugar de dirigirse a Altensam, donde estaba anunciado y lo esperaban, había vuelto directamente a Inglaterra desde la morada de los Höller en la garganta del Aurach, porque la estancia en casa de los Höller no sólo le había bastado sino que, en casa de los Höller y con la presencia de los Höller, había llegado tan lejos en su pensamiento como para poder volver, sin dar un rodeo por Altensam, a Inglaterra, más exactamente a Cambridge, donde, *por una parte, estudiaba siempre y, por otra, enseñaba siempre al mismo tiempo*, como siempre decía él mismo, sin saber nunca exactamente si ahora estudiaba o enseñaba, porque, *si enseñaba, en el fondo estudiaba y, si estudiaba, en el fondo enseñaba*. Realmente, la atmósfera que había encontrado yo en casa de los Höller era también para mí ideal, me instalé inmediatamente en la buhardilla, que había sido la buhardilla de Roithamer y seguirá siendo siempre la buhardilla de Roithamer, y tuve desde el principio el propósito de tomar notas de mi estudio de los papeles de Roithamer y de todas las actividades con él relacionadas, y pronto me fue evidente que, para Roithamer, la buhardilla de los Höller había sido ideal, se adaptó a la buhardilla de los Höller, que daba hacia poniente y, por tanto, hacia las tinieblas, sobre el tumultuoso Aurach, y hacia el norte y, por tanto, también hacia las tinieblas, sobre las aguas que, constante y siempre ruidosamente, golpeaban y azotaban la pared rocosa y, por tanto, sobre la roca mojada y brillante, «ejercicios para Altensam en casa de los Höller», llamaba él a esas estancias en casa de los Höller y, especialmente, en la buhardilla de los Höller, que se sucedieron rápidamente en los últimos años, sobre todo *en los tres últimos años*, en los que, en cuatro o cinco meses, había ido cinco o seis veces por lo menos de Inglaterra a Altensam y, en el fondo, sólo a la buhardilla de los Höller, y es



evidente que también lo atraían el trabajo de Höller, sus cuidadosas preparaciones taxidérmicas, en general, toda la curiosa situación, muy estrechamente relacionada con las condiciones de luz en el valle del Aurach, ese transcurso de las jornadas, sin duda sencillo, pero, sin embargo, desarrollado totalmente en una Naturaleza ininterrumpidamente perceptible en ese lugar y, la mayoría de las veces, muy dolorosa, con todos los seres vinculados al transcurso de esas jornadas, con los padres y los suegros de Höller y con su mujer y sus hijos, todavía en edad escolar, donde todo giraba en torno a la caza cobrada y destripada y a las aves cobradas y destripadas y las ocupaciones relacionadas con ellas y las condiciones de vida vinculadas a la Naturaleza, y que él, Roithamer, había encontrado precisamente aquí, en la garganta del Aurach, las condiciones ideales sobre todo para impulsar su obra principal, la construcción del Cono, para esa obra de construcción como obra de arte, que había proyectado para su hermana en tres años de trabajo intelectual ininterrumpido y había construido en los tres años siguientes con la mayor de las energías, calificada una vez por él mismo de casi inhumana, y precisamente en el centro del bosque de Kobernauss. En la buhardilla de los Höller, en la que yo me había instalado ahora con los escritos de Roithamer, que en su mayor parte se ocupaban de la construcción del Cono, y tenía que considerar ese ocuparme de Roithamer y de su legado como la ocupación terapéutica francamente ideal después de mi larga enfermedad y *sentirlo precisamente como ideal*, Roithamer tuvo la idea de construir el Cono, y los planos más importantes para la construcción del Cono fueron trazados por él en esta buhardilla y, apenas entré en la habitación de los Höller, descubrí que ahora, meses después de la muerte de Roithamer y medio año después de la muerte de su hermana, para la que había construido el Cono, entretanto abandonado a su ruina, que ahora, en la buhardilla de los Höller, seguían estando todos los planos, en su mayor parte no utilizados pero siempre relativos sólo a la construcción del Cono, así como todos los libros y escritos relativos a ella que Roithamer había utilizado en su totalidad, en los últimos años, para la construcción del Cono, libros y escritos en todos los idiomas imaginables, incluso en los que él no hablaba, pero que se había hecho traducir por su hermano Johann, que hablaba muchos idiomas y, en general, estaba dotado para los idiomas como ninguna otra persona que yo conociera, también esas traducciones estaban en la buhardilla de los Höller y, ya a la primera ojeada, vi que debía de tratarse de centenares de esas traducciones, montones enteros de traducciones del portugués y del español había descubierto enseguida al entrar en la buhardilla de los Höller, esos centenares y millares de procesos mentales de penoso desciframiento pero, probablemente, importantes para su proyecto de construir y terminar el Cono, de hombres de ciencia desconocidos para mí pero probablemente muy familiares para él, que se ocupaban del arte de la construcción, *él odiaba las palabras arquitecto o arquitectura*, jamás decía arquitecto ni arquitectura y, *si* yo lo decía u otro decía arquitecto o arquitectura, replicaba enseguida que no podía escuchar las palabras arquitecto o arquitectura, esas

dos palabras no eran más que deformidades, abortos verbales que un pensador no podía permitirse, y yo tampoco utilizaba jamás en su presencia, y luego tampoco ya en otras ocasiones las palabras arquitecto o arquitectura, también Höller se había acostumbrado a no utilizar las palabras arquitecto ni arquitectura, decíamos siempre, como el propio Roithamer, sólo constructor o construcción o arte de la construcción, el que la palabra construir era una de las más hermosas lo sabíamos desde que Roithamer nos habló al respecto, precisamente en la buhardilla en que me alojaba ahora, una tarde oscura y lluviosa en que, realmente, habíamos temido una inundación como las que con tanta frecuencia se producen en la garganta del Aurach y tienen efectos posiblemente devastadores en toda la garganta del Aurach, pero que de repente, sin embargo, había retrocedido, las inundaciones causaban siempre los mayores daños imaginables en la garganta del Aurach, pero respetaban la casa de los Höller, provocaban en todas partes, Aurach abajo y Aurach arriba, los mayores daños imaginables, pero respetaban la casa de los Höller, situada precisamente en la garganta del Aurach, porque había sido construida por la clara inteligencia de Höller, y todos los que veían que, a lo largo del curso entero del Aurach, todo quedaba asolado y devastado y destruido, se asombraban siempre de esa circunstancia increíble, y esa tarde oscura y lluviosa en que habíamos temido otra vez una de esas inundaciones que todo lo asolaban y devastaban, pero que luego, sin embargo, no se había producido, Roithamer nos explicó la belleza de la palabra construcción y la belleza de la palabra construir y la belleza de las palabras obra de arte de la construcción. Siempre que, de cuando en cuando, elegía y explicaba una palabra, no importaba cuál, entre todas las palabras una, que de pronto había adquirido para él esa importancia, la mayoría de las veces éramos nosotros, que, con mucha frecuencia y siempre regularmente los fines de semana nos reuníamos para pasar la velada en casa de los Höller, cuando Roithamer volvía de Inglaterra, sus oyentes. Recuerdo que una vez nos explicó durante toda la noche la palabra *circunstancia*, la palabra *condición* y la palabra *consecuente*. Me conmovió el que en la buhardilla de los Höller se encontraran todos los libros y escritos y planos y objetos para escribir y pensar de Roithamer y, de hecho, todavía inalterados. La buhardilla de los Höller había sido la oficina de ideas y proyectos para la construcción del Cono, aquí habían surgido todas las ideas *por primera vez* y se habían trazado todos los planos y se habían tomado todas las decisiones necesarias para la construcción del Cono, desde aquí había dirigido Roithamer la construcción. Las librerías de madera de pino, estantes totalmente corrientes de madera de pino montados con espigas de acero de ocho centímetros contra las paredes blanqueadas, abarrotadas de cientos y miles de libros y escritos sobre construcciones y, en general, sobre la construcción y sobre todo lo relacionado con la construcción, sobre toda la Naturaleza y sobre toda la Historia Natural y, sobre todo, sobre la historia de la piedra en relación con la construcción, sobre Estadística sobre todo y sobre las posibilidades de construir un Cono en una naturaleza como la naturaleza del bosque de Kobernauss me habían

llamado la atención enseguida al entrar en la buhardilla de los Höller, en la que, hasta ese momento, no había estado nunca solo sino siempre, únicamente, en compañía de Roithamer o en compañía de Höller o en compañía de ambos, de repente me fue posible, ya en los primeros instantes de mi entrada en la buhardilla de los Höller, entregarme sin reservas a mis pensamientos sobre la buhardilla de los Höller, sobre todas aquellas cosas de pronto a mi disposición y, naturalmente, a mi propósito de ocuparme de los escritos de Roithamer y, sobre todo, de enfrentarme con su obra principal, con el origen del Cono, clasificarlos y examinarlos minuciosamente, y posiblemente, aquí o allá, donde no concordasen en absoluto, reunirlos y restituir su coherencia original, prevista por Roithamer, porque, eso me había sido ya evidente a la primera inspección del manuscrito principal de Roithamer, el que, por las circunstancias de la interrupción de su trabajo, por la muerte de su hermana y las irregularidades de sus métodos de trabajo vinculados con ella, de su trabajo interrumpido de pronto, precisamente, cuando no hubiera debido interrumpirse, en el manuscrito principal sobre el Cono y también sobre Altensam y sobre la casa de los Höller, sobre el curso del Aurach y, especialmente, sobre la garganta del Aurach, sobre materiales de construcción y siempre sobre todo lo relacionado con la construcción del Cono, pero referido a la buhardilla de los Höller y, en definitiva, sobre la construcción proyectada y estudiada minuciosamente y, en definitiva, impulsada y realmente terminada, por veneración hacia ella, hacia su hermana, el que, por todas esas circunstancias, el manuscrito, en el que, como me consta, trabajaba el último semestre con la mayor energía en Inglaterra y, de hecho, en la habitación alquilada precisamente para ese trabajo en Cambridge, como me había comunicado, para escribir sin consideraciones una justificación y, al mismo tiempo, un análisis de su trabajo en el Cono, lo que, en el fondo, no le había sido posible hacer además de su trabajo científico y lo que, sin embargo, no lo inquietaba, porque debía de haberle sido evidente que tenía que llevar a su fin *ahora*, es decir, inmediatamente después de la muerte de su hermana, el manuscrito sobre el Cono y sus circunstancias y relaciones, si es que quería llevarlo a su fin, probablemente se daba cuenta de que no tenía ya tiempo, de que su vida estaba amenazada y cada vez más y cada día siempre más amenazada (por él mismo), y de que pronto llegaría a su fin, por lo que, con una falta de consideración increíble, sobre todo hacia sí mismo y hacia su cabeza, sensible, como sé, sobre todo en determinados estados de ánimo, tuvo que dedicarse a realizar su proyecto de terminar el manuscrito sobre la construcción del Cono; primero había hecho acopio de la mayor energía para proyectar y construir y realizar y terminar el Cono, y luego de la misma energía, si no mayor, para explicar y, sobre todo, para justificar la construcción del Cono en un manuscrito, como veo ahora, todavía mayor y muy voluminoso, porque por todas partes le habían hecho reproches por el hecho de que, en general, en una época contraria a ideas así tuviera una idea así, en una época así, que ha adoptado una posición *contraria* a concepciones y realizaciones así, llevara a la práctica y realizara

y, finalmente, terminara una concepción así, y de que, en una época que, en general, era *contraria* a personas y cabezas y caracteres y espíritus como Roithamer (¡y otros!), él fuera un ser así y una cabeza así y un carácter así y un espíritu así, y además un carácter y un espíritu así contradictorios, que utilizara la herencia que de repente había recibido para obedecer a una idea, como todos decían, demencial, que había surgido de repente en su demencial cabeza para no abandonarla ya, la idea de construir, con el dinero que de repente había recibido, un Cono para su hermana, un Cono habitable y además, y esa idea era la más incomprensible de todas, de no edificar el Cono en un lugar considerado como normal por todos, sino de proyectar y también construir y terminar el Cono en el centro del bosque de Kobernauss, y al principio todos habían creído que no realizaría lo que había proyectado, pero cumplió paulatinamente Su propósito y, de repente, y no sólo en su cabeza y de forma claramente reconocible por cualquiera en la intensidad de sus estudios, hizo construir de repente la carretera a través del bosque de Kobernauss, exactamente en un ángulo calculado por él con un trabajo nocturno de meses, esa carretera debía llevar exactamente al centro del bosque de Kobernauss, porque exactamente en el centro del bosque de Kobernauss pensaba construir el Cono y lo construyó en efecto, exactamente en el centro del bosque de Kobernauss, y todos los cálculos los hizo él mismo, porque odiaba a los, ahora tengo que pronunciar la palabra, arquitectos como odiaba a todos los profesionales de la construcción con excepción de los artesanos, no descansó hasta haber hecho su cálculo del centro del bosque de Kobernauss y haber podido comenzar a excavar los cimientos, y entonces la gente que, hasta aquel momento, no había creído en la realización del extravagante propósito de Roithamer, se quedó de pronto desconcertada, cuando la carretera que pasaba por el centro del bosque de Kobernauss *fue realmente construida* y él *había* empezado la excavación de los cimientos, al terminar sus cálculos volvió de Inglaterra y se instaló en la buhardilla de los Höller y, mediante una vigilancia sumamente personal, pudo impulsar tan aprisa la construcción de la carretera y la excavación de los cimientos, que para los expertos fue un misterio cómo una sola persona había podido realizar el proyecto con tal rapidez, que la carretera se construyera en la mitad del tiempo en que se hubiera construido normalmente, y que los cimientos se sentaran en una tercera parte del tiempo que normalmente se calcula para la excavación de unos cimientos así. Los cimientos eran los cimientos más profundos que nunca se habían excavado y la carretera que llevaba a los cimientos debía ser la mejor cimentada, todo debía ser de lo mejor. Efectivamente, la gente no había creído nunca que él, Roithamer, consiguiera siquiera adquirir el terreno para el Cono en el centro del bosque de Kobernauss y, sobre todo, no *para un fin tan demencial*, porque la construcción de una obra como el Cono fue calificada por todos, sobre todo por los expertos, de totalmente demencial, y es calificada hoy también de totalmente demencial y siempre será calificada de totalmente demencial, porque el terreno en que construyó Roithamer el Cono pertenecía, después de ser expropiado a su aristocrático

propietario anterior, un Habsburgo, al Estado y la idea de devolver un terreno así, en el centro del bosque de Kobernauss, de la propiedad del Estado a la de una persona privada, cualquiera que ésta fuera, era ya un pensamiento absurdo y realmente muy extravagante, por no hablar de rescatar, de la propiedad del Estado a la de una persona privada, cualquiera otra vez, cualquiera que ésta fuese, los terrenos en que tenía que construirse la carretera que debía llevar al Cono, pero Roithamer, en el plazo más breve y con un secreto total y deliberado, pudo adquirir del dominio público todos los terrenos en que quería construir la carretera que llevara al lugar de la construcción del Cono, y luego también, enseguida, el gran terreno situado en el centro del bosque de Kobernauss en el que quería edificar el Cono para su hermana y, ya poco después de adquirir los terrenos y no sin haber cumplido totalmente las formalidades registrales, comenzó el trazado de la carretera y la construcción del Cono, y entonces, como me consta, las personas de su entorno se quedaron espantadas, y sobre todo los hermanos de Roithamer se quedaron perplejos, eso no habían podido soñarlo, que la demencial idea de su hermano pudiera hacerse realidad, ser realizada por el demencial Roithamer, pero tuvieron que aceptar el hecho de los contratos de compraventa válidos y tomar nota del comienzo de la construcción de la carretera y, finalmente, del comienzo de la construcción del Cono, y en ese momento intentaron aún incapacitar a Roithamer e iniciaron un proceso para su incapacitación total, pero un equipo de médicos demostró *su normalidad total*, en cualquier caso, los peritos que declararon en contra del estado mental de Roithamer y que habían sido contratados y pagados por los hermanos de Roithamer quedaron en minoría frente a los peritos que calificaron a Roithamer de normal. El que una persona deje que se desarrolle en su cabeza una idea como la idea de la construcción del Cono y luego emplee realmente su herencia, con la que no había querido hacer ninguna otra cosa, en la realización de su idea y, por tanto, en la puesta en práctica de su proyecto, la construcción del Cono, y ello con la mayor energía y alegría creadora no basta para probar que esa persona sea un loco, aun cuando la mayoría de los observadores y de sus parientes crean que esa persona es un loco, que *tiene que* ser sencillamente un loco, porque una persona normal no puede gastar en una idea tan demencial como la de construir un cono así, *un cono así nunca construido aún*, la enorme suma que ha heredado y que se eleva a millones y, de hecho, a centenares de millones, y realmente Roithamer, como me consta, invirtió toda la suma heredada en la construcción del Cono, salvo una cantidad de millones, cuya cuantía no conozco, que había pensado poner a disposición de su hermana para el resto de su vida, precisamente por esa suma se pelean entre sí en estos momentos los hermanos de Roithamer que viven en Altensam, porque esa suma recayó otra vez, después de la muerte de la hermana de Roithamer, en el propio Roithamer y, después de la muerte de Roithamer, en sus hermanos. En este punto puede decirse que el Cono mismo y toda el área que le pertenece, es decir, todos los bienes raíces relacionados con el Cono, han recaído de nuevo en el Estado, al que él se los había comprado muy caros pero correctamente,

con la carga de *dejar al Cono desmoronarse por sí mismo, de no dejar que lo toque nunca nadie y abandonarlo por tanto, completamente, a la Naturaleza* en que Roithamer lo situó. Sin embargo, sobre estos hechos no hablaré ahora con detalle. Los estantes de madera de pino que no estaban atiborrados de libros y escritos sobre la construcción se encontraban, en la buhardilla de los Höller, separados de los muros, que estaban cubiertos de cientos y miles de planos, todos relativos a la construcción del Cono, millones de líneas y números y cifras cubrían esos muros, y al principio creí volverme loco o, por lo menos, ponerme enfermo, al mirar esos millones de líneas y números y cifras, pero luego me acostumbré a la vista de esas líneas y números y cifras y, cuando hube alcanzado cierto grado de tranquilidad, sin volverme ya loco, en la contemplación de esos cálculos del Cono, pude acometer el estudio de esos apuntes, porque me proponía ocuparme primero de los cálculos y diseños que había en los muros de la buhardilla de los Höller, y sólo luego consultar los libros y escritos que estaban en las estanterías y atender a los materiales que había en los cajones, primero tenía que familiarizarme en general con el hecho de que aquí, en la buhardilla de los Höller, se trataba de todo el *material intelectual*, hasta ahora desconocido para mí, con el que Roithamer había edificado y construido el Cono y todo lo relacionado con el Cono. Así pues, al principio, en cualquier caso en las primeras horas, no podía pensar en emprender un estudio concreto de todos esos papeles, y por de pronto me instalé en la buhardilla de los Höller, deshice mi equipaje, ordené los artículos de primera necesidad que me había traído y examiné mi cama, en la que acababan de poner sábanas limpias y que, como todas las camas en que acaban de poner sábanas limpias en el campo, exhalaba un maravilloso olor a la Naturaleza circundante. Comprobé que la cama era buena, sentándome en ella, luego colgué mi abrigo en el armario, sólo en la buhardilla de Roithamer, así puedo llamar sin temor a esta buhardilla, la buhardilla de los Höller es la buhardilla de Roithamer, porque también Höller llamaba a esta buhardilla la buhardilla de Roithamer, tuve enseguida la impresión de encontrarme en un cuarto *de pensar*, todo en este cuarto se orientaba únicamente al pensamiento y quien entraba aquí se veía obligado a pensar, el requisito previo era un pensar ininterrumpido, nadie hubiera aguantado aquí sin un pensar ininterrumpido, no hubiera aguantado ni el período más breve, quien entre en la buhardilla de los Höller tendrá que entrar en el pensamiento y, por cierto, en el pensamiento referido a la buhardilla de los Höller, tendrá que entrar simultáneamente en el pensamiento de Roithamer y tendrá que pensar ese pensamiento mientras viva en la buhardilla y, si interrumpe ese pensamiento, se volverá loco en ese instante o se morirá, pienso. Quien entre aquí se verá obligado a abandonar, a interrumpir todo lo que ha pensado antes, hasta el momento de su entrada en la buhardilla de los Höller, para, a partir de ese momento, pensar nada más que el pensamiento permitido en la buhardilla de los Höller, porque sólo pensar no bastaba para poder sobrevivir en la buhardilla de los Höller ni siquiera el período más breve, tenía que ser *el pensamiento de la buhardilla de los Höller*, el pensamiento referido exclusivamente a todo lo

relacionado con la buhardilla de los Höller y con Roithamer y con el Cono. De ese hecho, el que ahora tenía que pensar en la buhardilla de los Höller como había que pensar en la buhardilla de los Höller, tuve enseguida conciencia cuando paseé la mirada por la buhardilla de los Höller, de que no había otra posibilidad de pensar en la buhardilla de los Höller que el pensamiento de la buhardilla de los Höller, pensé mientras tomaba la decisión de familiarizarme poco a poco con las reglas de pensamiento aquí reinantes y estudiarlas, para poder pensar con arreglo a esas reglas de pensamiento, y también que no era fácil para alguien que llegaba aquí, a la buhardilla de los Höller, directamente y sin la menor preparación para ese cambio, familiarizarse con esas reglas y someterse a ellas, y avanzar con arreglo a esas reglas de pensamiento. Todo aquí, en la buhardilla de los Höller, era de Roithamer y hasta llegué a decir que la buhardilla era Roithamer, aunque la cabeza debe ser prudente en tales juicios, ya en el momento de mi entrada puse mi existencia entera en ese juicio. Höller no había cambiado nada aquí desde la última estancia de Roithamer en la buhardilla de los Höller, Roithamer estuvo, como entre tanto sé por Höller, después del entierro de su hermana en Altensam, al que, como sé también ahora, sólo fue de mala gana, naturalmente no de mala gana a causa de su hermana sino a causa de sus otros hermanos, vestido de negro, como dice Höller, como nunca se había vestido, porque Roithamer, así Höller, en toda su vida sólo se vistió una vez de negro, quienquiera que fuese la persona a la que se enterraba, Roithamer no se había vestido, jamás, de negro, sólo en el entierro de su hermana apareció con traje negro, y dice Höller que estaba muy elegante con ese traje negro, así pues, apareció con ese elegante traje negro en casa de los Höller y guardó silencio en el salón de los Höller, *persistió* en su silencio, como dice Höller, no quiso comer nada ni beber nada, y él, Höller, tuvo la impresión de que el propio Roithamer, ahora que su hermana estaba muerta y enterrada, estaba acabado y sólo seguía viviendo, seguía viviendo cuando, en realidad, sentía que estaba ya muerto, porque la hermana para la que había construido el Cono lo había sido todo para él además de su ciencia, además de sus ciencias naturales que, como queda dicho, enseñaba y al mismo tiempo estudiaba en Cambridge, cómo un hombre de estudios, así Höller, puede parecer de repente herido de muerte, así Höller, que decía de Roithamer que no sólo daba una impresión de agotamiento después de la muerte de su hermana, sino de muerte, Roithamer había entrado en casa de los Höller ya muerto, no sólo agotado o totalmente agotado, había estado sentado dos horas en el salón de abajo, y no había dejado que su mujer, o sea la de Höller, de la que siempre había aceptado algo, le diera nada de comer ni de beber, al cabo de tres horas un vaso de agua, que se bebió de un trago hasta la última gota, pero nada más, luego siguió sentado en silencio hasta la noche en la sala, y él, Höller, ni se había atrevido a decir nada ni se había atrevido a guardar silencio, y en ese estado, así Höller, que sin duda podía describirme bien ese estado, pero no explicármelo, siempre que Höller hablaba de Roithamer podía, de hecho, describírmelo todo bien, pero no explicármelo, aunque él, Höller, no necesitaba

palabras para hacerse comprender y aclarar lo que había que aclarar y donde había que aclararlo, la forma en que Höller hacía algo inteligible resultaba siempre mejor cuando utilizaba el silencio, Roithamer había estado sentado toda la noche en el salón y no había querido retirarse a la buhardilla, así Höller, probablemente no quería, a partir de entonces, volver al mundo que había significado para él la buhardilla, o sea, *todo*. Hacia la medianoche, la mujer de Höller, porque de repente hacía mucho frío, le envolvió a Roithamer las piernas con una manta, y él, Roithamer, la dejó hacer sin resistencia, así Höller, luego, hacia las cuatro, Roithamer se levantó y subió sin decir palabra a la buhardilla, permaneciendo unos minutos en ella. No cambió ya nada en la buhardilla, así Höller, no tocó ya ningún objeto. Como está ahora la buhardilla estaba antes también. Tampoco yo he cambiado ya nada en la buhardilla, así Höller. Entonces él se marchó y no supieron más de él. Su muerte fue una sorpresa para él, así Höller, en esa última velada y en esa última noche todo había apuntado en Roithamer a su muerte, y a él, Höller, le había sido evidente esa noche, durante ese último encuentro con Roithamer, que él, Roithamer, no viviría ya mucho. Ya no tengo existencia, era lo último que, al parecer, le dijo Roithamer a Höller. Yo mismo vi a Roithamer otra vez en Londres, lo recogí, porque me había mandado un telegrama, en la estación Victoria, y lo llevé a su casa, donde me contó, con sus frases cortas, que no toleraban contradicciones, el entierro de su hermana. Aquí Roithamer me resultaba otra vez presente, porque realmente estaba presente, lo veía con claridad y oía lo que decía cuando lo vi, aunque en realidad no estuviera presente, y de esa forma tenía conciencia de su presencia al contemplar sus objetos, a causa del aire que, como yo ahora, había respirado él los últimos años en la buhardilla, a causa de los pensamientos que él siempre había pensado aquí y que yo pienso ahora, a causa de toda la atmósfera de los Höller, que, para Roithamer, en los años en que se apartó de Altensam y se entregó cada vez más y, luego, de forma totalmente exclusiva a la construcción del Cono, se convirtió en costumbre, porque Roithamer me había dicho realmente a menudo que, para él, la atmósfera de los Höller y las circunstancias de la atmósfera de los Höller, el pensamiento relacionado de forma muy inmediata con la atmósfera de los Höller y con las circunstancias de la atmósfera de los Höller se habían convertido en la única cosa necesaria y en la única cosa necesaria importante, dondequiera que, en los últimos años, que, por una parte, lo encadenaron a Inglaterra, donde había enseñado, y a la universidad de Cambridge y, por otra, al bosque de Kobernauss, que había destinado a lugar de construcción del Cono, dondequiera que hubiera vivido en los últimos años, en Inglaterra o en Austria, en el país inglés, con gran decisión y presencia de ánimo, en el país austríaco, con gran afecto y amor, aunque también con desprecio y aversión igualmente grandes, con esa mezcla de desconfianza y decepción que siempre había sentido, en las fronteras del odio, hacia ésta su patria, fronteras que había traspasado también, con mucha frecuencia, con una inteligencia desusadamente aguda, porque el hecho de que, por una parte, amaba a Austria, porque era su país de origen, era tan evidente como el hecho de que la



odiaba, porque, durante toda su vida, sólo lo había maltratado y siempre, cuando necesitaba de ella, lo había rechazado, ella no dejaba que se le acercara un ser como Roithamer, seres, personas, caracteres como Roithamer no tienen en el fondo nada que hacer en un país como su y mi país natal, en un país así son *incapaces* de desarrollarse y tienen además, continuamente, conciencia de esa incapacidad para desarrollarse, un país así necesita hombres que no se rebelen contra la desvergüenza de un país así, contra la irresponsabilidad de un país así y de un Estado así, de un Estado que, como decía siempre Roithamer, era un peligro público y estaba en total decadencia, en el que no reinaban más que unas condiciones caóticas, si es que no las más caóticas, ese Estado tiene una infinidad de hombres como Roithamer sobre la conciencia, una historia totalmente vil y abyecta sobre la conciencia, *esa perversidad y prostitución permanentes en forma de Estado*, como decía siempre Roithamer y, por cierto, sin pasión, con la seguridad, en él innata, de un juicio que no se basaba más que en la experiencia, y Roithamer nunca había admitido otro valor que el de la experiencia, como decía siempre, cuando se había llegado al límite de la tolerancia, en relación con ese país y con ese Estado, no se podía explicar, decía, con unas palabras casuales, la vileza y la abyección y el peligro público que representaba ese Estado, sin embargo, para un análisis y un trabajo científico sobre ese tema le faltaba tiempo, porque estaba concentrado, decía, en su tema principal, las ciencias naturales y el Cono, y tampoco era él una cabeza, decía, que se agotara en ataques políticos, nunca se había agotado, decía, en ataques políticos o políticogenerales, para eso *había otras cabezas, más indicadas, esas nucas y frentes para los ataques políticos*, sin embargo, decía, de vez en cuando se había visto obligado a utilizar su capacidad de juicio con respecto a su país de origen y a su Estado de nacionalidad, o sea, con respecto a Austria, ese país, el más incomprendido del mundo, ese país con el mayor grado de dificultad de la historia universal, y se exponía de vez en cuando al riesgo de expresar su opinión sobre Austria y sus austríacos, sobre ese Estado arruinado como ningún otro, sobre ese pueblo arruinado como ningún otro, en el que, además de las deficiencias mentales en él innatas, decía, no quedaba más que hipocresía y, por cierto, hipocresía en todas las esferas posibles del Estado y de la política nacional, este, en otro tiempo, corazón de Europa no era, según Roithamer, más que un resto de liquidación de la historia intelectual y cultural, una mercancía estatal no vendida, sobre la que el ciudadano no tiene más que una segunda o una tercera o una cuarta o, en cualquier caso, nada más que una última opción, ya sus primeros años habían hecho comprender a Roithamer, como me habían hecho comprender a mí, la imposibilidad de crecer y desarrollarse en este Estado y en este país, cualesquiera que fueran los auspicios, este país y este Estado, así Roithamer, no son nada para el desarrollo de un intelectual, aquí todos los indicios de fortaleza intelectual se convierten enseguida en todos los indicios de debilidad intelectual, aquí todos los esfuerzos por avanzar, prosperar y progresar son inútiles, por todas partes, a dondequiera que se dirigen los ojos o la inteligencia o los esfuerzos, no se ve más que

el hundimiento de todos los esfuerzos por avanzar, prosperar y progresar aquí, por desarrollarse, el hombre austríaco, ya en el momento de su nacimiento, es un hombre fracasado y debe comprender claramente, decía, que tendrá que renunciar a sí mismo si se queda en este país y en este Estado, cualesquiera que sean los auspicios, debe decidir si quiere, quedándose ahí, perecer, envejeciendo fatigosamente y sin llegar a nada, perecer en su propio Estado y en su propio país, presenciar con los ojos abiertos, en su propia mente y en su propio cuerpo, ese terrible proceso de extinción, si quiere aceptar un desarrollo descendente durante toda su vida, quedándose en este Estado y en este país, o si quiere irse y marcharse tan pronto como pueda y, mediante ese pronto irse y marcharse en lo posible, salvarse, salvar su inteligencia, salvar su personalidad y salvar su naturaleza, porque, si no se marcha, así Roithamer, perecerá en este país, y si no es un hombre vil, se convertirá en este país y en este Estado en un hombre vil, y si no es de naturaleza abyecta ni infame, se convertirá en este país y en este Estado en un ser de naturaleza vil y abyecta y en una criatura vil y abyecta, y por eso hace falta, desde el principio mismo, desde los primeros momentos del pensamiento, salvarse de este país y de este Estado y, cuanto antes vuelva la espalda a este país y a este Estado un hombre con facultades intelectuales, tanto mejor, un hombre así tiene que decirse que hay que huir, dejar atrás todo lo que es este Estado, lo que constituye este país, irse a cualquier parte, aunque sea al fin del mundo, no quedarse en ningún caso donde nada puede esperar y, si puede, sólo lo más miserable y lo que destruye la inteligencia y lo que vacía la cabeza y lo que obligará continuamente a la mezquindad y la vileza, y que, aquí, todo lo aplasta continuamente, lo denigra y lo niega continuamente, y que aquí, en su país austríaco, estará expuesto siempre a una vil incomprensión y una vil calumnia y, por tanto, a la decadencia y, por tanto, a la muerte, y, por tanto, a la aniquilación de su existencia. Si lo vemos con claridad, veremos que para Roithamer no había otra posibilidad que dejar esta su patria, que no merece en absoluto ese título honroso, porque sigue siendo un título honroso, porque la llamada patria no fue para él en realidad, como para tantos otros salidos de ella, nada más que el castigo más terrible de su existencia, durante toda su vida, por el acto inocente de haber simplemente nacido, alguien como Roithamer siente constantemente que su patria lo castiga por algo que no puede evitar, porque ningún hombre puede evitar su nacimiento, pero Roithamer tuvo que comprender ya muy temprano y, de hecho, en su más temprana infancia, que pasó con sus tres hermanos en Altensam, que tenía que irse y, en lo posible, rápidamente y sin rodeos, para no hundirse como, en fin de cuentas, se hundieron sus hermanos, porque sobre el hecho de que sus hermanos se han hundido en Austria no existe la menor duda, porque el hermano mayor ha degenerado a causa de Altensam, de las circunstancias que constituyen Altensam, de las situaciones que reinan y siempre han reinado en Altensam, y el hermano mayor no intentó ni una sola vez marcharse de Altensam, sufrió el desarrollo característico de Altensam, el proceso de extinción de Altensam, que no es otra cosa que un proceso de extinción, y desde el primer

momento se entregó sin resistencia, nunca intentó romper con Altensam, renunciar a Altensam, para eso no tenía la más mínima energía, a ese hermano mayor, que conozco desde la infancia, como también al hermano menor, le ha faltado siempre valor y decisión y, por tanto, decisión intelectual, ese orden en forma de desorden que siempre lo ha dominado todo en Altensam, esa realización exacta de la extinción de una enorme propiedad, los aceptó simplemente el hermano mayor porque sus padres se lo exigieron, y creció en Altensam, como siempre han crecido todos en Altensam, y se convirtió en lo que todos se han convertido siempre en Altensam, se convirtió en un típico morador de Altensam, en alguien que, en el fondo, no conoce nada ni acepta nada más que Altensam, que ha despertado con Altensam y que, después de haber pasado su vida en Altensam, morirá con Altensam. Y el hermano menor estuvo siempre sometido al hermano mayor, el menor era todavía más debilucho y débil que el mayor, y los dos juntos no formaban en realidad más que una sociedad vitalicia para la muerte, centrada en Altensam, aunque es verdad que han sobrevivido a Roithamer, el hermano que estaba entre los dos, y que han sobrevivido también a su hermana, que murió a causa del Cono, que han sobreexistido y sobrevegetado a su hermana y al segundo hermano, Roithamer, si yo fuera a Altensam, de lo que no tengo ninguna gana, podría ver cómo siguen vegetando allí, cómo, en su calidad de los dos únicos moradores de Altensam supervivientes, no son hoy otra cosa que lo que siempre fueron, Altensam de pies a cabeza, y precisamente contra ese *Altensam de pies a cabeza*, así Roithamer, se defendió siempre él, su vida, su existencia, su existencia de supervivencia sólo fue siempre, en el fondo, un defenderse contra Altensam, sobre todo no abandonarse a Altensam, no quedarse aferrado a Altensam, debió pensar probablemente, siempre y en todo, que, probablemente, ni el menor pensamiento, ni la menor idea le serían posibles sin ese pensamiento de, pienso yo, sobre todo no convertirse en Altensam, *sobre todo no ser Altensam de pies a cabeza como mis hermanos*, porque realmente Roithamer no hubiera estado nunca capacitado para un trabajo intelectual como el que nos ha dejado, todos esos escritos suyos, de hecho, hasta los más pequeños y aparentemente más insignificantes, prueban ese pensamiento de Roithamer durante toda su vida de no quedarse aferrado a Altensam, durante toda su vida y toda su difícil existencia no había tenido nada más urgente en la cabeza que liberarse de Altensam, porque liberarse de Altensam y, de hecho, liberarse de Altensam con plena conciencia y radicalmente, significaba poder pensar, sin Altensam, lo que era su pensamiento, porque, en definitiva, era un pensamiento sin Altensam, aunque es verdad que no hubiera sido posible sin Altensam, porque realmente Altensam y el ser oriundo de Altensam y la permanente relación de su persona y personalidad y ciencia intelectual con Altensam le eran necesarios para pensar como había pensado y había trabajado, lejos de Altensam, más allá de Altensam y sin volver nunca más a Altensam. Sus hermanos habían estado destinados desde el principio a quedarse en Altensam, a instalarse en Altensam para vivir su decadencia en Altensam, y nadie esperaba de ellos otra cosa y nadie se dio cuenta de

que los dos, al quedarse en Altensam, fueron, poco a poco y con intensidad cada vez mayor, aniquilados por Altensam, aunque hoy sigan existiendo, hace tiempo que fueron aniquilados por Altensam como nunca fue aniquilado por Altensam Roithamer, aunque Altensam lo debilitaba siempre, y su hermana era una excepción. Roithamer estaba apegado a ella con todo el amor de que es capaz un hombre como él y, como culminación de ese amor, había imaginado y emprendido y realizado y terminado la construcción del Cono. Pero que un ser como la hermana de Roithamer no puede soportar una situación así, como culminación, ha resultado cierto por el hecho de que ella ya no vive hoy. Pero, sobre eso, luego más. Que tenía que marcharse de Altensam le había resultado ya claro a Roithamer de niño, con la claridad de una cabeza adulta y, como preparación para su alejamiento de Altensam, se había mantenido ya siempre apartado de los otros, todo en él, ya en su más temprana infancia, había indicado que se iría de Altensam y que dejaría realmente a Altensam totalmente atrás, porque un pensamiento como el que él pensaba no era posible con Altensam y sin separarse de Altensam. Y esa separación tiene que ser realmente radical, se dijo ya pronto, y luego también, con su decisión de renunciar no sólo a Altensam sino a Austria, realizó la más radical de las separaciones de Altensam y de Austria. Porque si vuelvo otra vez, y las tentaciones de volver otra vez no pueden ser mayores, anotó, destruiré cuanto he logrado, cederé entonces a la debilidad, que no es más que una debilidad para mí mortal, y me encontraré, de la noche a la mañana, en esa debilidad mental a la que, hasta el día de hoy, he venido escapando. Había sentido siempre a Altensam como una debilidad mental y a los que vivían en Altensam, sus parientes, como débiles mentales dentro de esa debilidad mental, y no había nada que temiera más que volver a esa debilidad mental y a esos débiles mentales. Y aunque la tortura de estar ausente y hacer avanzar y proseguir lo emprendido, de querer mejorar siempre más y más mi estado mental, sea la mayor de las torturas, y la dificultad de arraigar lejos, en lo que se llama el extranjero, sea también la mayor de las dificultades y la más deprimente, no volveré a ese estado mental de debilidad mental ni a los débiles mentales de Altensam y de Austria, anota Roithamer. Ya en las primeras horas me llamaron la atención muchas notas suyas, pero, inmediatamente después de entrar en la buhardilla de los Höller, no me ocupé todavía con concentración del estado mental de Roithamer. Tenía conciencia de la peligrosidad de penetrar precipitadamente en el estado mental de Roithamer y, en esos primeros momentos y horas de contacto, pensé que sólo podía hacerlo cautelosamente y con mucho cuidado y, sobre todo, prestando atención a mi propio estado mental que, después de todo, es siempre también un estado mental frágil. Manteniéndome a la expectativa, al principio abordé sólo con vacilaciones los montones de papeles de la mano y la autoría intelectual de Roithamer que yo había llevado a la buhardilla de los Höller, porque tenía plena conciencia de la peligrosidad de ocuparme quizá demasiado rápida y descuidadamente de los escritos de Roithamer, de todo su legado, que me había sido adjudicado por sentencia judicial, y

de que tenía que guardarme de esa ocupación, porque me era evidente que las posibilidades de que los papeles de Roithamer lesionaran mi estado mental y mi constitución entera no podían ser mayores. Sin embargo, yo había aprovechado la oportunidad de la neumonía, sencillamente esa repentina *enfermedad de la reflexión*; de una duración de unos meses, para ocuparme inmediatamente del legado de Roithamer, en lugar de hacerlo sólo más tarde, porque inicialmente había *tenido miedo* de ocuparme *enseguida* del legado de Roithamer, ya que sabía que, siendo tan fácilmente vulnerable en un estado de salud tan inseguro, que no afectaba sólo a mi cuerpo, no debía enfrentarme por mí mismo con el mundo intelectual de Roithamer, porque me era evidente lo sensible que siempre he sido a las ideas y realizaciones de Roithamer, y porque realmente, a veces, me había entregado totalmente a esas ideas y realizaciones de Roithamer, lo que Roithamer pensaba era también mi pensamiento y lo que realizaba creía tener que realizarlo yo, había estado a veces totalmente ocupado por sus ideas y por todo su pensamiento y había renunciado a mi propio pensamiento que, sin embargo, como todo pensamiento, era un pensamiento propio que se sostenía por sí solo y se movía por sí solo, durante largos períodos de mi vida y sobre todo en Inglaterra, a donde probablemente había ido sólo porque Roithamer estaba allí, no había podido pensar ya, en absoluto, con mi propio pensamiento sino sólo con el de Roithamer y eso le había llamado la atención muy a menudo al propio Roithamer, decía que para él era inexplicable y, por ello, insoportable además, ver cómo yo, sometido al menos, si no entregado, a su pensamiento, lo seguía en todos sus procesos mentales, que sólo a él le pertenecían, a donde quiera que fuese, que yo estuviera siempre, con mi pensamiento, donde él estaba con su pensamiento, y decía que debía guardarme de renunciar a mí mismo por completo, porque alguien que no piensa ya por sí mismo sus propios pensamientos sino con otro pensamiento que domina y admira, o que no admira sino que, compulsivamente, domina, corre continuamente el peligro de matarse, de quitarse la existencia, a causa de ese pensamiento continuo de otro en lugar del propio. Durante muchísimo tiempo no me había sido posible en Inglaterra pensar con un pensamiento propio, sólo había podido pensar siempre con el pensamiento de Roithamer, por lo que, en realidad, en toda esa larga época inglesa, ésa es la verdad, había renunciado a mí mismo. Como mi pensamiento había sido en realidad el pensamiento de Roithamer, en esa época yo no había estado allí, no había sido nada, había quedado extinguido por el pensamiento de Roithamer, en el que, de repente y de manera para Roithamer mismo inabarcable, había estado envuelto durante tanto tiempo. Probablemente, ese estado de extinción a causa del pensamiento de Roithamer había durado hasta la muerte de Roithamer, sólo ahora me doy cuenta de que soy capaz otra vez de un pensamiento propio, por haber entrado en la buhardilla de los Höller, pienso. Ahora, después de tanto tiempo, pienso, estoy otra vez en condiciones de formarme una imagen propia de la claridad de los objetos que contemplo, no la imagen que se formaba Roithamer de las imágenes por él y por mí contempladas. Y que, de pronto, al penetrar en la buhardilla

de los Höller, he cumplido la pena de prisión, si no presidio, de muchos años, en la prisión de los pensamientos de Roithamer... o en el presidio de los pensamientos de Roithamer. Ahora contemplo a Roithamer con mis propios ojos por primera vez desde hace mucho tiempo, y al mismo tiempo tengo que pensar que, probablemente, nunca había contemplado a Roithamer con mis propios ojos hasta ahora. Un hombre y un carácter y una capacidad de existencia como Roithamer, pienso, tenían que cesar en un punto determinado de su desarrollo, precisamente en el punto extremo, tenían que cesar y hacerse pedazos de una forma explosiva. Porque, ¿con qué orden de magnitudes me enfrento cuando me ocupo de Roithamer? me pregunto, con una cabeza que quiere y se ve obligada a llevarlo todo a lo más extremo y que, en esa acción recíproca como relación intelectual con todo, está capacitada para los más altos rendimientos, que desarrolla su propio desarrollo, el desarrollo de su carácter y de las dotes intelectuales que ha recibido hasta el punto más extremo y hasta el límite más extremo y en el más alto grado, y además, igualmente, su ciencia hasta el límite más extremo y hasta el punto más extremo y en el más alto grado, y además, igualmente, su idea de la construcción del Cono para su hermana hasta el punto más extremo y en la más alta medida y hasta el límite más extremo, y que además quiere explicarlo con la concentración más extrema y en la más alta medida y hasta el límite más extremo de su capacidad intelectual, y que tiene que reunir en un solo punto extremo y llevar hasta el límite extremo de su capacidad intelectual y de su tensión nerviosa todo lo que él es en definitiva, y que, realmente, tiene que hacerse pedazos en el grado más alto de esa expansión y reunión y siempre repetida concentración total. Se había liberado a sí mismo y había liberado a su cabeza de Altensam y de Austria, para poder alcanzar esa concentración suprema, y siempre había tenido la voluntad de alcanzar esa concentración suprema, en todas y cada una de las cosas que él era estaba esa voluntad de concentración, la voluntad para lo más extremo que, como ninguna otra, había sido su característica más destacada, había renunciado prácticamente a todo lo que había sido para alcanzar todo lo que no había sido y, finalmente, fue mediante ese sobreesfuerzo sobrehumano. No encontramos a menudo y, probablemente, no encontraremos nunca más en nuestra vida, tengo que decirme, un hombre como Roithamer que, por haber reconocido en sí la posibilidad para ello, lo hace todo para alcanzar el más alto rendimiento de su ser, y que, una vez ha penetrado en una disciplina científica, *tiene que* llevar esa disciplina dentro de sí mismo, todos los días y en todos los momentos, hasta la más alta concentración posible, y llevarla, de una forma cada vez más intensa, hasta esa más alta concentración posible, de pronto no tiene otra opción que perfeccionar sus posibilidades, todo lo demás le resulta imposible, un hombre así no ve ya nada sin mirar ininterrumpidamente su posibilidad suprema, y si se trata de un talento tan extraordinario para la vida y, por consiguiente, para las ciencias naturales como era Roithamer, esa concentración permanente y perpetua significa una pena de presidio permanente y perpetuo en ese talento extraordinario para la vida y para las ciencias

naturales, porque, a partir de un momento determinado, un hombre así no puede vivir ya de otra forma que a partir de sus dotes y hacia un objetivo que, al habersele manifestado de pronto claramente, se ha convertido para él en más importante que todo lo demás y en su único estímulo, de repente, un hombre así no existe más que para rechazar todo lo que pueda ser un impedimento o estorbar en lo más mínimo el desarrollo y logro final de su objetivo, rechazándolo todo, sin ocuparse ya de nada que no sea útil para ese objetivo, un hombre así sigue su camino que, naturalmente, se hace cada vez más solitario y más doloroso, y que, en cualquier caso, debe ser recorrido por un hombre así solo y sin ayuda, y eso, sin embargo, lo supo muy pronto Roithamer, de repente lo dejó atrás todo, sobre todo, todo lo relacionado con Altensam y con el entorno de Altensam y, por tanto, todo su parentesco espiritual y corporal que, de pronto, había reconocido como el mayor impedimento para su objetivo, renunció a lo que los otros, sus hermanos, el resto de sus parientes, no habían estado dispuestos a renunciar ni habían sido capaces de renunciar, la costumbre de las costumbres de Altensam, la costumbre del mecanismo de costumbres austríacas, la costumbre de todo lo familiar y congénito, renunció a todo lo que los otros no habían renunciado, de forma que sólo tuvo que pensar en renunciar, en dejar atrás, aquello a lo que los otros no renunciaban y que no dejaban atrás, sólo necesitaba observar lo que los otros hacían o no hacían para hacerlo él o no hacerlo, las omisiones de los otros eran sus acciones y sus acciones las omisiones de los otros, y ya en su más temprana infancia había podido adquirir una gran experiencia en ese mecanismo, observando constantemente todo lo demás, verificando y acogiendo y rechazando constantemente todo lo que no fuera su persona, todo lo exterior a su carácter, a su mente, porque si siempre había sido ya distinto de todo lo demás y de todos los demás, mediante la continua observación de todo lo demás y de todos los demás llegó, en grado aún más alto, a la lucidez necesaria para darse cuenta de que tenía que tomar una dirección distinta de la de los demás, seguir un camino distinto del de los demás, llevar una vida distinta de la de los demás, una existencia distinta de la de los demás y de la de lo demás, con lo que tuvo también posibilidades totalmente distintas de las de los demás y de las de lo demás, a las que se sometió con el tiempo cada vez más y con un ritmo pro-pió, sólo en él congénito y aprendido, y Roithamer comprendió ya muy pronto, mientras que los demás sólo comprendieron tarde o no comprendieron nunca, y la característica más destacada de su relación con los demás fue siempre una total falta de comprensión y una resultante incomprensión permanente, todos se comprendían siempre entre sí, pero a él nunca lo comprendieron ni lo comprenden tampoco hoy, después de su muerte. En el fondo, no percibieron siquiera realmente su evolución, porque lo que percibieron como el camino de su evolución era algo distinto del verdadero camino de su evolución, él siempre fue por otro camino, lo mismo que siguió siempre otras ideas distintas de las que ellos suponían, nunca se les reveló el modo de ser de Roithamer, que se diferenciaba fundamentalmente del modo de ser de

todos los demás, lo consideraban sólo desde el punto de vista de sus cabezas, es decir, de sus sentimientos, de su posibilidad de percepción, pero la evolución de Roithamer era distinta, veían a su hermano (o a su hijo) precisamente como podían verlo, pero no como era, porque lo veían como querían verlo y no como era realmente para ellos, y ni siquiera su hermana, a la que quiso como a ningún otro ser humano, tuvo ante sí la verdad y la realidad de aquel hombre extraordinario cuando tuvo relación o contacto con él. Miraban dentro de él desde un estado crepuscular, cuando hubieran debido mirar a Roithamer sin prejuicios y con la mirada de la verdad y la realidad, y así, continuamente y durante toda la vida de Roithamer, tuvieron siempre ante sí a otro distinto de él, lo veían como querían tenerlo, como podían dominarlo, como les resultaba, a veces inquietante y a veces no inquietante, en el fondo de ninguna manera como a uno de los suyos, porque a uno de ellos, como decían, lo hubieran visto *claramente*. Nada les hubiera gustado más que apartarlo de su mundo, pero como se había convertido en heredero universal de sus padres y tenía que compensar económicamente a los otros, y como su padre lo había elegido a él y no a su hermano mayor para Altensam, por un perverso deseo de humillación, como ahora sé, porque su padre quiso, de forma totalmente deliberada, mezclar a su segundo hijo en una catástrofe titulada Altensam, ésa había sido la idea de su padre, hacer precisamente de aquél que no era en absoluto apropiado para Altensam, lo que él, su padre, sabía, al hijo que no sólo no era apropiado para Altensam sino que, sencillamente, odiaba Altensam con todo el empeño de su cabeza, precisamente a él, heredero de Altensam, y sobre el hecho de que Roithamer se hubiera hecho cargo de Altensam y hubiera tenido que compensar económicamente a sus hermanos se podría escribir un ensayo aparte, pero no soy competente para ello, por disposición de su padre, Roithamer debía hacerse cargo de Altensam y compensar económicamente a los otros, que estaban unidos a Altensam con cuerpo y alma, ni siquiera les concedió su padre el derecho de vivir en Altensam, sólo la compensación económica y nada más, probablemente, pienso, el padre de Roithamer no había tenido otra intención que aniquilar a Roithamer por el hecho de legarle Altensam a él y no a los otros, que lo amaban, a él que lo odiaba, y al mismo tiempo aniquilar Altensam, porque concuerda muy bien con el personaje y las circunstancias de la vida del padre de Roithamer el haber tenido esa idea y haber tomado esa decisión aniquiladora, al transmitir Altensam después de mi muerte a mi segundo hijo, quizá pensara el viejo, no sólo aniquilaré a mi segundo hijo, cuya aniquilación me he propuesto toda mi vida, sino que aniquilaré también Altensam, que al fin y al cabo tengo la intención de aniquilar, y destruiré además la vida de mis otros hijos, porque nada concordaba mejor con la idea de aquel hombre que aniquilar a su descendencia y al mismo tiempo sus orígenes, es decir, con su descendencia, también Altensam, eso lo garantizaba la disposición que legaba Altensam al segundo hijo y, realmente, los hermanos de Roithamer se habían gastado el capital de compensación en el plazo más breve y carecían del más mínimo capital, dependiendo de la generosidad y de la inconsciencia



de su hermano que, por su propio sentido de la verdad y de la justicia y de la consecuencia, hubiera debido aniquilarlos, ya que hubiera debido echarlos de Altensam, al que estaban unidos con cuerpo y alma, pero él siguió dándoles refugio y asilo en Altensam, les dio a todos la posibilidad de vivir y la posibilidad de existir en Altensam, todos los ingresos de la explotación agrícola de Altensam iban a parar a los bolsillos de ellos, y esos ingresos, como correspondía a la extensión de las tierras y a la fertilidad de esas tierras, no eran escasos, en un radio muy amplio no podía encontrarse ninguna explotación agrícola de tan alto rendimiento, aunque fuera a cientos de kilómetros, y Roithamer renunció a los ingresos y hasta aceptó como administrador a un primo, del que sabía que hacía causa común *con sus hermanos y no con él*, si esa generosidad de Roithamer no rayaba en la tontería, es lo que él mismo, como veo, anotó una vez, pero la manera de actuar y de decidir de Roithamer había sido siempre la que le correspondía. Los hermanos no tenían nada y explotaban la tierra de su hermano, y la hermana le informaba de cuando en cuando sobre las actividades de sus hermanos, siempre dirigidas contra su hermano que, en Inglaterra, enseñaba o estudiaba o estaba obsesionado por alguna idea. Durante la construcción del Cono, al parecer, los hermanos estafaron a su hermano varios millones, pero Roithamer no reconoció que sabía lo que hacían, dejó correr las cosas, para él, Altensam y, para él, el destino de sus hermanos en Altensam se habían vuelto hacia tiempo indiferentes. Falta de comprensión, nada más que antipatía, era lo que había entre mis hermanos y yo, y nada más, leo, como un olor a podrido he dejado atrás Altensam y mis orígenes. Aquí, en la buhardilla de los Höller, Roithamer, incluso, durante los períodos más agotadores de sus trabajos en el Cono para su hermana, desde hacía tiempo convertidos en algo científico, sabía que, unos kilómetros más lejos, era estafado por sus propios hermanos, que no se ocupaban más que de gastar los recursos financieros que, en el fondo, pertenecían al segundo hermano, que odiaban todo lo intelectual, que despreciaban de antemano todo lo que tenía que ver con el pensamiento y que no ocultaban esa característica sino que, por el contrario, la exhibían abiertamente en toda ocasión, esos seres hermosos, como escribe Roithamer, pero totalmente degenerados que son mis hermanos, que no tienen otra cosa en la cabeza que la explotación de mi suelo y la explotación de todo aquello de lo que pueden aprovecharse, y que no existen más que en estúpidos detalles exteriores, van viviendo como siempre se ha ido viviendo en Altensam, *mientras yo aquí, enterrado en mi ciencia, no me permito ni las adquisiciones más necesarias, por ejemplo unos pantalones nuevos*, porque no puedo concederme el tiempo necesario para esas adquisiciones, así Roithamer, mis hermanos amontonan continuamente montones de nuevos trajes de moda, se compran nuevos coches cada dos por tres, y también en lo demás sus acciones son absurdas y totalmente contrarias a mis ideas, pero he renunciado a hacerles ver a mis hermanos su comportamiento, por no hablar de reprochárselo, y en realidad, sólo me permito lo más necesario, pero tampoco pido más que lo más necesario y toda mi felicidad consiste en contentarme con lo más

necesario, porque al fin y al cabo sólo hago lo que es útil para mi ciencia que, al mismo tiempo, es mi pasión, todas mis acciones, todas mis acciones pensadas y mis acciones ejecutadas, sea lo que fuere lo que declare y piense y ejecute, están subordinadas sólo a mi ciencia y, por tanto, a mi felicidad, así Roithamer, y no tengo ningún derecho a juzgar a mis hermanos, porque, si los juzgara, me inmiscuiría en su naturaleza, en la que no tengo ningún derecho a inmiscuirme, tengo que decirme una y otra vez que su naturaleza es muy distinta de la mía, con lo que, una y otra vez, se interrumpe mi pensar en mis hermanos o, en general, en los otros, y se resuelve otra vez el problema surgido instantáneamente y de forma inesperada. El hecho es que Roithamer disponía de sumas de millones y de una enorme fortuna, y que, sin embargo, él mismo se contentaba con lo más necesario, ese absurdo, naturalmente, provocaba un malentendido permanente, porque Roithamer sabía por qué se contentaba con lo más necesario, aunque tenía la propiedad de lo que se llama una enorme fortuna, porque esa enorme fortuna que le había correspondido de repente la utilizaba para su objetivo, para su ciencia, que había sido las ciencias naturales y que, con la construcción del Cono, había llevado a su punto culminante. Consideraba como la felicidad suprema disponer precisamente de la suma que le permitía ejecutar su plan de construir el Cono en el bosque de Kobernauss, para eso utilizó los millones de que dispuso después de la muerte de su padre y después de compensar económicamente a sus hermanos. Utilizó su herencia, aquella, así llamada, inmensa suma, para su experimento; en definitiva para su obra del Cono, que hasta entonces nadie había podido realizar, porque nadie que, posiblemente, había tenido antes que él la idea de construir un cono habitable y concretamente, de construir un cono como el que *él* había proyectado, había dispuesto de la suma necesaria para ejecutar un proyecto así, y no tenía remordimientos porque, teniendo en cuenta las sumas de miles de millones que derrochan los políticos en el mundo en la realización de maquinaciones totalmente inútiles, habida cuenta de esa enorme fortuna popular que era aniquilada diariamente por los políticos para sus fines inútiles y sin sentido, no podía menos de decirse esto: que no se da a menudo y, probablemente, sólo se da una vez esa ocasión de realizar, con una suma tan súbitamente movilizada, una construcción *como la que yo he realizado y que es única en el mundo y, en cualquier caso, única en el llamado mundo de la construcción*, y podía decirse a sí mismo, he construido el Cono, he sido el primero en construir el Cono, nadie antes que yo, yo lo he emprendido todo y he subordinado sólo a esa idea toda mi existencia y todas mis posibilidades, proyectar, impulsar y terminar el Cono. No sólo he proyectado ese Cono, podía decirse él, y ese pensamiento le permitió una y otra vez superar los muchos reveses en sus esfuerzos, las imposibilidades surgidas de pronto todos los años para hacer progresar su trabajo, su ciencia aplicada al Cono, no sólo he proyectado el Cono y sé que nadie en el mundo ha proyectado siquiera hasta ahora un cono así, un cono así no ha existido ni siquiera como proyecto, un cono tan enorme, un cono de tamaño tan monstruoso y un cono así habitable en unas condiciones

naturales tan únicas como son las condiciones naturales que se dan en el centro del bosque de Kobernauss, no sólo he proyectado un cono así, *he construido también realmente ese cono, y todos pueden ver que he construido el Cono*, así Roithamer. Por otra parte, no estaba nada interesado en que otros examinasen su Cono, su obra maestra de la construcción, sobre todo los llamados expertos, los expertos de la construcción no le interesaban, el llamado mundo de la arquitectura que, naturalmente, se le había presentado poco después de terminar el Cono y ya antes, por su parte tenía al fin y al cabo la prueba de que podía proyectarse y construirse un cono así y, de hecho, incluso en el centro del bosque de Kobernauss, no tenía que probar nada a nadie más que a sí mismo, y a sí mismo se había dado la prueba con la terminación del Cono, y durante seis años no había tenido otra cosa en la cabeza que darse a sí mismo la prueba de que podía construirse un cono así y de que podía construirse precisamente en el bosque de Kobernauss y de que ese cono cumplía todas las reglas que él mismo, Roithamer, se había trazado en relación con el Cono y que todo en el Cono las cumplía, el Cono se atenía a todas las reglas y era totalmente funcional, lo que es el mayor elogio para una construcción. Hasta la cena, que iba a hacer yo con los Höller, me había ocupado de ordenar mis cosas, las había sacado del equipaje y las había puesto en la mesa y en los dos sillones y en la cama, y había colgado mi chaqueta y mi abrigo en el armario, y el proceso de deshacer el equipaje y ordenar mis pocas cosas, sólo había traído lo que me había parecido indispensablemente necesario para una estancia de cinco o seis días en casa de los Höller, me había llevado más de dos horas, porque mientras deshacía el equipaje y ponía orden tenía que pensar siempre en Roithamer, en cómo había vivido *él* y en qué gran dificultad había vivido *él* continuamente y durante períodos tan largos, con la mayor disciplina y siempre pensando en su ciencia, y en qué condiciones y luego también en qué repentinos azares, y cómo había vivido en Inglaterra y cómo en Altensam y *cómo* había terminado en definitiva. Esos pensamientos eran constantemente provocados por los objetos de Roithamer que había en la buhardilla de los Höller, la cual tenía también para mí, ya desde los primeros instantes de mi presencia en ella, una fascinación incomprensible y realmente indescriptible, como la que Roithamer había descrito siempre, y Roithamer había descrito muy a menudo la buhardilla de los Höller como célula germinal de su ciencia, como origen del último tercio de su vida, sí, una vez me dijo que, sin la buhardilla de los Höller y la posibilidad de habitar, utilizar e incluso explotar en todo momento la buhardilla de los Höller, no hubiera seguido viviendo a partir de un momento determinado, a partir del momento en que se dedicó exclusivamente a su ciencia, ese momento había llegado instantáneamente, un día Roithamer volvió a Inglaterra desde Altensam y me habló de la fascinación de la buhardilla de los Höller, nos habíamos reunido en la vivienda de Roithamer en Cambridge, probablemente para tratar de algún tema científico o filosófico o filosófico-científico que le preocupaba, para hablar de algún problema que probablemente se le había presentado precisamente, como ocurría con

tanta frecuencia, al enfrentarse con sus alumnos o profesores, y era característico de Roithamer no ocuparse de un tema así que se le presentara de repente, por la razón que fuera, y luego, como es habitual, abandonarlo en un punto determinado, un tema del que él se ocupara tenía que ser *pensado hasta el fin* y todo el tema debía ser examinado antes de que Roithamer pudiera darse por satisfecho de haberse ocupado de ese tema, ocuparse de un tema significa pensar ese tema hasta el fin, no debe quedar nada de ese tema que no se haya aclarado o, por lo menos, que no se haya aclarado en el más alto grado posible, en aquella ocasión sin embargo, ahora lo recuerdo, de pronto no me había hablado del tema, sino de la buhardilla de los Höller, por primera vez con tal insistencia que me desconcertó ver cómo Roithamer, que nunca hablaba de viviendas más que lo más necesario, hablaba de la buhardilla de los Höller más de una hora, intentando explicarme la buhardilla de los Höller en todos sus detalles, hacerla surgir ante mí poco a poco, no de repente y, por tanto, como algo borroso, no de forma clara y aprehensible en su totalidad, sino poco a poco y con la precaución del científico, deduciendo un objeto de otro, una rareza de otra, hasta que toda la buhardilla de los Höller, con todos sus objetos y rarezas, estuvo claramente ante mis ojos, fascinados a su vez por el proceso de descripción y explicación, como una realidad que yo podía comprender exactamente tal como él la comprendía, claramente, y cuya significación e importancia para su ciencia y para su existencia futura había que entender de repente como *una significación y una importancia absolutas*. Contemplando las paredes interiores de la buhardilla de los Höller, comparaba yo mi observación de ahora con la descripción de Roithamer de hace muchos años, para ver si lo que yo contemplaba y observaba coincidía con lo que Roithamer me había descrito, si las imágenes que yo había ligado a la descripción de Roithamer concordaban con la realidad que yo tenía ahora oportunidad de controlar y comprobar, con las descripciones de Roithamer, oía por un lado a Roithamer y contemplaba y observaba y comprobaba por otro y al mismo tiempo lo que Roithamer me había descrito entonces de la buhardilla de los Höller, todas sus paredes y, finalmente, el techo de la buhardilla de los Höller y su suelo, que estaba cubierto de planchas de alerce irregulares, más anchas que estrechas, y de las que las más extrañas me recordaron enseguida estructuras terrestres vistas desde el aire, probablemente las estructuras terrestres, las estructuras de la superficie terrestre de alguna región no europea, de Asia o de Sudamérica, oía lo que Roithamer dijo entonces como si lo dijera en aquel instante, exactamente su voz, sus altos y bajos, con todas sus pausas, en él características, las lentitudes y aceleraciones de su forma de hablar, en aquella ocasión, en Inglaterra, se había añadido aún la circunstancia de ser su primer descubrimiento de la buhardilla de los Höller como ideal para él, todo en la buhardilla de los Höller era nuevo para él, y así, en el tono que se utiliza para comunicar una novedad increíble, tan increíble como inmensa, Roithamer me describió entonces la buhardilla de los Höller, reiterando una y otra vez que, en el caso de la buhardilla de los Höller, se trataba quizá y probablemente, como subrayaba

una y otra vez, del *descubrimiento de más importancia vital* para él de la segunda mitad de su existencia, en el fondo terminada por él hacía tiempo, no hablaba más que de la buhardilla de los Höller, que los dos conocíamos por cierto, porque habíamos observado muy a menudo la construcción de los Höller en la garganta del Aurach cuando la estaban levantando, pero cuya significación, repentinamente manifiesta, no hubiéramos podido sospechar siquiera entonces, mientras levantaban la construcción de Höller en la garganta del Aurach, y esa significación y esa importancia las había recibido sólo la buhardilla de los Höller, efectivamente, por Roithamer, para quien, en su primera estancia larga en ella, de pronto, en la primera noche, durante la cual se había levantado a menudo e ido al escritorio, que estaba, como está ahora, junto a la ventana, al escritorio que, originalmente, no había estado destinado en absoluto a escribir, en absoluto a estudiar, era un objeto heredado por Höller de la viuda de un ingeniero de contención de torrentes de Gmunden, que Höller, sólo porque no sabía qué hacer con el escritorio, había puesto en la buhardilla de los Höller por perplejidad, porque en casa de los Höller había estado estorbando largo tiempo, lo mismo que ocurre tan a menudo y lo mismo que la mayoría de los objetos que se heredan estorban y no hacen más que estorbar, a Höller se le había ocurrido de pronto la idea de poner el escritorio, un sencillito escritorio de plancha de arce, en la buhardilla, ese escritorio no había tenido la menor significación hasta el instante en que Roithamer, en esa primera noche pasada en la buhardilla de Höller, se levantó y fue hacia él y se sentó, y Roithamer me dijo que en ese escritorio y *en el instante en que por primera vez se sentó al escritorio*, le vino la idea de la construcción del Cono, de pronto, mientras me sentaba al escritorio, tuve la idea de construir el Cono para mi hermana, para su felicidad suprema, como inmediatamente había sentido y, a partir de ese instante, la idea de construir un cono como vivienda para su hermana, para su felicidad suprema, no lo dejó ya en paz y allí, sentado a aquel escritorio al que nunca me había sentado antes, me juré realizar la idea de construir el Cono, construirlo y hacerlo realidad completamente solo, confiado a mí mismo y sólo con mi cabeza, y esa misma noche empecé ya en el escritorio a tomar notas y a hacer bocetos relativos al Cono, y *también el emplazamiento del Cono, a saber, el centro del bosque de Kobernauss* se me ocurrió *en los primeros instantes*, mientras tomaba las notas y hacía los bocetos, el Cono tendrá su emplazamiento en el centro del bosque de Kobernauss, me decía una y otra vez mientras hacía ya los primeros bocetos, tomaba las primeras notas relativas al tamaño y la altura y la profundidad y la anchura del Cono, y también sobre su estática había reflexionado al mismo tiempo, porque, sobre todo, me decía, la construcción del Cono era un problema de Estática, y me pasé toda la noche sentado a ese escritorio, haciendo bocetos y tomando notas, y eran ya las cuatro de la mañana cuando me di cuenta de que, en el fondo, estaba completamente agotado, esos bocetos y notas, me dijo en aquella ocasión en Inglaterra, durante la descripción de la buhardilla de los Höller, fueron los bocetos y notas relativos al Cono a los que recurrí luego, una y otra vez,

durante mis seis años de trabajo en el Cono, los primeros bocetos y notas fueron los más importantes, resultaron ser una y otra vez, durante la planificación y la construcción, los más importantes *de todos*, sobre la base y sobre la originalidad de esos bocetos y notas construí luego el Cono durante esos seis largos años, años intensificados sólo hacia ese fin, el Cono, así Roithamer. Ahora yo mismo me había instalado en la buhardilla de los Höller descrita por Roithamer, y trataba de hacerme una idea clara de su interior, oía, sentado en la cama, o a la mesa o al escritorio o en el sillón del rincón, o yendo y viniendo, casi todo el tiempo estaba yendo y viniendo porque creía poder alcanzar yendo y viniendo una intensidad aún mayor de concentración en lo que contemplaba, miraba y observaba y, al mismo tiempo, comprobaba y, en mi deseo de esa mayor intensidad de concentración en mi objeto de observación y comprobación de la buhardilla de los Höller, cuando empecé de repente a ir y venir muy deprisa, no me vi defraudado, oía ahora mejor lo que Roithamer había dicho en Inglaterra, más penetrantemente, y por eso podía comprenderlo mejor y más penetrantemente y, al mismo tiempo, mi observación del interior de la buhardilla de los Höller era más aguda, poco a poco, y obligado a ello por la cadencia de la forma de expresarse de Roithamer, oía por fin todos los significados de lo que Roithamer había dicho, lo recordaba de pronto exactamente, mientras le oía decir de nuevo en la buhardilla de los Höller lo que había dicho en Inglaterra, todo, y recordaba todo el significado de lo que él había expuesto, y tenía así una posibilidad ideal de compararlo, y comprobaba cada vez más lo exactas que habían sido las descripciones de Roithamer, al describírmela en Inglaterra, tenía que haber visto la buhardilla de los Höller como si estuviera en ella mientras me la describía, porque, de otro modo, no hubiera sido posible una descripción tan precisa, pero sé lo preciso que fue siempre el arte para describir de Roithamer, sin dejarse distraer ni por el menor ruido, el ruido ininterrumpido del Aurach no había sido nunca una distracción para mí ni tampoco para Roithamer durante sus estancias en la buhardilla de los Höller, sin el menor ruido que no fueran los ruidos del turbulento Aurach, francamente turbulento sobre todo en la garganta del Aurach, y yo tenía la posibilidad de concentrarme totalmente en la descripción de Roithamer de entonces y en mi propia observación en este instante de la buhardilla de los Höller, yo mismo adaptaba todo lo que había en mí a esa descripción y esa observación, y no hubiera dejado que los ruidos me estorbasen en esa concentración, pero por fortuna, de repente y precisamente en favor de esa concentración, se había hecho en toda la casa de los Höller el mayor silencio, lo que era extraño porque, al fin y al cabo, ya antes de la aparición de ese estado de concentración consistente en oír a Roithamer y su descripción, y contemplar y mirar y observar y comprobar por mi parte la buhardilla en relación con esa descripción, los niños de los Höller habían vuelto de la escuela y varias personas identificadas por mí desde la buhardilla como personal forestal habían entrado en casa de los Höller por asuntos de taxidermia, pero en ese instante y, de hecho, durante toda mi concentración en ese objeto, reinaba un completo silencio.

Así tuve la posibilidad de recorrer uno tras otro los objetos de la buhardilla de los Höller, como se recorre un trabajo científico que, de pronto, por la razón que sea, y siempre hay alguna razón, debe ser comprobado. Como él se había ocupado sólo de sí mismo, había estado siempre concentrado sólo en su ciencia, y como esa ocupación y esa concentración daban a los no iniciados la impresión de que para él no existía nada que no fueran él mismo y su ciencia y su concentración en esa ciencia, sus sólidos conocimientos, siempre sorprendentes, en todas las demás esferas que no eran las suyas resultaban desconcertantes, así, por poner un ejemplo, tenía un conocimiento excepcional de todo lo que, al parecer, no le afectaba en nada ni tenía por qué afectarle, como por ejemplo en la esfera de la política, que debía de seguir con la mayor atención porque, de otro modo, no hubiera podido tener esos conocimientos suyos sobre política y todo lo relacionado con la política, revelados por comentarios que hacía con regularidad, y yo veía una y otra vez con qué minuciosidad estaba informado él incluso sobre los acontecimientos políticos más actuales y era siempre capaz de aportar a una discusión esos acontecimientos políticos actuales y, a menudo, no sólo los que preocupaban al mundo entero sino los que, *bajo la superficie del acontecer político mundial, lo determinaban constantemente y en medida decisiva*, de ponerlos en relación con lo que le ocupara en aquel momento, aunque aparentemente fuera lo más alejado de esos acontecimientos políticos, siempre hacía manifestaciones que probaban que no se le escapaba nada de lo que hace moverse o, por el contrario, estancarse al mundo político, era, como debe ser requisito indispensable para un hombre inteligente, lector atento y crítico *a diario* de todos los periódicos y revistas a su alcance y se informaba por todos los medios sobre política, la cual, como decía, tenía para él la mayor de las fascinaciones, como dijo también una vez, el arte de la política era la primera de todas las artes, y en esa observación, evidentemente, no incluía la política entre las ciencias, sino entre las artes, si no hubiera sido él lo que era, así decía, se hubiera dedicado siempre, y de hecho con la mayor energía posible, al arte de la política, pero consideraba las ciencias naturales y el ocuparse de sus fundamentos como la tarea más primordial de su vida, y por eso no se había dedicado a la política y, siempre lo subrayaba expresamente, al arte *de la política*, como hoy veo, siempre estaba excitado sobre todo por los acontecimientos políticos y de hecho, como él decía, siempre monstruosos, incluso en los llamados tiempos tranquilos, períodos tranquilos del acontecer político, por esos acontecimientos políticos, en realidad siempre decisivos para el mundo y transformadores del mundo y, por ello, aniquiladores del mundo y, en una excitación constante por lo político en general, quizá en medida aún mayor que la que le hubiera correspondido, se ocupaba de su propia ciencia, las ciencias naturales, como era un hombre al que todo interesaba, la política tenía que interesarle más que nada, aunque su propia existencia intelectual se concentrara totalmente en las ciencias naturales y en la Naturaleza, *las ciencias naturales son mi propia ciencia*, dijo una vez, siempre dispuesto a la mayor excitación e ilustración al mismo tiempo, mediante la observación de todos los

acontecimientos políticos del mundo, los cuales son necesarios para mi aislamiento, que soy yo, para poder progresar en mi ciencia. Así, es iluminador que, cuando hablaba de su tema y mientras hablaba de él, se sintiese tentado a aclarar su tema, con lenguaje claro, con frases breves, con su arte de la formulación, constantemente preocupado de aclarar y, al mismo tiempo, comprobar su objeto, mientras conquistaba de nuevo y reconquistaba siempre, en todos los instantes en que se ocupaba de ese objeto, su objeto original, las ciencias naturales, lo mismo que todo pensamiento, en todo instante, tiene que reconquistar y conquistar para sí, siempre de nuevo, todo lo anteriormente pensado, iluminador que, con esa competencia, tomara en consideración siempre lo político y, de hecho, pusiera siempre en relación al menos con su pensamiento el acontecer político actual, y asimismo la historia política, porque el pensador no tiene que pensar sólo en su propia ciencia sino en todo lo demás que, lógicamente, está siempre relacionado con su propia ciencia, lo mismo que, a la inversa, en todo lo demás juntamente con su propia ciencia y, por tanto, en las posibilidades o imposibilidades y en las probabilidades e improbabilidades propias siempre con todas las demás. Por eso tampoco es sorprendente que yo encontrase en Ja buhardilla de los Höller muchas notas de contenido político, me había llamado la atención enseguida que, en el caso de una multitud de las hojas fijadas o pegadas en las paredes, se trataba de esas hojas políticas, también en Inglaterra le gustaba cubrir las paredes de su habitación, sobre todo, con hojas de contenido político, en esa relación por una parte científica y por otra totalmente política, en un caso poco llamativa y en el otro llamativa, entre su pensamiento y su trabajo intelectual se encontraba en su elemento y siempre lo había estado, de forma que, si hablaba de su ciencia, hablaba al mismo tiempo de política y de todo lo demás y, si hablaba de política, de su ciencia y de todo lo demás, porque el científico o quien consideramos científico y tenemos por tal, o el así llamado científico, el que se ha entregado a una ciencia porque ha tenido que entregarse a esa ciencia, no tiene que pensar sólo en su ciencia, si es uno de esos científicos que hay que tomar en serio, sino continuamente también en todo lo demás y, a partir de todo lo demás, siempre de nuevo en su ciencia, y a la inversa, y su existencia no es otra cosa que ese estado ininterrumpido de comprobación en que él, el científico, tiene que comprobar ininterrumpidamente lo que piensa en ese instante, que tiene que ser siempre todo, porque sin pensar *en ese instante siempre en todo* no hay pensamiento, así decía. Todo lo que se piensa y por lo que, a partir de ese pensamiento, se actúa, decía, es político, tenemos que tratar con un mundo totalmente político y con una sociedad totalmente política, que mueve ese mundo continuamente. En verdad, el ser humano, decía, era un ser totalmente político, ya podía hacer y pensar lo que quisiera y negar ese hecho cuantas veces quisiera. Pero también había descubierto yo en seguida, en la buhardilla de los Höller, indicios de su afición a las artes, y entre ellas, sobre todo, a la música que, siendo después del arte de la política la que más lo conmovía, así decía él, había convertido con el paso del tiempo en su preferida, numerosos cuadernos de



música, partituras para piano, etcétera, pero también muchos ejemplos musicales de su propia mano, inspirándose en los cuales él, que tenía un oído musical absoluto, esperaba avanzar en sus ciencias naturales, porque la música, decía una y otra vez, era el arte más próxima a las ciencias naturales y al ser humano, la música era en el fondo matemáticas audibles y, ya por ese hecho, un instrumento indispensable para el científico, en conjunto, para sus fines y descubrimientos y el logro de conocimientos y reconocimientos siempre nuevos, por lo que él, Roithamer, además de ocuparse de la ciencia, de las ciencias naturales y de todas las disciplinas pertenecientes a ellas, se ocupaba sobre todo de la música, como medio artístico más útil para él, y me consta que, a menudo, iba de Cambridge a Londres para pasar varios días, a fin de escuchar una pieza determinada de Purcel o de Händel, que en Inglaterra escriben y pronuncian *Händel*, porque consideraba esa audición como absolutamente necesaria para avanzar en su esfera, lo que pienso e impulso hacia delante no podría pensarlo ni impulsarlo nunca hacia delante sin la música, así decía, por eso tengo que hacerme posible siempre, partiendo de la música, el paso siguiente en mi progreso científico, al escuchar a Purcel o al escuchar a Händel, así decía, tengo la posibilidad de avanzar más rápidamente que si *no* escuchara a Purcel o a Händel, y le gustaban Händel y Purcel más que cualquier otro compositor, apreciaba a los dos más que a Bach, y luego eran Mozart y, lo que probablemente se explicaba por su origen, Bruckner por los que sentía especial predilección, y una vez, cuando, con un musicólogo de Oxford, estábamos reunidos los tres, tuve de pronto la confirmación de que los conocimientos musicales de Roithamer, que se deben calificar sin vacilación de musicólogos, eran de lo más extraordinario, todavía recuerdo muy bien las exclamaciones de asombro, siempre renovadas, del musicólogo de Oxford, un hombre expulsado por los nazis de Viena poco antes de estallar la guerra y, para mí, enseguida, competente en alto grado a causa de su *incorruptibilidad intelectual* (una expresión de Roithamer), que fue el musicólogo más considerado de toda Inglaterra en su época, cuando Roithamer hacía alguna observación relativa a la ciencia y el arte de la música, y es probable que Roithamer fuera también a Inglaterra a fin de investigar el arte de la composición de Purcel y de Händel, porque ya antes de ir a Inglaterra le gustaban Purcel y Händel y se había ocupado de ambos, escribiendo incluso un pequeño ensayo, lo que se llama un estudio comparativo, titulado *Händel y Purcel*, que, sin embargo, se ha perdido, una de las muchas joyas de Roithamer, que escribió a sus veinte y tantos años y que, porque no se ocupaba de ellas, probablemente por desconocer realmente sus cualidades y porque, en general, era un carácter que, en cualquier caso, menospreciaba sus propias obras de arte, las hechas por él mismo, después de concluir las, por logradas que fueran, y no se ocupaba más de ellas, recuerdo también un artículo sobre Antón von Webern, que construía toda una teoría propia de la música, el cual se ha perdido igual que los escritos anteriormente mencionados sobre Händel y Purcel, estudios de semanas de las teorías de Hauer y Schönberg habían retenido siempre a Roithamer en Altensam, en su

habitación del torreón, y los que lo rodeaban se habían asombrado siempre de cómo dominaba el arte de tocar el piano, que había sido para sus estudios absolutamente necesario, porque la enseñanza musical que, como sus hermanos, había recibido en Altensam de un antiguo profesor del Schottengymnasium, esa extraordinaria escuela de humanidades de la capital, que vivía allí, enseñaba también latín a los niños y jóvenes, y se había marchado de Viena a causa de una grave enfermedad de pulmón y, por mediación de un amigo del padre de Roithamer, había ido a Altensam, había sido de lo más mediocre, porque los padres de Roithamer y, por ello, también el profesor llegado a Altensam, no prestaban atención principal a las llamadas *disciplinas de las musas*, como la música, sino a las matemáticas y las lenguas extranjeras, pero Roithamer, precisamente, había sido siempre diferente de los otros y, mientras sus hermanos destacaban en las lenguas extranjeras, incluso en las antiguas, las llamadas *lenguas muertas*, que a él, todas ellas, no le interesaban en absoluto, era el más atento de los alumnos de música, y consideraba la mediocre enseñanza del profesor de Viena, que seguía estando enfermo en Altensam pero no contagiaba a los de Altensam, ya desde un principio, como iniciación en el arte que le parecía más importante, la música, como medio de avanzar en las ciencias naturales que, ya de semiadulto, había comenzado a abordar, porque Roithamer había comprendido ya entonces, a los diez o doce años, instintivamente, que la música y el conocimiento de la música eran para él condición previa para poder emprender el camino de las ciencias naturales, y por eso, ya entonces, había aprovechado todas las oportunidades para perfeccionarse en el conocimiento de la música y, a partir de esa sencilla enseñanza de la teoría de la música y de la práctica de la música, como era tocar el piano, había podido adquirir por sí mismo una maestría, y esa maestría no sólo había podido conservarla durante toda su vida, sino también aumentarla e intensificarla. Para él, escuchar música había sido siempre sinónimo de estudiar música y por eso, cuando escuchaba música, ese proceso no sólo era un proceso que lo ponía siempre, por medio de lo escuchado, en un estado de exaltación, sino, por el hecho de escuchar y estudiar la música al mismo tiempo, en un estado de *meditación*. Mientras los otros escuchan música y, *cuando* escuchan música, sienten, Roithamer podía escuchar música y sentir y pensar y estudiar sus ciencias naturales. Su interés principal se orientó siempre, por una parte, a Purcel y Händel y Mozart y Bruckner y, por otra, a la música moderna y más moderna, Hauer, Webern, Schönberg y los compositores que los sucedieron. El comienzo del cuarteto de cuerda de Webern, escrito a mano sobre una factura, lo había fijado sobre su escritorio en la buhardilla de los Höller. Le gustaba ese comienzo y había sido siempre importante para él. Los libros más importantes para él pueden enumerarse rápidamente, y yo los conocía por las observaciones siempre repetidas de Roithamer, en las que había establecido una relación entre esos libros, en el fondo eran siempre los mismos, Montaigne, Novalis, Hegel, Schopenhauer, Ernst Bloch y, porque creía reconocerse en ellos, los escritos de Wittgenstein, que procedía de la misma región que Roithamer y había sido

siempre un observador atento de la región de Roithamer, siempre eran sólo unas cuantas obras filosóficas y poéticas las que, con su firma, tenía siempre consigo, dondequiera que se alojase y trabajase, eran tan pocas que, en todo momento, podía meterlas en su saco de viaje y llevarlas consigo, pero tenían que estar constantemente al alcance de la mano. Aquí, en la buhardilla de los Höller, habían quedado después de su muerte y, colocadas por él mismo en el estante que había encima del escritorio, pertenecían ahora para siempre a este lugar, donde había estado el verdadero cuarto de trabajo de Roithamer, su habitación de ideas y pensamientos, en la que, mientras vivió, salvo a mí y a Höller, jamás se había permitido entrar a un ser humano, de eso se había ocupado Roithamer por acuerdo secreto con Höller, de que, salvo él, nadie entrase en esa habitación y, en ausencia de Roithamer, únicamente Höller solo, tampoco yo, pero yo había estado mientras él vivía, además de Höller que, aunque sólo fuera con fines de ventilación, había tenido que entrar en la buhardilla, a intervalos regulares, con la obligación de no cambiar nada en la buhardilla, de dejarlo todo como Roithamer había considerado apropiado y considerado apropiado, siempre, con el máximo orden, todo, en la buhardilla de los Höller, tenía, en relación muy estrecha con la forma de ser de Roithamer, con sus peculiaridades y, de un modo claramente explicable por la visión del mundo que le era propia, su lugar determinado e inmutable, Roithamer hubiera notado inmediatamente el más mínimo cambio en la buhardilla de los Höller al entrar de nuevo después de volver de Inglaterra o del sur del Tirol, a donde iba a menudo directamente desde Inglaterra, para visitar allí a un musicólogo muy amigo suyo que, como Roithamer subrayaba siempre, era al mismo tiempo profesor de matemáticas fundamentales en la Universidad de Trento y que, cuando no enseñaba en Trento, vivía y trabajaba en las proximidades de Rovereto en una heredad solitaria en las alturas, a más de mil metros, y se había entregado totalmente a su trabajo, durante muchos años, así Roithamer, se había convertido a sí mismo en objeto de unos estudios del máximo interés, o bien cuando él, Roithamer, venía de Carintia, en donde se había refugiado también muchas veces, porque sabía allí a una prima a la que quería, hija de un comerciante de maderas de Klagenfurt, con la que pasaba de buena gana, cada dos o tres años, uno o dos días, pero la mayoría de las veces Roithamer venía directamente de Inglaterra a la buhardilla de los Höller, y hubiera sido impensable que, en el intervalo, se hubiera cambiado algo en la buhardilla de los Höller, en eso había puesto siempre Höller la máxima atención, en que no se cambiara nada en la buhardilla de los Höller, y la mayor seguridad a ese respecto la tenía no dejando entrar a nadie, en ausencia de Roithamer, en la buhardilla de los Höller, Roithamer había ofrecido a Höller una suma, pagadera regularmente, por la utilización de la buhardilla, pero Höller había rehusado estrictamente esa suma, consideraba una distinción que Roithamer utilizase para sus fines su buhardilla, por lo demás no utilizada en absoluto por nadie, para él, Höller, lo era la utilización, la ocupación de la buhardilla de los Höller por Roithamer, de quien, hacía ya muchos años, antes de que se trasladase a la buhardilla de los Höller, había

sabido con claridad que se trataba de una inteligencia extraordinaria, de una rara inteligencia situada, por lo menos, sobre la de todos los hombres que conocía y de una, como dice Höller, *aparición genial*, y eso le bastaba a él, que ese hombre extraordinario y raro, así Höller, y genial, del que había que suponer que pronto sería conocido también en un círculo más amplio como tal hombre extraordinario y raro y genial, utilizase para su ciencia la buhardilla por lo demás vacía y, en su vaciedad, pronto en ruinas, además, para él, Höller, era lo más natural del mundo poner a disposición de su amigo, de su amigo de la infancia y de la escuela y de la juventud, esa buhardilla para su ciencia y su arte, que él, Höller, desde luego no comprendía, pero que admiraba en todas sus características de excepción, que para él, Höller, se hacían visibles interrumpidamente en la persona de Roithamer, Roithamer rechazaba siempre la admiración de su amigo Höller, incluso ofendía siempre al amigo que lo admiraba, si el uno mostraba su admiración al otro de una forma más explícita de lo que a Roithamer, sensible para esas cosas, le resultaba soportable, y una y otra vez había hecho también todo lo posible para explicar a Höller que él, Roithamer, no merecía ninguna clase de admiración, aunque, como todo trabajador, tenía absoluto derecho al respeto, que el respeto o, mejor aún, el respetarse era precisamente el medio más útil entre amigos, el más apropiado y más adecuado para ellos y, sobre todo, para su amistad, y que la gente admiraba siempre, cuando, sin embargo, no hubiera debido hacer más que respetar, y que era un defecto ese admirar, que no debía ser otra cosa que respetar, de lo que, sin embargo, la mayoría de la gente no era capaz, porque respetar era, sin duda, la forma más difícil entre los individuos, la mayoría no era en absoluto capaz de respetar, cuando precisamente respetar era lo más importante, preferían admirar antes que respetar, y sólo irritaban con su admiración y aniquilaban en el otro, con su admiración, lo que en el otro había de valioso, en lugar de conservarlo mediante el debido respeto, pero Höller se había entregado abiertamente a la admiración de Roithamer y, con el tiempo, Roithamer se había cansado de defenderse de esa admiración, ofendiendo a Höller. Pero quizá, sin embargo, la admiración de Höller por Roithamer no había sido otra cosa que respeto, se estimaban mutuamente, incluso, como me consta, se tenían mutuamente, cada uno a su modo y de acuerdo con sus posibilidades, una gran estimación. Al abrir la cómoda, que, supongo, porque no va bien en absoluto con el mobiliario de los Höller, una de esas rarezas josefinas, de tres cajones, de nogal, con una ornamentación sencilla en los cajones, había sido traída a la buhardilla de los Höller por deseo de Roithamer e incluso, quizá, de su propiedad de Altensam, probablemente se trata de un mueble favorito de Roithamer, pensé, también el olor, cuando abrí el cajón superior, para poner en él mis cosas de aseo, de aquella cómoda trabajada de una forma extraordinariamente cuidadosa, no chapada sino hecha con planchas de nogal enteras y uniformemente veteadas, me recordó enseguida Altensam, porque en Altensam, donde había estado a menudo y, de hecho, ya en mi más temprana infancia, primero con mi abuelo, que había sido amigo del viejo Roithamer, y luego,

solo, casi a diario y, tengo que decirlo, una y otra vez y, cuando estaba en casa, continuamente, me había sentido atraído por él, para mí, siempre misterioso y gigantesco, inagotable Altensam, por sus muros infinitamente numerosos e infinitamente viejos, por sus cientos de estancias con sus miles y miles de muebles y cuadros, que, en cualquier caso, tenían que atraer, incluso que cautivar a un joven, y más a un niño, que procedía de un medio que habría que calificar más de opuesto que de estrecho, por no hablar de las gentes de Altensam, que fueron para mí las más misteriosas de mi infancia, al abrir la cómoda que, como pensé de repente, procedía sin duda de la gigantesca colección de muebles de Altensam, descubrí la rosa de papel amarilla que Roithamer había derribado una vez de un tiro y con la que tiene que ver lo siguiente: el día del vigesimotercer cumpleaños de Roithamer, que él, siguiendo una ocurrencia que había tenido en su habitación de Cambridge, había querido pasar conmigo en Altensam y que, efectivamente, después de un viaje aventurado, aventurado por las gigantescas inundaciones de la costa holandesa, pasamos juntos en Altensam, habíamos ido, Roithamer y yo, al festival de música que, como todos los años, se celebraba a principios de mayo en Stocket, y habíamos pasado toda la tarde de su cumpleaños y toda la noche hasta el amanecer en el festival de música que se celebraba al aire libre, y no nos habíamos contenido en el comer ni en el beber, nuestro doble desenfreno, debido a que, anteriormente, habíamos estado cuatro o cinco meses totalmente encerrados en nuestros estudios, él, Roithamer, en sus ciencias naturales, yo en mis estudios matemáticos, que nos habían tenido aislados de forma totalmente consciente y completa en nuestro Cambridge científico, había sido máximo. Como puede imaginarse, ese festival de música nos había venido muy bien para salir de nuestro estado científico, y aprovechamos enseguida y con la mejor disposición la oportunidad de distraernos radicalmente en ese festival de música, y liberarnos de nuestra situación de opresión intelectual, en la que, como es natural, habíamos estado realmente encerrados en un grado ya peligroso, a causa de la concentración ininterrumpida en nuestros objetos intelectuales. En el festival de música no había en el fondo nada de extraordinario, esos festivales de música son en nuestra patria siempre iguales, y el efecto de esos festivales de música es utilísimo, precisamente para las gentes encadenadas un año tras otro a su trabajo, y por eso, como es natural, todos se apresuran a acudir a los dos o tres festivales de música del año, con sus auténticas y así llamadas diversiones y distracciones, esas representaciones se llaman festivales de música porque se diferencian de las llamadas verbenas, corrientes en el país, en las bandas de música, que tienen un enorme atractivo para la población, y en nada más, pero los organizadores saben que contarán con una asistencia muchísimo mayor si no llaman a esas fiestas *verbenas* sino *festivales de música*, y por eso se ha generalizado el que esas representaciones, aunque no sean más que verbenas, se llamen hoy festivales de música, todos van a esos festivales de música y esos festivales de música, por regla general, empiezan pronto en la tarde del sábado y terminan tarde en la mañana del domingo. En

Altensam, donde habían olvidado incluso el cumpleaños de Roithamer y los hermanos de Roithamer no habían estado siquiera presentes, habíamos hecho realidad, tras una corta estancia, la posibilidad de ir al festival de música, nos habíamos puesto trajes apropiados para un festival de música así y habíamos ido al festival de música. Al principio nos habíamos sentido muy interesados por la representación y, vaciando rápidamente varios vasos de cerveza y de aguardiente, nos habíamos puesto enseguida en el estado de animación necesario para un festival de música así, y los dos habíamos encontrado enseguida, naturalmente, muchas caras conocidas, compañeros de colegio y sus hermanas o mujeres, con los que entablamos pronto las conversaciones más diversas, pero esas conversaciones consistían en gran parte en que nosotros, Roithamer y yo, teníamos que explicar por qué nos habíamos ido un buen día a Inglaterra y qué se nos había perdido allí y por qué no nos habíamos quedado en nuestra tierra y nos habíamos convertido, como ellos, en lo que ellos se habían convertido. Al principio, esas conversaciones, que en el fondo no eran más que preguntas que nos hacían a los dos, no nos habían resultado molestas, y habíamos respondido con la mejor disposición todas esas preguntas que se nos hacían, por ejemplo, si éramos ahora ingleses y no austríacos ya, si vivíamos en Londres o dónde si no, si nos habíamos convertido en científicos, eminencias, si pensábamos volver otra vez a nuestra patria y, sobre todo, una y otra vez, cuánto ganábamos, y teníamos que decir en chelines cuánto ganábamos, no en libras inglesas, porque evidentemente era demasiado difícil para ellos convertir libras inglesas en chelines austríacos, si era verdad que en Inglaterra llovía continuamente y que allí, continuamente, todo estaba envuelto en niebla, si habíamos visto alguna vez a la reina de Inglaterra, y quizá la habíamos conocido alguna vez personalmente y hasta hablado con ella, las preguntas no terminaban nunca, y cada vez había más gente en el festival de música que nos hacía preguntas y cada vez teníamos que dar más respuestas, nos siguieron preguntando y seguimos respondiendo hasta que, los dos, no pudimos aguantar más, y nos abrimos paso finalmente, entre los cientos de personas hacía tiempo borrachas, hasta un puesto de tiro al blanco. Ambos nos asombramos de nosotros mismos, al encontrarnos de repente *ante un puesto de tiro al blanco*, porque ni yo ni Roithamer habíamos estado jamás ante un puesto de tiro al blanco, por ningún motivo, al parecer, en la vida se nos había perdido nada en un puesto de tiro al blanco, a diferencia de los hermanos de Roithamer, que habían sido excelentes tiradores, no sólo según se decía sino según habían demostrado, y que habían participado siempre también en todos los concursos de tiro y partidas de caza, y tenían cientos y cientos de copas expuestas en sus habitaciones, como confirmación de su talento de tiradores, y eran conocidos y estimados en un amplio radio como tiradores magistrales y, en realidad, como fanáticos de la caza y del tiro al blanco, a diferencia de mí y de mi amigo Roithamer, que, por el contrario, no sólo no sabíamos tirar, sino que nunca nos habíamos imaginado saber tirar y, en el fondo, despreciábamos la caza y todo lo relacionado con la caza, la odiábamos

efectivamente en secreto, porque también Roithamer, como me consta, odiaba la caza, comprendía la caza pero la odiaba, a menudo había hablado de esa pasión de sus hermanos y, una y otra vez, había dicho que aborrecía esa pasión y que, sin embargo, la caza era una pasión de los Roithamer, ya su padre había sido gran cazador y tirador, durante muchos años, durante decenios, había sido montero mayor de la provincia y comisionado público de licencias de caza, y que ser de Altensam era sinónimo de haber nacido con afición a la caza y al tiro, sin duda era la primera vez que ocurría en Altensam el que, de pronto, hubiera alguien que no sólo no tenía afición a la caza, sino que despreciaba la caza y la odiaba con la mayor decisión, en ese aspecto era natural que los hermanos de Roithamer, sólo por esa razón, para ellos totalmente incomprensible, acogiesen con reserva, si es que no lo odiaban, a ese hermano degenerado, pero, como era natural, desde hacía tiempo no se atrevían ya a mostrar hacia él, en ese sentido, ni desprecio ni odio, porque dependían de aquel hermano de repente propietario de Altensam, y realmente creían estar a su merced y que, un día, podría echarlos de Altensam a ellos y a toda su degeneración, lo que, sin embargo, hubiera sido totalmente opuesto a la naturaleza de Roithamer, pero, para volver a la caza, era algo único que un Roithamer, contra todas las normas de la historia de Altensam, no fuera en absoluto cazador y en absoluto tirador, y precisamente ese hombre, pensé cuando, súbitamente, por haber huido de los centenares y millares de preguntas demenciales que de pronto nos atacaron los nervios y realmente la cabeza, estábamos junto al puesto de tiro al blanco, estuviese ahora ante un puesto de tiro al blanco. ¿Para tirar?, me pregunté y, en aquel instante, Roithamer compró dos docenas de cartuchos y comenzó a disparar, disparando a las rosas de papel que, en forma totalmente desordenada, estaban frente a él en sus soportes de porcelana, y derribándolas una tras otra con sus disparos, de forma que los que estaban alrededor en ese instante se quedaron totalmente estupefactos, y también la propietaria del puesto, a la que reconocí como natural del pueblo y que nos había reconocido también, se quedó estupefacta, porque desde luego ninguno de los que estaban junto al puesto había creído que Roithamer acertaría siquiera a una sola rosa y él, en el menor tiempo posible, derribó sucesivamente con sus disparos *todas* las rosas. Cuando la propietaria del puesto de tiro al blanco se inclinó para recoger las rosas y, atadas, se las puso a Roithamer en la mano, observé a los circunstantes que, les gustase o no, calificaban ahora a Roithamer del mejor tirador de rosas de papel que habían encontrado nunca en un festival de música. El propio Roithamer daba la impresión de preguntarse cómo había podido, sin ningún entrenamiento en tiro, y la verdad era que una sola vez en su vida y, de hecho, a los nueve años, había tenido, con ayuda de su padre, un fusil en las manos y disparado a rosas de papel, fracasando, como es natural, de manera lamentable, cómo había podido derribar veinticuatro rosas de papel de veinticuatro disparos. Los circunstantes, naturalmente, animaron enseguida a Roithamer a que disparase a otra serie de rosas de papel, pero él, naturalmente, no aceptó esa provocación. Agitó en el

aire el ramillete de rosas, por encima de su cabeza, y se alejó del puesto de tiro al blanco, a través de la multitud, hasta una mesa en que había sitio. Yo lo seguí y vi cómo, de pronto, regalaba todas las rosas de papel que había derribado, las cuales, así atadas y sostenidas por él en el aire, habían sido más bonitas de ver que las rosas naturales, a una muchacha desconocida que pasó por delante y que le recordó a su hermana. Todas las rosas de papel menos una, precisamente esta amarilla que ahora, al abrir yo el cajón superior de la cómoda para meter en él mis cosas de aseo, había descubierto otra vez. Cuántos años, pensé, guardó Roithamer esa rosa de papel amarilla, quizá le recordara el festival de música de su vigesimotercer aniversario y todo lo que él relacionaba con ese festival. Yo había sacado la rosa de papel del cajón y la había sostenido contra la luz, era indudablemente la rosa de papel que, junto con otras veintitrés, había derribado él en Stocket, en el festival de música. Para mí ese festival de música, en el que luego, sentados a una de las grandes mesas de tablas, estuvimos hasta el amanecer en compañía de varios mozos del campo y trabajadores de las minas de carbón, que conocíamos de la infancia, era un recuerdo agradable, y recordé, de pie junto a la ventana y contemplando la buhardilla de los Höller desde la ventana, frente a la puerta, con la rosa de papel en la mano, cómo Roithamer, de repente, les habló a todos de su infancia en Altensam, precisamente con aquella forma de contar insistente que le era característica y que era exactamente la forma de contar de los mozos del campo de la comarca que rodea a Altensam, cómo, en realidad, Roithamer tenía mucho de los mozos del campo de alrededor de Altensam y casi nada de sus propios hermanos de Altensam, cómo le había sido muy familiar la forma de vivir de los campesinos de alrededor de Altensam y cómo le había gustado esa forma de vivir, en el fondo se había criado entre ellos, los mozos del campo, decía una y otra vez, no en Altensam, entre los mozos del campo y con sus familias, y realmente Roithamer había estado en su infancia más con la gente de las aldeas situadas en torno a Altensam y menos en Altensam, donde estaba su hogar, aprovechaba todos los instantes de libertad para escapar a la coacción de Altensam, que para él no había sido mucho más que una cruel e incomprensible fortaleza correccional de sus padres, para ir a donde tenía un *auténtico parentesco*, en las aldeas que rodeaban Altensam y entre las gentes de esas aldeas, entre los campesinos y entre los mozos y los hombres que trabajaban en las minas de carbón que pertenecían a Altensam, su costumbre favorita en Altensam había sido siempre, después de la cena y, de hecho, de forma totalmente prohibida, dejar Altensam y bajar a las aldeas que había bajo Altensam, a las gentes que lo comprendían, lejos de aquéllos que tenían su hogar en Altensam y jamás lo comprendieron ni quisieron comprenderlo, porque allí, bajo Altensam, en las casas de los campesinos y en las casas y cultivos y chozas de los trabajadores de las minas, siempre había sido bien visto y podía estar seguro de la atención de aquellas gentes sencillas y de pensamiento tan claro como incorruptible, *me escuchaban*, así Roithamer, *cuando decía algo e intentaban comprenderme y realmente me comprendían*, y podía contar



con su ayuda cuando, muy a menudo con la máxima angustia y con la mayor preocupación, iba a ellos, eran amables en su rudeza, me obsequiaban cada vez, y hubiera podido quedarme siempre con ellos tanto tiempo como hubiera querido, y realmente, ya de niño, hubiera preferido quedarme con ellos para siempre, pero era absurdo pensar siquiera tal pensamiento. Si en Altensam, incluso entre mis padres y hermanos y dentro de los muros de Altensam, había sentido siempre frío, cuando bajaba a las aldeas me reconfortaba, de niño se me prohibió siempre de la forma más estricta bajar a las aldeas sin permiso, pero incluso con permiso no les gustaba que fuera a las aldeas, porque sentían que me encontraba bien en las aldeas, allá abajo, Altensam era para mí una prisión, les había dicho a menudo, ya de niño había tenido siempre esa idea de que Altensam no era más que una prisión, de esa prisión tenía que salir un día, había pensado siempre, aunque me hayan condenado a cadena perpetua en la prisión de Altensam, tengo que salir, marcharme de Altensam, porque incluso mis padres me habían parecido siempre personas que me vigilaban y castigaban, no que me defendían, lo que hubieran debido ser unos padres, protectores de sus hijos, y en Altensam, por tanto, defensores y protectores de su hijo y de sus otros hijos, eso nunca lo fueron mis padres, su excesiva severidad y su inflexibilidad para hacer de nosotros, los hermanos, sin excepción, seres según sus ideas, que eran unas ideas absolutamente horribles, imitaciones físicas y mentales de ellos mismos, su falsedad incesante y su crueldad ininterrumpida oscurecieron, entenebrecieron incluso nuestra infancia e hicieron de mis hermanos lo que ha sido de ellos, lo que hoy son, imitaciones físicas y mentales de sus padres, e hicieron de mi hermana el ser más infeliz que conozco, en Altensam todo fue para mí de lo más horrible y por eso, en cualquier ocasión, me escapaba de Altensam y bajaba a las aldeas, e iba a ver a los campesinos y sus familias y a los trabajadores de las minas de carbón y sus familias cuando quería sentirme feliz, lo que en Altensam casi jamás me sentí, así Roithamer, Altensam no fue más que un oscurecimiento de mi espíritu. Mientras que Roithamer aprovechaba cualquier oportunidad para salir de Altensam, para mí cualquier oportunidad era buena para entrar en Altensam, porque tenía la posibilidad de ir a Altensam y de ser admitido en Altensam, para revivir allí en algo absolutamente distinto, pero para Roithamer era exactamente lo contrario, tenía que salir de Altensam y bajar a las aldeas, para revivir en las aldeas y, casi siempre, en nuestra casa, en casa de mis padres, aquí, en vuestra casa, decía siempre, revivo, en Altensam casi todo lo que hay dentro de mí amenaza ahogarse, en cambio aquí, cerca de tu (de mi) padre y de tu (de mi) madre, me tranquilizo y tengo los pensamientos, así Roithamer, que son siempre favorables para mi supervivencia, si me viera obligado a permanecer siempre en Altensam, me vería abocado a la destrucción de mi persona en el plazo más breve, así Roithamer, mientras que yo le decía de vez en cuando que, para mí, la posibilidad de ir a Altensam, esos cuatro kilómetros a través del bosque que, muy a menudo, había recorrido ya con mi abuelo en mi más temprana infancia, cada uno a su aire, porque, ya a mis cuatro o cinco años de edad, habíamos

concertado ese acuerdo tácito, cada uno hundido y abismado en su propio monólogo, absorto en su propio monólogo, y nada me ha sido en la vida más querido ni más importante ni, como hoy sé, más decisivo que esos paseos hasta Altensam con mi abuelo, así pues, mientras yo lo arriesgaba todo y, si era posible, lo arriesgaba todos los días para ir a Altensam, Roithamer lo arriesgaba todo para salir de Altensam, le gustaba mi padre y le gustaba la singularidad del hogar de un médico de aldea, el orden que reinaba en nuestra casa, la limpieza por un lado y la libertad de movimientos por otro, que se diferenciaban en todos los aspectos del desorden de Altensam, de la negligencia en todas las cosas de Altensam y de la, como él, Roithamer, creía, prisión mental de Altensam, de una forma para él bienhechora, todas las ventajas que tenía para mí Altensam las encontraba él en Stocket y en nuestra casa, y me decía una y otra vez que no podía encontrar en Altensam lo que lo hacía feliz aquí en Stocket y en nuestra casa y, a la inversa, yo le decía entonces que Altensam era para mí lo que eran para él Stocket y mi hogar, respirar, adelantar, estímulo para mi fantasía, productividad, alegría de vivir, y así nos esforzábamos, Roithamer, a su modo, por marcharse de Altensam e ir a Stocket, a nuestra casa y a nuestra comarca aldeana, nuestro paisaje y naturaleza, y yo, en cambio, por salir de nuestro ambiente aldeano, de Stocket y de nuestra casa y subir a Altensam, penetrar en sus muros, que eran para mí enormes y lo fortificaban todo en mí, subir a Altensam, donde de repente, todo lo que había sido inalcanzable para mí abajo, en Stocket, me resultaba alcanzable, porque, realmente, mi mente y mis sentimientos se abrían de un mismo modo cuando estaba arriba, en Altensam, mientras que a Roithamer le pasaba lo contrario, que sólo encontraba abajo en Stocket, en nuestra casa y en el entorno de nuestra casa, lo que nunca había podido encontrar en Altensam, refugio y liberación en todas sus formas. Y mientras que Roithamer quería a mi padre, con el que estaba tan a menudo como le era posible, a él, Roithamer, le había interesado siempre el trabajo médico de mi padre, lo mismo que también, como siempre he sabido pero ahora, después de tener ya algún conocimiento del contenido de los escritos por él dejados, me resulta probado, le interesaba sobre todo, ya en su infancia, todo lo relacionado con las enfermedades y, dentro de éstas, en mutua relación ininterrumpida, con las enfermedades físicas y mentales, en nuestra casa tenía entonces la posibilidad de enfrentarse todos los días con los casos de enfermedad más extraños, y él, Roithamer, había querido siempre, enseguida, saberlo todo por mi padre sobre todas las enfermedades, lo mismo que, durante toda su vida, no le habían interesado, además de su ciencia, más que las *enfermedades humanas*, aquí, cerca de mi padre, había aprendido a conocer e investigar ya muy pronto las enfermedades más diversas y más extendidas, sobre todo las estrechamente relacionadas con nuestra comarca y originarias de ella, en Cambridge se había pasado muy a menudo la mitad de la noche, cuando estaba cansado de su trabajo pero no era capaz sin embargo de irse a la cama, porque, después del esfuerzo de su cabeza durante el día, no encontraba la calma necesaria para dormirse, cuando me rogaba

que me quedara en su casa, en caso necesario toda la noche, lo que ocurría muy a menudo, porque yo, efectivamente, había ido a su casa sólo para un rato, cuando acababa de dejar mi propio trabajo, a fin de evitar, con su compañía, volverme loco, porque a eso nos habíamos acostumbrado enseguida en Inglaterra y en Cambridge sobre todo, a, que, si teníamos que interrumpir nuestro trabajo intelectual porque temíamos volvernos locos, nos visitábamos mutuamente para conversar, aunque fuera también sobre un tema intelectual, eso era entonces indiferente, porque, juntos y en compañía del otro, estábamos seguros de no volvernos locos, y entonces, en esas reuniones en mi vivienda o en la suya, que distaban las dos entre sí no más de ochocientos o novecientos metros como máximo y que tenían las dos las mismas estancias, a saber, dos habitaciones y una cocina pequeña, un cuarto de trabajo cada una y una, así llamada, sala de regeneración, así pues, aquí, en Cambridge, había pasado Roithamer muy a menudo la mitad de la noche, sobre todo en las reuniones de tarde y de noche que acabo de mencionar, hablando de sus observaciones y de sus experiencias con enfermedades basadas en esas observaciones, que había hecho ya muy pronto junto a mi padre, médico general respetado y, probablemente, bastante bueno también, porque un científico, cualquiera que sea su ciencia, tiene que ocuparse también muy pronto y, de hecho, durante largo tiempo, antes de dedicarse a su (una) ciencia, así Roithamer, de las enfermedades y, sobre todo, de las enfermedades mentales derivadas de las enfermedades físicas. Mientras que yo mismo apenas tenía contacto con mi padre y, a la inversa, mi padre jamás buscó realmente el contacto conmigo, Roithamer tenía con mi padre los mejores contactos, y lo mismo pasaba con los Roithamer, porque el propio Roithamer no encontraba contacto con su padre y, a la inversa, el padre nunca buscaba contacto con su hijo, y yo, sin embargo, tenía muy buenos contactos con el padre de Roithamer, lo mismo que los tenía Roithamer con mi padre, y lo mismo que Roithamer se entendía también con mi madre, con la que yo mismo me entendía con mucha dificultad, mientras que me entendía siempre muy bien con la madre de Roithamer. Lo que no encontraba yo en mi hogar y, por tanto, en nuestra casa y, por tanto, en nuestra aldea de abajo, lo encontraba arriba en Altensam y, a la inversa, Roithamer jamás encontró en Altensam todo lo que siempre había esperado de Altensam, y por eso, ya de niños, nos esforzábamos siempre por marcharnos de casa, yo por subir a Altensam y él por marcharse de Altensam y bajar a nuestra casa de Stocket. Lo que entonces no estaba claro, ese proceso por el que yo quería subir y él bajar, me resulta hoy totalmente claro, y también que se trataba de un proceso totalmente natural. Si a mí me atraía en Altensam la actitud intelectual del padre de Roithamer, Roithamer se sentía atraído, en sentido opuesto, por la forma de vida y la profesión de mi padre, yo oía arriba, en Altensam, lo que jamás oía en mi hogar, y Roithamer oía en nuestra casa lo que jamás había oído en Altensam, continuamente, y ésa era la causa de nuestra intranquilidad, por insatisfacción con nuestros hogares, buscábamos en nuestros hogares sólo y esperábamos sólo en ellos lo que en nuestros hogares no podía encontrarse, porque no

existía en absoluto en nuestros hogares, él, Roithamer, no había podido encontrar en Altensam lo que buscaba allí y, lógicamente, podía esperar, pero no había podido realizarse y, a la inversa, yo había buscado continuamente en Stocket y en mi hogar lo que no existía en absoluto y esperado lo que era imposible, y así vivíamos constantemente con la esperanza del otro hogar, en el que realmente encontrábamos, al llegar, lo que buscábamos y, por esa realidad, éramos siempre en nuestros hogares los más infelices de los hombres, porque esa situación había sido también, sin interrupción, una situación no aclarada, no expresada, de la que, además de haber sufrido por ella y de haber permanecido en ella, en definitiva, casi totalmente desesperados, en los años más difíciles, entre los nueve y los once o más, no nos habíamos librado hasta hoy. Nos gustaba todo lo que había en el hogar del otro y odiamos, en realidad ya muy pronto, todo lo que había en nuestro propio hogar, sentíamos simpatía por todo lo que había en el hogar del otro y, por otra parte, antipatía hacia todo lo de nuestro propio hogar, nos dábamos cuenta de que, en el otro hogar, nuestras cualidades eran reconocidas de la forma más maravillosa y de cómo se desarrollaban, mientras que en nuestro propio hogar no eran reconocidas y tampoco se desarrollaban, porque, en nuestro propio hogar, todo lo que había en nosotros, interior y exteriormente, sólo tropezaba continuamente con el rechazo. La incompreensión con que teníamos que contar continuamente en nuestro propio hogar daba paso, cuando íbamos al hogar del otro, a una comprensión que nos aprovechaba en todos los aspectos, y podíamos respirar y pensar sin coacciones y libremente. A merced de los malentendidos en nuestro hogar, nosotros, Roithamer en Altensam y yo en Stocket, estábamos siempre en un estado de la máxima irritación, a escapar de ese estado o, por lo menos, a atenuarlo para que fuera soportable teníamos que dedicar toda nuestra atención, pero nuestros hogares nos resultaban soportables cuando no estábamos solos con nosotros mismos y con los nuestros, cuando Roithamer venía a verme o cuando yo subía a Altensam para verlo. Porque juntos habíamos encontrado entonces, percibido y convertido en un medio que nos satisfacía, muchas cosas, incluso allí donde creíamos que no había nada y, de hecho, absolutamente nada para nosotros, así Roithamer conmigo en Stocket y así yo con Roithamer en Altensam. Y había ocurrido a menudo que nuestros caminos, el suyo de bajada a Stocket y el mío de subida a Altensam, se cruzaran, se cruzaran en el lugar mismo en que está la mitad del camino, en el claro del bosque. Sobre ese claro del bosque, en el que nos encontrábamos a menudo, poniéndonos a hablar siempre enseguida de esa casualidad y de todo lo imaginable, escribió Roithamer una vez un pequeño artículo, que publicó luego en un periódico de Linz, el ocuparse de Stifter y, especialmente, de la piedra caliza lo indujeron a ello y, en relación con esos temas, referido sólo al claro, que fue muy importante en nuestra vida y todavía hoy sigue siendo muy importante en mi vida, ese fragmento de prosa fue un buen ejemplo del pensamiento ulterior de Roithamer, todo lo que fue luego Roithamer, en lo que se convirtió, estaba ya en ese breve fragmento en prosa, que era un proceso mental sereno y claramente articulado,

la descripción de un trozo de naturaleza que los dos conocíamos hasta en sus menores detalles. Con gusto hubiera releído ese fragmento de prosa sobre el claro que hay entre nuestra aldea y Altensam, pero me temo que ese fragmento en prosa, encabezado por el título *El claro del bosque*, se haya perdido, sin embargo debería ser fácil averiguar en qué número del periódico de Linz apareció ese fragmento en prosa, ahora, después del suicidio de Roithamer en ese claro, sería de la mayor importancia. Una descripción del camino desde Altensam hasta nuestra casa, en Stocket, y otra descripción del camino de Stocket a Altensam, como es natural dos descripciones totalmente distintas, las escribió Roithamer una vez en Inglaterra, durante su primera estancia en Londres, en aquella época se ocupaba intensamente de Purcel y Händel, pero también esas descripciones, creo, se han perdido. Se ejercitaba una y otra vez en breves fragmentos en prosa, descripciones de la Naturaleza, para poder alcanzar, mediante esas descripciones, la perfección en su pensamiento científico, el pensar continuamente en lo interno y externo de la Naturaleza y conservar de vez en cuando ese pensamiento, anotándolo, se convirtió para él en un ejercicio durante toda su vida, su último ejercicio de esa clase fue una descripción de la buhardilla de los Höller, que supuse estaría aquí, en la buhardilla de los Höller, en el escritorio, y que efectivamente encontré en el escritorio, en la buhardilla de los Höller. Ya las primeras líneas de ese ensayo me dieron la idea, al releerlas, de editar en forma de libro toda una colección de la breve prosa descriptiva de Roithamer, porque en una época en que todo, salvo lo que es notable, se edita y publica, salvo lo que es realmente originalísimo y, por añadidura, científicamente genial en grado sumo, y en que se lanzan al mercado todos los años cientos y miles de toneladas de estupideces sobre papel, toda la basura decrépita de esa sociedad europea totalmente decrépita, no hay que callar nada, de esa sociedad mundial decrépita, en una época en que sólo se produce siempre, una y otra vez, basura intelectual y se hace pasar continuamente por producto intelectual, de la forma más repugnante, esa basura intelectual que continuamente apesta y continuamente lo obstruye todo, cuando se trata sólo de productos de desecho del intelecto, en una época así es claramente un deber editar, publicar un arte así, aunque se trate de un arte tan sencillo y despojado como el arte de la prosa de Roithamer, no causaría ninguna sensación, creo, pero hay que velar por que no se pierda otra vez, una vez haya sido impreso y conservado para siempre, porque indudablemente se trata, en el caso de esos fragmentos en prosa de Roithamer, de joyas intelectuales, y éstas son, también en nuestro país, de lo más raro. De las dificultades para sacar a la luz precisamente esos preciosos fragmentos en prosa tengo conciencia, lo mismo que tengo plena conciencia de las dificultades de publicar el legado de Roithamer, sobre todo su estudio más extenso sobre Altensam, que le incitó a escribir un editor amigo suyo y que él emprendió y finalmente terminó en Cambridge, sobre todo con gran energía después de haber hecho su aparición la enfermedad mortal de su hermana pero que, poco después de su terminación, ya en camino para asistir al entierro de su hermana, todavía en la travesía de Dover al

continente, destruyó de nuevo, al empezar a corregirlo y volver a corregirlo una vez y otra, aniquilándolo en definitiva y finalmente, durante su estancia aquí, en la buhardilla de los Höller, después de la muerte de su hermana, aniquiló mediante su corrección incesante, como él creía, corrigió a muerte, aniquilándolo así, como él creía, pero como yo sé y como he comprobado ahora en el poquísimos tiempo que he estado en la buhardilla de los Höller, no lo aniquiló con la más despiadada y, por ello, la más completa de las correcciones, sino que lo convirtió en un estudio totalmente nuevo, porque la destrucción del estudio por su mano, por su aguda inteligencia, actuando de la manera más despiadada con ese estudio, equivalió sólo, sin embargo, a la creación de un estudio totalmente nuevo, corrigió su estudio no, como creía, hasta aniquilar ese estudio, sino hasta que surgió un nuevo estudio. Ese estudio, concebido por él como descripción y, por tanto, justificación de todo lo que para él eran Altensam y todo lo relacionado con Altensam, con consideración especial de la planificación y ejecución y terminación del Cono para su hermana, precisamente por sus correcciones, eso lo veo hoy claramente, no fue aniquilado por él, sino terminado, él, Roithamer, creía haber aniquilado con esa corrección total su estudio, que yo he traído y colocado provisionalmente en el cajón del escritorio, el estudio sobre Altensam y todo lo relacionado con Altensam, con consideración especial de la planificación y ejecución y terminación del Cono para su hermana, y es un hecho que él tenía el propósito de quemar el estudio después de su aniquilación, porque tengo una nota suya con la observación de que, después de haber aniquilado el estudio mediante la corrección total de ese estudio, convirtiendo el estudio en su opuesto intelectual, lo quemaría. Pero no llegó a quemar el estudio, probablemente el estudio dejó de pronto de ser tan importante para él, porque no puede suponerse que, en fin de cuentas, hubiera olvidado el estudio cuando se mató, y porque *en fin de cuentas nada es tan importante*, como escribió también en otra nota y, en su última nota, *todo da igual*. El estudio sobre Altensam y todo lo relacionado con Altensam, lo que era Altensam para él, con consideración especial de la planificación y ejecución y terminación del Cono para su hermana, lo terminó al transformar su sentido en su contrario, así él mismo, mediante una corrección total. Realmente ese estudio, por el hecho de transformar Roithamer el sentido de su estudio en el opuesto, en un infame proceso de corrección, sólo entonces se convirtió en un estudio terminado, pero sobre eso más adelante. Me había propuesto, adaptándome poco a poco al ambiente que reinaba en la buhardilla de los Höller, primero al ambiente de la tarde avanzada y luego al ambiente de la velada, no ocuparme hasta primeras horas de la mañana, si fuera posible hasta *primerísimas* horas de la mañana, de los escritos de Roithamer, no acercarme a ellos siquiera antes, acostumbrarme sólo a la buhardilla de los Höller, preparármelo todo para las primeras horas, para las *primerísimas* primeras horas, porque entonces, todavía al amanecer, así pensaba, quiero empezar enseguida con mi proyecto, pero las condiciones previas para una ocupación así, no fácil de realizar, deben ser creadas, y por tanto tenía que prepararme y, de hecho, poco a poco, en

relación con la ocupación que me proponía, prepararme efectivamente enseguida y, porque después de mi enfermedad estaba en la disposición adecuada para ocuparme de los papeles póstumos de Roithamer, prepararme a fondo para ello, parte de esa preparación era el arreglar mi lugar de trabajo, sin duda el escritorio delante de la ventana, un control de las condiciones de luz favorables para mi trabajo y, en caso necesario, su alteración, si tenía que correr las cortinas o no tenía que correrlas, pensaba una y otra vez mientras, de pie junto a la puerta, miraba el escritorio, corro las cortinas o no las corro, e iba a la ventana y las corría, y volvía atrás y volvía a ir y las volvía a descorrer, las descorrí varias veces y las volví a correr varias veces y así sucesivamente. Primero tengo que arreglarlo todo para la ocupación que empezará mañana, que preparármelo todo, pensaba, y sólo entonces podré pensar en comenzar mi ocupación. Pero sobre todo, sin cambiar nada, tenía que dejar primero que todas las condiciones de la buhardilla de los Höller y el ambiente de ellas resultante hicieran su efecto en mí. Tenía tiempo para ello. Porque actuaría sistemáticamente y con toda decisión y, al mismo tiempo, lentitud, pensaba de pie junto a la puerta, sin precipitar nada, pero absolutamente nada, porque tenía tiempo, mi enfermedad tampoco estaba aún completamente curada, estaba ahí cada vez que respiraba, yo tenía mucha fe en el aire del Aurach, donde hay más bosques que en ninguna parte, y éstos son precisamente la mejor medicina para unos bronquios afectados como los míos, porque, efectivamente, hubiera podido estar muchas semanas más en el hospital, si hubiera escuchado a los médicos y me hubiera quedado, pero de pronto no escuché ya a los médicos, y a menudo, en mi vida, me he salvado por haber dejado de escuchar a los médicos de la noche a la mañana, porque probablemente no estaría ya vivo si, en el instante decisivo, no hubiera dejado siempre de escuchar a los médicos, al principio los médicos son importantes, cuando resulta, efectivamente, que es necesaria una asistencia médica inmediata, la aplicación del arte médico sólo lo salva a uno cuando, como en mi caso, se declara de pronto y, con el mayor espanto por mi parte, precisamente en medio de un trabajo precisamente no terminado aún, una enfermedad, como pronto se vio, peligrosa, incluso peligrosa y amenazadora para mi vida, una, así llamada, enfermedad mortal, porque aún hoy una neumonía grave es una enfermedad mortal, despertarme de pronto en medio de la noche con fiebre alta y permanecer así varios días seguidos solo, sin conocimiento, hubiera podido conducir fácilmente a una muerte rápida, pero me descubrieron y me llevaron al hospital y los médicos, en poquísimos tiempo, me bajaron la fiebre, pero fue sin embargo un proceso de semanas y doloroso y, al principio, no se podía pensar en la curación sino sólo en calmar los dolores, en resistir esa enfermedad peligrosa, no en la curación, al principio, la tranquilidad de estar en buenas manos en un hospital tan excelente, y de pronto, sin embargo, la necesidad de salir de allí, mientras lo retenían a uno todavía y no había que pensar siquiera en marcharse del hospital, porque la enfermedad estaba ciertamente contenida, pero ni siquiera bajo control, sólo después de cinco o seis semanas estuvo bajo control, infusiones, inyecciones, todos los remedios

imaginables, naturales y químicos, aplicados contra la enfermedad, autoaplicación de todos los remedios imaginables, y luego, sin embargo, súbitamente, aunque la enfermedad, sin embargo, seguía estando ahí, la decisión de salir del hospital, bajo mi propia responsabilidad, porque los médicos no asumían la responsabilidad, enfrentarse con los médicos, marcharse sencillamente y recordar la invitación de Höller y recordar a Höller, a toda prisa, la invitación, y marcharse del hospital e ir tan rápidamente como fue posible, pero realmente todavía enfermo, al valle del Aurach, a la casa de los Höller, a la buhardilla de los Höller con ese propósito de, ahora, como convalecencia, ordenar el legado de Roithamer, hacer de nuevo lo que siempre había hecho cuando me había atacado una, así llamada, enfermedad mortal, marcharme del hospital en contra del consejo de los médicos e independizarme de nuevo con una ocupación, y pensé, de pie junto a la puerta, que esa decisión de marcharme había sido también acertada en el caso de la neumonía. Siempre había habido un momento acertado para salir del hospital en contra de la voluntad de los médicos y acabar solo con una enfermedad mortal así. Nada había indicado a su partida de Inglaterra que él no volvería más a Inglaterra, pensé, cepillando mi chaqueta, que había cogido polvo en el hospital, y colgándola en el armario, naturalmente, yo había esperado ya su vuelta poco tiempo después del entierro de su hermana, para el que había ido a Altensam, todavía oigo cómo dice, me quedaré sólo poquísimo tiempo, porque qué voy a hacer ahora, después del tiempo más indispensable, en Altensam, en la Alta Austria y en Austria, poquísimo tiempo y ese tiempo era, en su opinión, uno o dos días como máximo que, sin embargo, tampoco quiso pasar en Altensam, sino en casa de los Höller, junto al Aurach, fue a Austria ya con la intención de detenerse en Altensam sólo el tiempo más indispensable y pernoctar en casa de los Höller y en la buhardilla de los Höller, porque ahora, después de la muerte de su hermana, no tenía ya ningún motivo para quedarse en Altensam, no puedo evitar, sin embargo, las conversaciones forzosamente resultantes de la muerte y del entierro de mi hermana y, por tanto, tengo que ir a Altensam pero, una y otra vez: *sólo el tiempo más indispensable*, porque ahora, después de la muerte de su querida hermana, no había ya prácticamente nada que lo uniese a Altensam, con la muerte de mi hermana, así él, mi relación con Altensam ha terminado. Altensam no es ahora ya más que historia, en el porvenir no tendré ya nada que hacer en Altensam, y pensaba vender Altensam, que tenía un gran valor, sobre todo por sus fértiles tierras de labor y de pastos, especialmente a causa de su favorable situación en el tráfico económico, porque Altensam tenía, aunque exclusivamente para sí, la ventaja de una favorable situación en el tráfico económico, y esa combinación de aislamiento y tranquilidad por un lado y de favorable situación en el tráfico económico por otro garantizaban un alto precio de venta, y Roithamer pensaba ahora, después de la muerte de su hermana, en vender Altensam, y los fondos obtenidos de la venta había pensado ya destinarlos a un fin característicamente suyo, al principio, había pensado destinar esa suma en su totalidad, sin pensar en más detalles, a los ex presidiarios, otra vez había tenido



también la idea de poner Altensam a disposición de los presidiarios puestos en libertad, porque esa idea de ayudar a los ex presidiarios, esas personas, las más pobres entre los pobres, totalmente excluidas de la sociedad, con las que, en el fondo por detrás de la hipocresía, nadie quería tener nada que ver, la había tenido ya siempre, y también había puesto ya varias veces sumas de dinero a disposición de los ex presidiarios de establecimientos penitenciarios, pero luego había renunciado, sin embargo, a la idea de poner Altensam a disposición de los ex presidiarios, le pareció mejor la idea de vender Altensam y hacer llegar a los ex presidiarios la suma así recogida, sobre la forma no tenía una idea clara, *realmente se habla ya* de que dispuso que Altensam se vendiera y el producto de esa venta se pusiera a la disposición de los expresidiarios de los establecimientos penitenciarios de Garsten, Stein y Stuben, de la ejecución de esa disposición había encargado Roithamer en su testamento a Süssner, su notario de Schwanenstadt, el notario que se viene ocupando de siempre de todo lo relacionado con Altensam desde hace muchos años. Pero el contenido real del testamento de Roithamer no lo conocía yo en ese momento, aunque, a mi llegada a casa de los Höller, Höller me había dicho enseguida que Roithamer, en primer lugar, había dejado un testamento y, en segundo, había dispuesto que Altensam se vendiera y que el producto de la venta de Altensam fuera para los presidiarios de Garsten, Stein y Stuben, y no hubiera sido Höller si no hubiera comprendido, como yo, la última voluntad de nuestro amigo y no la hubiera considerado característica de toda la forma de ser de Roithamer. Porque siempre habían sido los marginados y entre ellos, a su vez, los más empujados al margen de la sociedad los que Roithamer había acogido siempre con simpatía, los criminales, con los que nadie quiere tener nada que ver, estaban siempre seguros de su afecto, a causa de esa inclinación, Roithamer se había visto siempre hostilizado o, por lo menos, perseguido por la desconfianza, pero sobre todo, a causa de esa simpatía por los más pobres de la sociedad, los más desvalidos de la tierra, se había atraído pronto la aversión radical de su familia y ella, su familia o el resto de su familia, lo que fuera, debía de haberse quedado horrorizada con la apertura de su testamento, en el que, de repente, habían quedado expuestas a la luz todas esas disposiciones en beneficio de los más pobres y de los más rechazados, porque de repente había tenido que comprender que él no sólo había tenido esa idea, como ellos creían, extravagante, de hacer llegar su herencia a criminales, asesinos, a no importa qué clase de criminales, sino que se había tomado en serio su idea, ese sobresalto de su familia y de todos los relacionados con su familia, como una conspiración de muchas ramificaciones, tenía que haber sido un horror *elemental*, porque aunque sé que Roithamer se había tomado siempre en serio todo lo que pensaba, lo que las gentes de su entorno, sin embargo, jamás habían querido creer verdaderamente, sus pensamientos, lo mismo que sus sentimientos, habían sido siempre de lo más sincero y de lo más serio, y sus pensamientos y sus sentimientos habían tenido que ser respaldados siempre por su existencia, porque en otro caso le hubiera sido imposible adelantar, progresar, ellos,

especialmente sus parientes más próximos, los de Altensam, probablemente, no habían podido pensar ni querido pensar jamás que él realizaría efectivamente lo que pensaba, pero él lo realizó en su testamento, lo mismo que en toda su vida, que fue una vida de realización.

Que la venta de Altensam, por un precio no inferior a cierto mínimo, no sería asunto fácil para el notario de Schwanenstadt, pensé, y en cómo ese hombre tendría que guardarse ahora de la enemistad, sobre todo, de los hermanos de Roithamer. Qué hubieran dicho sus padres, sobre todo el padre de Roithamer, a que su segundo hijo vendiera Altensam por mediación de un notario, pensé, mientras miraba por la ventana al tumultuoso Aurach, y luego: precisamente el padre de Roithamer, al legar Altensam a su segundo hijo, tenía que haber contado con que eso significaría el fin de Altensam, porque quién era el segundo Roithamer joven lo había sabido lógicamente el viejo Roithamer, y creo firmemente, pensé, que el viejo Roithamer, cuando adjudicó Altensam a su segundo hijo, sabía que, con ello, estaba dando fuerza legal al fin de Altensam, porque probablemente el viejo Roithamer había sabido o, por lo menos, sentido, o había tenido que ver o que sentir o que saber que se había cumplido el tiempo de Altensam, que este tiempo no es ya para estos Altensam, y había podido pensar, legaré Altensam a mi segundo hijo, que es de todos el que menos se interesa por Altensam, y tendré la seguridad de que él, mi segundo hijo, aniquilará Altensam y éste entonces, de la forma que sea, habrá acabado. Por otra parte, no se puede exigir de un hombre que hereda lo que no quiere heredar y, por tanto, tener, que conserve eso heredado que no quería tener en absoluto, es lógico que se deshaga de esa herencia, y Roithamer se había deshecho de su herencia de Altensam y deshecho a su modo personalísimo, al disponer, efectivamente, que el precio de venta obtenido de Altensam fuera a parar a los ex presidiarios de los establecimientos penitenciarios. Posiblemente, pensé de repente, de pie junto a la ventana, él había venido ya a Austria y a Altensam con la intención de matarse, pero, por otra parte, para esa suposición no hay ninguna prueba, el hecho es que, después del entierro de su hermana, quería volver enseguida a Inglaterra, sin rodeos y, por tanto, volver a Cambridge sin pasar por el Tirol meridional, ni por Francia o Bélgica, todavía lo oigo cómo dice, *precipitándome instantáneamente en el trabajo me salvaré de esa infelicidad suprema*, dijo esa frase textualmente, creo que es la última frase que me dijo, yo lo había acompañado a la estación, viajaba como siempre en tren y en barco, porque tenía terror, en el fondo repulsión, a subirse en un avión, por mi parte me había propuesto aprovechar su ausencia, ese intervalo breve, como creía, para corregir mi propio trabajo, pero una extraña intranquilidad, que ni con la conciencia más clara podía explicarme, me había apartado de nuevo de ese propósito, y me fui a Reading, a visitar a un profesor amigo mío y suyo, que se ocupaba de proyectar una máquina, de la que todavía hoy no sé de qué máquina se trataba, aunque durante años había sido iniciado por él, el proyectista, en la proyección de esa máquina, y tampoco Roithamer sabía, con respecto a la máquina de Reading, como la llamábamos, de qué máquina se trataba, pasé dos días en Reading, esperando noticias de Roithamer, porque habíamos convenido que él, Roithamer, me daría noticias cada dos días, cuándo volvería era lo que yo había querido saber sobre todo, pero durante quince días no supe nada, y luego, de pronto, tuve la noticia y, de hecho, no por Altensam

sino por Höller, de que Roithamer no vivía ya, y ese mismo día me vine a Austria y, en casa, me informaron con todo detalle del suicidio de Roithamer, se había colgado en el claro existente, ya mencionado, entre la casa de mi padre y Altensam. En el intervalo, Roithamer, que había deseado ser enterrado en el cementerio de la aldea, no arriba, en Altensam, sino en el cementerio de nuestra aldea y, por tanto, en Stocket, había sido enterrado. Mis padres me informaron de cómo se había desarrollado el entierro, y más tarde oí también a Höller hablar de él. Yo mismo había estado poco tiempo en Altensam, había querido visitar a los hermanos de Roithamer, pero en Altensam no había nadie o, por lo menos, creí que no había nadie, porque todas las contraventanas estaban cerradas y no se movía nada, por otra parte, eso me resultó muy agradable, porque, en esas circunstancias, siempre podría decir que, después de la muerte de mi amigo, había estado en Altensam para visitar a sus hermanos, pero no había habido nadie. Realmente, ellos, en Altensam debían de haber sentido la muerte de Roithamer, su suicidio tan poco tiempo después de la muerte de la hermana de éste y de aquéllos, como un fuerte choque, y pensé, éstos se han ido todos de Altensam, por mucho tiempo, sobre todo hasta que todo se haya calmado y se hayan resuelto los problemas surgidos primero de la muerte de su hermana y luego de la de su hermano. Altensam me dio realmente, cuando subí allí, la impresión de haberse extinguido, como si todo allí arriba, en Altensam, estuviese muerto. También había ido en Stocket al cementerio, la tumba era sencilla, unas coronas, unas flores. Roithamer me había dicho una vez que sólo quería una sencilla cruz de madera. Yo había pasado así varios días en un estado de depresión cada vez mayor, condenado totalmente a la inactividad, había recorrido la región que, de repente, me había parecido totalmente vacía y sin ningún significado ya para mí. Había visitado a diversas personas que tenía la costumbre de visitar siempre cuando venía a casa desde Inglaterra, pero toda esa gente no me interesaba ya. Las noches las pasaba despierto en la cama y tampoco sentía ya necesidad de volver a Inglaterra, porque qué voy a hacer en Inglaterra si Roithamer no está ya allí. Las noches eran lo más horrible. Algunas veces me levantaba e iba a la ventana y estaba a punto de matarme. Por la mañana, sin embargo, tenía siempre otra vez la cabeza clara. Hacia el mediodía estaba otra vez deprimido, encerrado en mi estado de ánimo cada vez más desesperado. No sabía si debía volver a Inglaterra otra vez, me buscaré una ocupación aquí, quizá una cátedra en la vecina universidad de Salzburgo. Pero eran sólo ideas demenciales. La lectura de los libros de la biblioteca de mi padre había tenido que interrumpirla también siempre enseguida. Se decía que Roithamer me había legado sus escritos. Todo era como si quisieran aniquilarme. Buscaba asilo en el refugio de montaña propiedad de mi padre. Allí me puse de pronto enfermo. Fue una casualidad, pensé, sin dejar de mirar al Aurach, que me descubrieran. Probablemente, pensé, consciente de pronto otra vez de que estaba en la buhardilla de los Höller, probablemente volveré a Inglaterra. Entonces me puse a ir de un lado a otro por la buhardilla de los Höller. De pronto, sólo la idea de tener que volver a Inglaterra solo y sin Roithamer me resultó

horrible. Me senté primero en el sillón que había junto a la puerta, me levanté otra vez y me senté al escritorio. Saqué la rosa de papel amarilla del cajón superior y la sostuve contra la luz, que ya no era luz, el crepúsculo lo había oscurecido ya todo, pronto será de noche, pensé, poniendo otra vez la rosa de papel amarilla en el cajón. Si habré hecho bien en no ir a casa de mis padres al salir del hospital sino a casa de los Höller, pensaba, dándole vueltas en mi cabeza, qué profundamente se sentirán ofendidos mis padres cuando sepan que he salido del hospital y me he venido directamente al Aurach y a casa de los Höller. Aunque los Höller les caen bien, pensé, probablemente no comprenderán que no haya ido a su casa, sino a casa de los Höller. Mi padre viene a ver a menudo a la familia Höller, de niño iba yo con él cuando visitaba a los Höller en su vieja casa, que estaba situada en el bajo Aurach y que Höller vendió de pronto para, con el producto y con ayuda de un importante crédito bancario, construirse la nueva casa. En la venta había estipulado que, aunque los nuevos propietarios se habían instalado ya hacía tiempo, él podría permanecer con su familia en la vieja casa todavía dos años, exactamente el tiempo que necesitaba para diseñar y construir la nueva. Todo ese proceso fue el modelo de Roithamer para su Cono, Roithamer, de forma totalmente inconsciente, como sé ahora, había tomado por modelo para la planificación y realización de su Cono la planificación de la casa de los Höller por Höller y todo el proceso de la realización y terminación de la casa de los Höller. Höller, en sus circunstancias, había necesitado cuatro años para la planificación y para la realización y terminación de la casa de los Höller, Roithamer, seis años para la planificación y realización y terminación del Cono para su hermana. Si Höller no hubiera construido, Roithamer, probablemente, no hubiera tenido la idea de construir, y entonces no se alzaría hoy el Cono, ese ejemplar único en Europa de un cono construido para vivienda en medio del bosque de Kobernauss. Pero la forma de proceder de Höller había sido, sin embargo, la misma forma de proceder de Roithamer, pensé, el uno se construye para sí una casa ideal para sus fines, el otro, el Cono ideal, como él cree, para su hermana. Por una parte pensaba: la osadía de Roithamer, al construir el Cono, por otra: la osadía de Höller, al construir su casa dentro de la garganta del Aurach. Y en definitiva, pensé, fue aquí al fin y al cabo, en la buhardilla de los Höller, donde se desarrolló la idea de construir el Cono, de manera que, sin duda alguna, el Cono ha salido de la casa de los Höller, de la buhardilla de los Höller. Nunca había tenido más conciencia de ese hecho que en ese momento, en el que fui invitado a bajar a cenar con la familia Höller por tres golpes secos dados desde abajo con una vara de almendro en el techo, o sea en el suelo de la buhardilla de los Höller. Me puse la chaqueta y bajé al instante. Los Höller y los niños de los Höller estaban ya a la mesa, sobre la que humeaba una gran fuente de loza con albóndigas, se me permitió sentarme en el lado de la ventana y, desde allí, pude observar bien lo que pasaba en el salón de los Höller, que quedaba exactamente debajo de la buhardilla de los Höller y, a la inversa, fui observado a mi vez con la mayor atención por los niños de los Höller y por Höller y su mujer, todos y cada uno

teníamos delante un plato de loza y un tenedor, y la mujer de Höller había servido tocino ahumado cocido y puesto sobre la mesa una jarra de sidra. Ella se sentaba frente a mí. Era hija de un peón caminero de Steinbach del Attersee, o sea, que procedía del medio social más pobre, iba vestida a la usanza de los habitantes del valle del Aurach, con sus treinta y seis o treinta y ocho años, no más, y se ocupaba de atender a su familia con calma y con un ceremonial que, desde hacía siglos, no había cambiado, quién, pensé yo, empezará a comer, y empezó Höller, invitándome a comer, luego se sirvieron los niños y, por último, la mujer de Höller, a la que, durante el tiempo que llevaba ahora en casa de los Höller, no había oído decir una sola palabra, era de lo más insignificante, e insignificante a la manera de todas esas mujeres sacadas de la mayor pobreza por sus maridos, mujeres que entraban en las familias por matrimonio, que eran siempre hijas de peones camineros y leñadores, trabajadores de serrerías o propietarios de pequeñas parcelas, parcas en palabras y preocupadas sólo de atender a su familia, y cuya jornada estaba determinada siempre por las mismas tareas de hacer camas, cocinar, ir al establo y así sucesivamente, que jamás se rebelaban y estaban apegadas a su marido y sus hijos con una naturalidad que hoy se ha hecho ya inimaginable en una gran parte del mundo, aquí sin embargo, en el Aurach, reinaban todavía las condiciones y, por tanto, las relaciones y, por tanto, las circunstancias que reinaban también hace doscientos y cuatrocientos años, la Naturaleza seguía siendo la misma y, por tanto, los hombres en esa Naturaleza seguían siendo los mismos, con su malevolencia y su horrible fecundidad, ésta de aquí es una raza de hombres, pensé, que sigue siendo la misma raza de hombres de los primeros tiempos de la Historia, exceptuada del progreso general, ignorante, adivinándolo todo sólo con vaguedad y, por ello, en una constante relación de confianza con la Naturaleza que, aunque peligrosa y dolorosa, garantiza, sin embargo, su supervivencia, una relación a la que, como sus padres y abuelos y bisabuelos, se han abandonado por completo, porque no les quedaba otro remedio, una vez nacidos, tenían que hacer frente a sus relaciones, circunstancias y condiciones congénitas, inimaginables ya para todas las ideas actuales, y les hacían frente en efecto y, cuando se sublevaban, cuando, por circunstancias casuales, cobraban conciencia de pronto de la discrepancia entre su mundo y el otro mundo actual, aunque fuera por poquísimos tiempo, se sometían otra vez enseguida a sus reglas, que siguen siendo las mismas de hace medio milenio, y aquello que, cuando reflexionaban, les resultaba incomprensible, se lo hacía comprensible la Iglesia, en todos los lugares donde conservaba aún su influencia. Esa mujer fue siempre para mí la esencia de la discreción, nunca una palabra más alta que otra, jamás hablaba si no se le preguntaba, todo lo que había en ella, interior y exteriormente, se orientaba a cuidar de los que la rodeaban, cuidaba de sus hijos, de su marido y de su casa, la de su marido y la de sus hijos, y de la huerta y de la ribera y, bajo esa vigilancia cuidadosa, todo estaba siempre en orden y, según la estación del año, entonado en colores amarillos o azules o rojos o blancos, a causa de su afición a las flores y las plantas, en las que,

probablemente, encontraba siempre su refugio secreto y más seguro. Esa mujer mantenía limpia toda la casa de los Höller, pero no exageradamente limpia, restregaba regularmente las tablas del suelo, una vez por semana, con agua fría, no había telarañas en las paredes, todo era blanco, los escasos muebles, que provenían de la herencia de los padres de Höller, no de los de ella, que nada tenían, y de los alimentos almacenados aquí o allá, de las manzanas y peras que había sobre los armarios o bajo las camas venía, en toda la casa de los Höller, un olor únicamente característico de la casa de los Höller, ese olor he podido sentirlo de pronto, a menudo y muy a menudo, en medio de Londres, en la calle, identificándolo como el olor de la casa de los Höller, súbitamente estaba el olor ahí, dondequiera que me encontrase, pero siempre, en esos momentos, muy lejos de la casa de los Höller, casi siempre en el extranjero, y ése era entonces un motivo para pensar en la llamada patria y en lo llamado patrio, para recordar las imágenes patrias y, de hecho, por tiempo más largo o más corto, según el estado intelectual o emocional, o emocional e intelectual, dominante en ese momento, el cual, a menudo, se hacía por ello otra vez soportable. También Roithamer me habló una vez de que, de pronto, el olor de la casa de los Höller le recordaba el Aurach y la casa de los Höller y a los Höller y, en consecuencia, Altensam, y de que, muy a menudo, ese olor lo había devuelto a la vida. La mujer de Höller parecía ya mayor de lo que en realidad era, la construcción de la casa, en la que había participado en gran medida, los niños que tenía que cuidar al mismo tiempo, poco tiempo antes echados al mundo, la preocupación por *si la casa serviría realmente*, así Höller una vez, y además la preocupación por la financiación de la casa, todos esos asaltos a la salud de la mujer de Höller la habían hecho envejecer deprisa, pero de una forma increíblemente atractiva. Me era evidente, teniendo en cuenta lo que había observado de esa mujer, que Roithamer, aquí, en la morada de los Höller, y arriba, en la buhardilla, debía de haberse sentido bien bajo esa protección, porque siempre, cuando venía, de dondequiera que fuese, incluso de Inglaterra, al Aurach y a la casa de los Höller y a la buhardilla de los Höller, venía del desamparo al amparo y, en esas condiciones, cerca de un ser así, que realmente lo tranquilizaba a uno totalmente, podía encontrar de nuevo, en poco tiempo, lo que había perdido: el deseo de existir y, por tanto, el deseo de trabajar. Los niños de los Höller estaban bien educados por sus padres, eran tan espontáneos y abiertos hacia todo como podía desearse, y en eso me llamó enseguida la atención que la chica había salido más al padre y el chico más a la madre, en qué, no lo sabía, tenían exactamente la altura necesaria para llegarles a sus padres al hombro, llenos de curiosidad y observándolo todo en mí, estaban totalmente concentrados en su observación de aquel ser nuevo que ahora, de repente, estaba en medio de ellos, y comían y bebían exactamente como sus padres y, mientras comían, permanecían exactamente como sus padres, silenciosos. Tampoco ellos, como su madre, me hubiesen dirigido jamás la palabra si yo no les hubiera preguntado, y durante muchísimo tiempo, por la razón que fuese, me fue imposible dirigir la palabra a los

niños y también a la mujer de Höller, probablemente porque quería dejar que el proceso de la comida actuase en mí en un silencio casi absoluto, hubiera debido decir al principio, enseguida, alguna cosa a la mujer de Höller o a los niños, pensé, pero no dije nada y ellos tampoco se atrevían a decir nada, también porque Höller no los invitaba a ello, Höller había venido de su taller, se había lavado las manos y se había sentado a la mesa, lo que precisamente acababa de presenciar yo, y los niños estaban ya a la mesa cuando entré y fui invitado por Höller, no por su mujer, a sentarme en el sitio de la ventana, desde el que tenía la mejor vista general sobre todo el salón y sobre todo lo que pasaba en él, probablemente ese sitio era también el sitio de Roithamer, pensé, conociendo como conozco a Roithamer, precisamente ese sitio en el que me había sentado tenía que haber sido su sitio, cuántas veces me había relatado las comidas de los Höller en el salón de los Höller, *de pronto no me había informado ya sino relatado*, porque para ese proceso resultaba apropiado un relato y no un informe, comidas que se habían desarrollado siempre igualmente en silencio y de la misma forma que esta comida que ahora presenciaba yo, comparé otra vez el relato de Roithamer con las observaciones que ahora hacía por mí mismo, y otra vez coincidieron los relatos de Roithamer (sobre la hora de la comida en el salón de los Höller) con mis observaciones, el que Roithamer se hubiera sentado siempre así, con la espalda contra la pared, en todas las habitaciones, pensé, lo caracterizaba, el que inmediatamente después de entrar en una habitación buscarse un sitio con la espalda contra la pared y no se sentase jamás en otro sitio que en éste de la espalda contra la pared, porque desde un sitio así podía no perder de vista toda la habitación, también esa costumbre me era propia, no la había copiado de Roithamer, esa peculiaridad de sentarme siempre con la espalda contra la pared, sobre todo en las hospederías o los cafés, la había tenido siempre y ya mucho antes de que esa costumbre me llamase la atención en Roithamer, ahora pensé que ese sitio de la ventana, con vista sobre la puerta y frente a los Höller, había sido el adecuado para Roithamer, y quise preguntar si aquí, donde me sentaba yo, se había sentado también Roithamer, pero no lo pregunté, no había llegado aún el momento para una pregunta así, todo, en el salón de los Höller, estaba ya en aquel momento en contra de formular una pregunta así, y por eso no formulé esa pregunta ni tampoco otras preguntas que, de repente, se me ocurrieron, comía y bebía y observaba y era observado y, de hecho, era observado incluso cuando no me observaban directamente, los niños, por ejemplo, me observaban ininterrumpidamente, incluso cuando no me miraban, lo mismo que también la mujer de Höller me observaba ininterrumpidamente, incluso cuando no me miraba, ella miraba a la mesa observándome y exactamente lo mismo hacía Höller. Es cierto que, durante las comidas, en esas casas no se habla nunca, pensé, pero también que, sin embargo, era culpa mía que ahora no dijese palabra, sólo tenía que empezar y ellos hablarían también, pero el hecho de que todos guardasen silencio, comiendo y bebiendo, y de que ese proceso de comer y beber en silencio se hubiese prolongado un tiempo mayor aún a causa de mi propio silencio hacía que



comiera y bebiera tan en silencio como ellos, que esperaban que dijera algo, pensé, pero no dije nada. Poco a poco encontraba otra vez todas las cosas que había visto en mi última estancia en el salón de los Höller, hacía años, juntamente con Roithamer. De pronto oí el Aurach y pensé, durante todo el tiempo he creído que en el salón de los Höller reina siempre un silencio completo, cuando en realidad se oye siempre al tumultuoso Aurach, también yo me había acostumbrado ya al ruido ininterrumpido del estruendo del Aurach, precisamente en ese lugar, en la garganta del Aurach, especialmente fuerte y, a partir de un momento determinado, no lo había percibido ya, así creía, mientras en realidad me encontraba en medio del estruendo del Aurach en la garganta de Aurach, encontrarme en un silencio completo, porque tampoco yo oía ya el estruendo ininterrumpido del Aurach, lo mismo que los Höller no oyen ya ese estruendo, sólo a veces, cuando de pronto tienen conciencia otra vez de él, lo oyen ininterrumpidamente y, por eso, no lo oyen ya siempre sino sólo en determinados momentos, cuando piensan en ello, lo mismo que yo no lo oía ya, aunque la característica más sorprendente en casa de los Höller es, sin duda alguna, el estruendo del Aurach, los que llegan y los que han llegado ya se ven totalmente envueltos en ese estruendo, efectivamente, siempre es difícil hacerse comprender por los habitantes de la casa de los Höller, hay que gritar cuando se quiere decir algo, porque si no, no lo oyen a uno, pero muy aprisa, y probablemente tan aprisa porque el estruendo del Aurach es tan fuerte, todos se acostumbran a ello y en poco tiempo ocurre ya que se siente como completo silencio lo que, en verdad es un estruendo, como acababa de experimentar precisamente ahora por mí mismo. Que nadie puede acostumbrarse y cómo puede acostumbrarse nadie a ese estruendo del agua del Aurach es lo que dicen las gentes que pasan junto a la casa de los Höller, no saben que el oído y, pronto, todo el ser de quien vive en ese estruendo se acostumbran al hecho de vivir en ese estruendo. A Höller no le importó construir su casa en medio de ese estruendo, efectivamente, ésa había sido su intención, *construiré la casa en medio del estruendo del Aurach*, le había dicho una vez a Roithamer, y Roithamer no había comprendido cómo podía hacerlo, pero Höller no hubiera podido hacer nada mejor porque, como veo, todo lo relacionado con la construcción de la casa de los Höller fue un éxito. Precisamente el estruendo del Aurach es lo que me atrae o, por lo menos, *también* el estruendo del Aurach, así Roithamer una vez, ese estruendo del agua del Aurach tiene para mí, cuando estoy en la buhardilla de los Höller, la mayor fascinación. Así pues, en el salón de los Höller no reinaba ahora, como había creído todo el tiempo, un silencio completo, sino que en realidad había mucho ruido a causa del estruendo del Aurach, al que, sin embargo, durante mi estancia de varias horas en casa de los Höller, me había acostumbrado ya. Porque, de qué otro modo podrían los Höller dormir por la noche si oyesen ese estruendo, se acostumbran al estruendo y se duermen y se despiertan y no oyen ya en absoluto el estruendo del Aurach. Las casas situadas junto a ríos tumultuosos, había dicho Roithamer una vez, ejercen la mayor fascinación, evidentemente sus habitantes vivían en continuo temor de ser

aniquilados un día por esas aguas y, de hecho, de la noche a la mañana, porque sabido es que hasta las más pequeñas corrientes de montaña, en determinadas circunstancias, sobre todo en primavera, al fundirse la nieve en la alta montaña, o en otoño, durante tormentas prolongadas, se convierten en enormes masas de agua que todo lo arrastran. Todos los años leemos u oímos que ríos tumultuosos se han llevado cierto número de casas, juntamente con sus moradores. Pero Höller había proyectado su casa de tal forma, así Roithamer, que no podía ser arrastrada, la situación de la casa de los Höller era tal, que en ninguna circunstancia podía ser afectada siquiera por el Aurach, él, Höller, había construido su casa en la garganta del Aurach de manera que fuera *immune* a todas las violencias de la Naturaleza, precisamente esa circunstancia de construir una casa precisamente allí, en el lugar más peligroso del Aurach, en la garganta del Aurach, donde nadie había construido nunca una casa, había hecho que Höller no descansara, una y otra vez se había dicho, tengo que construir mi casa precisamente donde nadie construiría una casa, precisamente ahí, en la garganta del Aurach, que todos temen, construiré mi casa, la construiré precisamente ahí, y, como es natural, se expuso con ello a la mayor oposición y, por su insistencia e intransigencia en ejecutar su plan precisamente en la garganta del Aurach, allí donde el estruendo del Aurach es más fuerte y el peligro de verse llevado un día por las aguas y aniquilado totalmente con toda su familia es mayor, así Roithamer, había sido objeto de burlas y escarnio por dondequiera que fuese, pero él no había renunciado a su plan y había impulsado y concluido la construcción. Hoy no tiene mérito ver y decir que la casa de los Höller, tal como es y donde está construida, no puede ser arrollada por el Aurach, así Höller. Sin embargo, la desconfianza general ha continuado. En cualquier caso, Höller cree que la casa de los Höller no puede ser arrollada ni aniquilada tampoco por ningún alud de piedras y barro (Roithamer). Es la primera casa construida en el Aurach que jamás podrá ser arrollada por el Aurach ni aniquilada por aludes de piedras y barro provocados por catástrofes meteorológicas, porque, así Roithamer, todas las casas construidas hasta ahora en el Aurach han sido en definitiva arrolladas por el Aurach o aniquiladas por algún alud de piedras y barro que ha bajado por el valle del Aurach, una y otra vez han construido los habitantes del valle del Aurach sus casas en el Aurach, y una y otra vez han sido arrolladas esas casas por el tumultuoso Aurach, por un Aurach enfurecido súbitamente y casi siempre de noche, y aniquiladas por aludes de piedras y barro, pero eso no ha impedido a todos esos habitantes del valle del Aurach construir sus casas una y otra vez en el Aurach, verdad es que la casa de los Höller, así Roithamer una vez, es realmente la primera que jamás podrá ser arrollada por el tumultuoso Aurach ni aniquilada por un alud de piedras y barro, porque ha sido concebida y proyectada y construida tomando en consideración todo lo referente a las crecidas y el enfurecimiento del Aurach y a las posibilidades devastadoras relacionadas con los aludes de piedras y barro, y además por un hombre como Höller, que sólo construyó su casa en el Aurach porque estaba seguro de que esa casa suya no podría ser

arrollada ni aniquilada, y que se dio un plazo de dos años para proyectar y construir su casa teniendo en cuenta todos esos aspectos aniquiladores. Aunque Roithamer estaba lejos aún de haber tenido la idea de construir el Cono, lo había fascinado ya, sin embargo, la construcción de la casa de los Höller y la forma en que el propio Höller había proyectado y realizado su casa y, mientras él mismo no tenía en absoluto conciencia de ello, había nacido ya en él la idea de construir el Cono para su hermana, mientras él no tenía en absoluto conciencia de la construcción del Cono para su hermana y, de hecho, en el centro del bosque de Kobernauss, había estado, al observar el arte de la construcción de Höller, y como arte de la construcción debe clasificarse el trabajo de construcción de Höller en su casa de la garganta del Aurach, así Roithamer, había estado ya hacía tiempo, al observar el arte de la construcción de Höller, trabajando en su Cono, el origen de la idea de construir el Cono y de su idea de construir, de realizar el Cono en el bosque de Kobernauss había que buscarlo en la casa de los Höller, Roithamer, primero inconscientemente, pero de pronto, al tener la idea de construir el Cono, de forma totalmente consciente, había tomado la decisión de construir el Cono, de la observación por Roithamer de la construcción y de los progresos de la construcción de Höller en la garganta del Aurach había surgido su decisión de enfrentarse él mismo con una construcción así y de construir algo que hasta ahora y antes de él (así Roithamer), como pensaba también Höller, que antes de él ningún hombre, nadie había construido todavía, la constante observación por Roithamer de la construcción de la casa de los Höller había provocado en Roithamer el nacimiento del Cono, primero en su cabeza y luego sobre el papel, sobre cientos de miles de papeles, y finalmente en la realidad, porque él, Roithamer, era un tipo que tenía que llevar a la práctica, llevar continuamente a la práctica lo que al principio se había imaginado sólo llevar a la práctica, lo mismo que Höller había tenido que llevar también a la práctica su vivienda al principio imaginada sólo en la garganta del Aurach, el trabajo preparatorio del Cono de Roithamer lo había realizado en realidad, como ahora veía yo claramente, Höller, al tomar la decisión de construirse una casa en la garganta del Aurach, de vender sin pensarlo mucho la vieja casa, heredada de sus padres y, con el dinero y con préstamos bancarios y con su fuerza de decisión y auténtica presencia de ánimo, construir la nueva en la garganta del Aurach, él mismo, Höller, sólo se había *atrevido* al principio con vacilaciones a acometer su proyecto, pero luego había *impulsado* la construcción con tanta mayor energía. Como todas las gentes del campo, él, Höller, poseía desde la infancia, por haber observado constantemente las construcciones, los conocimientos más elementales de la construcción que, sin embargo, había podido ampliar luego, estudiando solo y leyendo libros técnicos de construcción, después de haberse decidido a construir una nueva casa, perfeccionándose hasta cierto grado en el arte de construir una vivienda y, en el fondo, ese proceso de Höller había sido el mismo proceso luego repetido por Roithamer, y el que de pronto, como antes en Höller, de pronto todo se concentrase también en Roithamer en su obra del arte de la construcción, con todas las

posibilidades de ampliar, y desarrollar y perfeccionar constantemente el arte de la construcción, todo ese proceso de Höller concentrado en su construcción había fascinado probablemente a Roithamer ya años antes de su propia decisión de construir el Cono, lo mismo que, como me consta, le había interesado siempre en alto grado, cautivado incluso, el construir y el arte de la construcción y, sobre todo, el arte de la construcción de viviendas. Pero si Roithamer sabía que Höller había sido el origen y el modelo de su propio arte de la construcción, no lo sé, aunque él, Roithamer, había hablado siempre de la construcción de Höller y, de hecho, hablaba siempre con el mayor respeto de esa construcción de Höller, posiblemente no había tenido conciencia en absoluto de que Höller y la construcción de Höller habían sido el origen de su propia construcción, de que él, Roithamer, sin Höller y la decisión de Höller de construirse una casa en la garganta del Aurach, ni siquiera habría tenido la idea de construir. Pero, lo mismo que Höller había querido construir algo especial, una vivienda, completamente en contra de las construcciones de los otros, completamente en contra de las reglas y también de las ideas de los otros, completamente en contra de la razón de los otros y, por añadidura, en el sitio más peligroso, de forma que todos se habían llevado las manos a la cabeza, así había querido Roithamer construir algo especial, algo distinto que los otros, un Cono y, de hecho un Cono para vivienda de su hermana, y por añadidura, como se afirma, de dimensiones inhumanas, en un entorno inhumano y en un lugar inhumano, a saber, en el centro del bosque de Kobernauss. El proceso de ambos fue igual, realizarse a sí mismos mediante una insólita, como creían ambos, tanto Roithamer como Höller, y verificaron también, realizarse a sí mismos mediante una insólita construcción y obra de construcción, cada uno de una forma que concordaba con él por completo. Debía de haber pasado media hora larga cuando, con el comentario de que creía que Roithamer, al observar la construcción de los Höller, había tenido la idea de construir el Cono, interrumpí el silencio en que la familia Höller se había sentado hasta entonces a la mesa, observando ininterrumpidamente mi persona. Como ni Höller ni su mujer dijeron nada a lo que acababa de comentar, guardé silencio de nuevo y pensé que mi comentario era exacto, todo en casa de los Höller me probaba que Roithamer había sido incitado a construir el Cono por la construcción de los Höller, la estancia más breve en casa de los Höller bastaba para verse confirmado en esa hipótesis, pero nunca se me había confirmado antes de forma tan clara esa hipótesis como cuando estaba ahora aquí, sentado a la mesa con los Höller, reflexionando sobre las circunstancias que habían llevado a la construcción del Cono de Roithamer, lo mismo que a la construcción de la vivienda de Höller. Teniendo en cuenta todas las (sus) circunstancias, Höller tenía que construir su casa en la garganta del Aurach, y teniendo en cuenta todas las (sus) circunstancias, Roithamer tenía que construir el Cono en el centro del bosque de Kobernauss. Y realmente, pensé, todo es en casa de los Höller, se observe, se deje actuar en uno y se piense lo que se quiera, singular, lo mismo que todo en el Cono de Roithamer, interior y exteriormente, es singular y

resulta, después de una contemplación, consideración, observación, visión y revisión más detalladas, de lo más singular. Así él, Roithamer, pensó, lo mismo que yo ahora, se sentaba siempre por las noches a esta mesa, en el salón de los Höller y con la familia Höller, porque al mediodía, como me consta, se las arreglaba solo el propio Roithamer, no comía casi nada al mediodía, un sorbo de agua clara y fresca, un trozo de pan como mucho le bastaban, pero por la noche, cuando estaba agotado por su trabajo, podía permitirse el contacto y la compañía de los Höller, y bajar al salón para comer con ellos lo que ellos mismos comían, porque no siempre puede permitirse un hombre como Roithamer y con un trabajo como el que ininterrumpidamente ocupaba a Roithamer un contacto así con gentes como los Höller, no en todo momento, sino sólo a horas muy exactamente determinadas y con intervalos muy exactamente regulares, por las noches por tanto, cuando se había agotado totalmente en la buhardilla de los Höller y cuando tampoco hubiera aguantado más tiempo en la buhardilla de los Höller, ni un instante más, los tres o cuatro golpes dados por la mujer de Höller con la vara de avellano en el techo del salón y, por tanto, en el suelo de la buhardilla lo hacían interrumpir siempre su trabajo y levantarse y bajar al salón de los Höller, conozco ese ritmo y puedo imaginarme que Roithamer concediera el máximo valor a la observancia de ese ritmo como ritual, los tres o cuatro golpes de la mujer de Höller en el techo del salón y, por tanto, en el suelo de la buhardilla, de los que me había hablado Roithamer en Inglaterra muy a menudo, eran para él la señal de interrumpir su trabajo y esos golpes, así Roithamer, los daba siempre la mujer de Höller en el momento oportuno, ni un momento antes ni un momento después. Él, Roithamer, nunca le había dicho a la mujer de Höller que golpeaba siempre en el momento oportuno, pero ella tenía que suponer que siempre era el momento oportuno, porque no habían provocado jamás la oposición de Roithamer, de ninguna clase. Verdad era que entre yo y la mujer de Höller no habíamos convenido nada, pero yo había comprendido inmediatamente que sus golpes en el techo del salón, en el suelo de la buhardilla, significaban que la comida estaba dispuesta y que esperaba que bajase al salón y me sentara con ellos a la mesa. En el taller de Höller, inmediatamente después de los golpes de la mujer de Höller, una fresadora, probablemente utilizada por Höller, se había detenido, señal de que también Höller terminaba su trabajo y se dirigía de su taller al salón. Pero, con independencia de lo que yo percibía y observaba, Roithamer me había hablado a menudo del proceso de que, cada vez, cuando la mujer de Höller golpeaba con la vara de avellano, se alegraba de ese momento, nunca había tenido que considerar por tanto esos golpes como perturbadores y le permitían liberarse de una situación, a menudo sin salida, y de proyectos, especulaciones, pensamientos, etcétera. Pensé, los Höller se comportan ahora probablemente conmigo como se comportaban con Roithamer, en el instante en que me había instalado en la buhardilla de los Höller había quedado encerrado en el mecanismo de su comportamiento con Roithamer, probablemente todo el que ahora, después de Roithamer, habite en la buhardilla de los Höller, y yo habito ahora en la

buhardilla de los Höller, porque otros habitarán después de mí en la buhardilla de los Höller, pensé, aunque Höller lo niegue, hombres apropiados para la buhardilla de los Höller, así pues, todo el que, después de Roithamer, habite en la buhardilla de los Höller quedará encerrado en el mecanismo de comportamiento que se puso en marcha cuando Roithamer vivía en la buhardilla de los Höller, y yo tenía la impresión de que los Höller me consideraban sólo como alguien que había ocupado el puesto de Roithamer. Sobre todo en el comportamiento de los niños de los Höller en la mesa había visto enseguida que creían que tenían que comportarse como se habían comportado con Roithamer. De pronto descubrí en la pared que tenía enfrente, junto a la puerta, una esquela mortuoria en la que podía leerse el nombre de Roithamer, a través de todo el salón, y el salón era grande, pude leer el nombre de Roithamer. Todo en el salón y en la casa, pensé, está bajo la impresión del suicidio de Roithamer que, naturalmente ha sido clasificado por todos, también por Höller, como una, así llamada, perturbación de los sentidos, todo en casa de los Höller, y también que todos, en casa de los Höller, tanto tiempo después de la muerte de Roithamer, se comportaban todavía como si Roithamer estuviera entre ellos. A la izquierda de la puerta, en la pared de enfrente, ellos, los Höller, habían fijado a la pared la esquela mortuoria de Roithamer, y a la derecha, junto a la puerta, la esquela mortuoria de la hermana de Roithamer. Esas dos personas muertas, pensé, determinarán ahora probablemente, durante mucho tiempo aún, el ambiente en todo el valle y en la casa de los Höller, con la que esas dos personas, cada una a su manera, estaban vinculadas de forma especialmente intensa, una porque incluso vivió aquí y, de hecho, hasta su propia muerte violenta, y la otra, en calidad de hermana, porque siempre era bien vista en casa de los Höller, sobre todo por los niños de los Höller, de los que era amiga. Si al principio, para Roithamer, había sido el Höller amigo del colegio quien lo había llevado a los Höller, y luego lo habían llevado la idea de Höller de construir su casa en la garganta del Aurach y la forma de ser afín de Höller que, en relación con esa idea de la construcción, se había hecho de repente clara para Roithamer, de ese Höller cuya sencillez interior y exterior había atraído siempre a Roithamer, y *la construcción de la casa de los Höller en sí*, que había interesado tanto a Roithamer que, a menudo, había participado días enteros, semanas, en la construcción de la casa de los Höller, y no se había quedado en Altensam cuando venía de Inglaterra de vacaciones, sino que había colaborado en la construcción de Höller, para la hermana de Roithamer habían sido los niños de los Höller los que la habían inducido a menudo a visitar a los Höller, en Navidades y en Pascua la hermana de Roithamer traía siempre a los niños de los Höller regalos exactamente apropiados para esos niños, de vez en cuando vestía a los niños de los Höller de pies a cabeza y hacía con ellos excursiones a los lagos o también a la ciudad. La garganta del Aurach con la casa de los Höller que, porque era de lo más funcional, se ajustaba exactamente a esa garganta del Aurach, había sido siempre, en los últimos años, el objetivo de esas dos personas, que ahora, en dos esquelas mortuorias, estaban retratadas frente a mí en la

pared, pensé, y me resultó difícil comprender cómo había podido llegar la muerte de esas dos personas tan rápida, y, en fin de cuentas, tan inesperadamente, y sumirlo todo en el valle del Aurach en un ambiente tan sombrío como el que, sin duda alguna, reinaba ahora aquí, algún tiempo ya después de la muerte de las dos. Los Höller, como me consta, habían apreciado siempre a los hermanos Roithamer, como llamaban cariñosamente a los dos ahora muertos, porque eran distintos de sus hermanos y de sus padres y porque jamás, como, en el fondo, era en ellos congénito, habían mirado por encima del hombro, como se dice aquí, a las gentes sencillas que existían en el valle y en las aldeas situadas bajo Altensam, sino que, desde su más temprana infancia, se habían sentido más unidos a ellas que a su propia familia, los Höller habían estado más próximos a los hermanos Roithamer que sus propios hermanos y que sus propios padres, y ellos nunca habían hecho un secreto de esa realidad. Todo su tiempo libre, como he dicho, lo empleaban en escaparse de Altensam y bajar al valle, sólo bajar una y otra vez había sido su deseo permanente, y los Höller eran su objetivo más deseado. Gracias a los dos, en una época anterior, cuando todavía eran niños, la casa de los Höller, primero la *vieja* casa de los Höller y luego la *recién construida* casa de los Höller, había estado siempre llena de vida, los hermanos Roithamer se habían ocupado de que la vida de los Höller, la mayor parte del tiempo más bien penosa y pobre y, en el valle del Aurach, sencillamente por naturaleza, tendiente a veces a un gris que la hacía uniformemente melancólica, se viera iluminada y, con ello, fuera otra vez soportable. Roithamer y su hermana, sólo con su presencia, porque en el fondo eran personas entretenidas, habían salvado a los Höller a menudo de alguno de sus estados de desesperación regulares, como hacen casi siempre los jóvenes. Los Höller tenían mucho que agradecer a los hermanos Roithamer, lo mismo que, a la inversa, los hermanos Roithamer tenían mucho que agradecer a los Höller. No hubiera debido, dije de pronto cuando todos habíamos dejado de comer, ocurrir esa catástrofe, o sea la muerte de la hermana y el suicidio de su hermano, pero al mismo tiempo, sin embargo, pensé que todo había conducido a esa catástrofe y que, realmente había tenido que ocurrir. Como durante tanto tiempo no había recibido de los Höller ninguna observación de acuerdo o discrepancia con mi observación de que Roithamer, probablemente, sólo había tenido la idea de construir el Cono a causa de la construcción de la vivienda de los Höller en la garganta del Aurach, me sentía ahora cohibido para hacer otra observación, por otra parte, sin embargo, me resultaba imposible quedarme aquí sentado a la mesa con los Höller, todo el tiempo en silencio y observando sólo el salón de los Höller, y creía también que ellos esperaban algo de mí, lo que tenía que ser que dijera algo, pero, pensé mirando las esquelas mortuorias que tenía enfrente, no tenía intención de hacer ahora enseguida otra observación, al fin y al cabo era posible, pensé, que incluso después de tanto tiempo, Höller tenga algo que decir a mi observación de antes, o incluso la mujer de Höller, que, sentada frente a mí, me prestaba mucha atención, lo que me extrañaba era que los niños, que probablemente no eran siempre tan callados

en otras ocasiones y que, por lo que sabía de ellos, tenían bastante desparpajo, no dijeran palabra, hacía tiempo que habían dejado de comer y de beber y estaban sentados ahora, en actitud expectante, con los codos sobre la mesa, como si sólo esperasen una señal paterna para levantarse, ponerse en pie de un salto y salir corriendo del salón. La oscuridad de fuera era ahora completa, y de pronto oí otra vez el estruendo del Aurach, no podía ser sólo cansancio lo que hacía que Höller no hablase, de forma que intenté otra vez, mediante un segundo comentario, iniciar una conversación. Que en Altensam ahora, después de la muerte de la hermana de nuestro amigo Roithamer y de su propia muerte, todo se había vuelto muy tranquilo, opiné, nada más que persianas bajadas, dije, puertas cerradas, todo daba la impresión de una casa mortuoria, el valle entero, bajo la impresión de la muerte de los hermanos Roithamer, estaba aún más sombrío, dije, a dondequiera que se fuese, por todas partes ese silencio, esa actitud expectante y muda de todas las gentes que, sencillamente, tenía que estar relacionada con la muerte de los dos Roithamer, era de prever, y de hecho a partir de un momento determinado, dije, y de pronto todos estuvieron más atentos aún que antes, que la hermana de Roithamer perecería, esa criatura espléndida, dije, que simplemente no había podido soportar el hecho del Cono, de que su hermano hubiera hecho realidad su idea de construirle el Cono y, de hecho, *sólo para ella y sólo en el centro del bosque de Kobernauss*, y para Roithamer, cuando, después de terminar el Cono y de entregar el Cono a su germana, había vuelto a Inglaterra, había sido completamente evidente que la terminación del Cono no podía ser realmente, como había creído, como había podido creer, la felicidad suprema, incluso la más suprema, sino que realmente significaba la muerte de su hermana, porque no había ninguna duda de que la hermana de Roithamer había perecido por la realización y terminación del Cono para ella, y desde el instante de la terminación del Cono, al serle entregado, así les decía yo a los Höller, recapitulando, había sido de repente distinta de como había sido hasta entonces, afectada por una enfermedad mortal que la había acometido instantáneamente en el momento de la entrega del Cono, de la que todavía no se sabe hoy de qué enfermedad mortal se trataba, seres como la hermana de Roithamer, de repente y súbitamente, en relación con un momento determinado de sus vidas y precisamente en un instante favorable para una enfermedad mortal así, empiezan a cambiar, y se podía ver, dije, cómo, lentamente, *enfermaban cada vez más profundamente* y desarrollaban una singularidad patológica, mientras poco a poco, y de forma totalmente concorde con su ser, iban pereciendo con esa y de esa enfermedad, porque, en verdad, así les dije a los Höller, la hermana de Roithamer nunca había creído que su hermano podría hacer realidad la idea de construir el Cono para ella, siempre había considerado esa idea una idea demencial e irrealizable, pero al mismo tiempo había subestimado las capacidades y las energías y la tenacidad de su hermano, al que quería más que a cualquier otro ser y, por eso, se había engañado con respecto a su propio hermano, el que le estaba más próximo. Roithamer, les dije a los Höller, había sido un hombre que



no se dejaba apartar por nada en el mundo de ningún proyecto, una vez que se le había metido en la cabeza, pero que, por otra parte, tampoco era un iluso, porque era un científico de pies a cabeza y, por añadidura, un científico *natural* consecuente e íntegro en todos los aspectos y que, ya por el hecho de enseñar en una universidad inglesa, era realista de pies a cabeza, yo mismo, les dije a los Höller, no había conocido en toda mi vida ninguna cabeza más realista, ningún hombre ni carácter con mayor precisión para pensar y hacer prevalecer su voluntad. Por otro lado, Roithamer había tenido que conocer y reconocer una y otra vez a su hermana tan profundamente, que era inimaginable que no hubiera previsto el efecto que tendrían que producir en ella la terminación del Cono y la entrega del Cono. A un hombre de visión tan, a la vez, amplia y profunda, no se le podía escapar que la terminación y entrega del Cono a su hermana tenía que producir la muerte de ésta. El hecho es que la hermana de Roithamer se había negado una y otra vez *a creer siquiera en la planificación de la idea del Cono, por no hablar de su realización y terminación*, lo mismo que, como sabían los Höller, se había negado siempre a visitar el emplazamiento del Cono durante los trabajos de construcción, aunque su hermano la había invitado una y otra vez a visitar el emplazamiento del Cono, por decirlo así como *aclimatación*, varias veces al año había intentado visitar con ella el emplazamiento del Cono, en el centro del bosque de Kobernauss, pero nunca había conseguido convencer a su hermana para ello, porque ella, les dije ahora a los Höller, tenía miedo y, de hecho, miedo por muchos conceptos, no sólo miedo con respecto al Cono, sino también miedo por su hermano y, de hecho, un miedo creciente y ya casi insoportable para ella, como me consta, porque los cambios que se habían producido en su hermano, interior y exteriormente, por la construcción del Cono la habían causado un dolor en constante aumento, y se había concretado en ella la sospecha de que la construcción del Cono podía hacerle enfermar a él, a su hermano, y finalmente, como consecuencia de todo lo relacionado con el Cono, *matarlo*, y ahora veo, les dije a los Höller, que el Cono los aniquiló realmente a los dos, a la hermana primero y a su hermano poco tiempo después. Todo eso lo dije mientras miraba ininterrumpidamente las dos esquelas mortuorias que tenía enfrente, en la pared, y tuve los oyentes más atentos, sentados a la mesa, todavía no recogida, del salón de los Höller. A partir de un momento determinado, no previsible, sobre todo las personas jóvenes, las que van hacia los treinta y cinco, persiguen una idea, y llevan adelante esa idea hasta que la idea se realiza y esa idea realizada los mata, dije. Ahora veo, dije, que la vida de Roithamer, su existencia toda, no tendía a otra cosa que a la realización del Cono, todo hombre tiene una idea que en definitiva lo mata lentamente, una idea así que surge en él y lo persigue y que finalmente, más pronto o más tarde y siempre en medio de la mayor tensión, lo mata lentamente, lo aniquila. *Que las ciencias naturales o las llamadas ciencias naturales* (así Roithamer), les dije a los Höller, fueron sólo para él la preparación para esa idea, todo en él sólo preparación para la idea de construir el Cono, y que el motivo externo para construir y realizar el Cono había sido la

construcción de la casa de los Höller por Höller, por una parte, así dije mirando las esquelas mortuorias de la pared de enfrente, la idea de construir precisamente en la garganta del Aurach, y por otra, la idea de construir en medio del bosque de Kobernauss, aquí, contra toda razón y toda transigencia, darse a sí mismo finalmente un ejemplo en la garganta del Aurach, allí, el mismo proceso por otros medios pero con el mismo móvil, en el centro del bosque de Kobernauss. Un hombre tiene una idea y encuentra en algún momento de su vida, en el punto decisivo, otro hombre, que por su forma de ser y, al mismo tiempo, por su estado de ánimo orientado al punto decisivo del hombre que lo encuentra, hace que se realice esa idea, hace que su idea se convierta en realidad y, finalmente, en terminación de esa realidad. Un hombre así con una idea así fue sin duda Roithamer, y él, Roithamer, encontró igualmente sin duda, en el momento decisivo de su vida, a Höller, que le hizo posible realizar y terminar su idea, dije. Y, en fin de cuentas, había en el Cono de Roithamer características sorprendentes de la casa de los Höller, y a la inversa, en la casa de los Höller características del Cono de Roithamer. La naturaleza de la cosa era en ambos casos la misma, dije. Pero mientras que Roithamer pereció a causa de su Cono y mató además a su hermana con su idea y con la realización de su idea, Höller seguía con vida, no sólo seguía viviendo en su idea, que había realizado y terminado, como dice la gente de alguien que ha muerto, de alguien matado y aniquilado por su idea, sino que seguía viviendo, como auténtico ser vivo, en su idea y en la realización de su idea y en la terminación de su idea, a saber, la casa de los Höller en la garganta del Aurach, y no había duda de que Höller viviría aún mucho tiempo, porque él, Höller, a diferencia de Roithamer, no era de los que son lentamente matados y aniquilados por sus ideas y demás, él, Höller, perecería un día finalmente, dije, como todo hombre, por algo distinto pero no por su idea. Mientras miraba las esquelas mortuorias, a la mujer de Höller que me escuchaba y, sobre la mujer de Höller, las esquelas mortuorias, pensé que me preguntarían ahora, aunque no preguntaban nada porque no decían palabra, seguían sin decir palabra, cómo había podido ocurrir esa desgracia, esperaban de mí, como siempre se exige de alguien a quien se cree iniciado en algún asunto o cosa todavía poco claro para los otros y conocedor de sus causas profundas y más profundas, que les explicase lo que no sabían, no *podían* saber, que les dijera ahora lo que yo sabía, porque creían que sabía algo, por lo menos mucho más que ellos, porque al fin y al cabo había estado muchísimo tiempo y con la mayor intimidad con Roithamer, como sabían y, de hecho, de esa forma intensa que, muy a menudo, los extraños califican de absoluta absorción por otro ser, y que ahora y, de hecho, aquí, sentado a la mesa en el salón de los Höller, les aclarase lo que en ese instante les resultaba aún poco claro, aunque ellos mismos no tenían una idea clara de lo que no les resultaba claro, y que les resolviese uno o varios enigmas, en relación con Roithamer, para ellos irresolubles, porque, como ningún otro, yo estaba capacitado para ello, y que decidiese ahora sobre la utilidad o inutilidad de conjeturas e hipótesis, ya que, al fin y al cabo yo era, eso opinaban aunque no lo dijeran, porque

persistían obstinadamente en su silencio, observándome cada vez más penetrantemente mientras creían haberme puesto no sólo bajo su protección sino bajo su control, *el mejor amigo de Roithamer y el de conocimiento decisivo*, y que había llegado el momento de saber por mí sobre mi amigo, que había sido también amigo de Höller, más de lo que ellos sabían, pero, a la inversa, ocurría sin embargo que yo quería saber por ellos más sobre Roithamer, *por ellos* y, sobre todo, por Höller mismo, que, como creía, sabía más que yo, por lo menos sobre los últimos días de Roithamer, sobre los quince últimos días, porque en definitiva Höller había pasado esos últimos días, si no siempre con él, al menos siempre cerca de Roithamer, él, Höller, había sido incluso al final, posiblemente, *la persona de más confianza de Roithamer*, y yo sentía que él, Höller, tenía que saber sobre Roithamer cosas decisivas que yo no sabía, y así esperábamos probablemente, de forma recíproca, que alguno de nosotros dijera algo sobre Roithamer que el otro no sabía, Höller algo que yo no sabía, no podía saber, y yo, lo que Höller no sabía ni podía saber, porque, tan estrechamente como yo había sido amigo de Roithamer, había estado unido a él, había estado Höller unido a Roithamer, la intensidad de la amistad era probablemente la misma, sólo se trataba de dos clases de amistad muy distintas, porque yo no soy Höller y Höller, a la inversa, no es mi persona. Pero, esperando que, lo mismo Höller que yo, supiéramos por nosotros algo sobre Roithamer que no sabíamos, el tiempo pasaba y pronto hubo transcurrido una hora entera, y la mujer de Höller, entretanto, se había levantado y se había ido con los platos vacíos a la cocina, los niños la habían seguido, el lavado de los platos y los baños de pies de los niños podían percibirse a través de la puerta de la cocina, mientras yo y Höller, que seguíamos sentados a la mesa, nos guardábamos mutuamente silencio. Y el hecho de que Höller mismo hubiera *descubierto en un árbol del claro* a Roithamer no quería yo abordarlo, me parecía que no había llegado aún el momento de hablar de él, y tampoco tenía intención de iniciarlo antes de que ese tema delicado y realmente horrible hubiera sido traído a colación por Höller. Sabía hacía tiempo y, durante mi estancia en el hospital, me había enterado de ello por uno de mis visitantes, el granjero Pfuster, que Höller había encontrado a Roithamer en el claro y, *con sus propias manos lo había bajado del árbol, cortando la cuerda*. Roithamer había desaparecido hacía tiempo, ni en Altensam ni en casa de los Höller se le había podido encontrar en los ocho días que siguieron al entierro de su hermana, pero ambas familias, la de Altensam y los Höller, habían pensado que, sin despedirse, lo que hubiera sido muy poco propio de él, había vuelto a Inglaterra, en donde, efectivamente, yo también esperaba todo el tiempo a Roithamer, y además sin noticias, cuando habíamos convenido, sin embargo, que, cada dos días, me enviaría noticias a mi dirección de Cambridge, con independencia de ello, a Höller hubiera tenido que llamarle la atención que las cosas, o sea, las ropas de Roithamer, las que acababa de llevar, no estaban ya en su buhardilla, y a dónde hubiera podido ir sin su ropa, Höller hubiera debido tener pronto la idea de que a Roithamer le había pasado algo, porque que no se hubiera

despedido, de nadie, era con todo lo más sorprendente, y por añadidura la ropa que faltaba, claro está que Höller había preguntado en Altensam por el paradero de Roithamer, y también los de Altensam, a la inversa, habían preguntado en casa de los Höller por Roithamer, pero nadie había *emprendido* nada, probablemente porque ambas familias, los Höller del Aurach y los Roithamer de Altensam, allí arriba, habían supuesto, después de todo, que Roithamer estaba desde hacía tiempo en Inglaterra, hasta que Höller fue otra vez a Altensam para preguntar si sabían dónde estaba Roithamer y, en esa ocasión, él, Höller, encontró a Roithamer en el claro que hay entre Stocket y Altensam. Höller no decía nada sobre el hecho de que él mismo lo hubiera encontrado, y yo no hablaba de ello, la verdad es que, ya a mi llegada, a últimas horas de la tarde, yo había evitado varias veces pronunciar la palabra «claro», aunque la palabra *claro* había sido necesaria varias veces para hacerme comprender en algún asunto que había mencionado. Pero sabido es que las personas reciben un choque cuando encuentran un ahorcado y, en este caso, se trataba naturalmente, de un choque terrible. Por una parte, creía tener derecho a saber por Höller más detalles sobre los últimos días de nuestro amigo, por otra Höller creía que sabría por mí más detalles sobre Roithamer, y como ambos habíamos esperado todo el tiempo que el otro dijera algo, como es natural, algo sobre nuestro amigo Roithamer, no habíamos dicho absolutamente nada en todo el tiempo. Me preguntaba una y otra vez qué estaría pensando Höller, y a la inversa, durante ese tiempo, Höller debía de preguntarse qué estaría pensando yo, pero en cualquier caso era algo relacionado con Roithamer, porque qué otra cosa podía ser. Que aquí pasaba las veladas y, como sé por Höller, a menudo noches enteras, en el salón, que Höller había construido totalmente al estilo de los viejos salones del valle del Aurach, utilizando para el suelo viejas tablas secas de alerce, y por eso siempre había sido un placer contemplar el suelo del salón, y que, también aquí, Roithamer se había sentado a menudo solo hasta el amanecer, dejando sólo que el estruendo del tumultuoso Aurach hiciese efecto en él y negándose a sí mismo un *papel científico*, a fin de no caer, en ese ambiente del salón de los Höller que, lo mismo que el ambiente de la buhardilla de los Höller, era sumamente favorable para sus ideas y su trabajo científico, en tomar notas también en el salón de los Höller, en escribir posiblemente algo más que notas y, por tanto recaer, incluso aquí abajo, en el salón de los Höller, que, a diferencia de la buhardilla de los Höller, que era para sus fines intelectuales, sólo estaba allí para comer y beber, en su trabajo científico, su trabajo intelectual, porque bastaba ya con que quedase totalmente absorbido por su trabajo intelectual arriba, en la buhardilla de los Höller, y se agotase diariamente en la buhardilla de los Höller, que comían y bebían con él, y los niños habían sido siempre para él la mejor garantía de distracción, sabido es que se llevaba muy bien con los niños de los Höller, tenía toda clase de posibilidades de comprender a esos niños, a diferencia de otros que se ocupan de trabajos intelectuales y no saben qué hacer con los niños, Roithamer era, por el contrario, un hombre que se entendía muy bien con los niños, lo que concordaba con su carácter, durante horas

había podido dedicarse a los niños de los Höller en el salón de los Höller, había jugado con ellos, les había contado cuentos suyos, inventados por él, que se le ocurrían mientras los contaba y, por eso, tenían un gran efecto original en los niños, si los niños tenían que ir a lavarse en la cocina y a la cama, se resistían siempre, como todos los niños, de la misma forma suplicante, lo que, sin embargo, no les servía de nada dentro del mecanismo educativo de los Höller, y él se quedaba solo con Höller, sentado a la mesa y, o surgía una conversación o no surgía ninguna, pero, si surgía una conversación, muy a menudo sencilla y descriptiva o una conversación filosofante, de la forma más natural, era una conversación entre los dos que se habían quedado solos en el salón, entre Höller y Roithamer. Roithamer me había hablado a menudo de esas conversaciones. Todas esas conversaciones *surgían siempre en nosotros por naturaleza*, así Roithamer, y por ello concordaban con los dos, con él, Roithamer, y con Höller. Roithamer hablaba la mayoría de las veces de Inglaterra y sus estudios, y de lo que sabía sobre Altensam y, en los últimos tiempos, naturalmente, de su trabajo en el Cono, y Höller de su trabajo como taxidermista, era el único en un amplio radio de centenares de kilómetros, y de todos los sucesos de interés en las aldeas, lo mismo que, como es natural, de la construcción de la casa. Una y otra vez, él, Roithamer, le había hecho a él, Höller, como me consta, la pregunta, ¿por qué precisamente en la garganta del Aurach?, y él, Höller, como me consta también, a Roithamer: ¿por qué precisamente en el centro del bosque de Kobernauss? Esas preguntas *no habían tenido nunca respuesta*. Höller, como creo, tenía sólo su hipótesis en relación con el centro del bosque de Kobernauss, y Roithamer en cambio, en relación con la garganta del Aurach, su propia hipótesis, lo mismo que yo tengo al respecto mi hipótesis. Pero la construcción de la casa de los Höller, así el propio Höller, no era comparable a la construcción del Cono por Roithamer, construir una casa así en la garganta del Aurach era fácil, mientras que construir un cono así en medio del bosque de Kobernauss era de lo más difícil, para construir la casa en la garganta del Aurach bastaba una cabeza sencilla como la suya (la de Höller), pero para la construcción del Cono era necesaria una cabeza científica como la cabeza de Roithamer. Él, Höller, había visto el Cono una sola vez después de su conclusión, no decía, como yo y como Roithamer, *terminación*, él, Höller, decía siempre sólo *conclusión*. Durante la construcción, él había ido a menudo en coche con Roithamer al bosque de Kobernauss, para observar los progresos de la construcción del Cono y, al mismo tiempo para dar su parecer, porque Roithamer consideraba a Höller, como es natural, después de haber trabajado en su propia construcción, un experto, el único experto en construcción, y porque, en el fondo, Roithamer no había recurrido a nadie más que a Höller, como experto, para realizar su proyecto de construcción, porque creía que los llamados expertos de la construcción no eran más que charlatanes, incompetentes todos ellos y perversos explotadores de sus desamparados clientes. Y acusaba a la gente de la construcción, a todos ellos, de desfigurar y aniquilar la superficie de la tierra. Los llamados

arquitectos (¡odiaba, como he dicho, esa expresión!) y, todos ellos, los constructores y las gentes de la construcción no son hoy más que destructores y aniquiladores de la superficie de la tierra, con cada nueva construcción que construyen cometen un nuevo crimen, un crimen de construcción contra la Humanidad, y una vez había exclamado patéticamente: *¡toda construcción que hoy construyen los expertos de la construcción es un crimen!* Y todos esos crímenes pueden cometerse sin consecuencias, incluso se anima y se invita francamente a esas gentes de la construcción, esos criminales, sobre todo por los Estados y sus autoridades, a cubrir la superficie de la tierra con su perversa basura intelectual y, de hecho, a cubrirla con esos horrores de construcción de una forma y con una velocidad tales que, en poco tiempo, toda la superficie de la tierra quedará sofocada por esos crímenes de construcción. *Entonces, cuando toda la tierra haya sido mal construida de la forma más horrible y más carente de gusto y más criminal, será demasiado tarde, y la superficie de la tierra habrá muerto. ¡No podemos defendernos de la aniquilación de la superficie de nuestra tierra por los arquitectos!*, había exclamado una vez. Si yo había supuesto que, sólo con Höller, o sea, después de que la mujer de Höller con sus hijos había salido del salón y se había ido a la cocina, entablaría pronto una conversación, con el tiempo me había puesto aún más inquieto por el silencio que reinaba también ahora, después de que la mujer de Höller, con los niños, había salido del salón y se había ido a la cocina, ahora, de repente, la contemplación del salón de los Höller no bastaba por sí sola para seguir reteniéndome en el salón de los Höller, pero tampoco podía subir a la buhardilla de los Höller a una hora tan temprana después de la cena, no eran más de las cinco y media, naturalmente, hubiera podido subir a la buhardilla, nadie me lo habría impedido, pero no la primera noche. El silencio entre Höller y yo se debía probablemente al hecho de que Höller esperaba que le preguntase sobre el hecho de haber encontrado él a Roithamer en el claro y haberlo bajado del árbol, cortando la cuerda, porque, probablemente, no tenía otra cosa en la cabeza que ese hecho, ya que con ese hecho vagaba Höller ahora de un lado a otro, desde hacía ya semanas, la mayor parte del tiempo recluido en su taller, ocupado en su trabajo, o detrás de la casa, en ocupaciones como las que se pueden observar en todo momento detrás de las casas del valle del Aurach, serrar madera, partir madera, apilar madera y demás, había podido soportar probablemente ese hecho mejor que en la inactividad a la que ese hecho, sin duda, lo había forzado ininterrumpidamente, sin embargo, con un trabajo, con una ocupación continua, en contra de esa inactividad causada por el hecho del suicidio de Roithamer y su descubrimiento por Höller en el claro, había podido aguantar más fácilmente, lo mismo que, en general, todo el mundo puede aguantar mejor alguna cosa horrible que le ocurre un día si, mediante una ocupación, la evita al menos aparentemente, se fuerza a sí mismo a algún proceso de trabajo, cualquiera que sea, y para ello Höller tenía más posibilidades en casa de los Höller que ningún otro, y por eso, al fin y al cabo, después de ese acontecimiento espantoso y que en verdad lo había conmovido en lo más hondo, se levantaba diariamente muy

temprano, la mayoría de las veces ya a las cuatro de la mañana, porque tampoco había podido librarse de ese suceso durante la noche, esas noches de insomnio que siempre se repetían después del suceso lo habían debilitado, eso podía verse claramente, Höller había dicho a mi llegada que ninguna noche reposaba tranquilo en su cama, ni un instante, la mayor parte del tiempo iba de un lado a otro por su habitación común, de forma que, a causa de ese ir de un lado a otro, tampoco los niños podían dormir, y que se pasaba la mitad de la noche mirando por la ventana al tumultuoso Aurach, probablemente, así la mujer de Höller, con pensamientos horribles, un hombre como Höller, así su mujer, sólo con la energía más extrema podía superar una experiencia así, aguantar el período ulterior, ella podía expresarse en esos términos porque comprendía a su marido mejor que nadie. Pero, solo y sin trabajo, daba una impresión desesperada, incluso en presencia de ella y en presencia de los niños, ella tenía la esperanza justificada, decía, de que mi visita podría influir en su marido de forma que, poco a poco, se recuperase del choque causado por el suicidio de Roithamer y, sobre todo, por el hecho de haber descubierto a Roithamer en el claro del bosque y haber tenido que bajarlo del árbol, cortando la cuerda, y de que mi presencia repercutiese *curativamente* en el ánimo de él, ensombrecido por ese choque. ¿Debo decir que, sentado ahora conmigo a la mesa y mirando la tabla de la mesa, me daba la impresión de un hombre roto? Que tenía el deber de hablarle ahora simple mente, pensé, una conversación, fuera la que fuese, pero que lo distrajera del suicidio de Roithamer y de todo lo relacionado con ese suicidio de Roithamer. Pero de repente dije lo siguiente: nosotros, Höller, Roithamer y yo, seguíamos el mismo camino para ir a la escuela, Roithamer, bajando de Altensam, recogía primero a Höller y luego me recogía a mí, y los tres íbamos juntos a la escuela primaria de Stocket, y en invierno llevábamos atado a nuestras carteras de cuero un leño, todos los colegiales tenían que llevar un leño a la escuela, los de padres acomodados, incluso ricos, como Roithamer, de Altensam, un leño de madera dura, los más pobres y los pobres un leño de madera blanda, y con los leños que todos los colegiales llevaban a la escuela se alimentaba la vieja estufa de cerámica, dije. Yo miraba la tabla de la mesa, alternativamente la tabla de la mesa y la puerta que tenía enfrente, las dos esquelas mortuorias y luego otra vez a Höller, y estaba firmemente decidido a continuar lo que estaba diciendo, aunque en ese instante sentí y, por consiguiente, supe que hubiera tenido que interrumpir esa descripción, que no hubiera debido continuar, pero no podía hacer otra cosa, porque en ese momento me parecía demasiado importante como para poder interrumpirla ahora que ya la había empezado, y de pronto tuve conciencia también del efecto de lo que decía en Höller, que me escuchaba como si supiera ya a dónde nos llevaría en definitiva mi descripción, relato, mi historia de infancia, no podía pensar ya en interrumpir mi exposición, y por tanto dije y, de hecho, de una forma totalmente tranquila por un lado, pero al mismo tiempo con la mayor excitación interior, que *el silencio había sido la característica más destacada cuando íbamos los tres a la escuela*, y otra vez

volví a hablar de los leños que siempre llevábamos en invierno, para que se pudiera alimentar la estufa con esos leños, me parecía que el recuerdo de esos leños que llevaban los colegiales a la escuela era de gran importancia para lo que quería decir, y dije varias veces si él, Höller, recordaba también que, en invierno, todos teníamos que llevar siempre a la escuela un leño y que con esos leños se alimentaba entonces la vieja estufa de cerámica de la vieja escuela primaria, los acomodados, repetía yo, tenían que llevar un leño de madera *dura*, los más pobres y los pobres, uno de madera, *blanda*, y si sabía que yo, como él, había llevado siempre un leño de madera blanda, porque sólo estaba obligado a eso, mientras que Roithamer, como recuerdo, no sólo llevaba uno sino hasta *dos* leños de madera dura. De dónde venía esa norma no lo sabía ya, probablemente había sido dada por la dirección de la escuela, sin embargo, la orden había podido venir también de las autoridades escolares superiores de la ciudad y, en cualquier caso, se basaba en datos totalmente plausibles. Tú y yo, cada vez, un leño de madera blanda, dije, y Roithamer *dos* leños de madera dura. Y continué con la descripción de nuestro camino de la escuela, ese camino de la escuela juntos había sido, muy lógicamente, la base de la amistad, de los tres, dije, se había convertido en una amistad para toda la vida, aunque también, a menudo, habíamos vivido mucho tiempo muy lejos unos de otros, nuestra amistad jamás se había visto afectada por eso, ni tampoco a través de todos los altibajos de la historia ya vivida por nosotros, por ejemplo durante la guerra, al contrario, esa amistad de los tres se había hecho más profunda de año en año y había sido, realmente lo dije así también porque, de repente, tuve la sensación de que tenía que decirlo todo, después de aquel largo silencio, al final torturador, la más hermosa. Y me dejé arrastrar a la observación de que amistades como la de nosotros tres duraban más allá de la muerte. Apenas había pronunciado esa frase, me resultó penosa, y Höller notó que el pronunciar esa frase, como un pensamiento, probablemente, sin embargo, muy natural, me *había* resultado penoso en lo más hondo, e intenté dejar atrás tan rápidamente como fuera posible ese sentimiento penoso, decir muchas cosas muy deprisa, avanzar intencionadamente hacia donde quería llegar, y decir algo me resultó de repente agradable, como una oportunidad de resarcirme del silencio demasiado largo de antes entre yo y Höller. Como si ese silencio ininterrumpido a la mesa, en presencia de la mujer de Höller y de los niños de los Höller, hubiera sido necesario para lo que podía decir ahora con tanta mayor vehemencia y, al mismo tiempo, viveza. De pronto no necesitaba contenerme. Dije lo que en realidad había tenido la intención de decir y había aplazado, que, sin embargo, el recuerdo más bonito que tenía y que probablemente tenía también Höller y es de suponer que Roithamer había tenido también, era el recuerdo del camino de la escuela juntos, en ese camino de la escuela habíamos tenido nuestras experiencias más intensas, dije, si pensamos en lo que observábamos en el camino de la escuela, que atravesaba peñas y bosques, a lo largo del Aurach, hasta llegar a la escuela, pasando junto a las casas de los trabajadores de las minas de carbón más allá de Stocket, o sea a través de la aldea, en la que hacíamos entonces



también nuestras observaciones, *observaciones decisivas para nuestra vida*, que significaban muchas cosas, que configuraron ya entonces nuestro futuro en su totalidad y, en verdad, lo *dominaron* también, porque realmente todo lo que hoy somos y percibimos y observamos y vemos venir está influido por esas percepciones y observaciones hechas en nuestro camino de la escuela, si es que no, y enfrenté realmente a Höller con esa afirmación, ha surgido realmente de esas percepciones y observaciones hechas en nuestro camino de la escuela, nuestro camino de la escuela no había sido, efectivamente, un camino de la escuela sencillo, dije, ya que, primero, teníamos miedo en nuestro camino de la escuela, porque era un camino de la escuela francamente peligroso, peligroso porque no iba más que a través de peñas y bosques, a lo largo del Aurach, y por todas partes, en el camino de la escuela, había peligro, y la mayor parte del tiempo teníamos miedo en nuestro camino de la escuela, yo calificué *nuestro camino de la escuela de el camino de mi vida*, ya que nuestro camino de la escuela era absolutamente comparable, con todas sus peculiaridades, acontecimientos, posibilidades e imposibilidades, al camino de mi propia vida y, probablemente, al camino de la vida de Höller, ya que el camino de nuestra vida había sido siempre un camino difícil, en el que teníamos que tener siempre miedo de todos sus acontecimientos, peculiaridades, posibilidades e imposibilidades, un camino que teníamos que recorrer diariamente a través de peñas y bosques, dije, la infancia está siempre para mí relacionada con ese camino de la escuela y no hay nada en mi infancia, dije, sin ese camino de la escuela, en el que tuvimos todas las experiencias que más tarde hemos tenido siempre, todo lo que más tarde ocurrió había ocurrido ya de algún modo en ese camino de la escuela nuestro, ese miedo que tenemos hoy a menudo lo tuvimos ya en nuestro camino de la escuela, esos pensamientos, estrechamente relacionados con el miedo los seguimos teniendo hoy una y otra vez, aunque de otra forma, pero sin embargo referidos siempre a los pensamientos que teníamos en el camino de la escuela, y el camino de la escuela fue siempre para nosotros, como el camino de la vida, sencillamente *un viacrucis* pero, sin embargo, también siempre *un camino de todos los descubrimientos posibles y de la felicidad suprema*, que no se puede describir, dije, y si él, Höller, podía recordar también con tanta intensidad el camino de la escuela, los muchos miles y cientos de miles de detalles de sensaciones y percepciones, sentimientos y sentimientos de sentimientos, aquellos primeros intentos importantes de pensar que hicimos en el camino de la escuela, porque sólo en ese camino de la escuela se convirtió nuestro pensamiento en el pensamiento que hoy pensamos, ese pensamiento no tenía antes la precisión que ahora era un mecanismo de nuestra inteligencia de adultos, los miles y cientos de miles de estados atmosféricos en el camino de la escuela, los cambios atmosféricos repentinos, podía recordarlos, los sentía cómo se producían siempre inmediatamente, transformando el camino de la escuela en un instante y, con ello, transformando nuestro interior en un instante, el cambio ininterrumpido de los colores del bosque y el Aurach que se precipitaba a través del bosque en la llanura,

todo en nuestro camino de la escuela era siempre, sin embargo, un cambio de los colores y de las temperaturas y un cambio de nuestros estados de ánimo, aquella atmósfera pesada en el verano, que hacía que, en nuestro camino de la escuela, nos sumiésemos en un estado mórbido que luego, en la escuela, tenía en nosotros las consecuencias más espantosas, o el frío del invierno, al que sólo podíamos hacer frente recorriendo todo el camino de la escuela al ataque y, de hecho, al ataque contra el frío, bien arropados y, con miedo, *pisoteando* la nieve profunda y profundísima y, en la garganta del Aurach, donde la nieve no era tan profunda, *corriendo*, de trozo de hielo en trozo de hielo, y en la escuela teníamos la sensación de haber perdido la razón a causa de nuestros esfuerzos en el camino de la escuela, y ya no nos era posible seguir las lecciones. Si él, Höller, recordaba a la joven maestra, que daba clase siempre con un vestido negro, muy cerrado, a la que nos gustaba escuchar y a la que queríamos, porque tenía consideración, tenía siempre consideración con nosotros y, por tanto, con nuestras situaciones y circunstancias, cuando, sin embargo, la regla es que los hombres y, sobre todo, los maestros, no tienen consideración alguna, nunca después había tenido ningún maestro consideración conmigo, dije, pero aquella maestra tenía consideración con todo lo que había en nosotros interior y exteriormente, y esa consideración no la había olvidado jamás en mi vida, en medio de tanta falta de consideración, a cuya merced está la vida o, en general, la existencia y todas las existencias humanas. El camino de la escuela transcurría como nuestra vida luego, dije, con todas sus oscuridades y claridades, con todas sus costumbres y acontecimientos imprevistos y, como el camino de la escuela, el camino de nuestra vida se había caracterizado una y otra vez, sobre todo, por sus abruptos cambios atmosféricos y, como nuestro camino de la escuela, el camino de nuestra vida había discurrido a lo largo de un río tumultuoso, al que siempre tuvimos que tener miedo, ya que, si siempre habíamos tenido miedo en el camino de la escuela de caer al tumultuoso Aurach, en el camino de nuestra vida habíamos tenido siempre el mayor de los miedos de precipitarnos en ese río junto al que vivíamos y a lo largo del cual vivíamos siempre con el mayor de los miedos, un río que era invisible, pero siempre tumultuoso y siempre mortal. Pero si, le dije a Höller, en el camino de la escuela habíamos estado siempre vestidos apropiadamente, en el camino de la vida no siempre habíamos estado apropiadamente vestidos, y dije que Roithamer, de los tres, era el que tenía el camino más largo que recorrer para ir a la escuela, él, Höller, el segundo más largo y yo el más corto, Roithamer, desde Altensam, tenía que bajar primero solo, por las paredes rocosas, hasta casa de Höller, vosotros dos, dije, Roithamer y tú, ibais entonces a mi casa en Stocket, y desde Stocket íbamos entonces los tres a la escuela. Así, Roithamer había tenido ya muchas experiencias cuando te encontraba, le dije a Höller, y los dos habíais tenido ya muchas experiencias cuando me recogíais, para ser exactos, Roithamer había tenido que recorrer siempre el camino más largo para ir a la escuela, siete kilómetros, él, Höller, cinco kilómetros, y yo tres kilómetros, hubieran podido efectivamente, le dije a Höller, allí arriba, en

Altensam, poner un vehículo a la disposición de Roithamer, pero jamás había sido costumbre que los moradores de Altensam pusieran un vehículo a la disposición de sus hijos en edad escolar, y dije que los otros tres Roithamer habían estado internos, pero nuestro Roithamer no lo había estado, la intención de ellos había sido que Roithamer fuera el único que no estuviera en un internado, los otros habían estado toda su infancia y juventud en ciudades y, dentro de las ciudades, en internados, pero Roithamer había ido a la escuela de la aldea en Stocket, por su propio deseo, como me consta y también por deseo de su padre. Ese hecho había sido el decisivo para la vida de Roithamer, dije. Luego, más tarde, le dije a Höller, los otros volvieron de las ciudades y se quedaron en Altensam, donde están hoy todavía, pero Roithamer se marchó precisamente en el momento en que ellos volvieron, y ese marcharse en el momento oportuno fue decisivo para todo el desarrollo de Roithamer, también fue aquí al instituto y, de hecho, en Gmunden, la capital del departamento, no fue a un internado, ni tampoco fue enviado a la fuerza a ningún internado, esos, así llamados, deseos educativos de Roithamer le fueron concedidos todos por sus padres, en especial por su padre, de forma que no tuvo necesidad de ir a ningún internado, en contraposición a sus hermanos, que todos ellos, también su hermana, insistieron desde el principio en los internados, y se marcharon de Altensam precipitadamente, le dije a Höller, para volver luego y, de hecho, para volver totalmente fracasados, mientras que Roithamer, nuestro amigo, sólo se marchó de Altensam en el momento oportuno, o sea, en el momento en que ellos volvieron, y luego enseguida a Inglaterra, que siempre lo había fascinado y donde luego, poco a poco, se convirtió con la mayor seguridad en lo que es hoy para nosotros, no estaba clasificando ahora a Roithamer, porque, en cualquier caso, no hubiera sido una clasificación exacta al ciento por ciento pero, sin embargo, en mi comentario sobre la personalidad de Roithamer se había manifestado el mayor respeto hacia él, de lo que tuve la confirmación por la reacción de Höller. En Inglaterra, Roithamer se convirtió, dije, en lo que admirábamos en él y aún admiramos amistosamente, como científico, dije, y como personalidad, en el último momento había podido sustituir aún la palabra hombre, que tenía ya en la cabeza, por la palabra, menos penosa, personalidad. Resultaba sorprendente, una y otra vez, ver cuanta gente, ya en su juventud y, muy a menudo, en el momento oportuno, iba precisamente a Inglaterra para poder desarrollarse, y casi todos los que habían ido a Inglaterra habían llegado a ser algo, se habían convertido en personalidades importantes, esa expresión, personalidades importantes, la empleé ahora deliberadamente para convencer a Höller, lo mismo que, al fin y al cabo, el propio Roithamer se había convertido en Inglaterra en una personalidad realmente importante, en una *así llamada personalidad importante*, porque toda personalidad es importante, dije, pero lo que el mundo entendía por una personalidad importante era algo distinto, y por eso decía yo ahora una *así llamada personalidad importante*. Porque él se fue a Inglaterra en el momento oportuno, en las condiciones oportunas, ideales. Y, si no hubiera surgido la idea de construir el Cono,

él estaría hoy todavía en Inglaterra, pero su vida había tenido que desarrollarse como efectivamente se desarrolló, la idea del Cono la llevó a una culminación nueva y, de hecho, a la más alta culminación posible, dije ahora, esos seis años de ocuparse del Cono habían sido, sin duda, la culminación de Roithamer, en fin de cuentas, naturalmente, la terminación del Cono. En ese instante de la terminación del Cono tuvo que interrumpir por sí mismo su vida, su existencia se había cerrado con la terminación del Cono, y eso lo había sentido él, Roithamer, y por eso puso fin también a su vida, dos vidas habían perdido su razón de ser con la terminación del Cono y habían tenido que cesar, le dije a Höller mirando otra vez las esquelas mortuorias de la pared de enfrente, situadas a izquierda y derecha de la puerta, la vida del propio Roithamer y la vida de su hermana, que él había vinculado, sin reservas, a su propia vida. Ahora, pensé, posiblemente había llegado el momento de decir lo que, en realidad, había querido decir ya antes pero sin embargo no había dicho porque el momento me había parecido aún prematuro, volviendo al camino de la escuela, intenté averiguar si la memoria de Höller era realmente buena y tan clara como la mía, pero Höller, sin embargo, era una persona totalmente distinta, y en dos personas nada es lo mismo, partiendo de esa base, comencé ahora a recordarle detalles de nuestro camino de la escuela juntos, primero los salientes de roca característicos, sorprendentes, y luego los menos sorprendentes y menos característicos, olores en determinados lugares del camino, olores de plantas, olores de la tierra, porque el camino de la escuela se caracterizaba sobre todo por un cambio constante de los olores de la tierra y los olores de la piedra y los olores de las plantas, determinados nidos de pájaros, bandadas de pájaros, especies de pájaros, intentaba comprobar en general la memoria de Höller, objetos, por ejemplo viejas piezas de bicicleta, latas, botes, ruedas de molino que yacían en las aguas del Aurach, arrojadas allí por todas las gentes imaginables, objetos que todavía recordaba yo claramente, lo interrogué sobre observaciones que yo había hecho muy a menudo y menos a menudo en el camino de la escuela y que se referían a todo lo imaginable, y también sobre observaciones de Roithamer, encuentros en el camino de la escuela, por ejemplo en la garganta del Aurach, donde antes, en los tiempos de nuestra escuela primaria, se instalaban muy a menudo los gitanos, de los que teníamos miedo porque nos habían dicho que los gitanos raptaban niños y cuantos más mejor, reflejos del aire, reflejos en la hierba y en el ribazo sobre todo, peculiaridades de la corteza de los árboles, comportamientos peculiares de los animales y, sobre todo, característicos de ese camino nuestro de la escuela, a lo largo del Aurach, y si recordaba cómo yo, junto con él y Roithamer, descubrí una vez entre los troncos de los árboles doce corzos congelados e hice con ellos un montón, cómo de pronto, a mitad de camino entre la casa de mi padre y la escuela, cedimos de pronto a la decisión de faltar a la escuela, y cómo, en lugar de a la escuela fuimos al molino en ruinas, que se alzaba donde hoy no hay más que un gran agujero en la tierra, semejante a un cráter de bomba y cubierto de maleza, en general, si recordaba detalles del camino de la escuela

relacionados con la guerra y con el miedo que teníamos constantemente en esa época, y pude comprobar que Höller recordaba todo o casi todo lo que yo mismo recordaba ahora. Una y otra vez vuelvo al camino de la escuela, le dije a Höller, y luego: un día llegamos a la escuela en invierno, dije, y comprobamos que el maestro se había ahorcado en nuestra clase durante la noche. Porque había sido acusado por un compañero de colegio, los dos sabemos su nombre, de que él, el maestro, había abusado del colegial y, de hecho, allí abajo, a orillas del Aurach, bajo un saliente de roca. Esa acusación que, sin embargo, hasta hoy no se ha probado, dije, tuvo por consecuencia el suicidio del maestro, cuyo nombre he olvidado, y también Höller había olvidado su nombre. Veo cómo nosotros, como siempre los primeros, abrimos la puerta de la clase y ponemos los leños que traíamos junto a la estufa de cerámica, para encenderla con ellos, porque como él, Höller, sabía, jamás esperábamos al conserje, que tenía la obligación de hacerlo, sino que la encendíamos siempre enseguida nosotros mismos, lo que no era difícil porque en el hogar quedaban todavía brasas, y por eso nunca necesitábamos astillas, sólo teníamos que poner encima la leña y, en poco tiempo, la clase tenía otra vez la temperatura que queríamos, todavía veo cómo, para poner los leños, me inclino, dije, y entonces hago el descubrimiento de que el maestro se había colgado sobre la estufa de cerámica, del gancho de donde, por lo demás, sólo colgaba la sierra de trocear que él descolgaba en la primavera y en el otoño y utilizaba para podar los manzanos y perales del huerto de la escuela. Ese suceso no necesitaba recordárselo a Höller, porque probablemente ese suceso, como experiencia elemental, había influido en Höller, como en mí mismo, durante toda la vida, sin embargo había sido acertado hablar de repente otra vez del suicidio del maestro, de la difamación del maestro, cuyo nombre habíamos olvidado, por nuestro compañero de colegio, que había conducido al suicidio del maestro por ahorcamiento, y me llamó la atención la tranquilidad con que había hablado, había podido hablar, del suicidio del maestro y de mi descubrimiento del maestro ahorcado, por primera vez, después de tantos años, después de más de dos decenios, había podido hablar tranquilamente de esa experiencia, y a Höller le había llamado también la atención la tranquilidad de mi relato, en general, sólo había podido hacer tranquilamente esas observaciones sobre el suicidio del maestro porque me habían inducido a ello las dos esquelas mortuorias que tenía enfrente y por eso, como preparación, había hablado primero del camino de la escuela juntos y de todas nuestras relaciones con ese camino de la escuela juntos, actuales todavía hoy para nosotros lo mismo que en nuestra más temprana infancia escolar, y que son hoy otras relaciones, había utilizado el camino de la escuela y, una y otra vez, las percepciones de antes relativas a ese camino de la escuela como percepciones de hoy, por así decirlo como preparación para lo que, en el fondo, quería decir, había utilizado la descripción del camino de la escuela, la reminiscencia del camino de la escuela por mi parte, y la reminiscencia por Höller del camino de la escuela por otra, mediante la comprobación de mi recuerdo primero, y luego mediante la comprobación del recuerdo y de la capacidad

de recordar de Höller, para llegar al hecho de que, por una difamación muy vil de nuestro compañero de escuela, nuestro maestro se había ahorcado. Probablemente existió entre el suicidio del maestro, que tan atrás queda, y el suicidio de Roithamer, lógicamente, le dije a Höller, una relación, el suicidio de Roithamer era consecuencia del suicidio del maestro hacía tantos años, porque también para Roithamer, como me consta, el suicidio de nuestro maestro fue un hecho decisivo en su vida. En general, nosotros, como ocurre siempre con los niños en esas comarcas, que se llaman apartadas del mundo, nos habíamos enfrentado ya muy pronto con el suicidio, la infelicidad individual que reina permanentemente en esas comarcas y, como consecuencia, la infelicidad general, llevaba anualmente a docenas de suicidios en un radio de lo más reducido, como consecuencia también de las opresivas condiciones atmosféricas de la baja montaña, aquí, todos tendían *siempre* al suicidio, porque creían siempre ahogarse por el hecho de no poder cambiar por nada su posición, todos tenían conciencia de esa desventaja debida a su nacimiento en esta región, y tampoco servía de nada, como se ve, que uno de los más amenazados, como Roithamer, una de esas personas que actúan movidas por la cabeza, y no, como todas en general, por el sentimiento, se marchara de la comarca, como sencillamente se marchó Roithamer porque tenía la posibilidad de marcharse, en todas partes, no importa a dónde hubiera ido ni a dónde hubiera huido, estaba expuesto a esa desventaja causada por su lugar natal y por su región natal y por la condición depresiva, relacionada con ellos durante toda su vida, de su naturaleza, como consecuencia de la naturaleza de su lugar de origen y, como vemos, le dije a Höller, finalmente y en definitiva, Roithamer se mató, quiso huir de sí mismo por el hecho de ir a Inglaterra, quiso huir, confiando en una posibilidad de fuga, y se trasladó pronto a Inglaterra porque tenía las posibilidades (financieras) para ello, pero no le sirvió de nada y tuvo que perecer exactamente igual que los otros que no tienen posibilidades de marcharse y de huir. Ni siquiera un hombre así que, sin embargo, parece tener todas las posibilidades, dije, consigue superar el hecho de haber nacido en un estado mental y físico constantemente deprimido, precisamente en un hombre así se completa la infelicidad general, de la forma más concentrada, en lo más horrible, pero sería erróneo ver en un hombre como Roithamer un hombre siempre únicamente infeliz, porque al fin y al cabo ningún hombre es siempre infeliz, en especial no un hombre como Roithamer, que, teniendo todas las dotes intelectuales imaginables, era en definitiva siempre capaz de controlar su estado mental y físico, por ello a un hombre como Roithamer se le da siempre, en todos los aspectos, la posibilidad suprema y, por tanto la infelicidad suprema, le dije a Höller, lo mismo que, lógicamente, también la felicidad suprema, porque lo mismo que en todo hombre la felicidad y la infelicidad alternaban de una forma insistente y constante, y así, de forma concorde con su naturaleza, llevaban su vida hasta el fin y, por lo tanto, hasta la muerte, de una forma tranquila o intranquila pero, en realidad, siempre consecuente, en Roithamer se había tratado siempre de lo supremo y de lo máximo,

porque que un hombre así, con esas capacidades, no podía soportar, aguantar la vida tanto como otro, era evidente. El suicidio, dije, era en nuestro país natal algo lógico, nada extraordinario, y hablar de él era natural. Y, si se escuchaba con atención, se comprobaba la costumbre de todos los habitantes de esta región y, también esto es cierto, la costumbre de todos los austríacos de hablar constantemente del suicidio y, de hecho, de hablar del suicidio con toda franqueza, se diría que, por lo menos, se ocupan de manera casi ininterrumpida del suicidio, naturalmente no todos se matan, pero ese pensamiento de matarse, de eliminarse por la vía más rápida, de extinguirse de la forma apropiada, estaba en todos y, pensasen todos lo que pensasen, no era en verdad más que ese pensamiento. En el fondo, también este pueblo era un pueblo que tenía que hablar constantemente de su suicidio pero, al mismo tiempo también, constantemente, impedir su suicidio, lo mismo que todo individuo, todo este pueblo ininterrumpidamente, dije, y en ese estado se encuentra, como todo individuo, ininterrumpidamente, y se trata realmente un estado de sufrimiento ininterrumpido que, sin embargo, por la gran disposición para la razón que aquí reina en todo individuo y, por tanto, en todo el pueblo, resulta soportable. Este arte popular, así lo llamo, le dije a Höller, de querer constantemente matarse pero no matarse a causa de la predisposición para la razón y, de esa forma, dominar ese estado y hacer de él un estado de sufrimiento dominado durante toda la vida, lo tenía sólo este pueblo y lo tenían sólo los pertenecientes a este pueblo. Es un pueblo de suicidas, dije, pero son los menos los que se matan, aunque sea el más alto porcentaje de suicidios del mundo, la más alta marca mundial la que tiene este pueblo, dije. Era siempre únicamente un pensamiento suicida el que se pensaba en este país y en este pueblo, dondequiera que fuese, lo mismo en las grandes y las pequeñas ciudades que en el campo, una peculiaridad fundamental de todos esos hombres era el pensamiento ininterrumpido en el suicidio, incluso la felicidad de poder pensar continuamente y sin ser irritado por nada, constantemente, en poder matarse en cualquier momento. Por el hecho de que todos piensan siempre en matarse, pero no se matan, se logra el equilibrio en nuestro pueblo, dije. Pero el resto del mundo, naturalmente, no comprende nada y se encuentra, piense lo que piense y diga lo que diga sobre este pueblo, y trate como trate a este pueblo y a cada individuo de este pueblo una y otra vez, en un completo error. Porque es un hecho que no se comprende a nuestro pueblo, dije, por bien intencionado que el resto del mundo se manifieste, el país y el pueblo austríacos no son para todo el resto del mundo más que una locura total, como estado mental ininterrumpido. Ahora, le dije a Höller, empezaré por ordenar todos los libros y escritos de Roithamer, aunque la verdad es que no sé cómo, porque probablemente el desorden de los libros y escritos de Roithamer es su orden, como sea, intentaré primero *aclimatarme* en la buhardilla de los Höller, ahí arriba, empezaré por aclimatarme a mí mismo, y sólo luego con vistas a ocuparme del legado de Roithamer. El que él, Höller, hubiera puesto a mi disposición para ese fin la buhardilla era para mí una circunstancia de lo más útil, dije, lo mismo que también,

desde luego, la enfermedad que acababa de vencer, aunque no de vencer totalmente, era una circunstancia igualmente afortunada con vistas al legado de Roithamer. Quería quedarme, dije, cuatro o cinco días, para empezar por echar una ojeada a todo, y ocuparme luego intensamente de ello otros cuatro o cinco días. No podía decir más. Höller me relató a continuación cómo había descubierto a Roithamer en el claro del bosque y lo había bajado del árbol, del gran tilo que hay allí, cortando la cuerda. Ahora no necesitaba ya tener miedo de apremiarlo para que me lo relatara, me lo relataba todo y, de hecho, de la forma consecuente en él innata pero, con el trato con Roithamer, probablemente también aprendida, que atendía sólo a lo importante y lo necesario. Ese relato duró un cuarto de hora y, durante el relato, me pareció que todo era exacto en él, Höller era lo que se llama un fanático de la verdad, su voz y el ritmo de su voz me eran familiares. Fuera, en la cocina, no se oía ya nada, entretanto, los niños se habían ido a dormir, la mujer de Höller seguía sentada a la máquina de coser y se la oía arriba, y entretanto, sin embargo, eran ya las nueve y media, tarde para casa de los Höller. El traqueteo de la máquina de coser arriba y el estruendo del Aurach abajo tenían un ritmo muy determinado, que obedecía a leyes musicales. Me era agradable hacer todas mis comidas con ellos, le dije a Höller, y me puse en pie, me despedí y me fui a la buhardilla. Pero lo mismo que Höller, como pude comprobar pronto, probablemente a causa de su insomnio, no se fue a dormir sino al taller, a la sala de taxidermia, como llamaba siempre Roithamer al taller de los Höller, también yo estaba muy lejos de poder irme a dormir. Al principio creí que, sentándome inmóvil en el viejo sillón situado junto a la puerta, me invadiría una fatiga que me permitiría irme a la cama, defendiéndome, sentado en el sillón, contra la aparición de más y más pensamientos nuevos, y obligándome a pensar hasta el fin los viejos, a ponerles término, en caso necesario, o a pensarlos hasta el fin, si era posible, pero esos esfuerzos fracasaron, y finalmente tuve que levantarme del viejo sillón e ir de un lado a otro por la buhardilla. De pronto me entró la duda de si había sido acertado venir a la buhardilla de los Höller, haber aceptado la oferta de Höller tan aprisa y sin haber pensado en el efecto que la aceptación de esa oferta tendría posiblemente en mí y mi futuro inmediato, lo mismo que en general, porque de pronto me pregunté ¿qué se me ha perdido aquí?, y en ese instante tampoco me resultaba claro si había sido acertado ocuparme ya ahora del legado de Roithamer, si no hubiera debido irme a la alta montaña y a una cabaña de pastor, lo que probablemente hubiera sido más conveniente para mi cuerpo no sano aún, porque aún oigo a los médicos que me habían aconsejado esa estancia en la alta montaña por razón del aire puro, de la absoluta tranquilidad que allí reina, médicos que, probablemente, habrían sido totalmente contrarios a esta estancia en la humedad y en el frío y en la oscuridad del valle del Aurach, y por añadidura en la garganta del Aurach, hubiera debido atender ahora a cuidarme absolutamente, después de mi prematura y sólo por mí deseada salida del hospital, pero ahora, con mi instalación en la buhardilla de los Höller, causante en todo caso, en todo organismo y en todo espíritu de un efecto por lo



menos fatigoso, me dejaba arrastrar además a ocuparme del legado de Roithamer, y pensé si no debería aplazar mi proyecto, posiblemente me iré mañana otra vez, interrumpiré otra vez mañana temprano mi estancia en casa de los Höller, una explicación por la interrupción de esta estancia mía será fácil de dar, y me iré a la alta montaña. Con esos pensamientos continuos de si interrumpiría mi estancia en casa de los Höller a la mañana siguiente o no, pensaba, una y otra vez, la interrumpiré, y luego otra vez, no la interrumpiré, no me ocuparé más del legado de Roithamer, en cualquier caso no *ahora*, y luego otra vez, precisamente el ocuparme ahora del legado de Roithamer me hará bien, precisamente ahora, fui varias veces de un lado a otro por la buhardilla de los Höller, unas veces me imaginaba todas las ventajas de una estancia en la alta montaña y todas las desventajas de la estancia en casa de los Höller en esta época del año y en mi estado actual, en la garganta del Aurach, y luego veía otra vez en una estancia en la alta montaña en esta época del año y en mi estado actual sólo desventajas y en la estancia en casa de los Höller sólo ventajas, esa preferencia alternativa por una estancia en la alta montaña y esa depreciación de la estancia en casa de los Höller, y a la inversa, me pusieron pronto al borde de la locura, yendo hacia la ventana pensaba por ejemplo que tenía que tener la fuerza y el valor necesarios para hacer mi equipaje por la mañana y, sin mentir, diciendo la verdad, marcharme de casa de los Höller e ir a la montaña, subir a una altura que me sería más conveniente que la estancia en casa de los Höller, en una atmósfera que, en conjunto, sólo podía perjudicar al fin y al cabo mi estado, como pensaba, y luego, otra vez, yendo de la ventana a la puerta y allí, a la inversa, quedándome quieto, que sería un error marcharme ya mañana otra vez de la buhardilla de los Höller, ofender a los Höller e irme a una región de alta montaña, daba igual a qué región de alta montaña, la cual, en el fondo, me resultaría odiosa, porque las regiones de alta montaña absoluta, con sus amplias vistas, como se dice, con sus horizontes infinitos, me habían sido siempre odiosas, y que cometería un error si me marchaba de casa de los Höller y me iba a alguna cabaña de pastor comercialmente explotada o incluso a algún hotel de alta montaña, sólo la idea de tener que vivir en una de esas cabañas de pastor, aunque fuera poquísimos días, o en uno de esos horribles hoteles de alta montaña, todos esos hoteles de alta montaña y cabañas de pastor me habían parecido siempre sólo horribles, y entonces pensé enseguida otra vez qué bien estaba aquí en compañía de Höller y de su mujer, y con los niños de los Höller, y que me era posible incluso estar aquí sin ocuparme del legado de Roithamer, porque nadie ni nada me obligaban a ello, quedarme aquí en la buhardilla de los Höller y en la atmósfera de los Höller y dejar simplemente que esa atmósfera actuase en mí y dejarme absorber simplemente por esa atmósfera era para mí probablemente, en ese instante, lo más conveniente, pensé, y que probablemente ya al día siguiente se produciría en mí una tranquilización, porque no podía esperar que la tranquilización que había buscado, que me había imaginado en casa de los Höller, se produjera ya el primer día, una tranquilización así que, de todas formas, me era necesaria en ese instante, no podía

producirse inmediatamente sino sólo poco a poco y quizá sólo después de unos días, y que debía ocuparme de otras lecturas distintas de las exclusivamente relacionadas con Roithamer, que me recordaban continuamente a Roithamer y me encadenaban literalmente a él, al fin y al cabo había otros muchos libros que no me recordaban a Roithamer en la buhardilla de los Höller, como había comprobado enseguida a mi llegada, y que, con paseos a lo largo del Aurach, y quizá incluso paseos más largos hacia la llanura, hacia Pinsdorf, me sería posible tranquilizarme, y que quizá, sencillamente, mediante la *inactividad, una inactividad total*, podría crear en mí un estado en el que, poco a poco, podría tranquilizarme, pensé, mientras desde la buhardilla de los Höller oía abajo, en el taller de los Höller, en la sala de taxidermia, a Höller ocupado con limas y fresas y sierras, me había acostumbrado tanto al estruendo del Aurach que oía ya trabajar a Höller, por los ruidos que venían del taller de los Höller me podía *imaginar* las actividades que Höller realizaba en aquel momento, y que, en el caso de aquel hombre, se trataba de alguien que, como yo, estaba en ese instante totalmente bajo la impresión del suicidio de Roithamer, me dije acerca de Höller, y que ese hombre intentaba también, mediante actividades o inactividades, distraerse del hecho de que Roithamer, nuestro amigo, se hubiese matado, y también si no hubiese sido mejor no haber recordado a Höller y, con ello, haberme recordado a mí mismo, con el máximo detalle, el suicidio del maestro, el horrible descubrimiento de su cadáver en la clase, un error en general haber hablado del camino de la escuela juntos y de todo lo relacionado con ese camino de la escuela y así, de esa manera mía insistente, sólo de cosas tristes y espantosas, para ser exacto, que debían haber sumido a Höller instantáneamente otra vez, lo mismo que me sumían a mí, en una enfermedad del recuerdo que era sólo desastrosa y a la que era difícil escapar ahora, a Höller le pasaba ahora lo que a mí, pensé, de pie junto a la ventana, también él trataba ahora, tan tarde, de hacer frente a sus problemas y, sencillamente, no podía hacer frente a sus problemas porque yo, en lugar de tranquilizarlo con mi llegada y, luego, con mi presencia en modo alguno agradable, lo había intranquilizado en definitiva de una forma inadmisibile, como me había intranquilizado a mí mismo de esa misma forma inadmisibile, en lugar de tranquilizarme, no hubiera debido hacer ni decir muchas cosas, *ni insinuarlas*, porque, sobre todo, las insinuaciones por mi parte, la costumbre de insinuarlo todo sin decirlo expresamente, intranquiliza inmediatamente a la persona conversante o, por lo menos, presente, y así había intranquilizado inmediatamente a Höller con mi técnica de insinuaciones, posiblemente había intranquilizado a todos los Höller durante la cena, aunque había guardado silencio lo mismo que ellos, no sé si yo había guardado silencio a causa de ellos, o ellos por mi causa, y que posiblemente había sido un error, pensé, luego, después de que la mujer de Höller, con sus hijos, había salido del salón, seguir sentado e irritar a Höller en el más alto grado. Sobre todo hubiera podido ahorrarme finalmente, como tengo que decir, el *obligarlo* a la descripción, al relato de *su descubrimiento de Roithamer en el claro del bosque*,

porque por sí mismo Höller no hubiera dicho nada aún, sin embargo, yo había querido tener inmediatamente ese relato y, sin decir palabra, con mi silencio, había obligado a Höller a ese relato, una cualidad que me repugna a mí mismo es obligar de cuando en cuando a las personas que están conmigo a hacer declaraciones o relatos o simplemente descripciones que, por lo menos, producen intranquilidad, pero la mayoría de las veces declaraciones y relatos que ponen a las personas que los hacen en un estado mental y emocional totalmente desesperado y no fácil de calmar, como yo mismo, con esas incitaciones, me pongo en ese desesperado estado mental y emocional. Es ésa una falta de consideración característica por mi parte, que tiene su origen en mi forma de ser con el resto de la gente y conmigo mismo, absolutamente complicada, que constantemente tiende a la simplificación pero, con ello, se aparta siempre más y más y siempre más y más lejos de la simplificación, y que, en el fondo, sólo puede permitirse la falta de consideración y, por ello, tiene que agotarse muy aprisa una y otra vez. Quizá exista la posibilidad de transformar en algo útil, útil para mí, mediante la fuerza de voluntad, todo lo que, sin duda, me resulta en este instante perjudicial aquí, en la buhardilla de los Höller, y de pronto sentí que casi todo era perjudicial para mí, todo tenía de pronto, en la buhardilla de los Höller, un efecto destructor en mí, por no decir mortal, todo perjudicial y destructor, por no decir mortal. La fuerza de voluntad para hacer de un estado peligroso, de peligro absoluto, porque como tal tenía que sentir ahora de pronto la buhardilla, un estado por lo menos utilizable para mi constitución, la fuerza de voluntad, lo que quiere decir la fuerza mental y la fuerza física para ello. Y si le pidiese a Höller que me dejase trabajar en su taller, que me dejase ocuparme de cualquier cosa, porque creo que, en este instante, un trabajo físico me sería más conveniente que un trabajo intelectual, ya que, precisamente ahora, nada temía tanto como un trabajo intelectual, y qué otra cosa me había propuesto en la buhardilla de los Höller que un trabajo intelectual, porque el ocuparme del legado de Roithamer era, naturalmente, un trabajo intelectual y, por añadidura, agotador para mis fuerzas intelectuales y físicas, fresar o serrar o cortar o embalar o desembalar o pegar algo o entrar algo o sacar algo del taller, o que me dejase cortar leña o serrar leña detrás de la casa, o plantar o cavar o arreglar algo en el huerto. Precisamente un trabajo intelectual y precisamente uno con todas las agravantes imaginables, como el que me esperaba si me ocupase ahora del legado de Roithamer, eso no puedo permitírmelo ahora, en este inseguro estado físico y, por lo tanto, mental, no puedo consentirme el perderme en un agotamiento cerebral y, por lo tanto, al mismo tiempo físico. Pero entonces pensé otra vez que quizá precisamente un trabajo intelectual así, como el trabajo en el legado de Roithamer podría restablecerme, regenerar y normalizar mi cabeza y mi cuerpo. Con esas reflexiones fui varias veces, más lentamente que antes, de un lado a otro por la buhardilla de los Höller. Entonces pensé, de pie junto a la ventana y mirando las aguas del Aurach, las aguas del Aurach estaban claramente iluminadas por el taller de Höller, que probablemente requeriría el mayor esfuerzo dedicarse a la parte del

legado de Roithamer que examina sobre todo Altensam y todo lo relacionado con Altensam, con consideración especial de la construcción del Cono para su hermana, un escrito absolutamente radical, que en ningún instante olvida lo filosófico, y que describe por una parte Altensam, como origen de todo lo que Roithamer fue y lo que todavía es hoy en su legado, por tanto, sin duda, nada más que un carácter absolutamente extraordinario, dedicado realmente sólo a su ciencia, y por otra parte describe el origen de lo que, al mismo tiempo y con la misma intensidad, lo aniquiló, lo mató lentamente y lo aniquiló, porque ese escrito de Roithamer y su corrección que, como ya he mencionado, constituyen juntos la herencia de Roithamer, es una exposición de la existencia intelectual de Roithamer y la aniquilación de esa exposición de la existencia intelectual de Roithamer y, por tanto, todo junto, como la esencia de Roithamer, tal como podemos comprobar en ese escrito que yo, inmediatamente y como primera medida, había metido en el cajón del escritorio, porque tuve miedo, al entrar en la buhardilla de los Höller, de que podría ocuparme, *inmediatamente y, por ello de una forma destructora, que me devastaría o, por lo menos, devastaría mi estado mental*, de ese escrito, como podemos comprobar en ese escrito suyo que, por la corrección total del escrito, era al mismo tiempo la aniquilación de su escrito y, por la aniquilación de ese escrito suyo, se había convertido precisamente en el único auténtico. Todavía en el hospital, al principio titubeando pero luego, sin embargo, con una curiosidad en aumento y un interés incontenible, me había ocupado sólo superficialmente de ese escrito y de la corrección de ese escrito, con conciencia plena y clara de que tenía que ocuparme primero del escrito *original*, sólo entonces del *corregido* y sólo entonces *del original y el corregido*, ese pensamiento como condición previa para ocuparme siquiera de ese escrito suya lo había tenido ya enseguida en mi primer contacto con su escrito, me pareció desde el principio mismo una empresa de valor temerario abordar siquiera el escrito de Roithamer, y tan pronto estaba, pensando ese pensamiento y yendo otra vez de un lado a otro por la buhardilla de los Höller, en condiciones de hacerlo, como no lo estaba, cambiando continuamente de opinión por miedo, en el sentido de que, efectivamente, estaba en perfectas condiciones de ocuparme de ese escrito de Roithamer, por no hablar de los otros escritos dejados por él, de abordarlos, y luego, otra vez, de que, precisamente ahora, después de mi enfermedad no totalmente superada todavía, no estaba en absoluto en condiciones de entregarme a un trabajo así, en todos los aspectos despiadado y, luego, de si yo era siquiera la persona apropiada para un legado así. Por una parte, sentía la confianza que Roithamer había tenido en mí, al dejarme el legado, por otra, tenía plena conciencia de lo horrible de ese hecho. Porque a él, Roithamer, lo que siempre le había importado, y nada más, era pensarlo, desde luego, todo, pero también, siempre, decir toda la verdad, lo que para él, como para cualquier otra persona que piense, había sido siempre de lo más difícil, pero realmente había vivido siempre con ese acuerdo con todos, era muy fácil decir que éste o aquél era un hombre de entendimiento o incluso un hombre de

intelecto, pero la dificultad de ser ese hombre de entendimiento o de intelecto era máxima y, sobre todo, era imposible ser ininterrumpidamente ese hombre de entendimiento o de intelecto, así Roithamer. Ya unas breves ojeadas al legado de Roithamer me habían hecho comprender cuál era la ocupación que me esperaba si me ocupaba de su legado, pero una y otra vez había tenido el valor necesario para hacerlo, sin duda su intención había sido aniquilarme al hacer que me ocupara de su legado y, por eso, tenía en efecto continuamente miedo de abordar ese legado, porque temía ser aniquilado o por lo menos destruido o, por lo menos, irritado para siempre por esa ocupación, irreparablemente. Por otra parte, me era comprensible que Roithamer tuviera que pensar así, aniquilarse primero a sí mismo y aniquilar a su hermana, y luego aniquilarme a mí, dejándome su legado, qué otra cosa podía haber tenido en la mente, al dejarme su legado, que destruirme, porque yo formaba parte por completo de su desarrollo, como él creía. Esos pensamientos que yo tenía mientras iba de un lado a otro por la buhardilla de los Höller, que de repente estaban ahí y estaban también en contra de todo lo que había dentro de mí, tenían realmente en mí un influjo devastador y destructor, todos esos pensamientos relacionados con Roithamer, y de repente, estuve compuesto nada más que de esos pensamientos, de eso había hablado también abajo, en el salón de los Höller, delante de Höller, de que temía que, al ocuparme del legado de nuestro amigo durante bastante tiempo me irritaría y me vería totalmente impedido para mi propio trabajo que, en el intervalo, había descuidado totalmente, y si durante mi estancia en el hospital había pensado siempre que, una vez dado de alta y sano o, por lo menos, semisano, reanudaría otra vez enseguida mi trabajo, interrumpido hacía ya meses, ya antes de Navidad, en Cambridge, de pronto, por el hecho de que Roithamer me había dejado sus escritos, mediante una clara disposición, por cierto, colocada al final de la hoja calificada por él de su testamento y que probablemente había escrito sólo poco antes de su suicidio y probablemente ya en el claro del bosque, ese hecho, el que el testamento de Roithamer terminase con la disposición de que su legado era para mí, era ahora para mí, porque con ello se había posesionado completamente de mí, con esa clara disposición, como si pareciera, así presentada, que era lo más importante que tenía aún en la cabeza, era ahora para mí la mayor de las obligaciones. Pero ¿no tengo ahora la posibilidad de librarme de ese legado?, pensé, entretanto había sacado la chaqueta del armario y me la había puesto, y también, que, sencillamente, podía dejar aquí, en la buhardilla de los Höller, todo el legado de Roithamer que había traído aquí, a la buhardilla de los Höller, *dejarlo aquí, dejarlo aquí*, pensé una y otra vez, yendo de un lado a otro, y si no molestaría a los Höller con mi continuo ir de un lado a otro por la buhardilla de los Höller, quizá a los niños en su sueño, quién sabe, y que, sencillamente, depositaría aquí, por de pronto, el legado de Roithamer y me iría otra vez, quizá después de todo a la alta montaña, a buscar refugio en la altura más alta, pensé, dejarlo todo atrás por de pronto, no preocuparme más que de mi salud, y que, por de pronto, lo ordenaría todo sólo en montones y lo dejaría allí, y me ocuparía del

legado en un momento ulterior, luego, cuando el momento fuera el oportuno, porque de pronto me pareció que no había llegado aún el momento de ocuparme del legado de Roithamer, estoy actuando prematuramente, pensaba una y otra vez, estoy actuando prematuramente, precipitadamente, y que eso necesitaba un tiempo más largo de preparación, y no la precipitación a la que yo, sin pensar, había estado dispuesto, quizá sea mejor que espere un año u otro año más o, por lo menos, unos meses o, por lo menos, unas semanas, en los que primero me encuentre a mí mismo, y que sólo entonces, y precisamente entonces, capacitado para ello, me enfrente con el legado de Roithamer. La precipitación había sido siempre para mí una fatalidad, y Roithamer odiaba más que nada la precipitación, todo en el mundo es hoy precipitación, así decía, todo se precipita y se precipita una y otra vez, nunca se espera por nada, todo se precipita enseguida y, de forma totalmente irreflexiva, se realiza atropelladamente por todas partes, dondequiera que miremos, se acomete enseguida y los resultados son de lo más caótico. Ese caos general, surgido en el mundo y, sobre todo, surgido en el mundo en los últimos años, descansa principalmente en la *precipitación* de todo lo que hubiera debido *meditarse* antes de acometerlo, atropello y precipitación son las cualidades más horribles de este mundo de hoy, así Roithamer, y por esa razón todo es caótico. En todos los dominios sólo tenemos ante nosotros algo caótico. A dondequiera que miremos, algo caótico, si miramos las ciencias, caótico, si miramos la política, caótico, miremos lo que queramos, caótico, son nada más que situaciones caóticas las que vemos, y tenemos que enfrentarnos siempre con situaciones caóticas. Porque todo se hace atropellada y precipitadamente. En un período así de atropello y precipitación y de situaciones caóticas como consecuencia, un hombre que piensa está obligado a *no hacer atropelladamente ni hacer precipitadamente* todo lo que le afecta, pero todo individuo lo hace todo continuamente con precipitación, todo con atropello. En qué horrible situación me he metido al aceptar la invitación de Höller e instalarme en la buhardilla de los Höller, pensé. Miré hacia abajo, a la ventana del taller de los Höller y pensé, él no hace más que trabajar y no puede irse a la cama, y seguí pensando que él pensaba que yo no podía irme a la cama e iba de un lado a otro por la buhardilla. Los hombres se ven enfrentados una y otra vez con algo que los excita e intranquiliza, siempre instantáneamente, sobre todo cuando creen encontrarse tranquilos son precipitados en la intranquilidad, cuando creen alcanzar el equilibrio, en su contrario. Sólo tenemos siempre una ilusión de tranquilidad, porque en el instante en que la tranquilidad podría invadirnos, *podría, podría, podría*, digo, estamos ya otra vez sumidos en la mayor intranquilidad. Así, Höller podía pensar abajo, en el taller, en la sala de taxidermia, que yo sentía en la buhardilla de los Höller la mayor intranquilidad, porque todo, visto desde el taller, desde la sala de taxidermia, lo indicaba así, lo mismo que yo tenía que pensar que Höller, en el taller de los Höller, sentía la mayor intranquilidad, porque todo, desde la buhardilla de los Höller, así lo indicaba. Al fin y al cabo podría, pensé, salir de la buhardilla de los

Höller y bajar y entrar en el taller de los Höller y preguntarle a Höller por qué a estas horas, en que nadie está ya levantado para trabajar, sigue trabajando, interrogarlo sobre las causas de su actual trabajo, y dejar que Höller me interrogase sobre el hecho de por qué voy de un lado a otro por la buhardilla de los Höller, y no estoy en la cama. Pero me dominé y me senté en el viejo sillón, junto a la puerta, mirando al suelo. Que una lámpara bastaba, pensé, y me levanté y apagué la luz del techo, con sólo la lámpara del escritorio encendida, pensé, no habrá tanta luz en la buhardilla de los Höller y con ello quizá me tranquilice, lo intenté todo para tranquilizarme, pero como me ocupaba constante y, de hecho, ininterrumpidamente, de pensar en qué podía hacer para poder dormir, para poder irme a la cama con esperanzas de dormir, no tenía absolutamente ninguna razón para tranquilizarme, al contrario, con esos pensamientos me adentraba cada vez más en el insomnio. Pero, al fin y al cabo no es nada extraordinario en mí, pensé, no poder dormir, porque toda mi vida he tenido que luchar con el insomnio, para ser exacto, quizá a partir de cierto estado intelectual, o sea edad, no he podido ya dormir ni una sola vez realmente como es debido y abundante y totalmente de una forma natural, en un estado de relajación de mi cerebro y de mi cuerpo. A partir de un momento determinado, que probablemente fue mi entrada en el estado mental que ahora dura ya dos decenios, yo lo llamo como Roithamer *mi estado mental inglés*, no he podido pensar ya nunca en dormir de nuevo totalmente relajado, esa ventaja la tienen otros hombres muy distintos, me decía, caracteres muy distintos, muy distintos. Unos están hechos de forma que pueden dormir durante toda su vida, o la mayor parte de su vida o, por lo menos, una parte aceptable de su vida, pero precisamente esos otros muy distintos, pensé, los otros como yo no duermen, no duermen jamás y están condenados a no poder dormir jamás, porque incluso cuando duermen no están relajados de una forma natural y lo que hacen no puede calificarse de dormir, esos hombres no duermen en toda su vida, porque en toda su vida, por larga que sea, jamás tienen la ventaja de una completa relajación de su cabeza y su cuerpo. Todo este valle está ahora, a esta hora, lleno de personas que duermen y probablemente, incluso, de personas que duermen profundamente, que duermen en todas esas casas y cabañas, y en ninguna parte hay luz, pero aquí, en casa de los Höller, hay muchas luces y no duermen, porque tampoco los niños de los Höller, estoy convencido, pensé, duermen ahora, y tampoco la mujer de Höller duerme, porque los irritan las luces del taller de los Höller y de la buhardilla de los Höller. Se han acostumbrado al estruendo del Aurach, pensé, pero a la luz del taller y de la buhardilla de los Höller no. En ese estado extraordinariamente irritante es, al fin y al cabo, muy natural que no duerman, pensé. Y cuántas noches todavía no podrán dormir, porque ese estado extraordinario, relacionado con la muerte de Roithamer, durará, al fin y al cabo, todavía bastante tiempo, pensé, también en los próximos días estará Höller en el taller y no en su cama, y yo, si no cojo y me marchó, y todo en mí estaba ahora otra vez en contra de coger y marcharme, me sentía otra vez de pronto con ganas de quedarme, tampoco podré dormir las próximas

noches y tendré encendida la luz en la buhardilla de los Höller, porque la verdad es que en una oscuridad total no aguantaría en la buhardilla de los Höller, pensé. Y dudo de que Roithamer lograra nunca dormir en la buhardilla de los Höller, porque también Roithamer era un hombre que jamás podía dormir, que nunca ni con nada podía relajarse y que, en contra de todas las profecías de relajación hoy tan comentadas y propagadas, estaba condenado, como yo, al insomnio perpetuo. Ya de niño, Roithamer, como me había dicho él a menudo, no podía dormir, se dormía por la noche y se despertaba por la mañana, pero calificar de sueño lo que ocurría entre ese dormirse y ese despertarse hubiera sido una mentira. Esos *caracteres, seres*, lo que sean, como Roithamer (y como yo), realmente *siempre desamparados*, no son capaces de dormir, se duermen y se despiertan, durante toda su vida, pero no duermen nunca. Ininterrumpidamente tienen algo en la cabeza y en los nervios que no los deja dormir. Buscan durante toda su vida un remedio contra ese estado insoportable, pero no encuentran ese remedio, porque no hay ningún remedio contra esa enfermedad, que realmente no es otra cosa que una enfermedad mental. Todos esas personas de esa forma insomnes han nacido con esa enfermedad mental, tienen esa enfermedad mental ya de niños y, sean de la especie de Roithamer o de la especie de Höller, son incurables. Las noches, así Roithamer, eran siempre lo más horrible. Todo es, de noche, monstruoso, por insignificante que sea es, de noche, monstruoso, lo más insignificante, lo más inofensivo, de noche, es monstruoso y no deja dormir a un hombre como yo, o como era Roithamer, o como Höller. Y con ese constante pensar en no poder dormir, en ninguna circunstancia, ese estado empeora. Sentado en el viejo sillón, junto a la puerta, pensaba con qué diferencia y, al mismo tiempo, con qué *indiferencia* habíamos seguido después de todo nuestro camino, él, oriundo de Altensam, allí arriba, yo de Stocket, abajo, y Höller, cuyo padre había sido ya taxidermista zoológico, en la vieja casa de los Höller, vendida por Höller y demolida por su propietario ulterior. Partiendo de distintos puntos, posiciones, habíamos ido hacia un solo punto, el único aceptable, hacia la muerte. Ahora Roithamer estaba muerto, había arrastrado primero a su hermana a la muerte con su idea, y yo vivía, y Höller vivía, pero cómo vivía él y cómo vivía yo. Sin embargo, es ya evidente que también yo tendré que ir muy rápidamente a la muerte aunque, a diferencia de Roithamer, no tienda continuamente, no esté predispuesto al suicidio y, siendo probablemente más apto para la vida que él, encuentre una y otra vez una salida, mientras que Roithamer no encontró ya salida, pero un día tampoco yo encontraré ya salida, todo el mundo está destinado a no encontrar salida un día, en algún instante que será el decisivo, el hombre está hecho así. Pensándolo bien, la duración de la vida es la más larga y, al mismo tiempo, la más corta posible, porque se puede pensar toda y sentir toda en un instante, siempre en el instante en que se piensa ese (atrevido) pensamiento. Siempre lo imposible y, al quedarse con lo posible en el mínimo existencial, el individuo se encuentra siempre insatisfecho en lo más hondo. Sin embargo, se crea una y otra vez una situación de vida, probablemente porque



realmente se ama la vida, tal como es. Siempre queremos algo distinto de lo que podemos tener, de lo que tenemos y de lo que nos corresponde, y por eso somos infelices. Si somos felices, destruimos inmediatamente pensando, si somos como Roithamer y demás, ese ser felices, y en seguida somos otra vez infelices. Como había oído algo distinto de lo que hasta entonces había oído, me levanté y me situé junto a la ventana, y miré afuera. La oscuridad era tenida a raya por las luces del taller, y Höller se ocupaba en rellenar una enorme ave, no pude reconocer qué clase de ave. Era un ave gigantesca y negra la que tenía Höller sobre las rodillas, rellenándola de celulosa con una vara. Eran ya las once, y como Höller se levantaba siempre a las cuatro de la mañana, durante toda su vida, ya de niño se había levantado siempre a las cuatro de la mañana, porque su padre también se había levantado siempre a las cuatro de la mañana, todos se levantaban en el valle del Aurach entre las cuatro y las cinco de la mañana, así pues como Höller se levanta ya a las cuatro de la mañana, el quedarse despierto hasta tan tarde, y el quedarse despierto hasta tan tarde en las presentes circunstancias no le sentará bien, pensé. Sin cesar observaba yo desde mi ventana, allí arriba, desde la buhardilla de los Höller, cómo Höller abajo, en su taller, rellenaba el ave gigantesca y negra, introduciendo en esa ave cada vez más celulosa, pensé, lo observaré desde este lugar, sumamente favorable para esa observación, hasta que el ave esté completamente rellena, y así estuve por lo menos media hora inmóvil, hasta que vi que Höller había rellenado el ave. De pronto tiró al suelo el ave rellena, se puso en pie de un salto y corrió a la parte de atrás del taller, yo no podía ya verlo, pero esperé, mirando al taller, para ver de nuevo a Höller, y él volvió y se sentó otra vez en el sillón y comenzó otra vez a rellenar el ave, ahora veía un gigantesco montón de celulosa en el suelo, junto a Höller, y pensé, ahora meterá poco a poco ese gigantesco montón de celulosa en el ave que había creído al principio rellena desde hacía tiempo. Con ese rellenar el ave se le hace la noche soportable, pensé. A las doce seguía todavía ocupado en rellenar el ave. Una y otra vez pensaba yo de qué ave se trataría, que nunca había visto un ave tan grande ni tan negra, y que, probablemente, se trataba de algún ave extranjera, que aquí no se encontraba en absoluto, y pensé si debía bajar a ver a Höller en el taller para preguntarle de qué clase de ave se trataba. Puede ocurrir muy bien que esa ave sea lo que se llama un ave exótica, y que alguno de los cazadores que viven fuera, en la llanura, y que viven allí acomodadamente, en esa comarca fértil, y muy a menudo van a cazar al extranjero o a ultramar, la haya traído de allí, de Sudamérica o de África, con qué increíble energía rellenaba ahora Höller de celulosa el ave, no podía imaginarme que cupiera en el ave tanta celulosa, pero Höller seguía metiendo celulosa en el ave, y de pronto me repugnó el proceso de meter celulosa en el ave gigantesca y negra, me di la vuelta y miré a la puerta, pero no me fue posible mirar a la puerta más que poquísimos tiempo, porque incluso cuando miraba a la puerta veía el ave gigantesca que Höller rellenaba de celulosa, de modo que me volví otra vez y miré por la ventana y al taller de los Höller, porque, ya que tengo que ver a Höller rellenar esa ave gigantesca, negra

y, en el fondo, horrible, que sea de verdad, pensé, y no con la imaginación, porque que ahora, bajo la impresión de ese ave gigantesca y negra rellena por Höller, no puedo ya ni pensar en dormir, es evidente, esa forma de meter celulosa en el ave Höller, que seguía aumentando la velocidad con que realizaba su trabajo, finalmente metía celulosa en el ave con la máxima y la supermáxima velocidad, me daba náuseas, pero me veía obligado a mirar por la ventana y a mirar al taller. Tampoco podía volverme ya, y tuve que abandonarme por completo a ese procedimiento de rellenar el ave de Höller, tuve ganas de vomitar, y entonces Höller interrumpió aquella actividad horrible y puso el ave, que tenía unas garras gigantescas en las patas largas y gruesas, en su mesa de trabajo. Ahora coserá el ave rellena, pensé, y realmente Höller se levantó y desapareció en la parte de atrás del taller, únicamente para buscar todo lo necesario para coser el ave. O a lo mejor interrumpe ahora el trabajo y sale del taller y se va a su habitación y se acuesta, pensé, pero ya estaba Höller de vuelta con diversos ovillos y agujas y se había sentado a la mesa de trabajo para continuar su trabajo. Por qué observo cómo trabaja Höller, pensé, y no trabajo también en algo, empiezo cualquier actividad que podría durar tranquilamente toda la noche, y pensé, no importa qué actividad, lo que hace falta es que pase la noche con esa actividad. Pero ¿qué podía hacer? Una actividad manual no la podía realizar en la buhardilla de los Höller, para eso no había en la buhardilla de los Höller ninguna posibilidad, y para una actividad intelectual ya no tenía la cabeza clara. Por otra parte, no me permitía a mí mismo bajar al taller de los Höller, para ayudar allí en algo quizá. Sin duda habría podido hacer algo en el taller de los Höller, aunque sólo hubiera sido barrer el suelo. Tuve que utilizar toda mi fuerza de voluntad para apartarme de la ventana, y me volví y di unos pasos hacia la puerta, y así, durante ese ir hacia la puerta, pensé que, en el fondo, me encontraba en una situación desesperada, posiblemente ya de locura grave. ¿Me había vuelto loco al alojarme *precipitadamente* en el cuarto de los Höller?, pensé, pero luego enseguida, otra vez, cómo puedo pensar así, *eso sí* que es demencial, el pensar *así*, y fui al escritorio y saqué la rosa de papel amarilla del cajón superior. Algo había pasado con Roithamer en el festival de música, pensé, mientras sostenía contra la luz la rosa de papel amarilla, durante el festival de música, en aquella ocasión, se había producido en él un cambio, aunque no sé, y quizá no pueda saber tampoco, qué cambio. Pero ¿no vemos y buscamos siempre enseguida, en todo lo que vemos y buscamos, un significado? Y cómo puede ocurrir que un hombre que, durante toda su vida, nunca ha disparado, de pronto, en un festival de música, derribe veinticuatro rosas de papel de veinticuatro disparos. Y que luego regale al pasar veintitrés de esas rosas de papel a una muchacha desconocida o a una mujer joven y desconocida y se quede con la única amarilla. Y que conserve luego esa rosa de papel amarilla tantos años, se la lleve a todas partes, y no pueda estar ya nunca, al parecer, sin esa rosa de papel amarilla. Al sacar la rosa de papel del cajón me había tranquilizado. Me senté con la rosa de papel en el viejo sillón y sostuve la rosa de papel contra la luz. No debemos ir

tan lejos, llegar tan lejos, que supongamos en todas y cada una de las cosas y detrás de todas y cada una de las cosas una rareza, algo enigmático, significativo, esto es una rosa de papel amarilla, más exactamente, la rosa de papel amarilla que Roithamer derribó en aquella ocasión en el festival de música de Stocket, junto con otras veintitrés rosas de papel, de otros colores, y nada más. Todo es lo que es y nada más. Si unimos sin cesar a todo lo que percibimos y, por tanto, vemos, y a todo lo que pasa en nosotros significados y enigmas, más pronto o más tarde tendremos que volvernos locos, pensé. Sólo debemos ver lo que vemos, y que no es nada más que lo que vemos. Otra vez observaba a Höller desde mi ventana de la buhardilla de los Höller, cómo cosía el ave gigantesca y negra que había rellenado al máximo. Y de repente vi, quizá porque mis ojos se habían acostumbrado a las condiciones de luz que reinaban allí abajo, en el taller de los Höller o porque esas condiciones de luz habían cambiado de pronto, varias de esas grandes aves, todo el fondo del taller de los Höller estaba lleno de esas aves, no todas esas aves grandes, incluso gigantescas, eran del mismo tamaño ni todas eran negras, pero *no eran aves autóctonas*, probablemente, pensé, esas aves son propiedad de algún chiflado por los pájaros, de uno de esos acaudalados chiflados por los pájaros que pueden permitirse ir a América, a Sudamérica o a la India para Cazar esas aves gigantescas y hacerlas suyas. Una gigantesca colección de aves, pensé, una y otra vez: una gigantesca colección de aves, golpeándome la cabeza mientras tanto, una y otra vez: una gigantesca colección de aves, ¡una gigantesca colección de aves! Roithamer había hablado siempre, con muchas citas, del trabajo de Höller, de sus disecciones, rellenos y demás de todos los animales imaginables, de todas las aves imaginables, y observar el trabajo de Höller había sido para Roithamer, como él mismo decía, siempre fructífero, mirar cómo esas criaturas naturales muertas eran disecadas y rellenadas y cosidas. Para él, Roithamer, pensé ahora, esas criaturas naturales rellenas, en calidad de criaturas artísticas, habían sido siempre motivo para hacer diversas consideraciones sobre la Naturaleza y el Arte y el Arte y la Naturaleza, para él habían sido siempre las criaturas artísticas más enigmáticas, porque precisamente eran todavía criaturas artísticas y demás, y enigmáticas, por el hecho de que aquí, en medio de una Naturaleza rebotante de esos cientos y miles de criaturas todavía naturales y demás, eran transformadas por Höller en criaturas artísticas, las criaturas naturales transformadas por la mano de Höller en criaturas artísticas en medio de la Naturaleza y demás. De las criaturas naturales hacía Höller criaturas artísticas, y esas criaturas artísticas eran, en todo caso, más enigmáticas que las criaturas naturales puras que una vez fueron. Roithamer había unido con frecuencia al ejemplo del trabajo de Roithamer, consistente en hacer, de criaturas naturales puras, criaturas artísticas puras, pensamientos relativos al Arte y la Naturaleza, todos esos pensamientos, que Roithamer, como es natural, relacionaba siempre enseguida con todo, lo que quiere decir con todo lo que no fuera esos pensamientos, se me presentaban ahora de nuevo. Pero no estaba ya capacitado para ninguna definición. Sin embargo, reflexioné en cómo era posible que tantas generaciones, y se puede

acreditar por lo menos cuatro o cinco antes de Höller, se hubieran ocupado durante toda su vida de rellenar y disecar animales y, consciente o inconscientemente, hubieran hecho durante siglos, de criaturas naturales puras criaturas artísticas puras. Esa meditación duró una hora. Yendo de un lado a otro, pensé, en la buhardilla de los Höller, que sólo tenía que *acercarme* al legado de Roithamer, al principio sólo *acercarme*, si abordo enseguida el legado de Roithamer, mi propósito es examinarlo y, posiblemente elaborarlo, a lo que, sin embargo, no tengo ningún derecho, ningún derecho y tampoco la falta de consideración necesaria para ello, porque elaboración significa falta de consideración hacia el objeto y, sin embargo, jamás he tenido hacia el legado de Roithamer la falta de consideración necesaria. Que yo, posiblemente, pusiera en relación todo lo que eran fragmentos, posiblemente retazos, y que, de puros fragmentos y retazos de su pensamiento hiciera un todo, un todo que pudiera entonces publicarse, en eso no había que pensar, porque, como había tenido que pensar ya en mi primer contacto con el legado de Roithamer, se trataba al fin y al cabo, en gran parte, de fragmentos sólo de su pensamiento, que él mismo, después de la terminación (Roithamer) o conclusión (Höller) del Cono, había querido convertir en un todo, primero había sacrificado todas sus fuerzas a la terminación del Cono, cuando yo haya terminado (Roithamer) el Cono, cuando él haya concluido (Höller) el Cono, se dedicará inmediatamente, con toda la intensidad de que dispone y, después de la terminación del Cono, con una intensidad nueva, más intensa aún, con un nuevo impulso intelectual, así Roithamer hace sólo unos meses en Inglaterra, a la terminación (Roithamer) o conclusión (Höller) de sus escritos, porque realmente, así Roithamer, en todos los años en que me he ocupado de mi trabajo en el Cono, sólo he podido realizar fragmentos de mi trabajo científico escrito, y esos fragmentos no bastan por sí solos, esos fragmentos tienen que convertirse en un todo cuando, pero solamente cuando mi cabeza esté en condiciones para ello, *en las condiciones de cabeza adecuadas para ello, comprendes*, me dijo Roithamer. Así, se trataba realmente, como vi enseguida, de cientos y miles de fragmentos, que Roithamer me había dejado, pero que yo no elaboraré, porque no tengo derecho a ello, la realidad es que jamás hay derecho a la elaboración, quienquiera que sea el que elabore, jamás tiene derecho a ello, pero en todas partes y en el mundo entero hay continuamente lo que se llama productos intelectuales inacabados, trabajos de cabezas que, de pronto, no pudieron seguir trabajando en esos trabajos, por la razón que fuera, pero la mayoría de las veces, sin embargo, abandonados por razones de enfermedad y desesperación o por razones de autocrítica, así Roithamer, por razones del rechazo de lo pensado por sus autores y luego siempre, al mismo tiempo, de todo lo pensado por sus autores durante toda su vida, y otros abordan la elaboración de esos fragmentos, retazos, retazos intelectuales abandonados y dejados, y creen tener que elaborarlos y publicarlos, donde sea, editarlos, y esa edición es, en todo caso, siempre un crimen, quizá el mayor de los crímenes, porque se trata de un producto intelectual o de muchos de esos productos intelectuales que han sido abandonados y dejados por su

creador por sus buenas razones y, yendo de un lado a otro por la buhardilla de los Höller me dije, y lo había pensado una y otra vez, ya en el hospital, jamás elaboraré el legado de Roithamer, no cometeré ese crimen de elaboración, no seré lo que se llama un elaborador, esa especie execrable de criminal, *ordenaré, examinaré* el legado de Roithamer, y luego, posiblemente, porque se interesó por ello y no sólo ante Roithamer sino también ante mí, manifestó su interés en una carta que me envió al hospital, aunque la verdad es que lo hizo de una forma que me hizo desconfiar mucho, los haré llegar a su editor, le dejaré echar a ese editor una ojeada al legado de Roithamer, pensé yendo de un lado a otro y, con ello, posiblemente, molestando a los Höller en su alcoba, la realidad era que no creía que los Höller, quiero decir la mujer de Höller y sus hijos, estuvieran durmiendo, ya que realmente era inimaginable que durmieran, porque todo había estado en contra y porque también el cambio y las corrientes de aire que se habían producido de pronto habían estado en contra, y de pronto había descubierto la verdadera causa de mi insomnio y de mi intranquilidad que seguía aumentando constantemente, el que, en efecto, las condiciones atmosféricas hubieran cambiado durante la velada, produciendo con ello en todos una horrible intranquilidad, eso era también lo que había inducido probablemente a Höller a quedarse levantado y refugiarse en el taller, una breve ojeada al taller, allí abajo, bastaba para comprobar que Höller seguía ocupándose del ave grande, negra y gigantesca, no había ni que pensar en que se interrumpiera ahora o en plazo brevísimo, ni siquiera en un plazo previsible interrumpiré Höller su trabajo en el ave, pensé, y luego enseguida, otra vez, que aquí, en la garganta del Aurach, están siempre a merced de esos cambios de tiempo repentinos, absolutamente repentinos, que en muchos casos son cambios de tiempo mortales, porque la gente, como consecuencia de esos cambios de tiempo, se ve empujada al límite de su existencia, y sólo mediante la actividad vuelve a salir de ese estado de desesperación y super-desesperación causado por ellos, lo mismo que Höller, que se ocupaba continuamente del ave, y lo mismo que la mujer de Höller, que después de la cena, se había sentado aún a la máquina de coser y que probablemente ahora no está en su cama, pensé, sino que sigue ocupada en coser, aunque no con la máquina de coser, y se sienta a la mesita de su habitación y cose a mano o zurce o hace calceta, lo que sea, tienen que superar la noche que ha traído ese cambio de tiempo súbito, todos tienen que superar esta noche, todos, todos, todos, pensé, y mientras pensaba eso e iba otra vez hacia la puerta y otra vez hacia la ventana, me sentí más aliviado, porque esos pensamientos que se ocupan del estado de los otros alivian siempre el estado propio... Ordenaré y examinaré el legado de Roithamer, y me concentré ahora en esos dos conceptos, ordenar y examinar, diciendo varias veces en voz alta para mí *ordenar y examinar*, y luego otra vez, varias veces, *ordenar y examinar*, pero no elaborar, no cambiaré ni una línea, no cambiaré lo más mínimo en el legado, lo ordenaré y examinaré, una y otra vez dije ordenar y examinar y, al decir una y otra vez ordenar y examinar, pude tranquilizarme, creí, mientras decía ordenar y examinar, que me tranquilizaba, y por

eso dije tan a menudo y una y otra vez ordenar y examinar, ninguna elaboración, ni la más mínima, me dije. Y el manuscrito principal de Roithamer, a saber, ese *De Altensam y todo lo relacionado con Altensam, con consideración especial del Cono*, en el que, en definitiva, como pude ver ya enseguida en mi primer contacto con ese manuscrito en el hospital, está contenido todo lo que Roithamer pensó alguna vez, de la forma más concentrada y más concorde con él, y resulta más apropiado para la publicación que cualquier otra cosa de él, lo haré llegar a su editor así, tal como es, el primer borrador, o sea el de ochocientas páginas, y la segunda versión de ese borrador, de trescientas páginas, y la tercera versión del segundo borrador, nada más que ochenta páginas, *las tres versiones del borrador* de Roithamer, porque las tres versiones son inseparables, cada una de ellas deriva de la otra y forman un todo, un todo de más de mil páginas, en el que todo tiene la misma importancia y en el que no se debe suprimir lo más mínimo, porque de otro modo no existirá ya ese todo, y ahora pensé, yendo otra vez de un lado a otro por la buhardilla de los Höller, que Roithamer, al haber concluido después de muchos años de trabajo la primera versión y haber dudado de ella y haberla sustituido por una segunda, y haber dudado igualmente de esa segunda versión y haber confeccionado una tercera, cada una de las versiones derivada de la precedente, de la que tenía que dudar y, finalmente, poco antes de su muerte, o sea, para ser exactos, ya en el viaje de Londres a Altensam y, por tanto, todavía en el tren, al empezar a corregir y desmembrar la última versión, la versión de ochenta páginas, y con ello, como él creía, comenzar a aniquilarla, y al haber querido, como él creía, acortar una vez más esa última versión más corta y confeccionar una versión más corta aún, hay que imaginarlo, de un material que abarcaba más de ochocientas páginas finalmente uno que abarcara nada más que veinte o treinta páginas, como me consta, y con ello, como él creía, todo ese producto, que siempre había calificado como su principal producto intelectual pero luego había puesto en duda y aniquilado, como creía, precisamente por ese proceso de volcar una y otra vez todo pensamiento en el total y de corregirlo y finalmente, como él decía, aniquilarlo completamente en el viaje para asistir al entierro de su hermana, ya fuera de Londres, al pasar por Dover, Bruselas, etcétera, como puedo juzgar por sus correcciones y, por ese procedimiento de dejar de un todo que abarcaba más de ochocientas páginas otro de sólo cuatrocientas y luego nada más que de ciento cincuenta y luego nada más que de ochenta y luego, por fin, uno de ni siquiera veinte páginas, e incluso, en última consecuencia, no dejar absolutamente nada del todo, *sólo por eso surgió el todo, y todo junto es el todo*, me dije, mientras miraba hacia abajo, al taller de los Höller, y observaba a Höller, pensando al mismo tiempo que ese todo, que yo había acarreado en mi mochila desde el hospital hasta la buhardilla de los Höller, esa, así llamada, obra capital de Roithamer, con todo el legado restante de Roithamer en la mochila que me había llevado mi madre al hospital, y es grotesco, pensé, que haya acarreado desde el hospital el legado de Roithamer precisamente en esa mochila, en la que, por lo demás, sólo se llevan las provisiones de alta montaña

de nuestra familia, y en la que, por lo demás, sólo se llevan calcetines de lana y salchichas, manteca de cerdo y vendas para los pies, orejeras y cordones de zapatos, azúcar y pan, y todo completamente revuelto, así pues, precisamente en esa mochila de alta montaña he acarreado hasta la buhardilla de los Höller el legado de Roithamer, y tengo que decir *acarreado* porque se trata de miles de páginas pero, pensé, como me consta, de cientos de miles de fragmentos, relacionados por una parte y sin relación alguna por otra, y otra vez pensé, de pie junto a la ventana, reflexionando sobre si debía sentarme o no en el viejo sillón, pero no elaboraré esos fragmentos, no elaboraré ese legado, lo ordenaré todo o, por lo menos, intentaré poner orden en ese gigantesco montón de papel escrito, pero no lo elaboraré, sólo la palabra *elaborar o elaboración* me producía siempre náuseas. Realmente, a mi llegada, había puesto exclusivamente la, así llamada, obra capital de Roithamer, el manuscrito que trata de Altensam y de todo lo relacionado con Altensam, con consideración especial del Cono, en el cajón del escritorio, mientras tenía todavía el resto del legado en la mochila, porque no sabía exactamente cómo sacar el legado de la mochila para no desordenarlo más aún, había sacado la, así llamada, obra capital y la había puesto en el cajón y había puesto la mochila junto al escritorio sobre el diván, allí, sobre el diván, estaba ahora aún la mochila que alguien, probablemente mi padre, había manchado de sangre de liebre, ahora seca, como veía, y reflexioné ahora si debía deshacer la mochila, sacar cuidadosamente el contenido de esa mochila, esos cientos y miles de páginas, y guardarlas en el escritorio, y si no me ofrecía ahora la oportunidad, en ese estado, sin embargo, ya inquietante en que me encontraba, indeciso en todos los sentidos y con una excitación cada vez mayor por el hecho del súbito cambio de tiempo sobrevenido, de sacar de la mochila el contenido de la mochila, poco a poco, tan cuidadosamente y con tanta prudencia y con toda la calma posible de mis manos, a fin de no transformar ese, me parece, gran desorden de las hojas en un desorden mucho mayor, esa reflexión, deshacer o no la mochila, me puso al borde de la desesperación y una vez pensaba una cosa y otra vez otra, una vez desharé la mochila y, luego, no desharé la mochila, finalmente fui a la mochila y deshice la mochila, vaciando el contenido de la mochila en el diván, cogí la mochila de pronto y la volqué, vaciando su contenido en el diván. Eso no hubiera debido hacerlo ahora, me dije cuando un paso atrás y otro paso más, y otro paso más, y observando desde la ventana, o sea, con la espalda hacia la ventana, el montón de papel, que ahora, mientras lo observaba desde la ventana, se movía aún, poco a poco resbalaban aún algunas hojas del legado de Roithamer hacia abajo, donde había huecos en el montón de papel, esos huecos cedían, lo veía, y otra vez caían hojas al suelo. Me tapé la boca con la palma de la mano, porque estaba a punto de gritar, y me volví, como si tuviera miedo de ser descubierto, en esa situación horrible, horrible y cómica a la vez. Pero, real y naturalmente, nadie me había visto. Höller tenía, el ave gigantesca y negra sobre las rodillas y la estaba cosiendo. Fui al diván y cogí sucesivamente tantas hojas del legado de Roithamer como podía sostener con las

manos, y llené con ellas los cajones del escritorio. Una y otra vez cogí un puñado de papeles y lo metí en los cajones del escritorio, hasta que hube guardado el último papel en el escritorio, y por último tuve que ayudarme con la rodilla para cerrar el cajón que, por ser el último cajón, había llenado al máximo. Luego cogí la mochila y la tiré sobre el armario. Con la espalda hacia la ventana me dije ahora que había ocasionado algo horrible. Pero lo importante es que ahora ya no veo el legado, pensé, que ya no veo los papeles. Pero, naturalmente, el hecho de que los papeles estuvieran guardados ahora en el escritorio y no ya en la mochila no había cambiado en nada la situación en que me encontraba ahora, que era una situación espantosa. Al contrario, ahora tenía aún mayores remordimientos, porque, al sacar los papeles de la mochila, al volcar bruscamente la mochila sobre el diván, probablemente, pensé, había desordenado por completo esos papeles. Y como los papeles de Roithamer, como me consta, casi nunca están marcados, no tienen paginación y demás, tuve que creer que jamás pondría orden ya en esos papeles, ese orden me volvería evidentemente loco, pensé una y otra vez, ese orden me volvería evidentemente loco, y me puse de pie y me dije una y otra vez que ese orden sin esperanza me volvería realmente loco, y pensé, qué es lo que he hecho, sé lo que he hecho aunque nadie más sepa lo que he hecho. Me senté en el viejo sillón que había junto a la puerta, en un estado de agotamiento, en un estado de agotamiento total y de repente vi con claridad en qué situación sin esperanza me encontraba, en un instante de, posiblemente, total enajenación, así pensé, había perdido la razón, cogiendo la mochila y vaciando su contenido en el diván y desordenándolo todo, de forma que nunca más podría arreglarse. Y seguía sentado en el viejo sillón, y dije varias veces ordenar y examinar, examinar y ordenar, hasta que lo hube dicho tantas veces que tuve que soltar la carcajada, y me reí fuerte, muy fuerte. Después hubo un silencio mayor que nunca. Höller había apagado la luz, y yo me levanté y miré abajo y vi que en el taller de los Höller, en la sala de taxidermia, estaba oscuro. Ahora no sabía por qué había apagado Höller la luz en ese instante, ¿había apagado la luz porque yo había soltado la carcajada, o no había oído en absoluto mi carcajada y había apagado la luz porque había interrumpido su trabajo en el ave gigantesca y negra, porque, realmente, Höller debía de haber dejado de trabajar en el ave y haber salido del taller, o bien seguía estando ahora en el taller y, por la razón que fuera, había apagado la luz, y estaba ahora, por tanto, a oscuras en el taller? Me acerqué mucho a la ventana y escuché, pero no oí nada, de pronto, otra vez, el estruendo del Aurach, pero nada más, como si ahora, de repente, todo durmiera, y me pareció, en qué basaba esa suposición no lo sé, pero de repente tuve la impresión de que todo dormía en casa de los Höller, pero por qué había apagado Höller la luz precisamente en el instante en que yo había soltado la carcajada, poco después de mi carcajada se había apagado la luz en el taller de los Höller. Pero qué puede hacer Höller en el taller oscuro si no ve nada, o quizá la luz que cae desde mi buhardilla, desde la buhardilla de los Höller, sobre el Aurach es también luz bastante para el taller, de forma que él, Höller, quizá haya pensado que



apagaría ahora la luz de su taller porque tenía luz suficiente con la luz de la buhardilla, pensé, y luego, de pie junto a la ventana, por qué habría de interrumpir Höller de repente su trabajo ahora, a las doce y media de la noche, cuando todo indicaba que trabajaría toda la noche, lo que no era insólito en él, que pasara toda la noche trabajando en su taller, mientras su mujer se pasa toda la noche sentada en su alcoba, aquí arriba, cosiendo o remendando o bordando, porque sólo los niños de los Höller podían dormir, de forma que él, Höller, posiblemente seguía estando en su taller y, con el oído aguzado, me observaba ahora, porque, así pensé, Höller, ahora que ha apagado la luz del taller y, por tanto, no puede ser visto ya por mí desde la buhardilla de los Höller, tenía que observarme, y también que era un hombre, pensé, que, protegido por la oscuridad, desde su puesto, desde su puesto protegido junto a la ventana del taller, era capaz de observarme, mientras estaba aquí arriba, junto a la ventana, en la buhardilla de los Höller y miraba abajo, a la ventana del taller, y que posiblemente observaba en qué estado me encontraba yo y que, de esa observación, sacaba conclusiones sobre mi constitución, sobre mi constitución mental y física, y que luego, por la mañana, sobre la base de esa observación nocturna, me trataría de forma distinta que si no me hubiera observado, la verdad era que, con mi fuerte carcajada, después de mi meditación sobre el ordenar y examinar el legado de Roithamer, había provocado su observación de mi persona, pensé, no puede hacer otra cosa que observarme ahora, al haber apagado la luz, tiene la posibilidad de observarme. Y ni siquiera necesita levantarse e ir hasta la ventana, porque puede inspeccionar mi persona desde su lugar de trabajo, posiblemente ocupado aún en coser el ave, porque desde donde está Höller ahora, como sospecho, observándome, puede observarme bien, si me asomo a la ventana de la buhardilla de los Höller, pensé, si me asomo a la ventana, Höller puede verme, entonces, ¿por qué me asomo?, pensé, la verdad es que no debo asomarme a la ventana, puedo retroceder, retroceder hasta que Höller no pueda verme ya, y entonces no tendrá ninguna posibilidad de verme, y retrocedí y pensé, ahora que he retrocedido, quizá encienda otra vez Höller la luz del taller, porque supondrá que ahora, al haber retrocedido desde la ventana, no tengo ya interés por su persona y podrá encender tranquilamente la luz, porque no miro hacia abajo, pensé, quizá piense, puedo encender otra vez la luz del taller porque él (yo) no mira ya hacia abajo, porque posiblemente a Höller lo había irritado que yo lo observase constantemente, a ningún hombre le gusta ser observado constantemente, y mucho menos cuando ese hombre está sumergido en un trabajo, como estaba ahora Höller sumergido en el relleno y cosido del ave gigantesca y negra. La verdad era que, ahora, él no tenía ya ninguna razón para no encender la luz del taller, pensé, ya no lo observaba a él, a Höller, me había sentado en el viejo sillón, aunque, mientras me sentaba, me había golpeado la cabeza varias veces con la palma de la mano, como si ese golpearme la cabeza con la palma de la mano sirviera de algo, y había caído en un estado de excitación del que no podía salir ya, había utilizado todos los trucos posibles, pensé, ir de un lado a otro, ir a la ventana, volver

de la ventana, ir al diván y volver del diván, ir a la puerta y volver otra vez, y luego mirar fijamente al suelo, ocuparme de mis propias manos, de mis propios pies, porque ya enseguida, después de subir de la cena, del salón, me había quitado los zapatos, y más tarde me había quitado también los calcetines y había permanecido continuamente descalzo en la buhardilla de los Höller, descalzo ya porque quería evitar molestar a la mujer de Höller con mi constante ir de un lado a otro que, según mi costumbre, es un ir de un lado a otro rápido, si ando de un lado a otro descalzo no molesto, así había pensado siempre, y siempre, también en Inglaterra, dondequiera que fuese, cuando me sometía a la costumbre de ir de un lado a otro, me quitaba los zapatos y, naturalmente, también los calcetines, pero ni el ocuparme de mis pies y manos ni, finalmente, la observación de todos los objetos de la buhardilla de los Höller, una porra de goma negra utilizada en otro tiempo por los Höller para conducir el ganado, que colgaba en la pared exterior de la buhardilla de los Höller, me había llamado especialmente la atención, qué hace aquí esa porra de goma, precisamente en la buhardilla de los Höller, había pensado, y también que un día, probablemente por el propio Höller, había sido cortada de un cable y convertida en porra de goma con mango de fleje de acero, cuando Höller tenía aún vacas y cabras debía de haber tenido una de esas porras de goma, todos tienen aquí esas porras de goma hechas de pedazos de cable, en todo el valle del Aurach se puede observar cómo conducen el ganado con esas porras de goma de cable negras, entrándolo en los corrales y sacándolo de los corrales, pero ¿qué hacía esa porra de goma en la buhardilla de los Höller?, me pregunté, ¿habría tenido quizá para Roithamer algún significado y, si era así, qué significado? pero no podía detenerme más tiempo con la porra de goma, de manera que interrumpí sencillamente ese ocuparme de la porra de goma de cable y acogí otro pensamiento: que siempre había podido pensar mejor descalzo que no descalzo, y cuál era la razón de que, estando descalzo, pudiera pensarlo todo más fácilmente, pero también, a la vez, más profundamente que no estando descalzo, y por eso es casi ya una costumbre mía de toda la vida el quitarme inmediatamente los zapatos y andar descalzo en los sitios donde se me permite, en casa de los Höller no me había quitado al principio los zapatos, había entrado y había visto inmediatamente, aquí no puedo quitarme los zapatos, por lo menos no en los primeros instantes, pero arriba, en la buhardilla de los Höller, me había quitado los zapatos enseguida y había andado en calcetines, andado de un lado a otro en calcetines, mientras deshacía el equipaje y me sentaba, y sólo entonces había inspeccionado la buhardilla de los Höller, y para la cena me había puesto otra vez los zapatos, ya que me había parecido imposible bajar en calcetines para cenar en el salón de los Höller, porque los Höller tenían todos los zapatos puestos, no iban descalzos, probablemente *no iban descalzos por mi causa, lo mismo que yo, por su causa, no iba descalzo*, y así ninguno había andado descalzo, aunque a todos, lo mismo a los Höller que a mí, nos hubiera venido bien andar descalzos, pero enseguida, después de la cena, otra vez en la buhardilla de los Höller, me había quitado los zapatos y me había quitado también

los calcetines y había andado descalzo. Ese andar descalzo me viene de la infancia, en la que siempre andaba sólo descalzo, también a la escuela iba descalzo, todo el año, salvo en los meses más fríos, todos iban descalzos a la escuela, sólo Roithamer no podía ir descalzo, nada había deseado él más ardientemente que poder andar con nosotros descalzo, pero jamás se lo permitieron, de modo que fue siempre el único de la escuela que no iba descalzo, porque yo siempre pude ir descalzo, cosa rara en el hijo de un médico. Si ando descalzo no me oirán, había pensado, y enseguida, para practicar ese andar descalzo por la buhardilla de los Höller, había andado mucho descalzo de un lado a otro cuando entré en la buhardilla de los Höller, pero si tengo conciencia de que, descalzo, ando más silenciosamente que no descalzo, también el andar descalzo se hace ruidoso, no debo tener conciencia de que ando descalzo y, por tanto, más silenciosamente, pensé. Realmente Roithamer, como me consta, había estado siempre descalzo en la buhardilla de los Höller, pero nunca había aparecido descalzo en las comidas con los Höller, ni siquiera en verano, cuando hubiera sido muy normal y natural que todos los Höller anduvieran descalzos. Sin embargo, la porra de goma de cable de la pared me molestaba, y descolgué de la pared esa porra de goma de cable, que era negra y pesada, y golpeé con ella en el aire unas cuantas veces, ese golpear en el aire lo repetí varias veces, mientras miraba por la ventana para ver si podían observarme quizá mientras lo hacía. ¿Y si, pensé brevemente, golpeará con esta porra de goma en el escritorio?, pero no golpeé con la porra de goma en el escritorio, por miedo a hacer con esa porra de goma algo que haría mejor en no hacer, y colgué otra vez la porra de goma en la pared. Sin embargo, la porra de goma no me dejaba tranquilo, de manera que la descolgué otra vez y abrí la puerta y la colgué fuera, en el pasillo, de un gancho del que colgaba un sombrero de paja, probablemente el sombrero de paja de Höller, pensé. Otra vez de pie en la buhardilla de los Höller, pensé entonces, bueno, ahora la porra de goma no está ya en la buhardilla de los Höller y me pregunto si no me observan a pesar de todo, sospecho que me observan, pero no puedo decirlo con seguridad. Una y otra vez hay acciones de nuestra propia persona que realizamos sólo para esa persona nuestra, y que en ningún caso están destinadas a nadie que no sea nuestra propia persona. Si Höller está aún en el taller, pensé, por qué no ha encendido ya la luz, era como si hubiese oído un ruido en el taller de los Höller, en la sala de taxidermia, un ruido relacionado con la actividad artesanal de Höller, como pensé, así pues, Höller debía de estar aún en la sala de taxidermia, pero ¿qué lo inducía, si estaba aún allí, era ahora la una y media, a esconderse de mí?, pensé. Realmente, a él, Höller, se le debía de haber caído ahora de la mano algún objeto metálico duro, porque oí la caída de un objeto metálico en el taller. Pero siempre: ¿por qué no enciende otra vez la luz? Así tuve de repente la idea de apagar mi luz, de oscurecer totalmente la buhardilla de los Höller, a fin de que Höller creyera que me había ido ahora a la cama, que me había ido a la cama por fin, y que podía estar en el taller sin ser molestado, seguir trabajando sin ser observado por mí, a plena luz, en el ave negra y gigantesca. Apagué la luz y me situé junto a la

ventana, esperando que Höller encendería ahora pronto la luz otra vez, ya que estaba seguro de que Höller estaba aún en el taller, porque la verdad era que no lo había oído jamás salir del taller y entrar en su habitación, y por consiguiente debía de estar todavía en el taller, ahora, cuando había oscurecido totalmente la buhardilla de los Höller y, realmente, reinaba una oscuridad total en la buhardilla de los Höller y, cuando miré hacia abajo desde la buhardilla de los Höller, no pude ver tampoco más que una oscuridad completa, sin duda, de repente, oí otra vez el estruendo del Aurach, pero no podía ver el Aurach, no podía verlo ya, porque sabido es que la oscuridad aquí, en el Aurach, en el valle del Aurach y, sobre todo, en la garganta del Aurach, es la más intensa y, por tanto, la más oscura, y era significativo que Höller hubiera construido su casa precisamente aquí, en el lugar más oscuro de la oscuridad, en la garganta del Aurach, y que fuera aquí, en esta oscuridad oscurísima donde Roithamer se había sentido mejor o, para ser más exacto, que aquí, en este lugar oscurísimo, hubiera encontrado las condiciones ideales para sus fines. Para mí, esa garganta del Aurach no era más que algo que continuamente me daba miedo, por lo menos esa tarde, a mi llegada, y en la noche que siguió a mi llegada, que aquí se describe. A cada instante pensaba, Höller va a encender la luz, pero no encendía la luz, quizá, pensé, porque había comprendido la situación, a saber, que yo sólo había apagado la luz de la buhardilla de los Höller para que él encendiera otra vez la luz del taller, que sabe que no me he ido a la cama, como trato de hacerle creer, sino que sigo de pie junto a la ventana y sólo espero a que encienda otra vez la luz del taller para poder verlo y observarlo entonces otra vez. Con gente así (como yo) tengo que estar en guardia, había pensado él probablemente, y había seguido y seguido sin encender la luz del taller, prefiere estar sentado en una oscuridad completa y no encender la luz, pensé, y echarse a perder la vista, porque probablemente, incluso en la oscuridad total, sigue trabajando en el ave gigantesca y negra, a encender la luz y dejarse observar por mí otra vez, eso no. De modo que no aguanté más y encendí de pronto otra vez mi luz de la buhardilla de los Höller y me precipité a la ventana, para ver la reacción de Höller ante el hecho de que hubiera encendido otra vez la luz en la buhardilla de los Höller. Realmente vi a Höller en su puesto de trabajo, y tenía sobre las rodillas el ave grande y negra. Él, Höller, mira hacia arriba, hacia mí, trabaja en el ave y mira al mismo tiempo hacia arriba, hacia mí. Sin embargo, como no quería ser observado, retrocedí desde la ventana y, al retroceder, derribé el gran perchero que había junto a la ventana y con el que, en mi retroceso fulminante, tropecé. Inmediatamente se abrió la puerta y Höller apareció en la puerta, en camisón. Qué había pasado, dijo, y yo señalé el perchero derribado. Me ayudó a levantar el perchero. Se asombró de que yo no estuviese aún en la cama, sino levantado y vestido. Sin decir palabra, después de ayudarme a colocar el perchero, salió otra vez de la buhardilla. Así pues, Höller no estaba ya en el taller, no estaba ya en la sala de taxidermia, pensé. Me quité la ropa y apagué la luz y me eché en la cama. Eran las dos y media y pensé, inmediatamente antes de dormirme, que estaba totalmente

agotado. Por la mañana me acercaré al legado de Roithamer, primero me *acercaré* a él, y luego lo *examinaré* y *ordenaré*.

## 2. *Examinar y ordenar*

Él, Roithamer, no hubiera debido alejarse jamás de Altensam, durante toda su vida sólo se había esforzado por acercarse a Altensam, por hacerse comprender allí donde hacerse comprender había sido siempre imposible y una idea demencial y siempre será imposible, así Roithamer, tampoco había conseguido jamás acercarse lo más mínimo a Altensam, porque en Altensam había sido siempre un cuerpo extraño. Y tampoco era un hombre dotado de medios que le permitieran cambiar de súbito en contra de su carácter y de los dictados de su carácter, no era un hombre al que se pudiera aplicar la palabra oportuno, en ningún aspecto, pero, en lo que se refiere a mí y a mis concepciones y a mis ideas y a todo mi ser, he sido siempre un oportunista, así Roithamer. En Altensam todo había sido siempre para él de lo más difícil, y por eso, ya pronto, no había podido aguantar en Altensam y someterse a Altensam y sus leyes y, en la primera oportunidad para ello, se había marchado de Altensam. Lo mismo que él sentía a Altensam, su familia había tenido que sentirlo a él siempre como un cuerpo extraño y, con acusaciones mutuas, por principio, acusaciones elementales, así Roithamer, se habían, o sea, él, Roithamer, por un lado, y la familia de Roithamer por otro, consumido y desgastado en definitiva cada vez más, en Altensam no había habido, permanentemente, más que un proceso de mutuo desgaste y, de hecho, un proceso de desgaste de la forma más inhumana o más indigna de un ser humano. La tendencia, en él innata, a estudiar, es decir, a estudiarlo todo, le había permitido ya muy pronto, sin embargo, mediante su estudio de Altensam, penetrar en Altensam y, con ello, penetrar en sí mismo y conocerse y actuar y, por razón de ese estudiar continuo y permanente y perpetuo, había tenido que actuar siempre como en definitiva había actuado, durante toda su vida, para la que prefería utilizar la calificación de existencia y, todavía más, de existencia en extinción, no había actuado por ningún otro motivo, todas sus acciones habían sido siempre efecto de esa causa de estudios, de la que nunca había podido librarse, mientras otros progresan fácilmente y, a menudo, muy rápidamente, para él no había sido jamás fácil ni jamás rápido progresar, porque había estado sometido a esa causa de estudios, todo su ser, su organismo y su pensamiento siempre y, por ello, su actuación siempre y en todo caso, sometidos a esa causa de estudios. Todo había sido siempre, para él, de lo más difícil. Pero ya pronto se habían manifestado las ventajas de ese esfuerzo, continuamente, sin embargo, superior al normal, en todos los dominios, así Roithamer, por ello todo ha sido siempre para mí más profundo, ni un paso sin conocer lo anterior, así Roithamer, nada sin haberlo estudiado antes todo hasta el fin o, por lo menos, sin haber intentado, antes de cada nuevo paso, conseguir claridad en todo lo anterior, con conciencia, por supuesto, de que no es posible conseguir claridad en nada, pero sí, sin embargo, una claridad próxima, aproximada, conseguir en nada

un conocimiento real, pero sí, sin embargo, aproximado, todo puede ser siempre sólo algo aproximado y nada más que aproximado. Así pues, aunque yo quería a Altensam más que a nada, porque Altensam me era y me es más familiar que nada en el mundo, lo odiaba al mismo tiempo también más que a nada, porque yo había sido allí desde el principio un cuerpo extraño, y toda mi vida, toda mi existencia, existencia en extinción, había estado siempre referida a esa circunstancia y, por ello, expuesta a un monstruoso deterioro de mis medios. La cuestión ha sido siempre *cómo puedo avanzar siquiera, y no, en qué relación y condición*, así Roithamer. De esos estados de aquel joven no había tenido nunca mi entorno la menor sospecha, y no hubieran podido pensar jamás, en absoluto, en esos estados posibles, devastadores, determinantes, y devastadores y aniquiladores de toda una vida así, porque no querían pensar, porque todo en Altensam estaba siempre en contra del pensamiento, eso hay que decirlo, fundamentalmente, en contra de Altensam, que estaba en contra de todo pensamiento. Altensam ha sido siempre un lugar de acción, en el que siempre se ha actuado sin pensar, en el que la acción ha excluido siempre el pensamiento, y así ocurre todavía hoy, aunque la realidad es que hoy ni siquiera se actúa ya en Altensam, porque las gentes de Altensam son incapaces de actuar, están condenadas a la incapacidad para actuar porque su tiempo ha pasado, no queda absolutamente nada. Pero ¿qué era Altensam todavía hace treinta o treinta y cinco años? Esa pregunta tengo que hacérmela siempre, porque esa pregunta es la más importante, el que me pregunte, ¿qué era Altensam, de donde procedo, hace treinta o treinta y cinco años, cuando empecé a pensar? Una formación de muros y gentes, en donde se actuaba sin pensar, durante siglos se había actuado así. Él, Roithamer, al principio, en su más temprana infancia, no se había dado a conocer aún como el que fue más tarde, de forma totalmente abierta, durante mucho tiempo, hasta entrada la edad escolar, no había podido conocer él mismo quién era realmente, el hecho de que él, en el fondo, aunque era de Altensam o porque era de Altensam, había estado ya siempre en contra de Altensam, en su infancia, aunque hacía ya mucho tiempo que estaba en contra de Altensam, no había sido reconocible como alguien que estaba en contra de Altensam, porque exteriormente su infancia, al menos su más temprana infancia, había sido reconocible como una infancia normal en Altensam, *no como una infancia orientada ya en contra de Altensam*, aunque ya entonces y, como queda dicho, desde los primeros indicios de mi pensamiento, todo en mí había estado orientado en contra de Altensam, en contra de todo lo relacionado con Altensam, también hoy, todavía, relacionado con Altensam, siempre ha habido dos Altensam, así Roithamer, uno al que yo quería, porque no estaba en contra de mí, y otro, el segundo, al que siempre he odiado, porque estaba absolutamente en contra de mí y, ya desde el principio, de la forma más despiadada. El Altensam que siempre he querido no es, sin embargo, el Altensam que no guarda relación con las gentes de Altensam, así Roithamer, era aquél en que mi ser encontraba continuamente refugio, mientras que el otro, el odiado por mí, fue siempre aquél en el que nunca he encontrado refugio, el que siempre me

ha ofendido. Así, cuando digo que odio a Altensam, es siempre al Altensam en el que nunca he encontrado refugio y que siempre me ha ofendido, el que me ha rechazado y al que, por ello, tuve que rechazar yo también, y no al otro, en el que mi ser siempre ha encontrado refugio y en el que, por lo menos, me dejaban tranquilo. Como es natural, el que me ocupa es el Altensam que me ha rechazado y apartado y ofendido, no el otro, lo mismo que me ocupa siempre todo lo que no me deja tranquilo, me repudia y me ofende. El uno nos deja tranquilos y deja que nuestro ser sea como es, y lleva nuestro ser a muchas, incluso, en parte, maravillosas posibilidades de desarrollo, el otro, sin embargo, nos ofende y no nos deja tranquilos, no nos deja tranquilos en toda nuestra vida y por eso nos ocupamos de él durante toda la vida, la intranquilidad en la que, por esa causa, caemos y caemos diariamente y de la que no podemos salir ya, no en toda la vida, nos hace estar toda la vida en contra de todo. Así, todo lo que pienso viene más del uno, de la intranquilidad, que del otro, que me deja tranquilo, así Roithamer. Así, ya en Altensam, en mi más temprana infancia, mi pensamiento venía, como es natural, del que no me dejaba tranquilo y no del otro. Hablamos siempre, cuando hablamos con todo nuestro ser, sólo desde el Altensam de la intranquilidad y no desde el otro, así Roithamer. Siempre he hablado sólo desde el de la intranquilidad, desde el otro no he hablado jamás, porque me deja tranquilo y *con ello me permite* hablar del de la intranquilidad. Y no sólo tenemos necesidad de hablar y acusar continuamente desde él y de tener por lo menos siempre ante los ojos lo surgido de nuestra intranquilidad, porque sólo esos pensamientos y sentimientos y sentimientos de pensamientos, y a la inversa, tienen, como es natural, la mayor significación. La tranquilidad no es la vida, así Roithamer, la tranquilidad y la tranquilidad perfecta es la muerte, así Pascal, así Roithamer. Pero esas explicaciones no me hacen avanzar, tengo que alejarme de esas explicaciones, así Roithamer, no detenerme en verdades demostradas por la Historia. El despertar en Altensam, así Roithamer, fue al mismo tiempo la decisión de alejarme de Altensam, de alejarme de todo, de rechazar todo lo que Altensam era, y ese proceso de rechazo es todo lo que he hecho hasta hoy, dondequiera que lo haya realizado y en cualesquiera circunstancias, y aunque parezca que no tiene absolutamente nada que ver con Altensam. Un despertar en mi habitación de Altensam quizá, en mi habitación del torreón, un despertar en el muro del sur o en el muro del este, yo quería por igual al muro del sur y al del este, un despertar quizá bajo el tilo o en la cocina o en el vestíbulo de entrada, en el que, a menudo durante horas, esperando a mis padres, permanecía sentado con un frío glacial, estudiando las tablas del suelo del vestíbulo y luego, sobre las tablas del suelo, estudiándolo todo, el arranque de la escalera, las lámparas del arranque de la escalera, la puerta de la capilla, la puerta de la cocina, los objetos del vestíbulo, o un despertar en una de las bodegas, en las que con mucha frecuencia me refugiaba, una vez en la bodega del mosto, otra vez en la bodega de la cerveza, otra vez en la bodega de las manzanas, había tantas bodegas en Altensam, y en una de esas bodegas el despertar contra Altensam, contra todo lo relacionado con



Altensam, quizá en el bosque, en el lugar en declive que visitaba una y otra vez, en el claro, donde levantaron la cruz de hierro en recuerdo de un antepasado que, en ese lugar, fue muerto por un árbol abatido por el rayo, o en la habitación de mi hermano o en la habitación de mi hermana, quizá en la sala de música, o quizá en las dependencias de la explotación, donde se alojaban los leñadores, mozos, criadas, no sé, así Roithamer. También pudo ser durante un paseo con mi padre, aquellos paseos silenciosos que siempre, un año tras otro, nos llevaban en la misma dirección, bajando de Altensam y entrando en el gigantesco bosque de toda clase de árboles, en ese bosque que mi padre calificaba siempre sólo de *bosque natural*, porque no era un bosque plantado según las reglas de la silvicultura sino crecido sin intervención humana, un bosque, como decía siempre mi padre, que *había venido volando de la forma más natural*, mi padre quería a ese bosque, así Roithamer, y sólo iba siempre a ese bosque, yo podía ir con él pero tenía que guardar silencio. Posiblemente en uno de esos paseos, que duraban seis o siete horas y en los que el silencio no debía ser roto jamás. En el fondo, mi padre, así Roithamer, sólo quería a ese bosque de toda clase de árboles, venido volando naturalmente, y nada más. Mi padre no podía imaginarse la vida sin ese bosque de toda clase de árboles, venido naturalmente volando, así Roithamer. En uno de esos paseos, despertado de pronto en contra de Altensam y en contra de todo lo relacionado con Altensam, y *todo está relacionado con Altensam*, así Roithamer, todo está relacionado con Altensam está subrayado. O cuando, una vez, yo estaba con mi madre en el llamado bosque de abetos, o con mi hermana en su habitación, que estaba junto a mi habitación, no sé. Pero fue un despertar, un despertar repentino en contra de Altensam y en contra de todo lo relacionado con Altensam, que determinó toda mi vida ulterior. A partir de ese instante presioné para irme, para salir, pero tuve que esperar aún muchos años. La época escolar fue ya un rayo de luz, la posibilidad de bajar solo de Altensam para ir a la escuela, de entrar solo en contacto con otras gentes en el camino, con gentes que, por lo menos de forma inmediata, nada tenían que ver con Altensam, con otra clase de gentes totalmente distinta. Porque hasta la época escolar no había tenido ninguna oportunidad de entrar en contacto, con sentido crítico, con otras gentes, porque de esos contactos, que hubiera podido tener incluso en el mismo Altensam, por decirlo así como preparación para contactos ulteriores, o sea, entablar contactos ya arriba, en Altensam, como preparación para los contactos de abajo, me habían apartado siempre. Si iba a ver a los leñadores, me llamaban otra vez enseguida para que volviera, incluso los trabajadores de la explotación, pero siempre me había atraído precisamente esa gente, probablemente, ya muy pronto y en gran medida, porque no se me permitían esos contactos. Y precisamente ese mantenerme yo apartado de todos los demás que no habían nacido en Altensam fue, en efecto, la causa de que luego, más tarde, odiase a toda esa gente de Altensam y todo lo relacionado con esa gente. Era odio, nada más que *odio*, así Roithamer. La palabra odio está subrayada. Pero a la gente con la que se me negaba y se me prohibía entablar y mantener contactos la

*quería*. La palabra *quería* está subrayada. Mi infancia no fue otra cosa que un marcharme de aquello a lo que había sido forzado a entrar desde el principio, a saber, Altensam, a aquello otro que se me rehusaba y negaba y prohibía, como hoy veo, con una determinación perversa. Debieron sentir que yo era diferente incluso de mis hermanos que, sin poner dificultades, se habían sometido a las instrucciones de Altensam, que jamás se habían rebelado, a diferencia de mí que, ya en mi más temprana infancia, ya a los tres o cuatro años de edad, como me consta, me había rebelado contra esos preceptos y contra la brutalidad de esos preceptos dictados por mis padres o por las demás personas de Altensam que tenían lo que se llama derecho a educar, habían sentido que yo, ya en mi más temprana infancia, era un ser que sentía con absoluta independencia y que, más tarde, pensaba con absoluta independencia, y que no quería someterse a ellos y sus ideas y sus órdenes. Y su desgracia era que me habían engendrado, eso no podía borrarse ya, aunque probablemente hubieran deseado a menudo tal falsificación de la historia, así Roithamer. Siempre les había resultado incomprensible a mis padres, lo mismo que a mis hermanos, lo mismo que a todas las demás personas de Altensam o relacionadas con Altensam, a toda nuestra muy ramificada parentela, el hecho de que aquí tenían que vérselas siempre con una inteligencia y unos sentimientos dirigidos siempre contra ellos y sus condiciones y situaciones, que ellos mismos habían engendrado y que llevaban su nombre. Así, también la circunstancia de que mi padre me haya legado Altensam, así Roithamer, mientras creía poder contentar a sus otros dos hijos y a su única hija, mi hermana, con una compensación económica por mi parte, no es otra cosa que la expresión de la voluntad de mi padre de aniquilar Altensam mediante ese testamento, ofensivo para todos y para todo, el cual, por lo demás, ha sido impugnado por mis hermanos, aunque la verdad es que inútilmente, aniquilar Altensam mediante ese testamento, porque sabía y, sabiéndolo, sentía sobre todo, que aniquilaría Altensam si me lo legaba, así Roithamer. No era perversidad, sino conciencia plena, así Roithamer al respecto. Porque mi padre sabía (sismográficamente) que había llegado la hora de Altensam. Prefirió, así Roithamer, aniquilar por completo Altensam por el hecho de legármelo y, de hecho, aniquilarlo por completo en el plazo más breve, porque siempre tuvo conciencia del hecho de que yo odiaba Altensam, a dejar que degenerase poco a poco más aún, eso hubiera significado indudablemente el que no me hubiese legado Altensam a mí, sino a mi hermano mayor o al menor, o a los dos juntos, porque siempre estuvo fuera de duda que haría que se pagase una compensación económica a mi hermana. Si vendo Altensam, como tengo ahora el propósito, así Roithamer, y con el producto, que *tendrá que ser un producto muy elevado*, es preferible aplazar la venta todavía a precipitarla, hay que obtener un precio muy elevado a cambio de Altensam y si, con ese precio, hago todo lo posible por los presos salidos de los establecimientos penitenciarios, se habrá logrado lo que mi padre deseó, aniquilar por completo Altensam. Anuncios, posiblemente tomas de contacto con agentes de la propiedad

inmobiliaria, pero cuidado, así Roithamer. Mediante la venta de Altensam, podré satisfacer ese deseo de hacer todo lo que pueda por los rechazados por la sociedad, por esas personas, las más rechazadas por la sociedad, a las que la sociedad rechaza siempre con la mayor complacencia y, de hecho, siempre con la mayor complacencia y sin pensárselo mucho, por no decir sin pensar siquiera lo más mínimo al respecto, porque siempre he deseado eso, ayudar a esas gentes, a las que la sociedad ha hecho, efectivamente ha hecho a esas gentes, como suele llamarlas, criminales, porque no piensa y porque, para ella, el pensar es algo más ajeno y odioso que nada. No puede haber nada más importante para mí que ayudar, con el producto de Altensam, a los presos puestos en libertad, pero también hacer algo por los no puestos en libertad, tanto como sea posible. Y precisamente destrozar, aniquilar una propiedad como Altensam, cuya época, sencillamente, ha pasado, para realizar esa tarea, es para mí más importante en este momento que todo lo demás. Por una parte, terminar el Cono, y su terminación es previsible, por otra, vender Altensam para los presos. La sociedad humana es hacia sus criminales, a los que encierra en establecimientos penitenciarios, de lo más desvergonzado, así Roithamer, precipita a esas gentes con plena conciencia y con toda la brutalidad y bajeza e inhumanidad de que dispone y que la caracterizan, a sus llamados crímenes, que no son más que trampas tendidas por esa inhumana sociedad humana, trampas mortales siempre, y se aparta de ellos. Si tengo yo una tarea, es, después de todo, ésa, ayudar a los ex presidiarios, a esos llamados criminales que, en realidad, son enfermos de la sociedad, así Roithamer, a los que la sociedad ha precipitado en su enfermedad. El hombre no tiene derecho, jamás, a hablar de criminales, nadie ni nada, así Roithamer, se trata, como en el caso de los demás, de enfermos, de personas enfermas por la sociedad, y la sociedad entera no es más que centenares y centenares de millones de personas en sí mismas enfermas, sólo que unos, los infelices y los más infelices, los calumniados y engañados y cubiertos de burla y desprecio y de toda la bajeza y de toda la suciedad humana, son encerrados y los otros no. La suma obtenida debe ser la más alta posible, así Roithamer. Buscar diversos tasadores, etcétera, así Roithamer. Con el dinero hacer por esa gente todo lo que sea posible, así Roithamer, construir hogares, edificios, teniendo en cuenta mis experiencias adquiridas con la construcción del Cono, así Roithamer, siempre cerca de centros, de concentraciones humanas, evitar todo lo que favorezca el aislamiento, con independencia de que *todo es aislamiento*, posibilidades de trabajo, posibilidades de ocupación, la máxima libertad posible del individuo. *Libertad mental, libertad física*, así Roithamer. Creación de nuevos medios de vida para esa gente. Posibilidades de distracción. *Desarrollo*, así Roithamer. Cuando estamos obsesionados por una idea y, de pronto, tenemos la posibilidad de realizar esa idea, porque nos hemos ocupado de esa idea continua e ininterrumpidamente y siempre en el más alto grado, nos hemos concentrado siempre en esa idea (véase el Cono), no hemos sido ya más que concentración en esa idea, cuando podemos hacer realidad lo que hemos previsto, aunque nos hayan tenido por tan locos como quieran y nosotros

mismos nos hayamos tenido por locos, por tener esa idea. Cuando, en contra de todo, se ha logrado la realización de la idea. Cuando no hemos escuchado nada durante años, durante decenios, sólo esa idea con la que somos idénticos. Sólo alcanzamos aquello en lo que nos concentramos al ciento por ciento y, de hecho, también con nuestro llamado subconsciente, cuando durante un tiempo larguísimo, hasta el momento de conseguir nuestro objetivo, no escuchamos más que ese objetivo. Cuando tenemos conciencia siempre del hecho de que todo ha conspirado siempre contra nuestro objetivo, de que todo, salvo nosotros y, muy a menudo, también muchas cosas dentro de nosotros, no es más que una conspiración contra nuestro proyecto, contra nuestro objetivo. Cuando somos despiadados y de lo más despiadado contra todo lo que obstaculiza nuestro trabajo hacia nuestro objetivo, lo que torpedea nuestro objetivo, cuando, en definitiva, tomamos posición contra nosotros mismos, porque tampoco nosotros creemos ya, en contra de toda esa resistencia y, por tanto, repugnancia hacia nuestro objetivo, que abarca, que lo abarca todo, poder alcanzar nuestro objetivo, porque continuamente nos vemos acometidos por las dudas de nosotros mismos y, por ello, de nuestro objetivo, y somos debilitados por esas dudas, lo que nos hace parecer imposible alcanzar nuestro objetivo, pero no debemos dejarnos apartar de nuestro objetivo por *nada*, nada está subrayado, lo mismo que yo jamás me he dejado apartar de mi objetivo, así Roithamer, porque, así Roithamer, todo está siempre en contra de todo objetivo. Ya en lo más pequeño, tenemos que alcanzar nuestro objetivo en contra de todos, por no hablar de lo grande, así Roithamer. De pronto hay ahí una idea que quiere ser realizada, nuestra vida entera, nuestra existencia entera se compone sólo de esas ideas que quieren ser realizadas, si se interrumpe ese estado, se interrumpe la vida, ha entrado la muerte. Nos componemos sólo de ideas que han surgido en nosotros y que queremos realizar, que tenemos que realizar, porque si no, estamos muertos, así Roithamer. Toda idea y toda persecución de una idea que hay en nosotros es la vida, así Roithamer, la carencia de ideas es la muerte. Y el ser humano que consideramos puede parecer tan simple como queramos, lo que, sin embargo, no es jamás, y también tan complicado como queramos, lo que tampoco es, así Roithamer. La carencia de ideas del hombre es su muerte, así Roithamer, y como muchos hombres carecen de ideas, carecen absolutamente de toda idea, no existen. Primero anuncios, luego agentes inmobiliarios, así Roithamer, pero la mayor precaución con los agentes inmobiliarios, también aquí, como en todos los aspectos, la mayor desconfianza, cuanto mayor la desconfianza, tanto mejor, pero luego, al llegar a un punto determinado de claridad, actuar. Debemos tener siempre posibilidades de comparación, sin posibilidades de comparación no podemos pensar, no podemos actuar, nada existe, así Roithamer. Comparar propiedades y precios, así Roithamer. Informarse de las condiciones reales del mercado inmobiliario. Porque vendedores y compradores desempeñan siempre los mismos papeles, propensos al engaño. Causará sensación que venda Altensam, así Roithamer, por tanto, iniciarlo todo tan discretamente y en segundo plano como sea

posible. No hablar de ello, ni siquiera cuando haya llegado el momento, no hablar de ello en absoluto. Y ocuparse previamente de que, sobre todo mi hermana, quede asegurada, de que nadie sufra injustamente como consecuencia de la venta, tampoco mis hermanos, aunque cuidar de mis hermanos raya en la idiotez, porque a mí no me han cuidado jamás, y *ellos* tampoco me cuidan hoy, pero no los echaré sin una indemnización, aunque no tienen ningún derecho a indemnización, *ni jurídica ni humanamente*, ya que todos sus esfuerzos han sido siempre esfuerzos contra mí, su hermano degenerado, lo han hecho todo para hacerme sentir su desprecio y su odio y, en el arte de atormentarme, han alcanzado un nivel artístico cada vez más alto, sin olvidar sus sutilezas para martirizarme, su arte de la humillación hacia mí ha sido siempre supremo, sin olvidar que jamás les he importado, no cuidarme de ellos en absoluto, para eso no hay motivo, pero no me cuidaré de ellos porque se lo merezcan, no se lo merecen, sino sólo porque quiero deshacerme de ellos, deshacerme. Y mi hermana, en el Cono que he construido para ella, una vez terminado el Cono, se trasladará a él, a esa obra del arte de la construcción que concuerda con ella por completo, y de la que he sido capaz realmente en contra de mi entendimiento y en contra de todo, también de mi razón. El emplazamiento del Cono en el centro del bosque de Kobernauss es el que concuerda con ella. ¿La felicidad suprema? Entonces nos despertamos y vemos que hemos alcanzado lo que queríamos alcanzar, porque hemos sido inflexibles y, sobre todo, inflexibles con nosotros mismos, porque no nos hemos engañado en nada a nosotros mismos y porque no hemos escuchado a los otros, porque si hubiéramos escuchado a los otros, así Roithamer, no habríamos alcanzado nada, porque los otros están siempre en contra de nosotros, todo lo demás no es cierto. Vender Altensam y, con el producto, crear ayuda para los ex presidiarios. Ofender al llamado buen gusto, al que siempre he ofendido, toda mi vida he ofendido siempre al llamado buen gusto. Si no ofendemos alguna vez al llamado buen gusto, porque hacemos algo que se llama de mucho gusto, perdemos el carácter, renunciamos a nuestro entendimiento, a nuestro ser. Porque no tendría efectivamente ningún sentido construir Altensam para los presidiarios, para eso no es Altensam apropiado. Porque eso significaría, efectivamente, que Altensam no sería otra cosa que uno de los muchos establecimientos penitenciarios situados en nuestro país en las comarcas más bellas, no, esa idea queda definitivamente desechada, ¡sería una verdadera locura! sería una verdadera locura está tachado y luego subrayado con línea de puntos. Y, de hecho, vender Altensam con todo lo que contiene, no malvenderlo sino venderlo, venderlo con la cabeza clara y con buen sentido de la oportunidad. Vigilar de cerca al notario y pagarle honorarios sólo por su prestación real, y no de acuerdo con los preceptos legales oficiales (y con los criterios notariales). Los honorarios tendrán que ser *honorarios por un éxito real*. La cuestión es, sin embargo, si no venderé Altensam por mí mismo, por mi propia cuenta, quizá gracias a una feliz casualidad, y entonces no habrá ninguna clase de comisión. Todos son siempre engañados por los notarios y los abogados, eso no ha cambiado.

Comprar para mis hermanos una propiedad más pequeña está tachado. Proveer a mi hermana de todo lo necesario durante toda su vida. *Base contractual* está subrayado. Rechazamos todo lo relacionado con contratos, porque rechazamos la burocracia en su totalidad, pero la realidad es que el mundo está hecho sólo de remiendos de contratos, eso lo vemos muy pronto, y en esas redes de cientos y miles y cientos de miles y millones y miles de millones de contratos se debaten los hombres cogidos en ellas. No se pueden eludir los contratos, salvo mediante el suicidio. Por todas partes contratos, que lo han ahogado ya todo, un mundo ahogado en contratos, así Roithamer. Si creemos poder existir sin contratos u otros convenios escritos, y huimos de ellos, a dondequiera que sea, pronto nos vemos otra vez cogidos en contratos y convenios escritos, si alguien piensa de otra forma, es un falsificador demente y malévolo de la naturaleza de las cosas. Sólo de niños no sabemos qué cosa es ésa en la que nos debatimos y nos desesperamos, y nos desesperamos debatiéndonos ininterrumpidamente, que son los hilos de los contratos y otros convenios escritos de los adultos, de la Historia. Quien lograra abolir todos esos contratos y otros convenios escritos no habría hecho otra cosa que aniquilar el mundo entero. En el futuro, porque todo lo es, también eso es posible. Pero hasta el día de hoy no ha sido posible, y tampoco lo será en un futuro próximo, así Roithamer, el futuro previsible son contratos, convenios escritos y las desesperaciones, impedimentos, enfermedades y causas de fallecimiento resultantes, y nada más. Estamos atados con todo nuestro ser a contratos, convenios escritos y declaraciones, cogidos en ellos durante toda la vida, ya podemos hacer lo que queramos, ser lo que queramos. Pero nos esforzamos por salir de esos contratos y otros convenios escritos, durante toda la vida, y eso es tan doloroso como absurdo, así Roithamer. Buscar abogados, notarios, y comprobar su presencia de ánimo y, a la inversa, mi desamparo, comparar la ignorancia de los abogados y notarios con mi propio desamparo. Pensar que todo lo que hasta ahora se ha vendido, se ha vendido demasiado barato, y todo lo que hasta ahora se ha comprado, demasiado caro. Instintos comerciales, salvaguardias, dinero, usura, engaño, falsificación, estafa, así Roithamer. Porque se trata de los bosques más hermosos, y al mismo tiempo de los más productivos, de existencia centenaria. La calidad de las tierras laborables es de primera. Y los muchos derechos pertenecientes a Altensam, como derechos de pesca, derechos de tala, derechos de pastos, etcétera. Sólo puede tratarse de una suma máxima. Incluido todo el inventario vivo y muerto. Estudiar los contratos de compraventa habituales e inhabituales en el país, derechos fiscales, compras estúpidas en gran escala, así Roithamer. Terminar el Cono, olvidar mi trabajo en el Cono, reanudar mi trabajo científico y, al mismo tiempo, activar la liquidación de Altensam, así Roithamer. Primero desde Inglaterra, porque tengo que aclimatarme otra vez en Cambridge, donde ya no me siento en casa y, con ayuda de los conocimientos de Höller, considerar en la buhardilla de los Höller todo lo que asegure mi progreso, mi adelanto, y luego, desde la buhardilla de los Höller. Observar a mi hermana a su

entrada en el Cono terminado, le enseñaré el interior del Cono de arriba a abajo, no de abajo a arriba, de forma que posiblemente tendré que vendarle los ojos al entrar en el Cono, la llevaré arriba, a la punta interior del Cono, y luego le abriré los ojos y la familiarizaré poco a poco con todo el Cono interior. Quitarme de la cabeza todo lo relacionado con los principios de la estática de Richter y la teoría de la resistencia de materiales, sacarme de la cabeza a Chmélka, a Melan, sacarme de la cabeza todo lo que me ha ocupado durante la construcción del Cono, *primero en los tres años de planificación y luego en los tres años de edificación del Cono*, intentar quitarme de la cabeza todo lo relacionado con el Cono, sobre todo hacerlo todo en contra de la palabra Estática, que surge una y otra vez de noche y me hace imposible pensar siquiera en dormir, si me duermo, aparece en mi cabeza la palabra Estática y, realmente, no puedo dormir, así durante años. Clausurar todo lo relacionado con el Cono y con la terminación del Cono, antes de liquidar Altensam. La hermana, para cuidar de la hermana su hermano, su demencialmente *excéntrico* hermano, ya los oigo, así Roithamer, excéntrico subrayado, encerrada en el Cono, construcción demencial, insensata, excéntrica, blasfema, delirante. Pero tampoco en el futuro dejaré que se acerquen al Cono todos los llamados arquitectos, aseguraré al Cono contra todos los expertos de la construcción. Esos llamados arquitectos y expertos de la construcción aparecerán para matar lentamente la obra de arte que es, la aniquilarán al entrar en ella, al inspeccionarla. Se trata del producto intelectual de un loco, de un violentador intelectual, de un *chiflado* aferrado a una idea absurda, así mi hermano mayor, así Roithamer, la palabra chiflado subrayada. Pero, durante toda mi vida, no me he preocupado de lo que la gente decía, ni tampoco de lo que pensaba siempre (de mí), de modo que pienso que tampoco en el futuro me ocuparé de ella. Gentuza profesional, así llamados arquitectos, charlatanes intelectuales, así Roithamer, explotadores de los que construyen, imbéciles, estupidez de hormigón armado. Ni una carta contestada, por sospechar que pudiera proceder de arquitectos o expertos de la construcción. De James Gandon, por ejemplo, de *Sir John Soane*, de John Nash, etcétera, no han oído hablar jamás. Cuando actuamos, conocemos el origen de nuestras acciones, cuando pensamos, el origen de nuestro pensamiento. Boulle, Hamilton, Vignon, cambio de concepción, etcétera, así Roithamer, hablamos en vano. Cuando sólo esbozamos, ellos desintegran ya. *Nada* de los escritos de Neutra, *todo* de Mies van der Rohe, nada y todo subrayados. La razón de no tratar con los expertos es que aniquilan nuestras ideas, no tienen otra cosa en la mente que hacer tambalearse nuestras ideas, aniquilarlas. No ir a ningún experto con una idea, porque entonces esa idea se hará en poco tiempo tambaleante, lo imaginado dudoso, imposible de realizar, dejar la idea encarcelada hasta que haya sido ejecutada, terminada. Dejar encarcelados pensamientos e ideas hasta el grado más alto posible de ejecución, realización, terminación. Y cuántos viven luego de nuestras ideas, que hemos tenido *nosotros*, nosotros subrayado, nuestra idea es aprovechada y desvergonzadamente explotada, eso lo podemos observar una y otra vez, cómo una

idea es aprovechada y desvergonzadamente explotada luego por cientos de imitadores, y cómo con ello se intenta aniquilar esa idea, pero si la idea es buena no puede ser aniquilada. A una idea, que es siempre una idea extraordinaria, se agarran cientos de explotadores, y descuartizan esa idea y sacan provecho de ella sin escrúpulos, y siempre en contra de quien ha tenido esa idea. Dejar encarcelados pensamientos e ideas tanto tiempo como se pueda. Abandonarlos a su terminación, al precio de una infelicidad absoluta. La mayoría, un porcentaje máximo, existe gracias a ideas ajenas, explota sin embargo esas ideas ajenas al máximo, desvergonzadamente, y no se les pide cuentas de ello, al contrario, en todas partes son alabados por ello. A dondequiera que miremos, descuartizadores de ideas, que se ganan así sus buenos dineros. Así pues, no dejaré que los llamados expertos se acerquen al Cono, pero llegará el instante en que no podré seguir ocultando el Cono, y entonces el llamado mundo de los expertos se precipitará sobre el Cono y la idea será descuartizada, no tiene sentido retrasar ese hecho mediante la discreción, tarde o temprano descubrirán el Cono, todos se precipitarán sobre la idea y sobre los cientos y miles de ideas relacionadas con esa idea, y el Cono será descuartizado, sin escrúpulos. Pero nadie puede decir esa idea me pertenece, me pertenece *a perpetuidad*, a perpetuidad subrayado. Llamamos la atención sobre algo nuevo y todos se precipitan sobre eso nuevo y lo explotan, aunque somos *nosotros* los que hemos llamado la atención sobre eso que es nuevo, pero de eso no se habla ya. Hacemos un descubrimiento y no somos nosotros, sino los que explotan ese descubrimiento quienes se dan importancia con ese descubrimiento. Primero terminar el Cono, luego concentrarme en la venta de Altensam, luego reanudar mi trabajo científico, Cambridge, Londres, Londres, Cambridge alternativamente, porque eso me ha hecho siempre bien, cuando mi licenciamiento haya cobrado su sentido porque el Cono habrá sido construido y terminado, y Altensam habrá sido vendido. Aunque a veces lo odiamos todo, nos resulta posible, o precisamente porque, a veces, lo odiamos todo, nos es posible a veces adelantar, ir adelante nada más que por odio, hacia adelante. Porque somos débiles, debiluchos, no tolerar ninguna clase de debilidad. Y si no es la vida y no es la Naturaleza, es la lectura, es la vida y la naturaleza de la lectura, durante largos trechos enteros, una y otra vez, sólo la naturaleza de la lectura, la vida de los libros, los periódicos, de todos los escritos posibles, tender un puente sobre la Naturaleza interrumpida, omitida, por medio de la lectura, que es como la Naturaleza, que es como la vida. Porque no siempre podemos, y ningún organismo es capaz de ello, asimilar la Naturaleza, no podemos asimilar la vida como Naturaleza, largos trechos, *durante años sólo como lectura*, la Naturaleza de los periódicos, de lo escrito. En muchos idiomas, para variar. Interrumpimos en puntos determinados de nuestra existencia la naturaleza de nuestra existencia, y seguimos existiendo nada más que en los libros, en lo escrito, hasta que otra vez tenemos la posibilidad, muy a menudo como otro, *siempre como otro*, siempre como otro subrayado, de existir en la Naturaleza, y seguimos existiendo en la Naturaleza.



No aguantaríamos ininterrumpidamente una vida en la Naturaleza, que es siempre una Naturaleza libre, y por eso, una y otra vez, salimos de la Naturaleza, únicamente por una razón de supervivencia, entramos en la lectura y vivimos así en la lectura durante largo tiempo y sin ser molestados. La mitad de mi vida no he vivido, existido, en la Naturaleza, sino en la lectura como Naturaleza, y sólo por esa mitad me ha sido posible la otra. O existimos en ambas, en la Naturaleza y en la lectura como Naturaleza al mismo tiempo, con esa tensión nerviosa extrema que sólo es posible un período brevísimo, si existe como conciencia. La pregunta no puede ser, vivo en la Naturaleza como Naturaleza, o en la lectura como Naturaleza, o en la Naturaleza como lectura, o en la naturaleza de la naturaleza de la lectura, y así sucesivamente, así Roithamer. A todo lo que pensamos y damos vida y oímos y vemos, y percibimos, tenemos que añadir siempre: pero la verdad es que... con lo que nuestra inseguridad se ha convertido en un estado ininterrumpido. Las transiciones abruptas de una Naturaleza a otra, de una presencia de ánimo a otra, así Roithamer. Cuando pensamos, no *sabemos* nada, todo está abierto, nada, así Roithamer. La naturaleza de la cosa es siempre distinta, así Roithamer. Primero, el Cono tiene vistas en todas direcciones, luego, el Cono tiene sólo vistas hacia el sur y hacia el norte, luego, sólo hacia el oeste y hacia el este, y finalmente, sólo hacia el norte. Las salas, no habitaciones, las salas son tales que resultan plenamente concordes con el ser de mi hermana, que se adaptan al estado de ánimo en que se encuentre mi hermana en el momento en que entre en una sala, y así sucesivamente. Para ello, como era natural, fue también necesaria la observación ininterrumpida de mi hermana, la observación permanente de mi hermana desde mi más tierna infancia, el que yo la observara ya siempre intensamente y ya siempre de una forma totalmente imparcial, y me ocupara de su ser, ya durante todos los años de su vida, antes de haber tenido siquiera la idea de construir para ella el Cono, ha sido la mayor de las ventajas. Y he convertido esa observación en un arte de la observación y en una ciencia de la observación. Y, como es natural, he observado también todo lo que está en relación con mi hermana, sobre todo sus costumbres, sus *posibilidades*, posibilidades subrayado, sus imposibilidades, lo que es innato en ella y lo que es en ella aprendido, y lo que muestra abiertamente. Continuamente el estudio de su interior, en la medida en que ha sido posible por la observación permanente, continua, y por el estudio permanente y continuo de su exterior, porque el interior es como el exterior, depende de la capacidad de juzgar de quien observa. La conciencia de que, en la observación de mi hermana, no debía cesar jamás, no debía renunciar jamás a esa observación, y de que, en esa observación, jamás debía dejarme sobornar, ser inexacto. Primero concentré todo mi ser, lo que quiere decir todo mi entendimiento y todos mis sentimientos, en mi hermana, luego lo mismo en la construcción del Cono, y finalmente he *utilizado* mis observaciones, en calidad de conocimientos adquiridos, en la construcción del Cono, de forma que tengo que suponer que el Cono es ideal para mi hermana. El interior del Cono como el interior del ser de mi hermana, el exterior del Cono como su ser

exterior y todo el ser de ella reunido como el *carácter del Cono*, pero el interior y el exterior del Cono son tan poco separables entre sí como el interior y el exterior de mi hermana, y *la observación incesante de mi hermana y la observación incesante de la construcción del Cono* han llevado al resultado que ahora se alza en el centro del bosque de Kobernauss. De forma que, entonces, si la observación de mi hermana ha sido exacta, también la construcción del Cono es exacta, así Roithamer. El estudio consecuente de un objeto (mi hermana), la forma de construir consecuente del otro objeto (el Cono). Porque una construcción como el Cono para una persona como mi hermana sólo podrá derribarse cuando haya acabado el estudio de la persona (mi hermana) para la que se ha construido esa construcción (el Cono). Primero estudio a la persona para la que construyo una construcción, luego construyo la construcción sobre la base de ese estudio, y ese estudio tiene que ser de lo más consecuente. Y sólo cuando he estudiado el ser de esa persona y he llegado tan lejos en ese estudio que he captado el ser de esa persona o, por lo menos, lo he captado en el grado humanamente posible, sé claramente cómo construiré y con qué materiales construiré. Es una construcción de piedra y ladrillo. Y el problema de la Estática del uno (el Cono) es un problema del ser del otro (mi hermana). Y construir *en contra de la voluntad de esa persona*, porque sólo en contra de la voluntad de una persona como mi hermana se puede construir. Y la causa no es la persona para la que construyo, la causa es el carácter y, en ese carácter suyo, un punto, quizá el *intelectualmente* sensible, no el *emocionalmente* sensible. Nos decidimos a construir, pero no sabemos lo que quiere decir construir, como todo el mundo sabe, ni, sobre todo, construir una construcción nunca existente como el Cono para una persona como mi hermana, algo que es, en el fondo, un proceso mortal. En la medida en que hemos tomado en consideración todo lo que hay que tomar en consideración, tenemos que decir que el arte de la construcción es un arte filosófico en el más alto grado, pero los expertos de la construcción o los llamados expertos de la construcción no lo han comprendido, se asustan de esa comprensión y no abordan en absoluto esa problemática, y por eso casi nunca nos encontramos con el *arte* de la construcción, sino sólo con la *vileza* de la construcción. Tenemos que conocer a la persona y haber penetrado en ella o, por lo menos, conocerla hasta el punto decisivo y estar familiarizado con ella hasta el grado decisivamente necesario, antes de construir, porque, incluso cuando hayamos superado las pruebas para ello; seguirá; siendo dudoso si nuestra construcción concuerda con aquél para quien la construimos, suponemos que concuerda con él, como supongo sólo que concuerda en un ciento por ciento con mi hermana, porque tengo que, suponerlo, tuve que suponerlo todo el tiempo durante la construcción, porque si no me hubiera vuelto loco y no hubiera podido acabar de construir el Cono, la terminación del Cono no hubiera sido más que una utopía. Los edificios, sean lo que fueren, tanto los edificios para vivienda como los edificios no destinados a vivienda, tendrían otro aspecto si los que los construyeron se hubiesen preocupado, aunque fuera en escasa medida, por aquéllos

para los que construían esos edificios, todos esos edificios se han construido sin consultar a los afectados por esos edificios, ni mucho menos estudiarlos. Lo mismo que hoy se investigan y tienen que investigarse las causas de las enfermedades, y los médicos no eluden ya esa investigación, los que construyen deben investigar, tienen que investigar a aquéllos para los que construyen, la investigación de las personas para las que se construye debería ser obligatoria siempre para quien construye para esas personas, y se debería prohibir construir para una persona a la que quien construyera para ella no hubiera investigado a fondo o hubiera conocido al menos en el grado necesario o en el más necesario. Las gentes de la construcción construyen sin haberse ocupado verdaderamente del ser de aquéllos para los que construyen, eso lo niegan las gentes de la construcción cuando se les habla de ello, naturalmente. Con sólo sus honorarios y sus carreras en la cabeza construyen los expertos de la construcción, se llamen como se llamen, sin haber conocido el ser de aquéllos para los que construyen, cometiendo así *uno de los mayores crímenes*, uno de los mayores crímenes subrayado. En definitiva, he necesitado seis años para construir el Cono, mucho tiempo si lo descuento de mi vida, pero, sin embargo, poco tiempo si pienso que primero investigué a fondo y luego construí a fondo. Y, realmente, siempre con la cabeza clara, sin enfermedad de construcción, sin psicosis de construcción, así Roithamer. Entonces, después de investigar a mi hermana, su estado intelectual y sentimental sobre todo, me fue evidente que la construcción que construiría para ella sería el Cono. Ninguna otra forma. Y yo sabía que nadie antes, ni siquiera algún francés, ni siquiera algún ruso, había construido jamás un cono, mi Cono será el primer cono construido para vivienda, me dije, y decidí construir el Cono. Continuamente se nos aparta de nuestro propósito y se nos tiene por locos, y nuestra falta de escrúpulos y nuestra incorruptibilidad nos granjean muchos enemigos (que siempre hemos tenido), pero precisamente eso y las acusaciones cada vez mayores contra nosotros, las calumnias contra nosotros, las faltas de consideración hacia nosotros, que son mucho mayores que nuestras faltas de consideración, nos hacen avanzar, incluso nos permiten, finalmente, ir a través de esa suciedad humana a la que estamos permanentemente expuestos, atravesar la suciedad de las calumnias y la suciedad de las acusaciones de nuestro entorno. El entorno nos cohibe y nos pone obstáculos continuamente y, precisamente a causa de ese continuo cohibirnos y ponernos obstáculos, permite que nos acerquemos a nuestro objetivo y que, finalmente, incluso lo alcancemos. Se nos dice que no tenemos el derecho, ni el valor, ni la infamia necesarios para alcanzar nuestro objetivo, y llegamos a sentirlo así, pero tenemos el derecho necesario, y el valor y la infamia, y tenemos, porque somos como somos, cada vez más valor y cada vez más infamia y derecho a ello. Estamos permanentemente expuestos a las insinuaciones de quienes no quieren que alcancemos nuestro objetivo, porque nos lo envidian, y por eso estamos permanentemente expuestos a su bajeza, a su presencia de ánimo que no nos causa más que una repugnancia ininterrumpida, y que es la presencia de ánimo de la bajeza.

La mayor parte del tiempo tenemos que tratar con basura humana, así Roithamer, a través de la cual tenemos que atravesar, y cuando hemos atravesado a través de una basura, tenemos que atravesar la próxima, y así, cada vez más aprisa, cada vez más radicalmente, porque hemos comprendido que sólo existe esa basura humana a través de la cual tenemos que atravesar. Nuestro objetivo sólo puede ser alcanzado atravesando la basura humana, basura humana como baja basura de las cabezas cuya única intención es matarnos. Quien diga otra cosa comete el *crimen violento de la hipocresía*, crimen violento de la hipocresía subrayado, las palabras basura humana subrayadas primero siempre, luego tachadas, y luego subrayadas con línea de puntos. Al principio creemos poder apoyarnos en el prójimo, pero apoyarse en el prójimo significaría, como vemos pronto, el suicidio de la (de nuestra) inteligencia, el suicidio de nuestro ser, de nuestra *alma*, alma subrayado. Luego creemos que tenemos que acudir a los expertos (de la inteligencia, del alma, de los objetos), porque continuamente buscamos ayuda, pero una y otra vez nos vemos decepcionados *en lo más hondo*, en lo más hondo subrayado, sólo encontramos decepciones. Tenemos un propósito, como sabemos, en todo caso algo monstruoso, incluso lo más insignificante, lo más anodino es siempre de lo más monstruoso, y creemos que tenemos que hablar de ello, preguntar, y nos vemos decepcionados, o no nos comprenden, por claros e insistentes que seamos, o no queremos ser comprendidos. Nos quedamos siempre sin respuesta y, como es natural, en un estado más debilitado que antes, porque nadie, ningún experto ni carácter, quienquiera que sea, nos quiere ayudar. Así, durante toda nuestra vida, estamos siempre, como es natural, abandonados a nosotros mismos y, abandonados a nosotros mismos, seguimos nuestro camino y tenemos que conseguirlo todo con nuestro trabajo, sin ayuda exterior. Y así estamos siempre abrumados y *jamás tenemos tranquilidad*, así Roithamer, jamás tenemos tranquilidad subrayado. Todo a nuestro alrededor es maligno, así Roithamer. Primero veintiún salas en el Cono, luego dieciocho salas, luego diecisiete salas. Una sala única bajo la cúspide del Cono, desde la que se puede mirar en todas direcciones, pero en todas direcciones hay la misma vista sobre el bosque, y sobre nada más. Tres plantas, porque para el *carácter de mi hermana*, carácter de mi hermana subrayado, resulta adecuado un edificio de tres plantas. De las diecisiete salas, nueve no tienen vistas, entre ellas la sala de meditación de la segunda planta, situada bajo la sala que está bajo la cúspide del Cono. La sala de meditación está construida de forma que en ella resulta posible meditar varios días, y la sala de meditación no es más que para la meditación, completamente sin objetos, no tiene que haber ni un solo objeto en la sala de meditación, y tampoco tiene que haber ninguna luz en la sala de meditación. Con un punto rojo en el centro de la sala de meditación se señala el centro real de la sala de meditación, que es también el centro real del Cono. Desde ese centro, en todas y cada una de las direcciones, catorce metros. Un punto de agua de manantial en la sala de meditación. Bajo la sala de meditación, las salas de distracción. Sobre la sala de meditación, la sala que está

bajo la cúspide del Cono, desde la que se puede mirar en todas direcciones pero no se puede ver, en ninguna dirección, más que el bosque, el bosque de Kobernauss, bajo la sala de la cúspide del Cono, la sala de meditación, bajo la sala de meditación, las salas de distracción y bajo las salas de distracción, las que yo llamo salas anteriores, en las que, quien entra en el Cono, entra preparándose para el Cono, o sea, en la planta baja. La planta baja tiene cinco salas, todas ellas sin designación propia. Todas esas salas tienen que carecer de designación propia, lo mismo que todas las salas del Cono tienen que carecer siempre de designación, salvo la sala de meditación. Si quien habite el Cono, o sea, mi hermana, se siente tentado a designar las distintas salas, porque es seguro que, de pronto, se verá *inclinado* y luego obligado a designar las distintas salas, o sea, una sala como sala de dormir, otra como sala de trabajo, una tercera como cocina, y así sucesivamente, tendrá que decirse y, en caso necesario, repetirse en voz alta, que las distintas salas del Cono no deben designarse, tiene que ser posible vivir en un edificio en que las distintas salas no tengan designación, pero es natural que la sala que ha sido construida como sala de meditación se designe como sala de meditación. Las salas están todas ellas blanqueadas. Las aberturas no son ventanas, son aberturas que no se pueden abrir y, por tanto, tampoco se pueden cerrar, la ventilación, sin que las aberturas tengan que estar abiertas o cerradas, es siempre natural. Energía solar como calefacción. Piedra, ladrillo, cristal, hierro y nada más. Lo mismo que por dentro, el Cono está por fuera blanqueado. La altura del Cono es la altura del bosque, de forma que es imposible ver el Cono, salvo cuando se está inmediatamente delante, la carretera que lleva al Cono no lleva directamente al Cono a través del bosque de Kobernauss, sino que lleva hasta el Cono dando vueltas, seis veces en dirección nordeste y seis en noroeste, a fin de que el Cono sólo pueda verse cuando el que llegue se encuentre inmediatamente delante del Cono. Ocho mil cargas de grava gruesa, dos mil de la cero tres, así Roithamer. Al principio creí que dejaría ver ya a mi hermana los primeros planos de todos, pero renuncié a ese propósito por la aversión que ella mostró hacia mi plan, construiré el Cono en una tercera parte, pensé, y *le enseñaré el Cono concluido ya en esa tercera parte*, pero renuncié también a ese propósito, porque de pronto comprendí que tendré que terminar el Cono antes de enseñárselo a mi hermana, existe el peligro de que, si le enseñó el Cono a mi hermana antes de que esté terminado, yo no tenga ya (a causa de su reacción) fuerzas para terminar el Cono, el Cono debe estar terminado, y sólo entonces podré enseñarle a mi hermana el Cono, el Cono construido para ella sola. Si le ocurre algo a mi hermana mientras yo viva, abandonaré el Cono a la Naturaleza, así Roithamer, después de mi hermana nadie deberá entrar ya en el Cono, recoger esta decisión en un testamento redactado en su día, así Roithamer, no aplazar ese testamento. (Realmente, Roithamer recogió en su testamento, o sea en la hoja de papel que llevaba encima cuando lo encontró Höller, esa disposición en el sentido de que en el Cono ahora, después de la muerte de su hermana y de su propia muerte, en el sentido de que nadie deberá penetrar ya en el Cono, y el Cono deberá ser

*completamente abandonado* a la Naturaleza. En qué medida los herederos de Roithamer cumplirán esa disposición no puede decirse). En cuanto ella vea el Cono, *deberá ser feliz*, así Roithamer, *deberá ser feliz* subrayado. Una construcción perfecta *debe hacer feliz* a la persona para la que se ha construido, otra vez está subrayado debe hacer feliz. Mi idea era hacer a mi hermana perfectamente feliz mediante una construcción perfecta totalmente orientada a ella, así Roithamer. Perfecta en el sentido en que la perfección es siquiera posible, o sea, aproximadamente perfecta, lo mismo que todo es aproximado. Realizar esa idea hasta el grado de la felicidad perfecta de mi hermana. Pero ¿y si ella no comprende todo esto?, me pregunto. Ya veremos. Mi idea fue probar que una construcción así, que debe causar una felicidad perfecta, es posible, así Roithamer. Luego, cuando mi hermana se haya instalado en el Cono, así Roithamer, cuando haya ido al bosque de Kobernauss, no tendré ya miedo por mi hermana. Porque también para mi hermana ha llegado el momento de separarse de Altensam, de separarse sobre todo de mis hermanos, que son para nosotros (mi hermana y yo) cuerpos extraños, lo mismo que nosotros (mi hermana y yo) somos cuerpos extraños para ellos. Una vez al año, pero dos veces al año como máximo, visitaré a mi hermana y los observaré y estudiaré a ella y al Cono y a los dos juntos en su relación, así Roithamer. Y me retiraré a la buhardilla de los Höller para elaborar mis observaciones. Emparedar con mis propias manos en la planta baja todos los cálculos de gastos relativos al Cono, así Roithamer, el día de la terminación del Cono. El Cono debía ser una sorpresa, pero no es ya una sorpresa, porque mi hermana conoce mi proyecto y también cuánto he avanzado ya en mi proyecto. Pero se quedará realmente sorprendida al ver el Cono, porque el Cono concuerda con ella en un ciento por ciento, mejor, concuerda casi en un ciento por ciento, porque una concordancia del ciento por ciento es imposible. Entonces todo quedará claro para mí, como quedará claro para mi hermana, en el momento en que le enseñe el Cono. Tenemos que asumir una, así llamada, idea demencial, que hemos tenido nosotros mismos, dónde exactamente no lo sabemos ya, y realizar esa idea demencial en contra de todas las dudas y preceptos y acusaciones, en contra de *todo*. Realizamos la idea a fin de realizarnos a nosotros mismos para un *ser querido*, ser querido subrayado. Siempre fue evidente que no había que contar con apoyo de ningún lado, pero en ningún caso de Altensam. La terminación del Cono será entonces también, al mismo tiempo, la aniquilación de Altensam, terminado el Cono, Altensam quedará aniquilado. Dirigido contra mis hermanos, quizá todo lo que he hecho en mi vida. Todo siempre a favor de mi hermana, pero en contra de mis hermanos. Ese proceso, *contra mis hermanos y a favor de mi hermana*, lo he convertido en un arte propio. Instintivamente he actuado siempre en contra de mis hermanos y a favor de mi hermana. Y ahora, al realizar la idea de construir el Cono, actúo del modo más hondo posible en contra de mis hermanos y a favor de mi hermana. El Cono, *mi prueba*, mi prueba subrayado. Una y otra vez dictarlo, porque con mi dinero puedo hacer lo que quiera. Y porque el momento es el oportuno. El Cono es la consecuencia lógica de la

(de mi) naturaleza. Pero no satisfaré la curiosidad de los expertos o de quienes se hacen pasar por expertos aunque no sean expertos. No dejaré que nadie se me acerque al Cono. Hasta ahora he conseguido proteger el lugar de la construcción. Como he puesto por todas partes observadores que anuncian a todo el que se acerca al lugar de la construcción, la gente se ve apartada, rechazada, antes de que pueda ver lo más mínimo del Cono. Pero no se puede impedir que un día, en un momento determinado, cuando yo no tenga ya ninguna clase de influencia en ese proceso, la gente acuda y tome posesión (intelectual) del Cono o crea haber tomado posesión (intelectual) de él, y explote mi idea. *Explotadores de ideas* subrayado. Primero, al margen de mi trabajo científico, observé durante bastante tiempo la idea de construir el Cono, me ocupé una y otra vez sólo de esa idea, observándola, y luego comprobé la idea y luego abordé la realización de la idea. Nunca pregunté a nadie, no hay que preguntar a nadie, a ninguno, cuando se tiene una idea así, si esa idea es buena y si esa idea debe ser o no realizada, porque los preguntados dan consejos mortales. No pregunté a ninguno, a ninguna cabeza, y abordé la realización de la idea, sin saber lo que significaba la realización de mi idea. La significación de la realización de la idea será sólo un problema después de la terminación del Cono. Por el hecho de haberme ido ya tan pronto de Altensam y haberme dirigido a Cambridge, por el hecho de que, desde el verdadero escenario de mis pensamientos, que ha sido siempre Altensam y su entorno y que aún hoy lo sigue siendo, piense lo que piense, lo que tenga que pensar, he tenido la posibilidad de ocuparme de problemas y de ideas de los que, si me hubiera quedado en Altensam y en el entorno de Altensam, digamos en un radio de doscientos o trescientos kilómetros, nunca me hubiera podido ocupar, no hubiera podido pensar los pensamientos que he podido pensar en Cambridge, no hubiera tenido las ideas que he tenido en Cambridge. Pensar en un escenario, pero lejos de ese escenario, mediante el mayor alejamiento posible del escenario poder pensar del mejor modo posible todo lo referente a ese escenario. Todo lo referente a Altensam, por ejemplo, siempre, únicamente, a la mayor distancia posible de Altensam, no en Altensam mismo, todo lo referente al Cono, por ejemplo, del mejor modo posible en Cambridge. Y no vigilé la construcción del Cono en el bosque de Kobernauss mismo, sino desde la buhardilla de los Höller. Tenemos que estar tan lejos como sea posible del escenario de nuestro pensamiento para poder pensar como es debido, con la mayor intensidad, con la mayor claridad, siempre sólo a la mayor distancia posible del escenario de nuestro pensamiento, en Cambridge el pensar sobre Altensam se convirtió en el más claro pensar posible sobre Altensam y, a la inversa, en Altensam en el más claro posible sobre Cambridge. El problema es siempre cómo llegar al punto más alejado del objeto que tengo que pensar y repensar, para poder pensar y repensar del mejor modo ese objeto. La aproximación al objeto es, cada vez más, la imposibilidad de repensar el objeto al que nos acercamos. Entonces nos vemos absorbidos por el objeto y no podemos repensarlo ya, ni siquiera lo captamos. Y así yo, porque en el fondo no quería practicar otra cosa que el pensar y repensar en mi

escenario, Altensam, Austria, etcétera, tuve que irme a Cambridge. En ese sentido, mi trabajo científico en Cambridge no fue nunca más que la posibilidad de reflexionar en Cambridge sobre el escenario que me interesaba más, de poder elaborar en mi cabeza Altensam y todo lo relacionado con Altensam. Para poder repensar una cosa hay que adoptar la distancia mayor posible de esa cosa, o sea, la posición más alejada posible de esa cosa. Primero, la aproximación al objeto como idea, luego, la posición más alejada posible del objeto al que primero, como objeto, nos hemos acercado, para poder juzgarlo y repensarlo, lo que, como consecuencia, significa la disolución del objeto. El repensar consecuentemente un objeto, cualquiera que sea, significa la disolución de ese objeto, el repensar Altensam, por ejemplo, la disolución de Altensam, y así sucesivamente. Pero no pensamos nada nunca con (y en medio de) la máxima consecuencia, porque entonces lo disolveríamos todo. Porque entonces no hubiera podido *concluir* el Cono, como dice Höller, *concluir* subrayado. Höller no ha cambiado ya nada aquí, desde mi última estancia en la buhardilla de los Höller, así Roithamer, y ninguno de los Höller podía penetrar en la buhardilla de los Höller, porque le pedí a Höller que no dejara entrar a nadie durante mi ausencia, ni siquiera a su propia mujer y a sus propios hijos en la buhardilla de los Höller; y ahora, al entrar en la buhardilla de los Höller, he tenido la prueba de que Höller no ha cambiado en mi ausencia nada en la buhardilla de los Höller, porque me había figurado que Höller había cambiado en mi ausencia algo en la buhardilla de los Höller, así Roithamer, y ahora tengo la prueba de que no ha cambiado nada en la buhardilla de los Höller, todos los objetos de la buhardilla de los Höller están en el lugar en que estaban cuando dejé la buhardilla de los Höller, él, Höller, penetra en la buhardilla de los Höller una o dos veces por semana, sólo para ventilarla, y por eso no hay el menor olor a cerrado en la buhardilla de los Höller, en mi *habitación de pensar de la garganta del Aurach*, así Roithamer, *habitación de pensar de la garganta del Aurach* subrayado. Ya en el primer instante en que, por primera vez, penetré en la buhardilla de los Höller en compañía de Höller, porque él, como él, Höller, quería enseñarme la buhardilla de los Höller partiendo de su opinión de que la buhardilla de los Höller quizá fuera un lugar apropiado para mis fines de pensamiento, sobre todo con miras a la construcción del Cono, lo que él, Höller, creía, ya de siempre, cuando él entraba en la buhardilla de los Höller, había tenido la idea de si no sería la buhardilla de los Höller lo más apropiado para mis fines, ya en ese primer momento había sabido yo que la buhardilla de los Höller me permitiría lo que ningún otro lugar de pensar me había permitido hasta entonces, adelantar en mi pensamiento, sobre todo el referente al Cono, y por eso le había dicho enseguida a Höller, todavía en el umbral de la buhardilla de los Höller, que la buhardilla de los Höller era la más apropiada para mis fines y que quería alquilarla, alquilarla, le dije a Höller, pero Höller dijo que yo podía, tantas veces como quisiera y siempre que quisiera, instalarme en la buhardilla de los Höller y quedarme en ella siempre que quisiera y por tanto tiempo como quisiera, no me la alquilaría, sino que la pondría a mi disposición, por supuesto,



gratuitamente, y acepté enseguida esa oferta y ese mismo día me instalé en la buhardilla de los Höller y vi confirmada mi suposición de que adelantaría en la buhardilla de los Höller en mi pensamiento, allí donde, en Cambridge, me había quedado detenido. En poco tiempo había podido hacer en la buhardilla de los Höller los cálculos más importantes, los relativos a la estática del Cono. Si en Cambridge había llegado al fin de mi pensamiento sobre el Cono, aquí, en la buhardilla de los Höller, tuve un nuevo comienzo. Ya no temía tener que renunciar a la idea de construir, realizar y terminar el Cono. Así, todo lo relativo a la terminación del Cono se lo debo realmente a la buhardilla de los Höller, así Roithamer. De pronto, la posibilidad de seguir viviendo, de *seguir trabajando*, subrayado. La dificultad de la simultaneidad, así Roithamer, ya desde mi más tierna infancia (¿tres años, cuatro años?), por una parte, el enfrentarme conmigo mismo, por otra, el enfrentarme con mi entorno, con el pasado, por una parte, y con el futuro, así Roithamer, y con un grado cada vez mayor de responsabilidad, de irresponsabilidad. Porque nos hicieron nacer en Altensam sin preparación, lo mismo que hacen nacer a todos sin preparación en un entorno que no conocen y que pone todo su empeño en aniquilar al nuevo ser que han hecho nacer en él, lo mismo que Altensam ha intentado siempre aniquilarme, el concepto de Altensam, aniquilación de mi persona, del ser de quien les ha sido entregado sin defensa, totalmente indefenso. De repente frente a Altensam, sin saber lo que es, y eso más allá de Altensam, en torno a Altensam, sin saber lo que es. En nuestros padres no hemos tenido maestros, personas con derecho a educarnos, como se dice, pero que no tenían derecho a educarnos y que nos educaron para sus fines, nos educaron siempre sólo para sus fines, y el resultado es que mis hermanos estuvieron siempre a favor de esos fines, pero yo estuve siempre en contra de sus fines. Mediante la educación para sus fines, mis padres consiguieron de mí que estuviera en contra de sus fines, mis hermanos a favor de sus fines, yo en contra de sus fines, *educación para un fin*, educación para un fin subrayado. La intranquilidad de mis padres, todo en mis padres, interior y exteriormente, era intranquilidad, pero una intranquilidad en contra de todo, no a favor de nada, como por ejemplo cuando se cambiaban todas las semanas de una alcoba a otra alcoba, utilizaban todas las semanas una habitación distinta como comedor, cambiaban continuamente de preferencias, unas veces una cosa y otras otra totalmente diferente, unas veces preferían estos caracteres y otras otros caracteres opuestos a esos caracteres, este paisaje y el paisaje opuesto, en realidad vivían en una intranquilidad constante, porque jamás podían decidirse mucho tiempo por una persona determinada, por un paisaje determinado, por nada determinado y, porque creían siempre que tenían que pensar, tener, rechazar y atraerlo todo a un tiempo, eran en el fondo, los seres más infelices que se puede imaginar. Mediante castigos continuos creían poder atraernos, pero con su estrategia punitiva me rechazaron siempre, por medio del castigo, *apoderamiento de los hijos* por sus padres, así Roithamer, *apoderamiento de los hijos* subrayado. Lo mismo que mi padre hablaba siempre de la *tragedia*, mi madre hablaba

del *drama de su vida en común*. Durante semanas, el silencio entre ellos, el mutismo, un mutuo cerrarse al otro, abiertamente demostrado, un no abrirse durante semanas uno de los seres (el paterno) al otro (el materno), y las situaciones caóticas que, por esas situaciones de mis padres, reinaban siempre en Altensam. Se hicieron hijos, pero en el fondo no eran apropiados para tener hijos ni querían tener hijos en absoluto, mi padre sólo quiso tener herederos, no hijos, no descendientes sino herederos. Cuando mi hermano mayor vino al mundo, mi padre tenía ya cincuenta y dos años y mi madre treinta y seis. En mi recuerdo, mis padres son siempre, para mí, sólo *personas viejas*, *personas viejas* subrayado, que no podían soportarse a sí mismas y que estaban en peores condiciones aún para soportar a sus hijos, infelices por el hecho de haber cometido, de tener sobre la conciencia el echar al mundo a unas criaturas en el fondo extrañas para ellos, de una especie extraña, de haberse hecho reos de uno o, realmente, de varios crímenes de nacimiento, aunque la verdad era que no sabían ante quién ni contra quién. La infelicidad llega *de la noche a la mañana*, así siempre mi padre, así Roithamer, *de la noche a la mañana* subrayado. Mi madre se angustiaba continuamente, desvanecimientos por su parte que seguían a desvanecimientos por mi parte, o a la inversa. No podíamos hacer preguntas, y con ello se evitaban ellos, mis padres, las respuestas. Nos ataban, como se dice, muy corto. Si la gente supiera qué mezquina y cortamente estuvimos atados toda nuestra infancia, nadie puede imaginarse lo que es ese estar atado tan mezquina y cortamente como estuvimos atados nosotros, como se tiene al ganado en el corral, así estábamos en Altensam. Se nos obligaba a todo, porque siempre se nos exigía algo que no queríamos, incluso cuando era algo que queríamos, se nos exigía en un momento en que no lo queríamos. Leer, por ejemplo, lo que no queríamos, tener que escuchar a quien no queríamos escuchar, visitar lo que no queríamos visitar, teníamos que ponernos siempre la ropa que no queríamos ponernos, comer lo que no queríamos comer, mis hermanos, y también mi hermana, se sometían, pero yo no me sometía jamás y me obligaban siempre a someterme con castigos, jamás me sometía voluntariamente. Teníamos que cumplir las severas leyes de Altensam, pero esas leyes severas habían sido creadas para otros, para todos los que habían vivido en Altensam antes que nosotros, no para nosotros, pero de crear nuestras propias leyes no teníamos posibilidad y tampoco se creaban nuevas leyes para nosotros, de forma que teníamos que obedecer constantemente y en toda oportunidad o inoportunidad leyes que no habían sido creadas para nosotros. Esas leyes estaban superadas desde hacía decenios. Lo mismo que todo, en Altensam estaba superado desde el principio mismo y, por el hecho de que yo lo comprendí muy pronto, estaba, sin embargo, en una situación continuamente amenazante para mi vida, porque no quería someterme a esas leyes superadas y, efectivamente, no me sometía a ellas, salvo que me obligaran, mientras que los otros se sometían siempre, porque mis hermanos fueron siempre, en fin de cuentas, hombres sumisos, pero yo, sin embargo, fui siempre insumiso. Todo lo que había en mí, exterior e interiormente, les molestó a mis padres durante toda su vida, y

por eso deseé ya muy pronto estar separado de mis padres, estar también separado de mis hermanos, porque ellos estaban de parte de mis padres, por lo que para ellos todo fue siempre más fácil y por lo que se hicieron también distintos, todavía hoy no soy sumiso, cada vez más, un hombre que lleva la contraria, rebelde, realmente un carácter intratable, en muchos aspectos más intransigente de lo que sería necesario, precisamente como consecuencia de toda esa situación desesperada de mi infancia durante años enteros, a causa de mi estancia de muchos años en Altensam como en una prisión, porque siempre he sentido Altensam como la cárcel de mi infancia, no fue para mí otra cosa, los días hermosos que pude pasar en Altensam se cuentan con los dedos de una mano, comparable a un preso que cumple condena por un crimen que no comprende y que tampoco recuerda en absoluto haber cometido, así pues, en la cárcel, como tengo que llamar a Altensam, por un error judicial, tuve que pasar mi infancia en la cárcel de Altensam. En mi celda aislada y en una oscuridad casi ininterrumpida, y si hablaba con mi padre no era otra cosa que una conversación con el juez de instrucción ante el que me habían conducido. Se me amenazaba con una agravación constante de mi condena, aunque mi vida era ya una condena suficientemente agravada. Si preguntaba cuál era mi crimen, por qué me retenían en régimen de aislamiento en Altensam, en esa forma de castigo agravada, no recibía respuesta. Posiblemente expiaba el crimen de mis padres en la prisión, en la cárcel de Altensam, cumplía allí una pena de cárcel de, al fin y al cabo, doce o trece años. Testigos de mi inocencia eran sólo, naturalmente, mis padres, pero mis padres eran en realidad, al mismo tiempo, mis acusadores, me habían *engendrado y hecho nacer* enseguida en la cárcel, engendrado y hecho nacer subrayado. Cuando tenemos que considerar, mirar con desesperación continua a nuestros padres como nada más que nuestros guardianes en una cárcel grande y horrible, como tengo que calificar la casa de mis padres. Mi padre, como director de cárcel de su cárcel, de su casa, su propiedad, de la casa paterna, de la propiedad paterna, de Altensam por tanto. Cuando no podemos contar jamás con la reapertura del proceso, porque esa reapertura no se plantea, por toda clase de razones. Podemos pensar en la huida pero no podemos huir, porque, huidos de esa cárcel paterna, pereceríamos en poquísimos tiempo. Luego somos liberados, lo que quiere decir *prematuramente*, prematuramente subrayado, y hemos emprendido la lucha contra la cárcel y contra la institución de esa cárcel, en la que fuimos engendrados y nos hicieron nacer, esa lucha perpetua, *lucha desesperada*, lucha desesperada subrayado, que ahora se nos echa en cara, primero fuimos encarcelados por nuestros padres y casi totalmente aniquilados, y ahora, después de haber sido liberados de su cárcel o, mejor, de haber escapado de ella sencillamente por medio del bachillerato, se nos hacen reproches porque procedemos contra nuestros padres y, de hecho, procedemos muy abiertamente. Por lo demás, jamás he visitado a mis padres, he ido a Altensam nada más que para tratar de problemas económicos relativos a Altensam y a mí, jamás he sentido ya la necesidad de reunirme con mis padres, ni con mi padre, ni con mi madre, siempre, únicamente,

para visitar a mi hermana, que ha estado siempre totalmente encadenada a sus padres, para reunirme con mi hermana y, en esas ocasiones, tuve que aceptar simplemente el hecho de la presencia de mis padres y de mis hermanos, que hacían con ellos causa común. Mis padres vivieron todavía muchos años, mientras yo vivía ya todos esos años en Cambridge, por y a causa de mi propia iniciativa, mi propia iniciativa primero subrayado, luego tachado, luego subrayado con línea de puntos, hasta que murieron, por lo menos desde doce años antes de su muerte no los vi ya, los dos murieron en el plazo de una semana, mi madre inmediatamente después de mi padre, sin su marido fue incapaz de vivir, Altensam la hubiera aplastado y probablemente lo comprendió, las personas mueren entonces, como se dice, de forma natural, el corazón se detiene, pero se trata, como es natural, de un suicidio. Pero yo había construido ya el Cono hasta la mitad y estaba en medio de los trabajos en la cúspide del Cono, y no me dejé perturbar lo más mínimo en la continuación de la construcción del Cono por el acontecimiento de la súbita muerte de mi padre y de la muerte que siguió enseguida de mi madre, ¿no se trataba de personas totalmente extrañas para mí, que habían muerto de la noche a la mañana?, pensé y no sentí otra cosa. Para el entierro, que organizaron mis hermanos, fui a Altensam, nada me había sido hasta entonces más repulsivo que ese entierro que, en el fondo, fue un doble entierro, porque el primero se convirtió en el segundo casi sin darnos cuenta, el entierro de mi padre en el entierro de mi madre, y los dos juntos en el entierro de mis padres, dos semanas de *tragedia* en Altensam, la palabra tragedia subrayada. La muerte de esas personas se produce y no sentimos más que odio hacia esas personas. La muerte no cambia nada en nuestra actitud, no puede cambiar ya nuestros sentimientos hacia esas personas. Tampoco más tarde, al contrario, esas personas se convierten cada vez más en responsables de nuestra infelicidad y, con el tiempo, de una forma cada vez más directa. Si vivo y trabajo se debe a que, en el punto decisivo de mi vida, pude sustraerme a mis padres, si hubiera dependido de ellos, no estaría ya desde hace tiempo, no estaría ya vivo desde hace muchos años, aun cuando ellos no me hubieran querido matar lentamente con deliberación, me habrían matado pronto lentamente. Y mis hermanos no existen más que porque se entregaron a mis padres. Sobrevivir mediante la entrega, así Roithamer. Vamos a una sepultura, en la que hemos sepultado a nuestros padres, los hemos sepultado, de acuerdo con sus ideas, en lo que se llama una sepultura privilegiada junto al muro de la iglesia, en la que habían sido sepultados ya todos sus predecesores en Altensam, pero no sentimos más que odio, no tenemos posibilidad, no la tenemos ya o no la hemos tenido nunca, de estar de acuerdo con ellos ni siquiera en lo más mínimo. Por esa razón tampoco voy ya a la sepultura de mis padres. Porque tener que existir luego con esa mentira no tendría en todo lo demás otro efecto que un efecto destructor. Pero, naturalmente, el hombre no puede liberarse de nada, sólo deja la cárcel en la que ha sido engendrado y lo han hecho nacer en el instante de su muerte. Venimos a un mundo que se nos da, pero que no ha sido preparado para nosotros, y tenemos que enfrentarnos con ese mundo, si no

nos enfrentamos con ese mundo, perecemos, pero si no perecemos, porque nuestra naturaleza es como sea, tenemos que cuidar de hacer de ese mundo que se nos ha dado y no ha sido preparado a favor de nosotros ni para nosotros, y que es un mundo que, en todo caso, porque ha sido hecho por nuestros predecesores, quiere atacarnos y destruirnos y, en último extremo, aniquilarnos, ese mundo no se propone hacer otra cosa con nosotros, un mundo de acuerdo con nuestras ideas, y una y otra y otra vez intentar cambiar ese mundo de acuerdo con nuestras ideas, primero en segundo plano, de forma poco aparente, pero luego con toda la fuerza y de una forma totalmente clara, de modo que, al cabo de cierto tiempo, podamos decir que vivimos en *nuestro mundo, no en el que se nos ha dado*, que es siempre un mundo que no nos concierne y nos destruye y nos aniquila. Ya con los primeros signos de razón tenemos, atentos, la posibilidad de explorar el mundo que nos han endosado como un traje gastado y raído, demasiado pequeño o demasiado grande para nosotros, pero en cualquier caso raído y desgarrado y usado y apestoso por todas partes, y que, por así decirlo, han descolgado de la gran percha del mundo y nos han dado, toda esa superficie exterior y luego también interior, y de sondear por fin cada vez más hondo, hacia abajo y hacia adentro, a fin de llegar a las posibilidades de hacer de este mundo que no es el nuestro el nuestro, toda nuestra existencia no es otra cosa que una existencia concentrada en esas posibilidades, o sea en cómo, de qué manera cambiaremos, cambiaremos finalmente, ese mundo que no es el nuestro, así Roithamer. Y el momento del cambio, a uno de esos momentos le sucede el siguiente y así sucesivamente, debe ser siempre el momento oportuno, así Roithamer. De forma que, finalmente, al término de nuestra vida, podamos decir que, *por lo menos durante cierto tiempo*, hemos vivido en nuestro mundo y no en un mundo que nos dieron nuestros padres. Pero él noventa por ciento de los hombres, cuando mueren, han vivido sólo en un mundo que se les ha dado, que se les ha dado y adaptado por sus padres y los colaboradores de sus padres, jamás, eso tenemos que decirlo, en absoluto jamás en un mundo propio, han vivido y trabajado en el mundo de sus padres, no en el suyo propio. Pero, un diez por ciento para los que han vivido en su propio mundo y no en el de sus padres, ¿no resulta exagerado? ¿No es un porcentaje mucho menor el de los que han tenido un mundo propio? Ya con los primeros signos de razón, tenemos que intentar hacer del mundo de nuestros padres, en el que fuimos engendrados y nos hicieron nacer, nuestro propio mundo, cada uno para sí y cada uno siempre, totalmente, sólo para sí, ya desde los primeros signos de razón, a fin de que ese intento de años, de decenios, pueda hacerse realidad, verdad es que mediante un *esfuerzo excesivo*, esfuerzo excesivo subrayado, de forma que, al final de nuestra existencia, podamos decir que hemos existido en nuestro propio mundo y no tengamos que ir a la muerte con la vergüenza de haber tenido que existir sólo en el mundo de nuestros padres, porque esa vergüenza es la mayor. Nosotros, el nacimiento produce sólo el efecto contrario, con ayuda de nuestra razón, nos pusimos ya muy pronto y sin ceder y con una fuerza de voluntad cada vez mayor, a esa tarea de

separarnos de nuestros padres, a fin de poder decir un día que habíamos existido en un mundo propio y no sólo en el mundo de nuestros padres. Recuerdo que mi madre me encerraba en verano siempre en la llamada habitación del torreón del sudeste, totalmente expuesta al sol, cuando no había podido imponerme su voluntad, en el caso que fuera, de que yo era difícil no hay duda, lo mismo que sobre el hecho de que mis padres utilizaban la violencia sin escrúpulos no hay ninguna clase de dudas, así pues, ella me encerraba en la habitación del torreón, en la que, como esa habitación del torreón no se abría jamás en todo el verano, salvo cuando me encerraban en la habitación del torreón, no se abría por ningún otro motivo, y las ventanas de la habitación del torreón no se abrían jamás, las fallebas estaban oxidadas ya desde hacía decenios, y no hubiera sido posible ya, en absoluto, abrir las ventanas de la habitación del torreón, ella me encerraba allí, donde el aire, el aire ardiente del verano, hacía mucho tiempo que había sido sofocado, y había en torno miles y cientos de miles de cadáveres de moscas en el suelo y sobre los muebles, montones enteros de moscas muertas lentamente en esa habitación del torreón, con su olor horrible, a través de las ventanas, que habían sido ensuciadas de arriba abajo por las moscas con una agitación desesperada de años y se encontraban en un estado de suciedad indescriptible, durante horas me encerraba allí, hasta que yo, junto a la puerta, *mendigaba* que me dejase salir otra vez, porque de otro modo me ahogaría. Recuerdo que, diciéndome una y otra vez que otra vez le había faltado, quería herirme, y me hería efectivamente, al decirme que yo era la encarnación del mal, a una edad en que esas observaciones pueden ser mortales, observaciones que tienen en el alma efectos mortales. Y mi padre, al guardar silencio y dedicarse a mis hermanos, no a mí, al ver siempre en mis hermanos sus sucesores, me castigaba la mayor parte del tiempo al calificarme una y otra vez, yo no tenía entonces más que tres o cuatro años, de cuerpo extraño en Altensam. Mis padres no pueden, ni siquiera después de su muerte, convertirse para mí en una imagen hermosa, ni siquiera soportable, para esa falsificación me faltan todos los requisitos, así Roithamer. Y el mayor castigo o, quizá deba decir, la última jugada de ajedrez de mi padre contra mí fue arrojarme Altensam en su testamento, Altensam, del que sabía lo que representa para mí, horror y nada más que horror. Pero con ello ha puesto en mis manos al mismo tiempo el medio de mostrarme realmente reconocido y de una forma totalmente concorde con mi carácter, por así decirlo, al vender Altensam, lo venderé y lo aniquilaré, y utilizaré el precio para el fin que se me ha metido en la cabeza. Mis padres se revolverían en sus tumbas, esta observación está tachada. Es como si deshiciera una cárcel al deshacer Altensam, así Roithamer. El odio y la aversión, esos dos medios que actúan hoy todavía en contra de mis padres, ¿los utilizó también en contra de mis hermanos?, me pregunto. Sólo en medida atenuada, así Roithamer, tan atenuada que, en el fondo, carece de importancia, así Roithamer. Mientras tenemos puesta la atención en nuestro trabajo y en la peligrosidad y fragilidad de nuestro trabajo, empleamos la mayor parte del tiempo sólo en tender un puente sobre el tiempo

inmediato, el que tenemos siempre más inmediato, y pensamos que no tenemos que pensar más que en tender un puente sobre el tiempo, no en el trabajo, ni mucho menos en un trabajo complicado que requiera toda nuestra existencia. Da igual cómo, sólo tender un puente, pensamos, sentimos instintivamente. Ya de niños. Cómo puedo adelantar, esa idea ininterrumpida, y la mayor parte del tiempo es completamente indiferente *cómo* adelantamos, sólo importa *que* adelantemos. Porque sólo en el hecho de avanzar y sin realizar nada que vaya más lejos, así Roithamer, tenemos que concentrar todas nuestras fuerzas físicas y mentales disponibles. Trabajo, ayuda para tender un puente, no importa qué trabajo, ocupación, cavar en el jardín o impulsar un objeto filosófico, da lo mismo. Entonces estamos obsesionados por una idea y, en el fondo, sólo tenemos fuerzas para sobrevivir, por eso estamos en un estado del mayor tormento. No estamos obligados a *nada*, así Roithamer, nada subrayado. Cómo se nos convencía de niños de que sólo tendríamos derecho a vivir si trabajábamos razonablemente, se nos aseguraba que teníamos que cumplir nuestro deber. Todo torturas irresponsables de padres irresponsables y de irresponsables, así llamadas, personas con derecho a educarnos. Embutidos en trajes iguales, siendo personas, caracteres, totalmente desiguales, íbamos a la iglesia, íbamos a comer, hacíamos visitas, así Roithamer. Una idea fija de nuestra madre, los hermanos teníamos que ir vestidos siempre de forma igual y adecuada para Altensam, ¿qué era eso?, como tenía también siempre la idea, igualmente fija, de que los tres teníamos que pensar y hacer, teníamos que creer y teníamos que hacer o dejar de hacer lo mismo, pero yo siempre hacía algo distinto y me negaba siempre a ponerme los mismos trajes que mis hermanos, lo que producía ambientes catastróficos cotidianos. No éramos ni fuimos jamás iguales, así Roithamer, pero tampoco era ni fui jamás un excéntrico, no es verdad que fuera un excéntrico, ésa es una acusación que todos me hacían una y otra vez, como calumnia, porque yo seguía mi ser, sin preocuparme de los otros ni de sus opiniones, al difamarme como excéntrico hicieron de mí, que siempre he intentado existir exactamente de acuerdo con mi ser, en absoluto excéntrico, sencillamente, me he adaptado siempre por completo a mi ser, diariamente, hicieron siempre de mí, ya en mi más tierna infancia, una naturaleza excéntrica, y también me calificaban siempre de perturbador de la tranquilidad, lo que sin embargo era verdad, porque en realidad fui siempre el perturbador de su tranquilidad en Altensam, durante toda mi vida perturbé su llamada tranquilidad, y finalmente me impuse como tarea principal perturbar su tranquilidad en Altensam, en esa medida, el calificativo de perturbador de la tranquilidad me resultaba más adecuado que cualquier otro. En contra de que nosotros, por ser de Altensam, éramos algo especial, de que todo lo relacionado con nosotros y con Altensam era algo especial me he defendido siempre, en todas y cada una de las cosas se manifestaba siempre que nosotros, mis padres, mis hermanos, yo, todos en Altensam éramos, en definitiva, algo especial, en el sentido, naturalmente, en que todo en el mundo es algo especial, pero no hay nada que sea más especial que otra cosa, todo es igualmente especial, de forma que sobre eso no hay más que decir,

así Roithamer. Las ideas que tenían de nosotros nuestros padres y las esperanzas que nuestros padres unieron a esas ideas y que no se realizaron, las ideas no se realizan, así Roithamer, las ideas *solas no*, *solas no* subrayado. Tuvimos que aprender a tocar el violín y a tocar el piano y a tañer la flauta, por una parte porque nuestra madre así lo quería, por otra, porque teníamos talento en alguna de esas disciplinas musicales, pero las lecciones de música las odiábamos todos los hermanos por igual, la música sólo me interesó, sólo me fascinó, cuando no *tuve que* practicarla ya, por mi propia voluntad estuve totalmente absorbido entonces durante cierto tiempo, incluso durante años, en la música, creí que debía emprender unos estudios musicales superiores, muy superiores, y efectivamente emprendí esos estudios, pero luego los abandoné otra vez, porque esos estudios musicales oficiales me hubieran apartado más de la música, por los estudios musicales oficiales me había alejado de la música en lugar de entrar en la música por unos estudios oficiales, el efecto fue el mismo que el de las lecciones de música a que me obligaban en casa, en Altensam. La desobediencia se castigaba en Altensam siempre con heridas mortales en la mente. Siempre había temido la habitación del torreón del lado del sol, pero esa especialidad de tortura me estaba reservada sólo a mí, jamás encerraron a ninguno de mis hermanos en la habitación del torreón. A ellos se les despachaba con bofetadas, pero a mí me encerraban en la habitación del torreón, el castigo supremo, o hacían observaciones sobre mí aniquiladoras, aniquiladoras de mis sentimientos y de mi mente, castigo igualmente supremo, como es natural. Constantemente teníamos que hacer lo que no queríamos hacer. Pero siempre teníamos que oír que nuestros padres lo hacían *por nuestro propio bien*. Todos los días, muchas veces, que todo lo hacían por nuestro propio bien, sólo la repetición ininterrumpida de esa cantilena que era uno de sus lemas, una y otra vez, que sólo lo hacían por nuestro propio (o por tu propio o por tu) bien, por eso me sentía cada vez más intimidado y abatido, nos sabían maltratar muy bien, nuestros padres, porque no se nos habían abierto los ojos. Una casa tan bella, tan artística, tan culta, decían siempre nuestros visitantes y se preguntaban cómo se podía dudar de ello. Un entorno tan precioso, todos los muebles, las obras de arte, todas las estancias que podían ver eran de lo más espléndido, todas las vistas desde Altensam sobre el paisaje las más hermosas, las más amplias. ¿Cómo es posible, me preguntaba a mí mismo a menudo, ver cómo uno mismo parece, en una atmósfera, así mi madre constantemente, tan lujosa? Morirse lentamente cuando, para un extraño, no había ninguna razón visible. Pero, como es natural, yo no estaba totalmente excluido de los conceptos de alegría, belleza, incluso alegría de vivir, belleza de la Naturaleza y así sucesivamente, así Roithamer. Mis ojos estaban también abiertos en esa dirección, exactamente como en la otra. Un hombre como yo, cuya felicidad suprema es pensar y, sobre todo, pensar en la Naturaleza libre (filosófica), estaba, sólo por ese hecho, está, sólo por esa observación, así Roithamer, salvado. También es posible y muy probable ser feliz en el llamado conocimiento del dolor, así Roithamer. Como, por ejemplo, escribir sobre la infelicidad suprema puede ser la



felicidad suprema, así Roithamer. La posibilidad de percepción, la posibilidad de articulación de la percepción puede ser la felicidad suprema y así sucesivamente, así Roithamer. Cuando podemos tener conciencia de que el comprobar algo, sea lo que fuere lo que comprobemos, puede ser la felicidad suprema. Como, en fin de cuentas, el simple hecho de ser, no importa cómo, así Roithamer. Pero no debemos pensar ininterrumpidamente esos pensamientos, pensar una y otra vez a fondo todo lo que pensamos y lo que otros piensan y de lo que oímos, porque entonces llega un momento en que ese pensamiento propio continuamente insistente nos mata, al final, sencillamente, estamos muertos. Primero, toqué el violín en contra de mi voluntad, así Roithamer, el piano, en contra de mi voluntad, porque me obligaban, luego, el intento (voluntario) de realizar unos estudios musicales superiores y muy superiores, historia de la música y así sucesivamente, así Roithamer, todo fracasó por ser, por una parte, obligado, y por otra, voluntario pero oficial, y finalmente el ocuparme de la música, el penetrar en la música por mi propia fuerza de voluntad y sin ayuda oficial (escuela superior, etcétera), Webern, Schönberg, Berg, Dallapiccola, y así sucesivamente. Primero leía en contra de mi voluntad, lo leía todo en contra de mi voluntad, porque mis padres me obligaban a la lectura, creían que tenía que tener afición a la lectura, pero, porque suponían que tenía que tener esa afición, respeto/afición, etcétera, me negaba a leer, no leí nada hasta los doce años salvo libros escolares, y luego, a partir de los veinticinco años aproximadamente, lectura ininterrumpida, por mi propia voluntad, todo lo que estaba a mi alcance. Porque me exigían orden, desorden, porque exigían que llevásemos gorro en la cabeza, decenios sin gorro en la cabeza, aversión por los gorros, etcétera, así Roithamer. Porque siempre me impedían, por todas las razones concebibles, que para mí, sin embargo, tenían que ser inconcebibles, bajar de Altensam a los pueblos, siempre bajaba a sus espaldas a los pueblos, al principio vacilando, pero luego con gran decisión, y me independizaba allí, bajo Altensam, mientras ellos creían que estaba en mi habitación, en realidad había bajado a los pueblos durante la noche. Y así, cada vez con más frecuencia, bajaba a sus espaldas de Altensam, hasta que un día me fui, bajando definitivamente de Altensam. Para no volver más a Altensam, *nunca más*, nunca más subrayado. Pero también en esas rupturas solo. Mis hermanos no me siguieron jamás en nada. Una absoluta falta de comprensión existía ya entonces entre los hijos. No tenemos nada más que explicarnos mutuamente, así Roithamer. Característicos los desvanecimientos de nuestra madre como medio de chantaje, náuseas constantes y, desde su llamado sillón de las náuseas, el dominio de la casa, mi madre casi nunca vista sin náuseas o síntomas de náuseas, en cambio mi padre, como hombre natural, pero ella, mi madre, siempre con sus humores, que eran siempre humores sombríos y, por su carácter sombrío, malignos, los de mi padre benévolos, y por eso, para ella, insoportables. A diferencia de su primera mujer, que no tuvo hijos y de la que, por esa razón natural, así mi padre una y otra vez, así Roithamer, se había separado, que había sido hija de un abogado de Klagenfurt y que, de todas formas, no tenía nada en

la cabeza más que teatro y diversiones, mi padre calificaba siempre de diversiones todo lo relacionado con el teatro y la música y, muy despectivamente, de *esas* diversiones, se casó con esa mujer porque le hizo un niño, pero el niño nació muerto y la madre estuvo mucho tiempo medio loca después de haber dado a luz ese hijo muerto, así mi padre, lo que él, mi padre, no pudo entonces aguantar más, porque era evidente que ella no podría tener más hijos, la separación, y, precipitadamente, el casamiento con mi madre, que, indudablemente y muy bien, podía echar al mundo niños, y de hecho vivos, así mi padre sobre mi madre, ella no fue nunca más que la mujer que *pare bien*, así mi padre una y otra vez delante de todo el mundo, también de las personas con las que tenía poca confianza, incluso ante extraños, cuando estaba bebido, a diferencia de su primera mujer, que siempre fue joven y viva, pero luego, por el hecho de haber dado a luz aquel hijo muerto, fue completamente destruida, vive todavía hoy, así mi padre una y otra vez, cuando le preguntaban por su primera mujer, vive todavía hoy, creo, en Francia, a diferencia de la primera, la segunda, nuestra madre, fue siempre vieja, ya de joven era vieja, esas personas son viejas ya de niñas, así mi padre y, si se observa bien, lo que puedo confirmar, esas personas, ya al nacer, parecen viejísimas, lo senil de sus rostros es siempre aterrador, un recién nacido así, como evidentemente fue mi madre, tiene ya desde el primer instante el aspecto que tendrá a los setenta o los ochenta años, pero la vejez de sus rostros permanece siempre, nuestra madre fue siempre la Vieja, desde el principio, a diferencia de su primera mujer, la segunda, nuestra madre, era también una mujer calculadora, todo en esa mujer es cálculo, nunca ha sido otra cosa más que calculadora, mientras que mi primera mujer, así mi padre, así Roithamer, carecía de todo cálculo, pero de repente, como consecuencia de haber dado a luz el niño muerto, se convirtió en *una naturaleza infeliz*, mi segunda mujer fue siempre calculadora, era cálculo en todos y cada uno de los aspectos de su ser, y eso llegó hasta el extremo, así mi padre, así Roithamer, de que caía en horribles estados cuando alguno de sus cálculos, por una vez, no se cumplía, aunque sus cálculos, en el fondo, se cumplían siempre, esa clase de mujeres se meten una cosa en la cabeza, por ejemplo, alguna compra inútil, así mi padre, y se salen con la suya en esa compra, con ello debilitan su relación, de lo que no se dan cuenta, pero refuerzan, como creen, su posición, en lo que se refiere a adquisiciones, excursiones, novedades en Altensam, se salía siempre con la suya, y casi siempre por medio de las náuseas, que dominaban Altensam ininterrumpidamente durante largos períodos, sobre todo en la primavera, en que no reinaba en Altensam otra cosa que las náuseas de nuestra madre, en el verano caluroso, y en el otoño de pronto frío. Cuando no había podido salirse con la suya en uno de sus deseos, que eran siempre deseos e ideas y realizaciones de efectos devastadores en Altensam, nos amenazaba, y nos amenazaba siempre, sobre todo, con esa amenaza que es la que más miedo causa de todas, así mi padre, así Roithamer, con el suicidio, un día, ya lo veríamos, se tiraría del muro, se estrellaría, porque su vida no valía nada para nosotros, aunque, sin embargo, dependíamos de ella, ella era

el *centro de nuestra vida*, pero en el fondo no era, como aseguraba ella una y otra vez, el centro de nuestra vida en Altensam, sino el centro de nuestra muerte lenta en Altensam, y nunca cumplió su amenaza, esas personas, así Roithamer, hablan ininterrumpidamente de suicidio, lanzan su amenaza de suicidarse si no se satisfacen sus deseos e ideas, porque no tienen otro medio que esa amenaza, porque, en el fondo, carecen de medios, carecen totalmente de medios, pero no se matan, viven con esa amenaza y de esa amenaza durante años y durante decenios y, como es natural, mueren de muerte completamente natural, así Roithamer. Cuando estaba sola en Altensam, porque mi padre estaba en viaje de negocios, pensaba en cómo podría atormentarlo cuando volviera a casa, con qué monstruosidad, que siempre era una monstruosidad que rozaba al menos lo perverso, podría sorprenderlo e, instantáneamente, ponerlo de un humor espantoso, de efectos, lógicamente, espantosos en nosotros, los niños, y de espantosos efectos en todo Altensam, y cuando mi padre volvía a Altensam, ella permanecía sentada durante horas, mirando siempre el reloj, en su habitación del torreón, y observaba el tramo de carretera que subía desde la localidad y por el que él tenía que llegar, observaba, mirando el reloj, todo lo que pasaba en ese tramo de carretera, qué gente venía a Altensam y con qué objeto, qué gente se iba de Altensam y con qué objeto y con qué bagaje y, sobre todo, con qué herramientas se iba de Altensam, porque la desconfianza era la característica más destacada de nuestra madre, la mayor de las desconfianzas, no sólo hacia nosotros sino hacia todo, y probablemente por esa desconfianza se vio ya pronto afectada su salud, porque la desconfianza había sido, ya de niña, su cualidad más destacada, debilitada como es natural en su organismo por el hecho de una desconfianza ininterrumpida, casi siempre tenía achaques o pretendía tener achaques, jamás se podía saber exactamente si tenía ahora achaques o pretendía tener esos achaques, lo interesante era, en efecto, que siempre tenía achaques pero jamás estaba realmente enferma, jamás de forma seria y realmente inquietante sino siempre sólo con achaques, esos achaques de nuestra madre eran una característica principal de la atmósfera de Altensam, hasta donde puedo recordar, siempre sólo achaques, con esos achaques había convertido la atmósfera de Altensam, con el tiempo, en una atmósfera achacosa, lo mismo que ella había tenido siempre achaques, en la que todo lo demás, o sea, todo salvo ella, era igualmente achacoso, con el tiempo todo fue siempre achacoso en Altensam, finalmente, todo achacoso en Altensam, parecía como si ella explotase esos achaques, de una forma totalmente consciente, como medio para sus fines, lo que equivalía a decir contra nosotros y también contra su marido, nuestro padre, con esos achaques no sólo dominaba lo principal en Altensam, sino también lo secundario, lo más insignificante, y esos achaques resultaban perceptibles enseguida para todo el que llegaba a Altensam, incluso para quien no conocía tan bien Altensam y para quien Altensam era algo nuevo, en cuanto una de esas personas quedaba envuelta en esos achaques, que lo abarcaban, afectaban y envenenaban todo en Altensam, no podía saber qué era lo que la había arrastrado a un estado extrañamente

achacoso, apenas había llegado a Altensam, pero no eran más que los achaques de nuestra madre, y si la primera mujer había sido siempre viva y joven, así siempre mi padre, así Roithamer, su segunda, la que él llamaba la niñera, había sido siempre vieja y achacosa, y él hablaba de ello siempre de forma totalmente abierta y se lo decía a mi madre a la cara muy a menudo, que la única arma de ella, aparte de su estupidez sin límites, eran sus achaques, ella utilizaba, decía él, la estupidez y los achaques contra él y contra todo lo que era Altensam, contra todo lo que había sido Altensam hasta que ella entró en Altensam, y *¡fue toda una entrada en escena, querida!*, oigo decirle a mi padre aún a la cara, *¡una entrada en escena, querida!* Estupidez y achaques, así Roithamer, fueron las cualidades principales de mi madre, mi padre tenía razón en su juicio, nosotros, los niños, habíamos tenido que sufrir siempre por esa estupidez y por esos achaques, porque la malignidad de nuestra madre se alimentaba tanto de su estupidez como de sus achaques, que la mayor parte del tiempo eran una refinada representación, una comedia que nuestra madre nos representaba cada día, en la que ella interpretaba el papel principal. Mi padre se había apartado ya muy pronto de esa mujer, nuestra madre, ella le había dado, *parido* hijos, pero la verdad es que sólo en un momento en que él no quería ya tener hijos, cuando los hijos estuvieron allí, él se dio cuenta de que, en verdad, no había querido tenerlos en absoluto, y así, como ellos (nosotros) estábamos allí de improviso, nos trataron siempre también como seres vivos a los que se califica de hijos propios y a los que, en el fondo, su progenitor no quiere ya tener en absoluto y no ha querido tener desde hace ya mucho tiempo. Mi madre, continuamente despeinada, en un estado de abandono ininterrumpido, así mi padre, así Roithamer, con vestidos desaliñados, siempre abrochados sólo a medias, sin medias y con los zapatos sin atar, así es como la recuerdo, todo el día de pie sólo para cogernos en algo a alguno de nosotros o del llamado personal, todo el tiempo corriendo o cojeando, una cualidad característica de ella eran también heridas o úlceras, inflamaciones en las piernas que se sucedían siempre con breves intervalos, sobre todo en las pantorrillas, corría o cojeaba, constantemente con el olor de todos los medicamentos imaginables, comprados a los llamados curanderos, siempre en grandes cantidades, difundiendo siempre por Altensam el olor de esos medicamentos, la mayor parte del tiempo con una vieja bata que procedía de mi abuela, con la bata que mi abuela no llevaba ya, sino que utilizaba sólo para cubrir las dalias, amenazadas por las heladas en el otoño, y que nuestra madre había sacado otra vez del montón de trapos de la casa del jardinero y se había puesto, y llevó luego todavía durante años, mi padre tenía horror a esa bata, a nosotros, los niños, nos horrorizaba la bata, pero mi madre sólo llevaba siempre esa bata que nosotros odiábamos, incluso en fotografías aparece retratada con esa bata y siempre son retratos de una mujer que me es totalmente extraña, esos retratos me prueban, más que la realidad, que mi madre fue siempre para mí una extraña, ella estaba en todas partes y siempre inesperadamente, como si se hubiera acercado con sigilo, surgía de repente y hacía una inspección, en la habitación que fuera, de repente

estaba allí inspeccionando, siempre quería saber lo que pasaba en todas las habitaciones, abría bruscamente nuestras puertas, como un rayo, y nos pedía explicaciones, porque siempre acabábamos de hacer algo que, a sus ojos, no hubiéramos debido hacer o no hubiéramos podido hacer, siempre algo inconveniente cuando no prohibido, así pues, inconveniente e inútil, o vergonzoso, pero en cualquier caso típico. En los edificios de la explotación la temían, inspeccionaba el trabajo de los que se afanaban allí y reprochaba a la gente que, al fin y al cabo, sólo por mi padre, a quien quería, se había quedado siempre en Altensam, reprochaba a la gente que no trabajaba, o que trabajaba demasiado poco, siempre reprochaba a toda la gente la lentitud de su trabajo y la falta de cuidado; y sin embargo nadie, en cualquier trabajo que fuera, era más lento y ponía menos cuidado que esa mujer, nuestra madre. Todo el día estaba de pie, en un repulsivo estado de abandono, y hacia la noche se retiraba siempre a su habitación, se ponía un vestido negro, sencillo, en el fondo hasta elegante, y también muy caro, pero que en ella, sin embargo, tenía un aspecto más bien poco favorecedor, un vestido sin cuello con un gran broche de oro adornado con diamantes en el pecho, que había venido a sus manos con motivo de la boda de mis padres, procedente de los bienes de la hermana de mi abuela, y se preparaba para el teatro. Hacía que uno de los mayordomos la llevara en coche al teatro de Linz, asistía, por principio, a todos los estrenos y volvía hacia la medianoche, y de hecho jamás sin que rechazase todo lo que acababa de ver en el teatro de Linz y se burlase de ello, siempre era lo mismo, se bajaba en el patio del coche, que el mayordomo llevaba a la explotación, donde se guardaban los coches, y aniquilaba con muchas palabras, abriendo la gran puerta de entrada y dirigiéndose luego a la cocina de abajo, para tomar un café que guardaban allí caliente para ella, lo que acababa de presenciar en el teatro, nunca la oí decir nada positivo sobre el teatro de Linz que, por supuesto, es uno de los peores teatros que existen, en el que sólo se representan cosas bien intencionadas siempre, pero siempre sólo repulsivamente catastróficas, nunca nada positivo al respecto. Pero nunca había conseguido *no* ir una vez a un estreno. Era una fanática del teatro, aunque no entendía de teatro absolutamente nada, una apasionada espectadora, y el que, en el caso del teatro de Linz, se tratase del peor teatro del mundo, había podido juzgarlo, naturalmente, como decía una y otra vez, y se lo habían confirmado también, una y otra vez, otros, así llamados, expertos en teatro con los que conversaba en los entreactos, pero, como me consta, sólo hacía esas salidas al teatro con el fin de aprovisionarse en una perfumería determinada que había en la carretera, antes de que comenzara la representación, de colonias y cremas, de esas cremas y colonias tenía cientos en su cuarto de baño y hacía uso del contenido de esos cientos de frascos y tubos en una medida increíblemente elevada, pero sin embargo, esos llamados buenos olores, y sobre el gusto de nuestra madre en materia de buenos olores se podría discutir, quedaban siempre cubiertos por las pomadas y lociones apestosas de los curanderos que en el país se llaman saludadores, y por ello, en el fondo, eran siempre superfluos. El teatro es para ella sólo un pretexto, así mi

padre, así Roithamer, para abastecerse en la perfumería de esos potingues químicos totalmente ineficaces en esa mujer (nuestra madre), la gran ópera sólo un pretexto para sus locuras perfumadas, la comedia o la tragedia en Linz sólo un pretexto para su horrible manía de embadurnarse. No entendía nada de teatro ni de música, y tampoco tenía por ellos ninguna afición, pero para ella el teatro (en Linz) y la música (en Linz), porque asistía también a los conciertos bastante importantes de Linz, eran una oportunidad y un pretexto, y no sólo para abastecerse en la perfumería de Linz de toda la basura aromática imaginable (así mi padre), esas salidas al teatro y los conciertos eran también siempre un medio de probarnos sus conocimientos de arte y su necesidad de cultura, y sobre todo de *humillar* a mi padre con esas salidas, a ese, como decía ella siempre, hombre sin cultura, que no tiene la menor afición por el gran arte, de llamar la atención con esas salidas tuyas que, así mi padre, costaban un montón de dinero, sobre su propia cultura. Pero, en realidad, nuestra madre no tenía ninguna cultura, ni la más mínima cultura, y nuestro padre, que realmente no tenía ninguna afición por una clase de cultura como la que ella tenía en la cabeza, y en eso tenía ella toda la razón, porque él no tenía ninguna afición, sólo por el hecho de que no tenía ninguna afición por esa clase de cultura, tenía cultura, así Roithamer. Mi padre, por lo menos, leía una y otra vez lo que se llama un buen libro, pero mi madre, durante todo el tiempo que estuve cerca de ella, así Roithamer, jamás leyó un buen libro, odiaba como la peste todo lo relacionado con los libros, especialmente los libros buenos, como decía ella misma, y había hecho siempre también todo lo posible para mantenernos alejados a nosotros, o sea, también a mis hermanos, de los llamados libros buenos, pero por principio también de todos los libros, para no dejar que surgiera la posibilidad de acercarnos a libros buenos o a libros siquiera, y era característico que la biblioteca de Altensam, que al fin y al cabo contenía tres o cuatro mil volúmenes y provenía aún de la época de nuestros bisabuelos y abuelos, estuviera cerrada con llave, y que tuviéramos que pedir permiso a nuestra madre, no a nuestro padre, si queríamos entrar en esa biblioteca, la cual, por lo demás, se encontraba siempre en un horrible estado de abandono, porque jamás se ponía orden en ella o se le quitaba el polvo siquiera, en decenios, y a nuestra madre nunca le parecía bien que quisiéramos leer, siempre nos apartaba enseguida del deseo de entrar en la biblioteca para buscar un libro, cualquier libro que fuese, empujándonos a la sala de música, allí debíamos estar, nos empujaba a la sala de música, no a la biblioteca, la biblioteca nos estaba prohibida, sino a la sala de música, sin duda la menos peligrosa de las dos, aunque, al fin y al cabo, nuestra madre, nuestros padres sabían que a nosotros, también a mis hermanos, nos gustaba sin duda la música, pero odiábamos hacer música, porque nos obligaban a ello. La biblioteca estaba cerrada para nosotros, verdad es que los otros se interesaban menos que yo por ella, así Roithamer, yo no tenía ninguna posibilidad de entrar en la biblioteca, porque mi madre tenía la llave encerrada en su armario de llaves, los libros eran para los mayores, se subían a la cabeza como enfermedades, decía siempre nuestra madre,

podíamos leer cuentos de hadas, pero cuentos de hadas no queríamos leer, cuentos de hadas sí, todo lo demás no. Ella tenía miedo de que yo, sobre todo, pudiera hacer en la biblioteca la experiencia de que el mundo era mayor que Altensam y, en el fondo, un mundo totalmente distinto del que yo conocía, hablo del período anterior a mis ocho o nueve años. A los ocho o nueve años todo fue, de pronto, distinto: ella, mi madre, se imaginó entonces que yo tenía que *precipitarme* en la biblioteca, ir diariamente a la biblioteca, pero ahora era yo el que no quería ir ya, me negaba a leer un solo libro, y tampoco dejaba que me obligaran a ello, todo eso, como es natural, así Roithamer, era para mi madre incomprensible, primero quiero entrar y no me dejan, luego puedo entrar y ya no quiero entrar. Era de la opinión, muy difundida, de que, hasta los ocho o los nueve años, los niños no tienen nada que hacer en lo que se llama una biblioteca de adultos, pero sin embargo, a los ocho o nueve años deben ser *introducidos* en los llamados libros de adultos, y quiso atenerse a esas recomendaciones. Pero ahora no me interesaba ya la biblioteca. Al fin y al cabo es una biblioteca muy vieja, había pensado, y además que empezaría a leer libros nuevos cuando me marchase de Altensam, no ahora los viejos, sin duda me habrían interesado, así Roithamer, pero no quise dejar que me obligasen. Libros nuevos no había en Altensam, sólo, como mínimo, de hacía cuarenta o cincuenta años y mucho más viejos, si prescindo de los libros de silvicultura, dasonomía y caza de mi padre, que siempre contenían los conocimientos más recientes de la ciencia y la investigación silvícola y dasonómica y de la caza. Intento de descripción de mi padre: nuestra confianza en él fue siempre máxima, pero cada vez más, bajo el influjo de esa mujer, nuestra madre, nos vimos privados de él, y pudimos darnos cuenta de cómo, con los años y con los acontecimientos de esos años, que fueron siempre sólo los acontecimientos provocados por su mujer, nuestra madre, en Altensam, y también nada más que procesos patológicos, provocados por la predisposición de esa mujer, que no fue para Altensam más que una desgracia, de cómo nos alejábamos con los años de nuestro padre y, a la inversa, nuestro padre se alejaba de nosotros. Esa mujer ejercía también en mi padre un influjo pernicioso, pero él, pronto, después de renunciar a sus intentos de resistencia iniciales, cayó por completo bajo la fuerza de voluntad de ella y fue dominado por esa fuerza de voluntad, todo en Altensam fue dominado entonces por la fuerza de voluntad de esa mujer, nuestra madre, que era hija de un carnicero de Eferding, y de repente, en Altensam, fue achacoso y enfermizo todo lo que antes jamás había sido enfermizo, tampoco en la época de la primera mujer de mi padre, a la que yo visitaba con cierta frecuencia y que jamás ha perdonado, ha podido perdonar a mi padre el que, más o menos, arruinase su vida, al ver en ella sólo a la que debía dar a luz a su hijo, no fue para él ya nada después de haber cambiado completamente su forma de ser el primer hijo de mi padre, que nació muerto, lo que indujo a mi padre a apartar a esa mujer de Altensam, bajo el influjo de nuestra madre, a la que mi padre, de forma totalmente abierta y también delante de ella misma, calificaba de solución de emergencia, porque creía que tenía que

asegurarse la primera que llegase, así mi padre, así Roithamer, bajo el influjo de esa mujer como solución de emergencia, *solución de emergencia como mujer*, así Roithamer, solución de emergencia como mujer subrayado, la cual, inmediatamente después de su aparición, intentó transferir a Altensam su espíritu pequeñoburgués y su vulgaridad y, por otra parte, su carácter quejumbroso, su mala educación y su incapacidad para aprender, y lo consiguió, de ese influjo, que tuvo enseguida efectos devastadores, incluso aniquiladores ya, en Altensam y en todo lo relacionado con Altensam, se vio impregnado enseguida mi padre, a ese influjo se sustrajo sólo al principio, pero luego, después de convivir unos años con esa mujer de Eferding, hacia los cuarenta, renunció, renunció a sí mismo, primero renunció a Altensam bajo el influjo de esa mujer de Eferding, así siempre mi padre, así Roithamer, y luego renunció a sí mismo, de la noche a la mañana, probablemente, todo le resultó de pronto indiferente en Altensam, cometí el error decisivo de mi vida, así mi propio padre, así Roithamer, no hubiera debido casarme con esa mujer de Eferding, con esa hija de carnicero con su fisonomía de carnicero, así siempre mi padre, así Roithamer, con su concepción de la vida de carnicero. Pero, en definitiva, todo es indiferente, así mi padre, así Roithamer. Antes de ese llamado error, mi padre, nacido y criado en Altensam, después de las consabidas experiencias en un internado, y luego, después de cursar los estudios de grado medio y superior necesarios para sus fines en Passau y Salzburgo y Viena, había llevado la vida o la existencia que siempre habían llevado los hombres en Altensam, dedicado por una parte a los trabajos de explotación forestal y de explotación agrícola e inclinado por otra a la comodidad, había dedicado sobre todo a la caza todo el amor imaginable de una forma de vida, en el fondo, monótona, y había llevado una vida tranquila, adecuada a esas actividades e inclinaciones, y ni siquiera en potencia extraordinaria, hasta el momento en que se dio cuenta de que le era imposible seguir estando solo, después de haber muerto pronto sus padres y haberse dedicado él, después de la muerte de sus padres, mis abuelos, totalmente a la explotación de Altensam, que lo llenaba pero no lo satisfacía, porque, por mucho que una explotación como Altensam, una explotación espléndida y, en sus funciones más importantes, siempre intacta como Altensam, una empresa mixta de explotación agrícola y forestal, o sea, también una explotación de madera y fábrica de ladrillos, piedra y cemento, que siempre había sido sólida y nunca había tenido dificultades, por mucho que la administración de esa sólida explotación pudiera llenar a un hombre como mi padre, criado en esa explotación y, por ello, completamente familiarizado con ella, no podía satisfacerlo a la larga ni siquiera a él. Pero, como es natural, no tenía ninguna posibilidad de satisfacción, a no ser que hubiera renunciado a todo, pero no era esa clase de hombre, y por eso, ya hacia los cuarenta años, había pensado en salvarse, limitándose, y de pronto, movido sólo por el pensamiento fríamente calculado de su sucesión, había decidido echar niños al mundo, después del fracaso con su primera mujer, que probablemente le convenía más, le iba mejor, con la segunda, que fue durante toda su vida la más imposible



imaginable para él, como se vio muy rápidamente, pero que, sin embargo, echó al mundo los hijos deseados, que él, sin embargo, en el instante en que estuvieron allí de pronto, no quiso tener en absoluto, como sé ahora y como, en secreto, siempre sentí, él había necesitado a esos hijos para poder ceder, ya en la más temprana infancia de esos hijos, para poder ceder en la intensidad de su vida teniendo en cuenta a esos hijos que, mucho antes de que les fuera siquiera posible, *dentro de él* lo habían sucedido ya. En ese ceder por su parte, en ese período de su vida de renuncia, dedicado nada más que a sus aficiones, después de sus cuarenta años, la actividad de su segunda mujer, nuestra madre, como de él no brotaban ya fuerzas de ninguna clase, había podido extenderse, como es natural, muy rápidamente, pero, como queda dicho, a él le era *indiferente*, indiferente subrayado, había cometido un error y, al mismo tiempo, había cedido renunciando a sí mismo, y a partir de entonces no vi a mi padre más que de caza, solo o con sus amigos de caza, muy a menudo con mis hermanos, pero jamás conmigo, porque yo, como queda dicho, no tuve jamás ni siquiera una relación de comprensión hacia la caza, el bosque como bosque, no ya como factor de explotación, y la caza le interesaban todavía, pero nada más, y en esa falta de interés al margen de su único interés, que fue la caza hasta su muerte, estábamos también nosotros, sus hijos, incluidos por completo. Sentía una aversión hacia esa mujer de Eferding que crecía de día en día, como decía él siempre, comprobándola dentro de sí, a partir del grado de nopoderaguantar, noquereraguantarmás, había aceptado a esa mujer finalmente como algo que no se puede suprimir ya, pero con lo que no se puede establecer otra relación que una basada en la aversión y el odio. Él, nuestro padre, era precisamente, en todo, lo opuesto a esa mujer y cada vez le resultó más claro que se trataba sólo de un conocimiento casual, hecho probablemente en una de sus visitas a amigos de Eferding, en realidad por desesperación a causa de la frustración de todo lo que había esperado de su primera mujer, probablemente, en realidad, como se expresaba él, sin el menor juicio, había caído en las redes de la mujer de Eferding, que no era absolutamente nada, sino ya, desde el primer instante, sólo vieja y descuidada, y luego, en medida aún mayor, fue siempre sólo eso en Altensam. Pero juzgar todo el asunto unilateralmente y echar toda la culpa sólo sobre las espaldas de la mujer de Eferding es también *imposible*, imposible subrayado. En realidad, nuestro padre, al fin y al cabo, se había alojado muy a menudo en la hospedería de Eferding, de donde procedía nuestra madre y a la que pertenecía también la carnicería, que ahora siguen administrando los hermanos de nuestra madre, y un día se alojó también allí y eso significó la decadencia de Altensam o, mejor, la decadencia de lo que todavía podía decaer en Altensam, porque en realidad Altensam, en ese momento, estaba ya a punto de entrar en decadencia, porque mi padre había renunciado ya a todo interiormente, sólo tenía que hacer realidad la decisión, tomada una vez, de echar niños al mundo, en definitiva con la mujer que fuera, así él mismo, pero en el fondo no le importaba ya nada. Y, a partir del instante en que cedió y, en definitiva, renunció, Altensam

cedió en lo que era y, en el fondo, renunció. La aparición de nuestra madre en Altensam fue entonces nada más que el signo, visible también hacia el exterior, de esa cesión y renuncia, nosotros habíamos nacido ya dentro de ese proceso hacía tiempo iniciado de cesión y renuncia y, sólo por ese hecho ya, habíamos quedado debilitados. Envueltos en ese proceso de cesión y renuncia, habíamos sentido, como es natural, ese proceso de cesión y renuncia desde el principio mismo de nuestra existencia, y luego habíamos seguido estando siempre bajo su influjo, no podíamos escapar ya, éramos arrastrados hacia abajo por esa tendencia a la cesión y la renuncia de mi padre. Cuando vinimos al mundo, nuestro padre se había apartado ya de Altensam, le había vuelto la espalda, nosotros conocimos sólo esa situación, que diariamente se intensificaba, un proceso de desintegración que era acelerado, por una parte por mi padre, ya apartado de Altensam, y por otra, de una forma claramente execrable, por nuestra madre, que odiaba ese Altensam en el fondo y por toda clase de razones de origen, fácilmente comprensibles, medio pequeñoburgués, espíritu pequeñoburgués en general y, de pies a cabeza, Eferding, etcétera. Es natural que un hijo, sea el que sea, acuda a su padre cuando se encuentra en apuros o cuando tiene que hacerle preguntas, pero yo no acudí jamás a mi padre, ni siquiera en el mayor apuro, y jamás le hice a mi padre ninguna pregunta decisiva, porque sabía que no respondería ninguna de mis preguntas porque se había apartado de nosotros ya antes de que estuviéramos allí, y a mi madre no acudí jamás, porque a mi madre la temía. Con mi padre no podía tener ningún contacto, porque mi padre no tenía ningún interés por mí, como tampoco por mis hermanos, y a mi madre la temía, la temíamos, pero yo la temía más que la temían mis hermanos, porque mi madre me odiaba a mí más que a mis hermanos, por otra parte, yo tenía sin embargo con mi padre mejores relaciones que mis hermanos, cuyas relaciones filiales eran más bien con mi madre que con mi padre. Sólo a mi hermana quería mi padre como a ningún otro ser, y eso se veía siempre y en toda ocasión, después de la muerte de él, fue ella la más desvalida. Ella, mi hermana, era también, lo mismo que yo, hija de mi padre, semejante a él, pero quizá con mucho mayor fuerza de convicción aún que yo, que era semejante a mi padre, no a mi madre, no había nada de la mujer de Eferding en mí, ni interior ni exteriormente, todo o casi todo era de mi padre, y todo eso se aplicaba en medida aún mayor a mi hermana, mientras que mis dos hermanos lo tienen todo de la mujer de Eferding, tienen toda la forma de ser de la mujer de Eferding, aunque en ellos se exprese de una forma totalmente distinta que en la mujer de Eferding, mi propia madre. Por esa razón, tampoco he podido tener jamás una relación estrecha con mis hermanos, porque siempre he visto en ellos a Eferding, todo lo relacionado con Eferding y con la mujer de Eferding y con su origen y, a la inversa, mis hermanos han visto siempre en mí y en mi (y su) hermana todo lo relacionado con mi, nuestro padre, y en mayor medida aún en mi hermana, pero a mí me odiaban, para ellos, mi hermana fue siempre sólo *rara*, sospechaban en ella una locura constante que, sin embargo, no era otra cosa que la forma de ser de mi padre,

Altensam, porque a ella, una muchacha, a diferencia de a mí, no podían odiarla abiertamente, no era otra cosa lo que en el fondo odiaban, inconscientemente, de la misma forma que nuestra madre, que siempre lo odiaba todo inconscientemente, lo mismo que, en general, todo en ella, interior y exteriormente, actuaba siempre inconscientemente, aunque también con el mayor cálculo, porque esas personas como mi madre no son, al fin y al cabo, personas de entendimiento, sino personas de instintos, y sus sentimientos no son en realidad más que falsificaciones, cualquiera que sea la dirección que tomen, falsificaciones inconscientes de la Naturaleza en una *Antinaturaleza* concorde con ellas, inconscientemente. En verdad, lo cierto es, sin embargo, que mi madre, al principio, se ocupaba siempre de mí, se había dado cuenta ya pronto de que yo, de que todo en mí estaba orientado en contra de ella, y por eso no había escatimado esfuerzos para atraerme a ella, en todas las circunstancias y por todos los medios, pero cuando había visto, *entrevisto*, que todo lo que hacía para alcanzar su objetivo de atraerme a su lado, lo que, por naturaleza, sencillamente no era posible, eran esfuerzos inútiles, absurdos, dio rienda suelta a su desprecio y su odio. Yo no podía salir de mi naturaleza y ser absorbido por su naturaleza, como probablemente se había imaginado. Desde el principio resulta claro de dónde proceden los niños que acaban de nacer y a dónde vuelven, porque esa tendencia es siempre sólo a volver a donde tienden a volver, en mi caso, yo era simplemente de mi padre, y tenía que ser desvarío no entreverlo y querer cambiarlo. Lo mismo ocurría con mi hermana, pero a ella, como es natural, no le hizo sentir todo eso de esa forma brusca, no a aquel ser ya delicado desde la infancia. A ella no la maltrató jamás nuestra madre, aunque la niña le fue siempre extraña, sencillamente no se atrevía a ello porque, de otro modo, hubiera tenido que vérselas con mi padre, de una forma totalmente inimaginable. Así echaron nuestros padres hijos al mundo, y de forma totalmente consciente, porque sé por qué móviles, a causa de la sucesión por una parte, en lo que se refiere a mi padre, y a causa de la fijación de una relación duradera y lo que eso significaba para ella, nuestra madre, a saber, entrar en posesión de Altensam, por otra, y con ello cometieron un crimen, ese crimen supremo contra la Naturaleza, crear y procrear hijos sólo *por cálculo*, por cálculo subrayado, hijos que, por un lado, se quedaron del lado de su padre, y por otro lado del lado de su madre, los hermanos del lado de su madre, del por mí llamado lado de Eferding, así Roithamer, y yo y mi hermana del lado de mi padre, del llamado lado de Altensam, así Roithamer. Así, desde el principio, nuestros padres se habían ocupado ya de las dos mitades mortales en que Altensam se había desintegrado. Mi padre tuvo conciencia durante toda su vida de todos esos procesos y relaciones, y la razón por la que yo también, más tarde, lo perdí de mi vista y también de mi entendimiento, e incluso, durante largo tiempo, completamente de mi memoria fue el hecho de que él, y ésa es una imagen que tengo de pronto otra vez ante mí, de forma enteramente clara, a partir del instante en que estuvimos allí, no hizo en el fondo más que alejarse de nosotros, dejarnos solos a sus espaldas, y realmente veo así a mi padre, con su

traje de loden gris, yéndose al bosque de caza o simplemente con el fin de huir, alejándose siempre de nosotros, y alejándose de nosotros siempre con el fin de huir, en un estado de aislamiento y de renuncia a la vida, ensombrecido en el fondo nada más que por su mala conciencia. Cuántos años me esforcé por mi padre, pero él siempre me rechazó, sin respuestas, nada más que un alejarse de mí, un no darse por enterado de mi existencia. Un estado permanente así, durante años y decenios, de rechazo y repulsa, nos hace, de la noche a la mañana, eliminar de nuestro pensamiento a una persona así, sea lo que fuere lo que sintiéramos por ella un momento antes, no pensamos ya más en ella y es como si no hubiera existido jamás, sólo de vez en cuando aparece dentro de nosotros, pero entonces pensamos enseguida en otra cosa. Mi padre fue, sin duda, hasta los cuarenta años una persona pasablemente feliz, pero a partir de los cuarenta, sin duda, lo contrario, así Roithamer. Intento de descripción de Altensam y de todo lo relacionado con Altensam, con consideración especial del Cono, en las horas del atardecer, y el martes y el viernes ya en las llamadas tardes libres, poder concentrarme totalmente en el manuscrito sobre Altensam, la habitación de pronto, después de parecerme durante años inapropiada, totalmente inapropiada para ese fin, como lugar de trabajo ideal, una vista sobre el muro de piedra del Instituto de Física, en todo caso favorable para mi proyecto y, en los últimos tiempos, ininterrumpidamente mojado, una situación como la que reina siempre en la buhardilla de los Höller, que ha sido siempre ideal para mis fines, sólo en la buhardilla de los Höller me fue posible proyectar el Cono, lo mismo que ahora aquí, en mi habitación de Cambridge, sin una auténtica vista, porque, al fin y al cabo, ésta es sólo una vista sobre el muro húmedo, mojado del Instituto, tengo la posibilidad, después de terminar el Cono, de reflexionar sobre mi trabajo en el Cono, después de mi vuelta, antes de verme de nuevo totalmente absorbido por mi trabajo científico, de verme totalmente ocupado por él, la posibilidad de aclarar, *apartado* todavía, apartado subrayado, durante cierto tiempo para ese trabajo, que es un *trabajo de escritura*, trabajo de escritura subrayado, todo lo que ha ocurrido en los seis últimos años, porque, al fin y al cabo, he necesitado seis años para proyectar y construir el Cono, por una parte, un tiempo relativamente corto, en relación conmigo, con mi origen, en relación con Altensam, y en el fondo, sin embargo, demasiado largo, y que me ha empujado muy a menudo, una y otra vez, al borde de la locura. La idea y la realización de la idea, la terminación de la realización de la idea del Cono como iniciación y realización y terminación de mi objetivo, que en los últimos años me ha dominado completamente, la dificultad de hacerme comprender, no sólo por mí mismo en lo que se refiere a mi proyecto, que siempre fue calificado sólo de demencial y completamente sin esperanzas, sino también de hacerme comprender claramente por todos los demás participantes en la realización y terminación del Cono. Teniendo en cuenta el hecho de que, por una parte, estaba vinculado a Inglaterra, a Cambridge, y por otra, en definitiva, estaba obligado al mismo tiempo, con toda mi energía, a mi proyecto de construir el Cono en el bosque de Kobernauss

y, por tanto, a ese escenario como lugar de construcción del Cono, la dificultad de estar siempre allí, en Cambridge o en el bosque de Kobernauss, en el momento oportuno y de no descuidar por uno el mínimo de mi responsabilidad hacia el otro. En realidad, hubiera debido estar durante años en Cambridge para no descuidar Cambridge, y al mismo tiempo en el bosque de Kobernauss, lo que quiere decir, para ser exactos, en la buhardilla de casa de los Höller, para no descuidar la construcción del Cono, y ahora, después de estar terminado el Cono y después de no haber perdido Cambridge, veo que me ha sido posible reunir las fuerzas necesarias para construir al mismo tiempo el Cono sin descuidar Cambridge, es decir, tanto mi actividad docente como mis estudios, porque me ha sido posible hacer una cosa a partir de la otra, no descuidar Cambridge, como consecuencia de mi trabajo en el Cono, y no descuidar el Cono, como consecuencia de mi trabajo en Cambridge, y ambas cosas siempre con la máxima concentración en los objetos correspondientes. La seguridad que he logrado con el cambio de mis residencias, una vez en Cambridge, durante cierto tiempo, otra vez en la buhardilla de los Höller, en Inglaterra por una parte y en Austria por otra, he realizado siempre el cambio de lugar en el momento oportuno, sin tener conciencia de ese hecho, excluir la conciencia y hacer siempre lo oportuno como don intelectual, el cambio de lugar, o sea, dejar Cambridge e ir al bosque de Kobernauss y a la inversa, pero también sin transición alguna en el pensamiento, porque cuántas veces estaba (con el pensamiento) en Cambridge y en realidad estaba en el bosque de Kobernauss, y cuántas veces, a la inversa, estaba (con el pensamiento) en el bosque de Kobernauss pero estaba en realidad en Cambridge. De forma que, a veces, me decía, aunque estaba en Cambridge, ahora estoy por necesidad en el bosque de Kobernauss, y a la inversa, por necesidad ahora en Cambridge, aunque en realidad estaba en el bosque de Kobernauss. La posibilidad que he tenido siempre de poder pasar con la cabeza inmediatamente de una cosa a otra, ya de niño podía pasar inmediatamente de una cosa a otra. Y precisamente el hecho de poder ser eficaz en grado máximo precisamente en Cambridge para el bosque de Kobernauss y en el bosque de Kobernauss eficaz en grado máximo para Cambridge, y el hecho de que la intensidad para el uno es mayor cuando estoy en el otro, y a la inversa, y la posibilidad de ceder a esa posibilidad, porque he dominado ese mecanismo ya desde mi más temprana infancia, así Roithamer. Construir el Cono sin el hecho de que enseño y estudio en Cambridge, y estudio cuando enseño, al enseñar estudio, y a la inversa, y haber podido intensificar absolutamente mi rendimiento sin el hecho de la construcción del Cono es inimaginable. Adelantamos muy a menudo con rapidez y con la mayor seguridad, en un trabajo u ocupación o pasión y así sucesivamente (sumamente fatigoso), así Roithamer, porque al mismo tiempo hemos iniciado, realizamos, hemos emprendido y no abandonamos ya otro trabajo u ocupación o pasión semejante, así Roithamer. Realizar un trabajo u ocupación o pasión, que nos lleva muy a menudo al borde de la desesperación, a menudo sólo por el hecho de un segundo esfuerzo semejante. Sólo yo había podido tener esa idea de construir, es

decir, de planificar y construir realmente ese Cono, se decían todos, y tenían razón. Comprender claramente las causas que llevaron a esa idea, porque probablemente todo fue causa de esa idea. La causa de la idea y la realización de la idea como efecto de esa causa original, así Roithamer, como consecuencia lógica, lo mismo que la realización de la idea como causa de la terminación de la idea, y así sucesivamente. Construir es la más hermosa, la *suprema satisfacción*, *suprema satisfacción* subrayado. Todos tienen el deseo de construir, pero no todos tienen la posibilidad de construir, y todos los que construyen tienen esa satisfacción. Y sólo cuando construimos algo que todavía no ha construido nadie. *Suprema satisfacción*, *suprema satisfacción* subrayado, el terminar una obra del arte de la construcción, planificada por nosotros mismos y por nosotros mismos ejecutada. Ya podemos terminar un trabajo filosófico, ya podemos terminar un trabajo literario que sea el que más haga época y el más importante en general, no tendremos la *suprema satisfacción*, la *satisfacción* que tendremos cuando hayamos logrado una construcción y, por añadidura, una construcción que nadie haya construido nunca antes de nosotros. Habremos alcanzado entonces todo lo que es humanamente posible. Incluso aunque la terminación de esa construcción nos haya costado con toda evidencia todo y, realmente, nos haya aniquilado. El precio de una construcción así, como obra de arte, que es nuestra propia construcción y la única en el mundo, sólo puede serlo *todo*, *todo* subrayado. Al principio tememos acercarnos siquiera a una idea así, esa idea, que con el tiempo nos dominará totalmente, nos tendrá que aplastar en definitiva, pensamos, así Roithamer, habrá sido una monstruosa rebelión en contra de nosotros, por una parte, y a favor de la idea, y por otra en contra de la idea y a favor de nosotros, pero, en fin de cuentas, sin embargo, una rebelión en contra de nosotros y a favor de la idea. La idea exige de nosotros que la realicemos, exige ser llevada a la práctica y no cesa de exigir de nosotros su realización. Queremos renunciar siempre, pero finalmente no renunciamos, porque nuestra naturaleza está en contra de esa renuncia y emprendemos realmente la realización de la idea. Nuestra cabeza, todo nuestro ser, no son de repente más que esa idea. Ahora nos favorece aquello por lo que siempre hemos sufrido, nuestro origen y todo lo relacionado con nuestro origen, en mi caso, todo lo relacionado con Altensam, todo lo que es, sobre todo y en primer lugar, la historia de nuestro origen, aunque esa historia de nuestro origen no consista para nosotros más que en un martirio. Todo nos es provechoso, y lo más horrible lo más provechoso. Tenemos esperanzas de realizar nuestra idea, porque por el martirio de nuestro origen y por el martirio de nuestro presente, porque el presente no sólo lo sentimos, es también sólo martirio, como es sólo martirio para nosotros la historia, porque ese martirio de la historia y del origen nos hace capaces en alto y en el más alto grado cuando esos martirios son grandes y los más grandes. Cuanto mayor es la idea y, por consiguiente, cuanto más alto es el objetivo como idea, tanto mayores martirios de historia y origen son necesarios. De pronto tuve conciencia del inmenso capital para mi idea, derivado del capital de martirios de mi origen y de mi historia y

de la historia relacionada conmigo en general, y pude emplear todos esos medios puestos de repente a mi disposición, con una mente clara. Porque, qué ha sido para mí Altensam más que historia en calidad de martirio, origen en calidad de martirio y presente en calidad de martirio, si se me quitan los escasos rayos de luz, por ejemplo las totalmente peculiares condiciones naturales de aquí, las condiciones de las rocas, los animales, las plantas y así sucesivamente, como única posibilidad de retirarse y así sucesivamente, así Roithamer, historia humana, natural y artística como martirio, como la posibilidad de alcanzar mi objetivo, así Roithamer. En el punto final de las condiciones que han reinado siempre aquí. El *fundamento* Altensam, fundamento subrayado, sobre el que pude realizar mi idea, pude terminar el Cono, así pues, Altensam y todo lo relacionado con Altensam fue absolutamente necesario, porque una cosa sale siempre de todas las demás, así Roithamer. El Cono, tal como es, impensable sin Altensam, lo mismo que todo es impensable sin todo lo demás y así sucesivamente, así Roithamer. La *idea aterradora*, así Roithamer, que, cuanto más aterradora, tanto más próxima está a su realización. Así, en el punto final de mis observaciones, hechas en mi infancia y en mi juventud en Altensam, todo ha sido necesario para la realización y terminación del Cono, todo en el (y dentro del) Cono, todo lo demás y así sucesivamente, así Roithamer. Al estudiar Altensam y estudiar a mi hermana e intentar pensar a fondo Altensam y mi hermana, y al llevar cada vez más lejos esos intentos, hasta que no me fue posible llevarlos más lejos, pude construir y realizar y terminar el Cono. Porque me aventuré en el horror del proyecto de construir el Cono, en *la monstruosidad*, la monstruosidad subrayado, de mi vida, así Roithamer. Como si antes, en todos mis años de desarrollo, que no fue más que un desarrollo orientado al Cono, yo hubiera vivido, hubiera existido orientado a esa monstruosidad. Hay que acometer y realizar y terminar la monstruosidad, y todo el mundo tiene en su vida una monstruosidad así, o dejarse aniquilar por esa monstruosidad antes de haber penetrado en una monstruosidad así. Por eso los hombres vacilan siempre en un punto determinado de sus vidas y, de hecho, siempre en el punto decisivo de sus vidas que se refiere a si deben acometer la monstruosidad de su vida o dejarse aniquilar por esa monstruosidad antes de haberla acometido. La mayoría prefieren dejarse aniquilar por esa monstruosidad a acometerla, porque su naturaleza no es una naturaleza que pueda acometer y realizar y terminar su monstruosidad, es una naturaleza que es aniquilada por una monstruosidad así antes de que la hayan acometido. Ya la idea surgida aniquila a la mayoría, así Roithamer. Y una monstruosidad así como obra de arte, como obra de arte de una vida, cualquiera que sea esa monstruosidad, y todo hombre tiene la posibilidad de una monstruosidad así porque su propia naturaleza es siempre una posibilidad así, sólo puede acometerse, y realizarse y terminarse con todo lo que se es. Entonces, cuando acometemos una monstruosidad así, estamos sólo en un estado de desamparo y nada más que en nosotros mismos, solos con nosotros mismos y con nuestra idea como monstruosidad, y todo está en contra de nosotros. Queremos, porque creemos que no

podemos hacer ya otra cosa, renunciar una y otra vez, porque no podemos saber que nuestra naturaleza está absolutamente capacitada para una monstruosidad así, lo que sólo vemos cuando hemos realizado y terminado esa monstruosidad como idea, lo mismo que yo no supe si estaba capacitado para el Cono antes de haber terminado el Cono. Pero, cuando hemos alcanzado nuestro objetivo, no sabemos ya nada del camino hacia ese objetivo, y una y otra vez, y con dudas cada vez mayores durante toda la vida, no podemos creer ya que hemos alcanzado nuestro objetivo, la realización y terminación de nuestra idea como Cono por ejemplo, así Roithamer. Al final, cuando hemos alcanzado nuestro objetivo, cualquiera que sea ese objetivo, aunque ese objetivo sea lo que se llama una obra del arte de la construcción, nos asustamos de ello. Intento de descripción de Höller, de los Höller y de la buhardilla de los Höller: antes de abordar el estudio de la Estática, visité a Höller para observar a Höller, primero observar a Höller y luego la casa que se construyó sacándosela de su propia cabeza y con sus propias manos, lo estudié, el estudio de una cosa presupone siempre el estudio de otra de la que la primera ha salido. Höller me recibió en su casa y en su familia con la mejor disposición, porque no bastaba que yo, como de costumbre, estuviera de visita corto tiempo en casa de los Höller, opinaba yo, sino que hacía falta que, libremente, viviera en su casa con todos ellos, observando su persona y su obra de construcción y a su familia tanto tiempo como me pareciera necesario, *tanto tiempo como fuera necesario*, que existiera como creía que tenía que existir para poder abordar la realización de mi idea de construir el Cono. Porque la idea de construir el Cono, tampoco Höller podía imaginarse nada en forma de cono y también Höller *tuvo que* percibir la idea de construir el Cono en el centro del bosque de Kobernauss como demencial, eso pude observarlo en él, porque la idea de construir el Cono sólo podrá realizarse cuando yo tenga las ideas claras sobre la casa de los Höller, le dije a Höller, y también que era necesario que yo tuviera mi puesto en la buhardilla de los Höller, porque ya desde siempre, ya cuando la vi por primera vez, la buhardilla de los Höller me pareció la residencia ideal para pensar. Observar e investigar a fondo la casa de los Höller, la casa de los Höller y, al mismo tiempo, la persona de Höller era lo primero que tenía que hacer antes de abordar la realización de mi plan, la edificación del Cono. Intenté hacer comprender a Höller mi proyecto, y me comprendió enseguida. Y Höller informó a su familia de la causa y de la utilidad de mi estancia en casa de los Höller, y les dijo también a los niños con qué fin yo viviría y existiría ahora durante semanas en casa de los Höller, totalmente para mí mismo, concentrado siempre en mi idea. Porque tenía que conseguir penetrar totalmente en la casa de los Höller, primero comprenderla y luego penetrarla, para poder abordar la planificación de mi propia idea. Para ese fin, no necesitaba más que mis dotes de observación y la utilización oportuna de mis dotes de observación en mi objeto de observación, precisamente la casa de los Höller. Así, no me llevé nada, salvo lo más necesario y la voluntad de poder comprender e investigar la casa de los Höller, de comprender e investigar la casa de los Höller y, al mismo tiempo, a Höller



y su *constitución* mental y a la familia de Höller, y la buhardilla, en la que me instalé un día de abril, muy de mañana, porque me había marchado muy pronto de Altensam a fin de que nadie pudiera verme marchar, ya que había querido irme de Altensam sin ser visto, sin ser notado, lo que conseguí; cuando tenemos el propósito de hacer algo inusitado e insólito, por ejemplo la idea de construir el Cono, así Roithamer, tenemos que proceder con todo sigilo, en lo posible sin ser reconocidos en nuestros actos. Así, habiendo llegado la víspera de Inglaterra a Altensam, bajé *esa misma noche* a casa de los Höller para hablar con Höller sobre si era posible que, ya a la mañana siguiente, me instalase en casa de los Höller y persiguiera mi objetivo, y Höller comprendió enseguida, en el salón de abajo, allí, donde hacen sus comidas, también esa sala, precisamente para el fin de hacer las comidas con toda su familia, había sido proyectada y realizada en todos sus detalles por Höller de una forma ideal para ese fin, lo mismo que todas las salas de casa de los Höller, y me pregunto de dónde le venía esa maestría, ese arte de la construcción, que se podía ver, por lo menos reconocer o por lo menos percibir en todos los detalles de su casa, así pues en el salón de abajo, donde estaban todos juntos cenando juntos, había entrado yo, llamando al mismo tiempo, sorprendido por el silencio que había en el salón, cuando, sin embargo, todos los Höller estaban en él, de forma que, durante toda la comida, no dijeron palabra y Höller me indicó sólo que me sentase con ellos, la mujer de Höller se levantó enseguida y me trajo de la cocina algo de comer, algo distinto de lo que ellos comían, ya no sé qué comían, ya no sé lo que me dieron de comer, sólo recuerdo que era algo distinto, pero ni una palabra en todo el tiempo, quise decirles algo a los niños, pero, sólo con su silencio, los niños me hicieron imposible decirles nada, y también el propio Höller y la mujer de Höller, de forma que en todo el tiempo, durante esa cena, no pude exponer el objeto de mi venida, no me preguntaron nada, y tampoco tuve la sensación de tener que hablar, por otra parte, yo acababa de llegar de Altensam y, esa tarde, de un enfrentamiento con mi madre, que finalmente había sido un violento enfrentamiento de todos contra todos en Altensam, después de mi llegada se había producido enseguida una disputa sobre la pintura, como yo creía, innecesaria que acababa de hacerse del edificio de la explotación, la cual me había llamado la atención enseguida a mi llegada a Altensam y me había inducido a preguntar por qué se había pintado otra vez de pronto, sin motivo, el edificio de la explotación que, sin embargo, yo recordaba exteriormente en muy buen estado, y si había tenido mi madre esa idea y, sin decir esa idea demencial, característicamente demencial y absurda de mi madre y, en mi opinión, realmente superflua, mi madre, como es natural, porque siempre estaba al acecho, había oído lo que yo no había dicho en absoluto, lo mismo que oía siempre todo lo que no se decía pero se pensaba, sin embargo, en contra de ella, y siempre he pensado sólo en contra de ella, durante toda mi vida he pensado siempre sólo en contra de mi madre, aunque lo pensado quedara la mayoría de las veces inexpresado, pero ella lo oía siempre, aun cuando no lo expresara, y por eso surgían continuamente altercados en Altensam, apenas había llegado, una disputa, ya

esa tarde, ni siquiera había llevado a mi habitación mi bolsa de viaje, todavía abajo, en el vestíbulo, no me había podido contener y había preguntado a mi madre quién había tenido la idea de pintar otra vez el edificio de la explotación, porque el edificio de la explotación no necesitaba ser pintado, precisamente la *antigua* pintura, ya algo antigua pero no tan antigua en absoluto y, como creo, de un tono rojizo, le iba mucho mejor al edificio de la explotación, a todo el carácter del edificio de la explotación en su lado del este, hacia levante, porque es importante tener en cuenta la situación de un edificio así cuando pensamos en la pintura de un edificio así, y por eso no me había causado ninguna alegría ver el edificio de la explotación, le había dicho a mi madre, mientras que, cuando todavía estaba pintado de aquel color rojizo, me había alegrado siempre verlo, especialmente al atardecer, pero ahora no me alegraba nada, así dije, y sólo podía tratarse de una idea suya, de mi madre, el pintar el edificio de la explotación de aquel espantoso color verde, causando además con ello enormes e inútiles gastos de pintura, sólo había acusado a mi madre con el pensamiento, pero ella, de oído muy fino para todo lo que yo pensaba, había oído ya, expresado por mí, lo que yo había pensado sólo en mi interior, aunque yo, porque al fin y al cabo tenía plena conciencia del efecto, no hubiese expresado jamás lo que pensaba, y tampoco había pensado inmediatamente después de llegar de Inglaterra, provocar un enfrentamiento con mi madre, porque tampoco estaba con tanta frecuencia en Altensam como para poder permitírmelo, siempre había pensado al llegar a Altensam, con tanto mayor decisión cuanto más cerca llegaba de Altensam, que por lo menos no tenga un enfrentamiento con mi madre, hacer todo lo que sea necesario para que no sea posible un enfrentamiento con mi madre, pero, apenas había llegado a Altensam, ya estaba ahí el enfrentamiento con mi madre, la mayoría de las veces ni siquiera me había sentado aún y ya estaba profundamente sumergido en algún enfrentamiento con mi madre, y los reproches, que eran a menudo inmediatamente muy altos, convocando a los demás, no podían ser ya reprimidos, y toda la aversión mutua, y todo el odio mutuo, contenidos sólo un instante o sólo por breves instantes, estallaban otra vez abiertamente, ensombreciendo la escena. Nada he temido tanto durante toda mi vida como los enfrentamientos con mi madre, pero esos enfrentamientos habían estallado siempre y, de hecho, siempre inmediatamente, en los primeros instantes de nuestro encuentro, sin poder ser ya reprimidos. Esa tarde, en la que había tenido el propósito de descansar en Altensam, después de tantos meses fatigosos, todo un largo semestre, en el espantoso clima inglés, más largo y más fatigoso aún y, por ello, más horrible, de relajarme en Altensam, por una vez, bastante tiempo, como había tenido el propósito, bastante tiempo en Altensam que, por otra parte, era más apropiado para ello que ningún otro lugar aunque, sin embargo, jamás había estado realmente disponible para ese propósito, por el hecho de haber visto enseguida a mi llegada la nueva pintura del edificio de la explotación, y de haber visto enseguida que se trataba de una pintura de mal gusto, de una pintura aplicada sin cabeza y que además, como sospeché en el acto, había costado un montón de dinero, que en definitiva era también

mi dinero, tuve inmediatamente ese enfrentamiento con mi madre, enseguida nos lanzamos a la cabeza todas las acusaciones imaginables, diciendo al mismo tiempo una y otra vez y, de hecho, unas veces yo a ella y otras ella a mí, *pero cálmate, pero cálmate*, lanzándonos el uno al otro, una y otra vez, ese *pero cálmate, pero cálmate* claramente perverso, y probablemente a causa de ello nos habíamos hundido cada vez más en el enfrentamiento, y finalmente, como siempre, al terminar el enfrentamiento estábamos totalmente agotados, siempre salíamos de esos enfrentamientos sólo como personas totalmente agotadas, que luego sólo con esfuerzo y sólo con la más extrema fuerza de voluntad podían tenerse siquiera derechas, y entonces mi madre, en el punto culminante del agotamiento causado por el enfrentamiento, me había invitado a comer y beber algo con ella y, de hecho, por razones de comodidad, en la cocina, en la que ese día no había nadie, la cocinera tenía su martes libre, a tomar una pequeña comida que ella misma había preparado para los dos, por decirlo así para darme la bienvenida, y yo había seguido a mi madre a la cocina y, en silencio, había tomado con ella una taza de té, no había comido nada, como es natural, porque para eso no estaba ya en condiciones. Allí estábamos, sentados en la cocina después del enfrentamiento, así Roithamer, todo era en el fondo siempre lo mismo, luego, tenemos el enfrentamiento, vamos a tomar un té, nos sentamos ahí en silencio, totalmente agotados, no somos ya capaces de odiarnos, sencillamente, sentados uno frente a otro, dejamos que venga lo que venga, lo que sea, no se puede hacer nada, y ella me pedía entonces de pronto que le describiera mi viaje, cómo había sido el viaje, si hacía mal tiempo o buen tiempo en Londres, qué había hecho yo en ese intervalo, amigos, investigadores, todos esos puntos se sucedían, pero sólo la forma en que ella decía *Cambridge*, en que decía *Londres*, tenía que sublevarme inmediatamente otra vez contra ella, la forma en que decía *Dover*, la forma en que decía *Bruselas, Colonia*, observándome luego ininterrumpidamente, y me preguntaba con palabras provocativas, que eran siempre las mismas palabras provocativas, cuándo había vuelto de Inglaterra a casa, no quería dejarse nada, nada debía escapársele, pero yo era la mezquindad, el silencio como siempre. No se me podía sacar nada. Intenté comerme un pedazo de pan y, observado por ella, en su poder, como ella creía, se me atragantó. Como siempre, mis hermanos estaban en sus habitaciones, y pensé que estaban esperando en sus habitaciones a que nuestro enfrentamiento de rigor hubiera terminado, a que nos hubiéramos *calmado*, como ellos creían, y que luego vendrían, se mostrarían a su hermano que, al marcharse a Inglaterra, se había sustraído a todos ellos. *Sin decir palabra*, sin decir palabra subrayado, me había levantado y había dejado a mi madre sola en la cocina y me había ido de Altensam y bajado al Aurach, a casa de los Höller. Del enfrentamiento con mi madre al silencio de los Höller. Sentado a la mesa en el salón de los Höller, cenando con los Höller, *algo distinto que ellos*, subrayado, bajo la impresión del enfrentamiento con mi madre y, por consiguiente, en un estado debilitado, observado ahora por los Höller de forma distinta que por mi madre, distinta *en qué*, en qué subrayado, no se puede decir, pero

se trataba de una forma de observar totalmente distinta, porque eran unas dotes de observación totalmente distintas y porque los Höller son distintos de las gentes de Altensam, pensé, aunque no son sencillos, las llamadas gentes sencillas no son sencillas, por una parte bajo la impresión del enfrentamiento con mi madre, en relación con la nueva pintura del edificio de la explotación, lo mismo que bajo la impresión del silencio de mi madre y mío en la cocina de Altensam, del estado de silencio entre yo y mi madre, con conciencia de que también esta vez habíamos tenido otra vez el enfrentamiento que los dos, tanto yo como mi madre, temíamos siempre desde que anunciaba mi llegada a Altensam, y que se había producido también entonces, una vez era la nueva pintura del edificio de la explotación, otra alguna adquisición o alguna accesión, alguna especulación inmobiliaria con la que yo o con la que mi madre no podíamos estar de acuerdo, o era mi padre la causa, recluso ya nada más totalmente en sí mismo y cuya presencia era ya imperceptible, y por otra, luego, el silencio en el salón de los Höller, que me afectaba ahora y me condenaba al mismo silencio de los Höller a la mesa. Durante todo el tiempo, ni una palabra en la mesa de los Höller en el salón y, acabada la cena, los Höller se levantaron, también el propio Höller, y la mujer de Höller recogió los platos, en silencio, todos salieron del salón, en silencio, los niños se fueron a la cocina, detrás de su madre, para lavar los platos y Höller fue al vestíbulo, yo lo seguí y sólo allí, después de haberle dado las gracias por la ceña, pude exponer la razón de que ahora, esa misma velada, hubiera venido a casa de los Höller, porque tenía la intención de alojarme algún tiempo en casa de los Höller, y le rogué a Höller que me dejara *habitar* algún tiempo en la buhardilla de los Höller, al fin y al cabo yo estaba en condiciones, lo que no había creído ya, de dar una explicación de mi deseo, que para Höller había sido un deseo formulado de forma totalmente inesperada, al contemplar, observar e investigar a fondo tu casa, y hacer al mismo tiempo lo mismo contigo y con todo lo relacionado contigo y con tu casa, le dije, me prepararé del mejor modo posible para mi plan de construir el Cono. Höller estuvo de acuerdo con mi propuesta, yo podía instalarme al día siguiente en la buhardilla, opinó, me traeré sólo lo más necesario, dije, podía quedarme en la buhardilla tanto tiempo como quisiera, dijo, tanto tiempo como considerase necesario, para él era un placer poder contar algún tiempo con mi compañía, ya sólo el pensarlo, así Roithamer. Habíamos estado sólo poco tiempo en el vestíbulo de los Höller, y entonces Höller tuvo que irse al taller, a la sala de taxidermia, y yo me despedí, me era muy agradable saber que sólo por poco tiempo, así pues, también el temor de tener que quedarme en *esas circunstancias*, esas circunstancias subrayado, en Altensam, donde, en el fondo, había querido relajarme y reponerme, en *condiciones* horribles, como había creído, un período bastante largo, ese temor, pues, había sido inútil, y subí a Altensam dando un rodeo, por el avellonar que conocía desde mi infancia y que me encantaba, y me retiré a mi habitación, después de haberme mostrado brevemente a mis hermanos, mi hermana estaba en la ciudad en casa de una amiga. Después de una noche de

insomnio, como en Inglaterra en todos esos últimos tiempos, fui ya muy de mañana, creo que alrededor de las cinco de la mañana, pero sin embargo en un momento en que Höller estaba ya levantado y ocupado en su taller, a casa de los Höller, para inspeccionarla ya científicamente desde el primer instante, me había dispuesto ya a la contemplación y observación e investigación a fondo de la casa de los Höller y, desde el principio, todo eso me proporcionó el mayor placer. Sobre todo, tuve inmediatamente la posibilidad de comparar, al contemplar a Höller y contemplar su casa y estudiar a Höller y estudiar su casa, y lo característico de Höller era también lo característico de la casa de los Höller, lo mismo que el interior de Höller era el interior de la casa de los Höller, por el hecho de estudiar la casa de los Höller podía ver de pronto dentro de Höller, y a la inversa, al estudiar a Höller podía ver dentro de la casa de los Höller, una cosa era al mismo tiempo también la explicación de la otra. Hubiera podido decir sin más, así Roithamer, que el interior de Höller era el interior de su casa. Hubiera podido decir que la fuerza (o la debilidad) del carácter de Höller se expresaba muy claramente en el interior (y en el exterior) de su casa. Y lo mismo que la mujer de Höller se subordina a Höller y los hijos se subordinan a su padre, sin renunciar nunca, ni por un instante, a sí mismos, así pensaba, se someten a la casa de los Höller, sin renunciar a sí mismos al mismo tiempo. La casa de los Höller concuerda con Höller y él y todos los demás habitantes de la casa de los Höller se comportan en ella, en su casa, de una forma concordante. Y de dónde, me preguntaba, sacó Höller la idea de esa casa suya, porque yo tengo plena conciencia de que la idea de construir el Cono para mi hermana la he sacado de Höller y de su casa en la garganta del Aurach. Pero hasta hoy no le he preguntado de dónde sacó la idea de construirse su casa, aunque como es natural debe de haber sacado la idea de una casa que otro construyó para sí (o para otro) antes que él y que, probablemente, se encuentra en las proximidades, porque Höller no ha andado mucho por ahí. Probablemente, sin embargo, Höller no sabe en absoluto de dónde sacó la idea de construirse su casa y de construirla como finalmente la construyó, concorde con él, y concorde con él de una forma tan claramente visible como no he visto otra. Le preguntaré de dónde sacó su idea, pensé, y le pregunté a Höller de dónde había sacado su idea, porque tenía que saberlo al contemplar y observar e investigar a fondo su casa, de forma que era imprescindible. Pero Höller no puede recordar de dónde sacó la idea de construir la casa de los Höller. Probablemente la casa que le dio a él, Höller, la idea de construir la casa de los Höller se encuentra, pensé, en la proximidad más próxima de la casa de los Höller. Por otra parte, no hay ninguna casa que entre en consideración, pensé, así Roithamer. Puede ser también que Höller no haya visto en absoluto el modelo de su casa en la realidad, porque en la realidad no hay ningún ejemplo para la casa de los Höller en la proximidad de la casa de los Höller, pensé, así Roithamer, tiene que venir de un sueño. Entonces, sin embargo, es muy posible, pensé, que Höller no haya visto sólo el modelo de su casa en sueños, sino directamente la propia casa de los Höller. Sólo necesitó confiar en lo que había visto

en sueños e imitar exactamente eso que había visto en sueños, así Roithamer. Como domina lo artesanal y adquirió en todos los libros imaginables, como me consta, también en los que yo mismo me he procurado para mi propia idea, los conocimientos de construcción necesarios, todavía libres, fue nada más que una cuestión de fuerza de voluntad y perseverancia para Höller el poder construir la casa de los Höller. El que la construyera precisamente en la garganta del Aurach no fue una cuestión de costos de terreno bajos, al contrario, los costos del terreno eran precisamente aquí, en la garganta del Aurach, como me consta, especialmente altos, es sólo algo característico en Höller. Lo mismo que es característico en mí construir el Cono para mi hermana en el centro del bosque de Kobernauss. Tengo conciencia de la monstruosidad de realizar mi plan, me dije, después de tener conciencia de la monstruosidad de Höller de construir la casa de los Höller, pero la monstruosidad real fue luego mucho más monstruosa que lo que me había imaginado nunca. Pero para mí es la misma monstruosidad construir y realizar y terminar el Cono que para Höller construir y realizar y terminar la casa de los Höller, así Roithamer, todo lo relativo a su casa, la casa de los Höller, pensé, así Roithamer, concuerda con él exactamente, lo mismo que conmigo todo lo relativo al Cono para mi hermana. Y como Höller me había sido siempre familiar, ahora me era familiar también la casa que él (para sí y para los suyos) había construido, todo en esa casa me es familiar, pensé, y fui por una parte de arriba a abajo, y por otra de abajo a arriba por la casa, inspeccionándolo todo y controlándolo todo a mi modo científico, pero vi que tanto el interior de la casa como el exterior de la casa de la garganta del Aurach, o sea, que toda la casa de los Höller me era ya, efectivamente, familiar, familiar en un ciento por ciento, me dije. Así pensé que también debía serme familiar todo en el Cono que había de construir y realizar, familiar al ciento por ciento o, por lo menos, aproximadamente al ciento por ciento, porque mi hermana, para quien yo quería construir el Cono, primero *quería*, pero luego, con la mayor decisión y resolución, *tenía que* construir, tenía que subrayado, me era familiar al ciento por ciento. Cuando haya asimilado completamente el ser de mi hermana, con el entendimiento por una parte y con toda mi conciencia emocional por otra, podré empezar la construcción del Cono, así Roithamer. Y yo mismo me pregunto por qué Höller me ha alojado en la buhardilla de los Höller que, sin embargo, como veo ahora, pertenecía por completo a Roithamer, no sólo porque yo era la persona de más confianza de Roithamer y porque le dije a Höller que ahora y, de hecho, sólo en la buhardilla de los Höller, quería ocuparme del legado de Roithamer, sino probablemente porque le pareció completamente natural que yo, con el fin de examinar y ordenar el legado de Roithamer, quisiera alojarme en la buhardilla de los Höller. Porque la buhardilla de los Höller estaba toda llena del espíritu de Roithamer, le dije a Höller, y por eso no conocía ningún lugar más apropiado para ocuparme del legado de Roithamer que la buhardilla de los Höller, que era apropiada en un ciento por ciento para ocuparse del legado de Roithamer, también me sería posible en la buhardilla de los Höller,

mientras me ocupaba del legado de Roithamer, echar una ojeada a los libros y escritos que Roithamer había reunido en la buhardilla de los Höller, sobre todo para la construcción del Cono, y que había que poner en relación con el legado de Roithamer, lo que él había leído con lo que finalmente había escrito, yo tenía que poner en relación una cosa con la otra y todo junto en relación con Roithamer. Todo eso que yo tenía ahora la posibilidad de inspeccionar como perteneciente a Roithamer y dejado por Roithamer, para mi trabajo en el legado de Roithamer, estaba tal como Roithamer lo había dejado poco antes de su suicidio, así Höller, después de salir Roithamer de la buhardilla de los Höller nada había sido tocado por otro, él era el único que penetraba en la buhardilla, no dejaba entrar a nadie, ni siquiera a su mujer y a sus hijos, que por curiosidad habían expresado una y otra vez el deseo de poder entrar en la buhardilla de los Höller, que en el fondo era ya la buhardilla de Roithamer, pero su padre, Höller, les había prohibido siempre la entrada. El Cono, le había dicho a Höller a mi llegada, era algo único no sólo en Europa sino en todo el mundo, jamás antes había construido nadie un cono así, en el curso de los siglos, en el curso de la historia de la construcción se había intentado a menudo construir un cono habitable, un cono puro como objeto habitable, le dije a Höller, pero jamás se había logrado, *ni en Francia, ni en Rusia*, como escribe Roithamer, ni en Francia, ni en Rusia subrayado. Él, Roithamer, había tenido que ir a la buhardilla de los Höller para tener la posibilidad de construir el Cono, había hecho de la buhardilla de los Höller su *oficina de proyectos para la construcción del Cono*, oficina de proyectos para la construcción del Cono subrayado, porque una cosa grandiosa sólo podía nacer siempre de otra cosa grandiosa, o sea, en su caso, el Cono de la casa de los Höller. *En el fondo*, en el fondo subrayado, jamás había habido dificultades de comprensión entre él, Roithamer, y Höller. Intento de descripción de mi madre, la mujer de Eferding, así Roithamer, en relación con mi hermana: primero, características esenciales. En verdad, intenté varias veces convivir con mi madre en Altensam, lo mismo que ella, probablemente, intentó poder convivir conmigo, pero esos intentos fracasaron siempre ya en sus comienzos y no fueron otra cosa que intentos inútiles, que destruían tanto la razón del uno como la del otro y que, en definitiva, eran intentos que atacaban y desintegraban todo lo que había dentro de ellos y, a continuación, lo aniquilaban todo en ellos. En verdad, siempre fue para ella un horror convivir conmigo, y a la inversa, en lo que a mí se refiere, con mi trabajo y mi pasión en lo referente a mi trabajo, obsesión y nada más, porque realmente siempre fue así, que *todo* era siempre mi trabajo, todo subrayado, y mi madre, simplemente porque era mi madre, se esforzaba siempre, no se esforzaba por mí, pero se esforzaba sin embargo, lo mismo que yo no me esforzaba por ella, pero sin embargo me esforzaba, pero esos esfuerzos se revelaban siempre enseguida como esfuerzos infames realizados *por el buen orden*, por el buen orden subrayado, porque lo que para su naturaleza era odioso jamás fue para mí odioso, lo que le era agradable me era desagradable, lo que provocaba su interés jamás provocó mi interés, a aquello a lo

que era sensible jamás fui yo sensible y así sucesivamente, así Roithamer, y la mujer de Eferding era exactamente una naturaleza que tenía que rechazarme y aniquilar Altensam o, por lo menos, su naturaleza era tal que tenía que acelerar el proceso de destrucción y aniquilación de Altensam, esas personas como caracteres o caracteres como naturalezas salen de repente, como mi madre, la mujer de Eferding, de Eferding, de su lugar de origen, para ir a otro a fin de destruirlo y aniquilarlo, da igual que se den cuenta de ello o que no, la mujer de Eferding se daba cuenta muy bien. Este intento como descripción o esta descripción como intento y con toda la imperfección, la inseguridad, que caracteriza estos intentos o descripciones o intentos de descripciones míos, alusiones fragmentarias a desviaciones en Altensam y así sucesivamente, como siempre los he hecho para tener las ideas claras sobre Altensam, este intento sólo porque he oído hablar del llamado Día de la Madre, y es esa frase provocativa, Día de la Madre, el motivo de esta nota. Lo mismo que ella, poco me importa, tenía que fracasar siempre en las pequeñeces más pequeñas, las llamadas fruslerías, disciplinas y arreglos, que fueron siempre las disciplinas y arreglos de Altensam, en general, a lo que se llama intelectual ella no tenía ningún acceso, y tampoco intentaba que le resultase comprensible algo que tenía que despreciar, que tenía que odiar, ni tampoco comprender precisamente algo, lo que fuera, de lo que me ocupaba y por lo que me he atrevido a existir toda mi vida y en lo que tenía que consistir el verdadero significado de mi vida y de mi existencia, pretendía comprender, pero no comprendía, naturalmente, también yo (frente a ella) he pretendido comprender muy a menudo sus relaciones, sin tener la más mínima disposición para comprenderlas ni comprensión siquiera, porque tampoco quería tener en absoluto esa disposición, ella comprendía, decía ella a menudo, y no comprendía nada, pero lo decía, de forma que era algo fingido, lo mismo que yo fingía siempre, en todo lo que se refería a lo suyo, para hacerme posible siquiera Altensam durante largos trechos en su presencia, porque, para mí, sólo la circunstancia de existir, por no hablar de existir de forma adecuada a mi naturaleza, junto a la mujer de Eferding, y para ello no necesitaba verla en absoluto sino sólo comprobar su presencia, era de lo más difícil, todos esos intentos siempre porque seguía considerando Altensam como mi hogar, también durante toda mi época inglesa, pero el hogar es siempre y *en todo caso* un error, así Roithamer, en todo caso subrayado. Si la mujer de Eferding decía que comprendía, era hipocresía y reconocible inmediatamente como hipocresía, ella era sólo sentimientos, y yo no quería tener la menor relación con gentes que sólo existían y actuaban siempre en relación con sus sentimientos, el llamado mundo de los sentimientos me había resultado siempre sospechoso y siempre odioso, personas como la mujer de Eferding, mi madre, pretenden permanentemente comprender y comprensión, pero sólo tienen un sentimiento determinado sin entendimiento, del que los demás son rechazados, e incluso ese sentimiento sin entendimiento es sólo un sentimiento fingido, no una realidad, esa clase de seres femeninos sólo tienen la idea de los sentimientos, y



ninguna idea, en absoluto, del entendimiento, en verdad, pues, ni entendimiento ni sentimientos y lo que fingen como sentimientos y entendimiento no es más que *hipocresía del sexo*, hipocresía del sexo subrayado. Mientras que, durante todos los comienzos, ella había creído siempre arrastrarme a su mundo emocional, y había intentado alejarme de mi mundo, opuesto a ese mundo emocional, empujarme de mi mundo hacia el suyo, luego no lo había intentado ya, porque yo no le había dado ninguna oportunidad para ello, pero el intento de empujarme de mi mundo hacia el suyo había durado mucho tiempo, y también el intento por mi parte de darle a conocer mis intereses, no digo familiarizarla con ellos, lo que hubiera sido un esfuerzo totalmente sin esperanzas, los medios de ella para alienarme de mí mismo y, a continuación, también de mi padre, eran los más variados, los más refinados, con todas las artimañas imaginables e inimaginables había intentado, creído una y otra vez, engañarme con su buen sentido doméstico de Eferding, que nada tenía que ver con el buen sentido, honesto y al mismo tiempo ordinario, tosco y, en todo caso, inclinado siempre a la grosería, hacerme dócil para sus fines, porque era mejor, más inteligente por mi parte, decía, seguirla a ella y no a la inversa, no a mi padre, ya vería y así sucesivamente, pero había tenido que darse cuenta una y otra vez de que sus esfuerzos no tenían éxito, así Roithamer. Su bajeza, que en nada se distinguía de la bajeza de sus compañeras de sexo, era en años posteriores franca repulsión hacia todo lo que a mí se refería, así Roithamer. Jamás había tenido, en su vida, posibilidad de cambiar, para ese cambio le habían faltado sencillamente la voluntad y el instinto y el gusto, y hacerle concesiones a *ella*, ella subrayado, hubiera significado renunciar a todo lo que soy, así Roithamer. Siempre, al venir de Inglaterra, en las primeras horas de mi presencia en Altensam, que se asienta en tan peculiares y, en el fondo, desfavorables condiciones climáticas que sólo para sobrevivir exige ya la fuerza de voluntad más extrema, en los primeros días y horas, que hubieran debido servir para reponerme y relajarme, después del largo esfuerzo de Inglaterra, no le había opuesto a ella, la mayoría de las veces, la menor resistencia, había absorbido primero Altensam tal como era, lo había dejado actuar en mí, y entonces mi oposición, porque realmente ella me irritaba de una forma ininterrumpida, era otra vez máxima y, después de dos o tres días tenía que darme cuenta ya de que no podría reponerme ni relajarme en Altensam, y de que, aunque había sido ya, cientos y miles de veces, víctima del error de que podría reponerme y relajarme en Altensam, también esta vez había sido víctima, al vivir en Inglaterra, en Cambridge, en el error de que podía fatigarme tranquilamente de la forma más extrema en mi trabajo intelectual porque, al fin y al cabo, podría reponerme y relajarme luego en Altensam de ese trabajo intelectual, y había ido siempre a Altensam, por costumbre probablemente nada más, no por la más mínima necesidad de comprensión, por costumbre y no con la seguridad de que allí, en Altensam, se cumpliría lo que deseaba y era necesario, a saber, reponerme y relajarme, al contrario, mis visitas a Altensam, esas horribles visitas por costumbre, se habían basado desde el principio en la realidad de que no podría reponerme y

relajarme en Altensam, sólo excitarme y ponerme malo y volverme loco, por todas esas circunstancias, en el fondo causadas por mi madre, la mujer de Eferding, y debidas siempre a ella, y de que luego, cuando estuviera allí, me vería mezclado enseguida en los altercados y las llamadas luchas por el poder de Altensam, con las que, en el fondo, no quería tener nada que ver, realmente era siempre la mujer de Eferding, mi madre, la causa de ese ambiente de complicaciones y luego, enseguida, de catástrofe, que aparecía inmediatamente a mi llegada, pero muy a menudo, aunque de todos modos debido a ella, era yo mismo, como muestra el ejemplo de la pintura del edificio de la explotación, el causante o el provocador de esos altercados y ambientes catastróficos, que eran siempre y en todo caso totalmente absurdos. Mientras que en los primeros instantes, tengo que decirlo, nos teníamos mutuamente la consideración más extrema, ya después de esos primeros instantes nos mostrábamos mutuamente otra vez una total desconsideración, y no era nada más que cuestión de tiempo el que nos separásemos y me fuera de Altensam, a donde, al fin y al cabo, acababa de llegar, la mutua consideración sólo duraba siempre los primeros minutos, y luego dábamos rienda suelta otra vez a nuestros auténticos sentimientos, que no eran más que auténtica aversión, incluso odio. Pero esos intentos de los primeros instantes, sin embargo, eran interesantes, porque los dos los realizábamos una y otra vez y muy a menudo, siempre con la conciencia además de que ya en poquísimos tiempo, antes aún de que hubiera podido colgar mi abrigo y llevar mi bolsa de viaje al cuarto, antes aún de que hubiera podido siquiera echar una ojeada a Altensam, no me había abierto paso aún más que hasta el vestíbulo, estaban condenados al fracaso, porque nos era evidente a los dos que seguíamos siendo los mismos y habíamos seguido siendo los mismos en el tiempo transcurrido, de forma que no habíamos cambiado, ella, la mujer de Eferding, no había cambiado en Altensam, y yo no había cambiado en Inglaterra, y la idea y el intento realizado sobre la base de esa idea de cambiarnos por nosotros mismos no eran más que locura, presunción y megalomanía, donde no había nada que cambiar no teníamos que cambiar nada, porque no teníamos en absoluto los medios para ello, no habíamos nacido ninguno de los dos con ellos, al contrario, hacíamos el intento de cambiarnos, con plena conciencia de que no podíamos cambiarnos, y el resultado era entonces, cuando habíamos fracasado en llevar a la práctica esas ideas, y eso lo notábamos los dos enseguida después de los primeros minutos, después de las primeras palabras de saludo, aunque también esas palabras nos las dirigíamos en un tono que mostraba que otra vez perdíamos, porque habíamos perdido en el instante en que estábamos frente a frente, mucho peor. Al principio, nos tratábamos siempre como si hubiéramos cambiado, porque creíamos que el tiempo transcurrido nos había cambiado, pero el tiempo transcurrido por sí solo no nos cambiaba jamás, yo seguía siendo yo, lo mismo que ella ella, el tiempo transcurrido, pretendíamos, había hecho de nosotros personas distintas de las que éramos antes de ese tiempo transcurrido, y me convencía de que, de una persona (para ella) insoportable, me había convertido en una persona

(para ella) soportable, lo mismo que ella se convencía de que, en ese tiempo transcurrido, se había convertido en soportable (para mí), cuando, sin embargo, antes (para mí) había sido siempre insoportable y también nos convencíamos de haber realizado esfuerzos por nuestra parte, aunque no supiéramos en absoluto qué clase de esfuerzos, solamente, de eso nos acordábamos, habíamos pensado con el pensamiento en hacer esfuerzos, pero en realidad no nos habíamos esforzado en absoluto en transformar, en poder transformar esos pensamientos sobre esfuerzos en auténticos esfuerzos, porque de otro modo hubiéramos hecho al menos de nosotros una persona aceptable (para el otro), en el tiempo transcurrido, que la mayoría de las veces había sido un tiempo transcurrido rico en acontecimientos, un tiempo transcurrido, en cualquier caso, de los más monstruosos cambios, tanto en Altensam (a causa de ella) como en Inglaterra (por mi causa), pero los cambios se habían producido sólo fuera de nosotros, no dentro de nosotros, habíamos seguido siendo como éramos y lo que éramos antes del período transcurrido correspondiente, al contrario, nuestros caracteres, como habíamos podido comprobar ya muy claramente en nuestro primer contacto, no sólo no habían cambiado sino que se habían endurecido aún, y el mutuo fingimiento de comprensión resultaba entonces tanto más ridículo. Ella no podía ganármela, lo mismo que yo no podía ganársela, porque estaba siempre predispuesta en contra de todo lo que yo era y, por esa predisposición, de forma patológica, su carácter se endurecía más aún en sus propias tendencias, lo quisiéramos o no, eso, al fin y al cabo, es ya indiferente, estuvimos sencillamente, durante toda la vida, ella en contra de mí y yo en contra de ella, por naturaleza, yo estaba totalmente orientado hacia mí, y ella, por naturaleza orientada hacia sí, referidos a nuestros propios intereses y totalmente absorbidos por esos intereses, sólo nos representábamos siempre algo, durante horas, durante días, durante semanas, hasta que todo lo que nos rechazaba, nos separaba, se hacía otra vez claramente visible, sin la menor consideración, hasta que Altensam, lo que quiere decir a causa de la mujer de Eferding, lo mismo que a causa de esa aversión, ese rechazo mutuo, a causa de ese odio mutuo, se había puesto en marcha otra vez de una forma que no sólo nos turbaba sino que nos perturbaba, aquel mecanismo de destrucción, así Roithamer, en el que me repelía todo lo que se refería a ella y a ella le repelía todo lo que se refería a mí. Y, sin embargo, los dos éramos siempre incapaces de no vernos sencillamente más, ella escribía a Inglaterra, invitándome, y yo llegaba a Altensam desde Inglaterra, como si algo hubiera cambiado, cada vez nos separábamos con conciencia de no vernos más, de separarnos para siempre, porque no nos unía absolutamente nada, no teníamos lo más mínimo en común, salvo horror y aversión, nada, pero no era sólo que no pudiéramos realizar nuestra decisión de no vernos más, sino que los intervalos con que yo iba de Inglaterra a Austria, a Altensam, en los últimos años, eran intervalos cada vez más cortos. Y los tormentos a los que nos exponíamos mutuamente, cuando yo estaba otra vez en Altensam, eran cada vez mayores, incluso tormentos ya espantosos, porque habíamos alcanzado ya un alto grado de naturalidad en el arte de

atormentarnos, el odio mutuo era más profundo aún y todo apuntaba a una profundización todavía posible de ese odio, nuestros medios eran, con cada una de mis visitas a Altensam, más refinados. Sin embargo, resulta inimaginable con qué falta de espiritualidad pueden existir personas como la mujer de Eferding, así Roithamer, con qué falta de sentimientos por otra parte, cuando, sin embargo, todo su ser no era más que el sentimiento, y nada más, de actuar en contra de todo y era capaz de oponerse en la máxima medida. Al principio yo había podido pensar aún que su temor hacia todo lo que era espiritualidad y, por tanto, constitución mental masculina, se había convertido en ella en terror hacia todo lo espiritual, así Roithamer, pero, con el tiempo, que, de todos modos, ahora, después de que, sin duda alguna, ella tenía la supremacía en Altensam, había adquirido mayor velocidad, su odio había llegado tan lejos que ella no sólo odiaba lo escrito por mí sino incluso cualquier papel, toda clase de papel, consideraba el papel como base del intelecto, suscitaba enseguida su odio, como si sólo su odio al papel la agotase ya totalmente cada día, pensaba yo a menudo, los lápices, las plumas, suscitaban en ella un odio inimaginable, por no hablar de los libros, los impresos cosidos, las revistas pues, odiaba incluso los periódicos, porque también en el caso de los periódicos se trataba de papel impreso y, por ello, peligroso en grado máximo y, sobre todo, como creía ella, dirigido contra ella, durante toda su vida tuvo odio a los papeles, e hizo de ese odio a los papeles, a todos los papeles del mundo, un odio realmente monstruoso a su entorno, que estaba relacionado con esos papeles, y durante toda su vida se vio perseguida por ese odio como por una o incluso como por *su*, su subrayado, enfermedad mortal, por otra parte, yo mismo tenía constantemente la sensación de que la acechaba, de que le tendía trampas, de que, una y otra vez, le daba motivo para recordar ese odio suyo como enfermedad mortal y de mostrar abiertamente ese odio, de que le tendía las llamadas trampas de papel para descubrirla en su odio hacia el papel, para poder deleitarme entonces otra vez con su odio abiertamente manifestado, su odio al papel, porque de eso no hay duda, así Roithamer, de que yo, como su odio era tan exagerado, como sus comportamientos en general eran tan exagerados, me deleitaba con ese odio suyo y esos comportamientos exagerados, en verdad no pasaban unos minutos sin que yo la criticase o, por lo menos, la mirase críticamente, sin que le tendiera, pues, una trampa inmediatamente después de mi aparición en Altensam, que era siempre una aparición abrupta, y cuando ella caía en esa trampa la criticaba por haber caído en esa trampa, siempre la acechaba y la descubría en alguna forma de comportamiento femenina y para mí repulsiva, y le pedía explicaciones, no pasaban unos minutos después de haber llegado a Altensam sin que la criticase por alguna pequeñez, porque, en el fondo, todo en ella me desagradaba o, mejor aún, porque todo en ella no me era más que repulsivo, en el fondo, ella podía hacer o no hacer lo que quisiera, me era repulsivo, ponerse, por ejemplo, lo que quisiera, me era repulsivo, decir, pensar lo que quisiera, me era siempre sólo repulsivo, ésa es la verdad, así Roithamer, y callar esos hechos no tendría ningún sentido, de modo que

no callaré esos hechos, porque son hechos que nos caracterizan *muy bien a la mujer de Eferding y a mí*, muy bien a la mujer de Eferding y a mí subrayado. Así me preguntaba una y otra vez, como es natural, cómo era posible que dos personas, y por añadidura madre e hijo, pero no un hijo de su madre, sino un hijo de su padre, prescindiendo de eso, cómo era posible que esas dos personas, que se atormentan de esa forma continuamente, que se atormentan mutuamente con una falta de consideración sin precedentes, y que tienen que llevar siempre sus tormentos mutuos hasta el borde mismo de la locura, que se atormentan una y otra vez y se odian una y otra y otra vez, y cada vez más profunda y cada vez más despiadadamente, se reúnan una y otra vez. Sin embargo, probablemente eran esas posibilidades de tormento por ambas partes, precisamente, ese odio por ambas partes, esa disposición para el tormento por ambas partes los que me hacían ir una y otra vez de Inglaterra a Altensam, así Roithamer. Probablemente, así Roithamer, porque necesitaba todo lo que, en los últimos años, a causa de mi madre, la mujer de Eferding, se había convertido en un Altensam espantoso. Y, al fin y al cabo, me iba siempre otra vez enseguida de Altensam y, cuando tenía la posibilidad, iba a la buhardilla de los Höller, que al principio de todo había sido un refugio de libros, un, así llamado, refugio de libros y escritos, porque había reunido en la buhardilla de los Höller todos los libros y escritos imaginables que estaban a mi alcance y eran provechosos para mi intelecto, como también todos los imaginables de los que podía prescindir, y había arrancado de esos libros y escritos, los más importantes, las páginas más importantes para mí y las había fijado en las paredes de la buhardilla de los Höller, así, una y otra vez, páginas de Pascal, mucho de Montaigne, muchas páginas de Pushkin y de Schopenhauer, de Novalis y de Dostoyevski, de Valéry había fijado en las paredes casi todas las páginas de su *Teste*, antes de cubrir las paredes de la buhardilla de los Höller con los planos y los bocetos para la construcción del Cono, a fin de tener una mejor visión de conjunto, pegaba o fijaba siempre en las paredes los papeles importantes para mí, siempre, ya en mi infancia, pegaba o fijaba en las paredes de mi habitación de Altensam los pensamientos de otros más importantes para mí, así pues, en las paredes de la buhardilla de los Höller, primero las frases más importantes para mí de Pascal y Novalis y Montaigne, antes de fijar y pegar en ellas los bocetos y, en general, todos los pensamientos imaginables para la construcción del Cono, y así me iba siempre enseguida de Altensam a la buhardilla de los Höller y podía encontrar refugio en la buhardilla de los Höller en esos pensamientos de las paredes de la buhardilla de los Höller, por el hecho de tener la posibilidad de ir a la buhardilla de los Höller, en la que encontraba todo lo que necesitaba para mi pensamiento y mi *contra*-pensamiento, todos esos pensamientos ajenos y, por medio de todos esos ajenos, también todos mis propios pensamientos, una y otra vez, me era posible, sin hacerme pedazos, marcharme de Altensam, así Roithamer, apenas había llegado a Altensam, no pensaba más que en marcharme de Altensam, porque convivir con la mujer de Eferding me era insoportable desde el primer instante, y me iba a la

buhardilla de los Höller, dando también, a menudo, para ir a la buhardilla de los Höller, un rodeo por Stocket, así Roithamer. Poco a poco había almacenado en la buhardilla de los Höller todos los libros y escritos que tenía en Altensam, y los había puesto allí realmente en lugar seguro, porque, en Altensam, todos esos libros y escritos para mí excepcionalmente provechosos y probablemente, en general, necesarios para la vida, no estaban ya seguros, tenía miedo continuamente de que mi madre, la mujer de Eferding, encendiera un día el fuego con todos esos libros, de que, una vez, ante los ojos de todos, lo que quería decir ante los ojos de mi padre y de mis hermanos y de mi hermana, organizase una gran fogata con mis escritos, lo temí siempre, después de todo, pero ella no hizo realidad ese temor, que era un temor justificado, o no pudo hacerlo realidad antes de que yo pusiera en lugar seguro, en la buhardilla de los Höller, los libros y escritos, todos ellos, ahí, en la buhardilla de los Höller, pensaba siempre desde Inglaterra, esos libros y escritos están seguros, ahí no tengo que temer que una vez, de la noche a la mañana, sean aniquilados por mi madre, la mujer de Eferding, ahí, en la buhardilla de los Höller, deben estar todos mis libros y escritos, y no en Altensam, que les era hostil. Así, el pensamiento de saber que esos libros y escritos míos, no muchos pero sin embargo importantísimos, habían pasado de mi habitación de Altensam a la seguridad de la buhardilla de los Höller había sido siempre para mí, en Inglaterra o en cualquier otro lugar situado muy lejos de Altensam, un pensamiento bueno, que me tranquilizaba. Porque, que mi madre era capaz de quemar o aniquilar de otra forma, de la noche a la mañana, mis libros y escritos, esos libros y escritos leídos y estudiados y reasimilados una y otra y otra vez por mí, de quitármelos simplemente y, de hecho, durante mi ausencia en Inglaterra o en cualquier otro lugar, me había sido siempre evidente. Si nosotros, mi madre y yo, así Roithamer, intentábamos siempre en los primeros minutos de mi llegada a Altensam llevarnos bien, y lo hacíamos todo al menos, aunque fuera en contra de nuestra naturaleza, a favor de ese intento, en definitiva, en poquísimos tiempo, lo hacíamos todo nada más que para probar que no podíamos llevarnos bien en absoluto, y se producía aquella situación caótica, en cualquier caso imposible de soportar por seres humanos, de forma que nos hacíamos mutuamente nuestra existencia sólo un tormento mutuo, quizá ya por costumbre, porque habíamos convivido ya demasiado a menudo en contra de nuestra voluntad y la costumbre del tormento mutuo tenía que desempeñar el papel principal en nuestra convivencia, pero siempre, así creía yo, era *ella* quien tomaba la iniciativa de esos tormentos, aunque efectivamente era yo quien, después de algún tiempo, porque sencillamente, después de un tiempo determinado de adaptación a Inglaterra no aguantaba más, volvía a aparecer en Altensam, y siempre como si fuera posible lo que sencillamente no era ya o jamás había sido posible: que yo pudiera convivir con mi madre, la mujer de Eferding, un tiempo largo ni corto, en absoluto. Intereses intelectuales, ella pudo sólo fingirlos siempre, y en eso no se distinguía en nada de todas sus compañeras de sexo, lo mismo que, al fin y al cabo, creo, todo lo que había en ella interior y exteriormente fue siempre sólo

fingimiento, pero toda esta época en que hoy existimos es una época en verdad opuesta al intelecto, que sólo finge lo intelectual, la tendencia hoy es en contra del intelecto y en favor de lo fingido, lo mismo que, en general, toda esta época en que existimos es fingida, todo es fingido, nada es real, todo es fingido. A mi hermana ella la odiaba, la llamada forma afectuosa en que yo, por mi naturaleza toda, hablaba siempre de mi hermana, a la que amaba realmente más que a nada en el mundo, porque yo me ocupaba casi ininterrumpidamente de investigar el ser de mi hermana y, al mismo tiempo, de amar ininterrumpidamente a ese ser, y porque tenía que mostrar muy claramente ese proceso y efectivamente lo mostraba siempre y, sobre todo, probablemente por el hecho de que yo odiaba a mi madre, la mujer de Eferding, me veía obligado a mostrar de la forma más abierta mi amor y solicitud por mi hermana, el cuidado con que, ya en mis pensamientos, me ocupaba siempre de ella, sólo el cuidado y la delicadeza con los que me esforzaba siempre en tratarla, sin que realmente tuviera que esforzarme por ese cuidado y miramiento, porque eran totalmente naturales hacia mi hermana, eso lo odiaba la mujer de Eferding, como es natural, todo lo que, en el curso de mi vida, me había llamado la atención en mi hermana, haciéndola, cada vez más, el ser particularmente digno de ser amado que fue siempre para mí mi hermana, más y más amado, y convirtiéndola finalmente, en contemplación y sentimiento, en un segundo ser, superior al propio, era para ella, la mujer de Eferding, algo espantoso, al principio ella intentaba siempre, por medio de la llamada simpatía fingida por mi hermana, de quien sabía que estaba tan poco de su parte como yo y que, como es natural, estuvo durante toda su vida de parte de nuestro padre y que, como yo, se había sentido siempre feliz por ello, aunque, la mayor parte del tiempo, con todo secreto, atraerme a su lado, por medio de la llamada simpatía fingida por mi hermana procuraba ganarme, pero precisamente porque el motivo de su simpatía, que era reconocible siempre, sin embargo, como fingida, era un motivo repulsivo, el efecto de sus esfuerzos era en mí siempre repulsivo. Así, mi hermana había tenido siempre un buen gusto innato, heredado de su padre, mientras que mi madre, o sea su madre y mi madre, no tenía absolutamente ningún gusto, jamás había sabido hacerse agradablemente amable y natural mediante la amabilidad y la naturalidad, mientras que mi hermana lo había sabido siempre, así Roithamer, mi madre misma había sufrido por ello y, al final de un camino de sufrimientos bastante largo por esa causa, se había refugiado siempre en Eferding, en casa de su padre, en la carnicería, pero naturalmente sólo para volver luego a Altensam, después de días o semanas, con una falta de comprensión tanto mayor hacia Altensam y con una falta de comprensión tanto mayor hacia nosotros. Pero todo eso no lo sentían mis hermanos, porque al fin y al cabo eran de la misma mentalidad que la mujer de Eferding, y ésta sólo había podido aguantar en Altensam una y otra vez porque sus propios hijos, nuestros hermanos, porque nosotros no nos sentíamos, al fin y al cabo, como hijos suyos sino como hijos de nuestro padre, puedo decirlo tranquilamente, estaban de su lado, porque eran totalmente de su mismo origen, mis hermanos habían

estado también muy a menudo en Eferding y nunca se habían sentido tan bien en ninguna parte como en Eferding, que para mí fue siempre una imposición mental y emocional, y sólo estuve en Eferding unas cuantas veces, obligado, en ocasiones totalmente ordinarias, bodas de parientes de mi madre, entierros de esos parientes, o con el fin de aprovisionarnos durante la guerra de carne de la carnicería del padre de nuestra madre, pero siempre ocurría que los animales eran bajados de Altensam a Eferding, donde se sacrificaban y preparaban en la carnicería del padre de mi madre, mi abuelo materno, y entonces subíamos otra vez a Altensam la carne preparada en Eferding. No era ella, nuestra madre, la que había querido asimilarse a Altensam, lo que hubiera sido lo más natural, sino que intentó asimilarnos *a nosotros*, a nosotros subrayado, a Eferding, lo que naturalmente no consiguió, y en medio de todas las circunstancias reinantes en Altensam, por el hecho de que mi padre fue siempre de naturaleza totalmente peculiar, lo mismo que Altensam era de naturaleza peculiar, por supuesto ese proceso puede ser calificado, todo ese proceso tiene que ser calificado de extraordinario. Puedo decir que ella lo odiaba todo como se odiaba a sí misma, porque, una vez en Altensam, tenía que odiarlo todo y, por ello, odiarse también a sí misma. Pero sería *precipitado* calificarla sólo de persona desgraciada, precipitado subrayado. Lo odiaba todo y odiaba a todos y, en ese proceso patológico, todo se había convertido en una funesta crispación contra todo, naturalmente era una persona desgraciada, pero en su desgracia no estaba sola sino en compañía de casi todas las personas que en ningún instante de su vida han intentado explicarse las causas de su desgracia, que culpan continuamente y sobre todo a las personas de su proximidad más próxima de su propia desgracia, y que jamás se preguntan por la causa única de su desgracia, ella jamás trabajó en sí misma, aunque estuviera siempre llena de dudas sobre sí misma, pero no en medida y de una forma que la obligara a investigar las causas, se había ido enterrando cada vez más y más en su vida, en definitiva sin esperanzas, en contra de Altensam, lo mismo que mis hermanos se habían enterrado, se habían aislado, en su vida sin esperanzas en contra de Altensam, porque sin duda alguna también mis hermanos, que hacían causa común con la mujer de Eferding, se aislaron también, realmente incluso, porque en el fondo habían trabajado siempre con su madre en contra de Altensam, habían logrado, con el tiempo, salir totalmente de Altensam. Enterrados cada vez más profundamente en Altensam, aislados en Altensam, y *habiendo logrado al mismo tiempo salir de Altensam*, así Roithamer, habiendo logrado al mismo tiempo salir de Altensam subrayado. La consecuencia lógica es que ahora, después de haber trabajado siempre en contra de Altensam, tras la muerte de su madre, tras la muerte de la mujer de Eferding, tienen que dejar Altensam, cuando haya liquidado Altensam, el proceso habrá concluido, así Roithamer. También mis hermanos eran gente de Eferding, así Roithamer, y siempre hubo dos bandos que vivían en mutua oposición y existían aún más intensamente en mutua oposición, y que intentaban siempre eliminar esa oposición en el otro, el de la gente de Eferding por una parte, o sea mi madre y mis hermanos, y por otra el de la



gente de Altensam, o sea mi padre, mi hermana y yo. Por su forma de ser en definitiva misantrópica y por su temperamento destructor de su entorno y de sí misma, que era un temperamento de Eferding, el rostro de mi madre se convirtió con el tiempo en un rostro misantrópico y autodestructor, y todos los días, ya al despertar, ella entraba con verdadero pánico en esa misantropía y autodestrucción con su destrucción del rostro, lo mismo que en una maligna enfermedad incurable, con todos esos rasgos faciales malignos, patológicamente malignos, nos acogía ya muy de mañana en el desayuno. Con desconfianza o, por lo menos, reservada de la forma más hiriente, trataba a todos y cada uno de los que ella atribuía a Altensam, a todas las personas que llegaban a Altensam y eran clasificadas por ella enseguida como personas pertenecientes a Altensam, creía tener derecho a odiar a las personas porque creía que todos la odiaban, así Roithamer. Ni una, ni una sola hora de mi vida he pasado solo *en armonía* con mi madre, en armonía subrayado, así Roithamer. Y así, tampoco era fácil andar con ella entre las gentes, porque sólo podía tratar a todas esas gentes con desconfianza y rechazo, ya que todas esas gentes pertenecían una y otra vez a Altensam, y Eferding quedaba muy lejos, así Roithamer. Apenas estaba con ella en mi infancia con otras gentes, ya fuera en Stocket o en cualquier otro pueblo situado bajo Altensam, esas gentes, de la naturaleza que fueran, se sentían irritadas por su forma de ser, notaban inmediatamente que allí había algo en contra de ellas, tuvieran o no conciencia de esa peculiaridad, y la mayor parte de las veces se despedían enseguida. Dominaba el arte de quitarme las personas que yo apreciaba, pronto sólo los menos subían a verme a Altensam, en mi infancia, igualmente, pocos amigos, los llamados compañeros de juegos de Stocket, por ejemplo, si ella observaba un parentesco intelectual con Altensam, estaba en contra, así Roithamer. Como se había metido en la cabeza explotar Altensam para sus fines, por ejemplo también el apoderarse de mí, el apoderarse sencillamente de Altensam, tropezó siempre en Altensam, como es natural, con el rechazo, lo mismo que mis hermanos, los de Eferding, tropezaron siempre con el rechazo. Si yo le enseñaba a mi hermana algún artículo que sin duda le interesaría, así Roithamer, mi hermana estaba dispuesta inmediatamente, *llena de gracia*, llena de gracia subrayado, a discutir conmigo el contenido del artículo de que se tratase, a aclarar conmigo el contenido del artículo y luego las causas de ese artículo, precisamente lo que me había excitado en ese artículo la había excitado también a ella, yo le decía lo que me interesaba especialmente en el artículo, me atraía por ejemplo, lo que había en él de exacto o de equivocado, y siempre podíamos comprobar un acuerdo especialmente profundo en la visión común de los más diversos objetos, de cualquier naturaleza que fueran, mi hermana estaba siempre interesada en oír mi opinión, lo mismo que, al fin y al cabo, siempre había sabido escuchar, a diferencia de nuestra madre, que jamás supo escuchar, lo mismo que yo siempre estaba interesado en oír su opinión (sobre éste o aquel objeto). Pero mi madre (y la de mi hermana) acogía siempre sin interés todo lo que nos interesaba y ocupaba, en cualquier sentido que fuera. Durante toda su vida

reaccionó ante nosotros, sobre todo, con *una falta de interés total*, así Roithamer, una falta de interés total subrayado. Lo mismo que mi hermana participaba siempre en mi propio trabajo científico, en general en mi propio trabajo intelectual, y no sentía sólo interés por lo que yo pensaba y escribía, por mis invenciones y fantasías, así participaba yo en todas las invenciones artísticas de mi hermana y en todo lo que ella pensaba, pero sobre todo en su pintura de miniaturas, en la que adquirió pronto una gran maestría, sus miniaturas sobre esmalte y porcelana eran las más hermosas que cabe imaginar, y yo no sentía sólo interés, entre yo y mi hermana hubo siempre la mayor participación y la más afectuosa, ella, mi hermana, se introducía siempre totalmente en lo que a mí me afectaba, lo mismo que yo me introducía siempre totalmente en lo que le afectaba a ella. Durante días enteros hablábamos de algún libro que habíamos leído sucesivamente, intercambiando nuestros pensamientos sobre ese libro, y podíamos armonizar nuestros pensamientos en un pensamiento que caracterizase exactamente a ese libro, o bien en relación con una obra de arte, con una pintura, podíamos discutir y debatir durante días enteros algún párrafo de lo leído, porque para los dos era siempre la lectura en sí el tema más importante, sin lectura ni mi hermana ni yo hubiéramos aguantado mucho tiempo, y no es que hubiéramos sido educados en la lectura, el caso, como es sabido, era el contrario, pero por nosotros mismos habíamos conquistado la pasión por la lectura, el gusto de leer, la alegría de las experiencias hechas por medio de la lectura y, con el paso del tiempo, habíamos podido inculcarnos la disciplina intelectual relacionada con la lectura, mientras íbamos de un lado a otro por mi habitación o por la habitación de ella, podíamos hablar, hablar sin reservas de todo lo imaginable leído u oído o percibido, o de todos los descubrimientos imaginables que, cada uno por su cuenta, habíamos hecho, en contraste total con nuestra madre, la mujer de Eferding, con la que todo eso jamás fue posible. Sin ser molestados pasábamos juntos noches enteras en la buhardilla, arriba, pensando, ocupándonos de libros que acabábamos de leer, de estudiar, sin notar que se habían hecho ya la luz y el día, porque esos coloquios se habían desarrollado siempre con la mayor intensidad y, al mismo tiempo, con la mayor tranquilidad imaginable. El lugar favorito para esas conversaciones, juicios, hipótesis y así sucesivamente era siempre para los dos, mi hermana y yo, la buhardilla, en verano muy a menudo también el lugar situado detrás del edificio de la explotación, desde donde se podía ver hacia abajo hasta Stocket. Muy a menudo íbamos por el parque, sin coacción de ninguna clase y, precisamente por el descuido del parque de Altensam, cada vez más estimulados, porque el parque, precisamente por su descuido, era especialmente hermoso y, por ello, provechoso para nuestro ir de un lado a otro. El hecho es que, a partir de un momento determinado, que no puede determinarse ya exactamente, para mí lo más hermoso fue recogerme en la lectura, en la lectura de las ciencias, de las ciencias naturales, y que precisamente eso era un horror para mi madre, lo mismo que ella, la mujer de Eferding, odiaba al fin y al cabo también en secreto el trabajo de mi hermana, la pintura de miniaturas, aunque

tampoco lo expresase abiertamente, porque lo que pintaba y cómo lo pintaba mi hermana tenía que gustarle incluso a mi madre y, a diferencia de mis garrapateos, no era peligroso, pero ella no había podido reprimir totalmente, tampoco en ese aspecto, su aversión hacia todo lo que era Altensam. Realmente, yo me preguntaba una y otra vez por qué no interrumpía el trato con mi madre, sencillamente no la visitaba más, pero entonces no hubiera podido ya visitar Altensam y, sin embargo, yo tenía cariño a Altensam, lo mismo que, sin embargo, tuve cariño siempre también a mi infancia, hubiera sido como hubiera sido, Altensam era mi infancia y mi infancia era, en todo caso, un obstáculo para la *ruptura total*, ruptura total subrayado. Esa persona, pienso, así Roithamer, que odiaba a mi hermana porque yo la quería y a la inversa, y que, en el fondo, odiaba también a nuestro padre, porque él no podía odiarnos, así Roithamer. Cómo vivieron los dos siempre juntos, me pregunto, mi padre y mi madre, no lo sé, sólo supongo que vivieron siempre *con el más alto grado de dificultad*. Hay que preguntarse, sin embargo, cómo esos dos pudieron juntarse siquiera, pudieron casarse, cuando en ellos no había, no hubo jamás, absolutamente nada en común, de forma que todo debe atribuirse sólo a la desafortunada circunstancia de que mi padre pasó una noche en la hospedería de Eferding, en la que mi madre tenía su casa, así Roithamer. Porque todo debía atribuirse a una *total falta de cabeza* por parte de mi padre, total falta de cabeza subrayado. Nada que justificara en absoluto una unión. Así nos preguntamos siempre, cuando vemos dos personas que están juntas, que incluso se han casado, cómo han llegado esas dos personas a esa decisión y ese acto, que se trata, al fin y al cabo, de la Naturaleza, nos decimos, que muy a menudo se •trata de dos personas que sólo se han juntado para matarse con el tiempo, para matarse más pronto o más tarde, martirizarse mutuamente durante años y durante decenios, para, finalmente, matarse *a pesar de todo*, y que, aunque probablemente ven ya con mucha claridad su común futuro de martirio, se juntan sin embargo, se unen sin embargo en contra de toda sensatez, se casan, en contra de toda sensatez, como un crimen natural, y echan niños al mundo, que son entonces los más desgraciados que cabe imaginar, tenemos pruebas de ello, dondequiera que miremos, así Roithamer. Personas que, aunque pueden reconocer sólo su futuro común como un martirio perpetuo en común, se unen sin embargo y se casan, súbitamente, todas esas personas como seres humanos, seres humanos como personas corrientes, así Roithamer, entran en una unión, en un matrimonio, penetran en su aniquilación, descienden paso a paso en lo más horrible que cabe imaginar, en la aniquilación matrimonial, lo que quiere decir aniquilación mental y emocional y física, como podemos ver por todas partes, el mundo entero está lleno de ejemplos que confirman ese hecho, así Roithamer, por qué, puedo preguntar, ese sello absurdo, nos preguntamos, porque tenemos un ejemplo, ¿cómo se ha llegado a ese ejemplo?, que esa persona muy inteligente, extraordinaria, excepcional, haya podido atraer hacia sí a esa otra persona totalmente corriente y ordinaria, e incluso absolutamente vulgar, y casarse con ella, y que haya podido además hacer niños con esa persona, es la

Naturaleza, decimos, una y otra vez la Naturaleza, la Naturaleza inconcebible e incomprensible para nosotros durante toda la vida, en la que todo es razón y en la que, al mismo tiempo, la razón nada tiene que hacer, así Roithamer. Primero no oímos de todas esas personas nada excepcional, cuando oímos algo de ellas, y luego nada más que cosas repulsivas, *nada más que cosas repulsivas*, así Roithamer, nada más que cosas repulsivas subrayado, lo mismo que, cuando nos afecta a nosotros mismos, a nuestros padres, así Roithamer, al principio no vemos nada excepcional, pero luego nada más que cosas repulsivas. La Naturaleza es la Naturaleza inconcebible quien reúne a los hombres, los hace chocar con violencia, por todos los medios, a fin de que esos hombres se destruyan y aniquilen, se maten, se arruinen, se extingan, así Roithamer. Entonces se precipitan en una sima, o se tiran del pretil de un puente, o se pegan un tiro, como mi tío, o se cuelgan, como mi otro tío, o se tiran al tren, como mi tercer tío, así Roithamer. Nosotros mismos somos *los más propensos* al suicidio, así Roithamer, los más propensos subrayado. Y no se mató también nuestro primo, el único hijo de nuestro tercer tío, después de haberse casado con la hija de un médico de Kirchdorf del Krems, lo que no podía resultar bien, así Roithamer, aquel *hombre apuesto*, así Roithamer, hombre apuesto subrayado, que se precipitó en las montañas de Tennen en una sima, a más de mil metros de profundidad en una oscura sima. Como yo quería ver la profundidad de esa sima, una vez, en el camino de regreso de Inglaterra a Altensam, fui a esa sima de las montañas de Tennen, subí a la alta montaña, subí con náuseas constantes y crecientes, recurriendo a toda mi naturaleza, poco apropiada para la alta montaña, y realmente llegué a la sima y miré dentro de la sima, porque no podía creer que hubiera una sima tan profunda, pero la sima es mucho más profunda aún, ahí, en esa sima se precipitó mi primo, pensé de pie junto a la sima y mirando a la sima, y durante un instante pensé yo mismo, me precipitaré en esa sima, pero de pronto, en el punto culminante de ese pensamiento, el pensamiento me resultó un pensamiento ridículo, y me fui de allí. Yo sé cómo odio la alta montaña, pero la curiosidad por ver la sima, de la que hasta entonces sólo había oído hablar y en cuya profundidad no había creído, me hizo subir hasta la cima. Pero hace falta una gran, incluso la mayor conciencia vital, la mayor voluntad de vivir y de existir para, estando junto a una sima tan profunda, no precipitarse en esa sima. Pero yo no me precipité en la sima. Él, mi primo, se precipitó en ella, por qué en *esa* sima, no lo sé, *yo no*, así Roithamer, yo no subrayado. Encontraron sus zapatos al borde de la sima, y también su chaqueta, medio año después de haber notado su desaparición, para su joven mujer no había desaparecido hasta entonces, y del hecho de que se encontraran sus zapatos y su chaqueta al borde de la sima se dedujo que se había precipitado en la sima, pero no hay ninguna prueba de ello, esos indicios sí, pero ninguna clase de pruebas, porque nadie puede bajar a la sima. Muchos creyeron que se había ido al extranjero, pero, entonces, unos montañeros encontraron sus zapatos y su chaqueta al borde de la sima, así pues, creo, antes de precipitarse en la sima se quitó los zapatos y la chaqueta, *no*

*quiso precipitarse en la sima con chaqueta y zapatos*, así Roithamer. También *un ser solitario* así, subrayado, que, en su instante más desgraciado, encontró a la mujer que lo llevó a precipitarse en la sima. La inclinación al suicidio como cualidad de un carácter como el carácter de mi primo, que al final se precipitó en la sima, no se mató de otra forma, primero subió a la alta montaña, para precipitarse luego en la profundidad de la sima, así Roithamer. Como había hablado de ello tan a menudo y con tanto apasionamiento y con tanto espíritu científico al mismo tiempo, no habían creído ya que realmente se suicidaría, porque quien habla tanto de ello como nuestro primo, lo mismo que, por lo demás, también los otros, como su padre, por ejemplo, hablaba siempre del suicidio y una y otra vez y con cabeza cada vez más clara, ése no se mata en definitiva, al contrario, porque una persona así tiene ininterrumpidamente en la cabeza una idea clara del suicidio y por eso no se suicida, *a causa de esa aclaración en su cabeza y de la continua capacidad para analizar esa claridad, sencillamente, no puede cometer ya un suicidio*, porque esa persona se aclara siempre el suicidio, así Roithamer, del que habla sin cesar, y hacer realidad lo que, en el fondo, tiene que repelerlo, no lo consigue ya en absoluto una persona así, todos los argumentos imaginables, todas las razones imaginables, todas las negaciones imaginables llevarían a cualquier cosa, la mayor parte de las veces a una enfermedad mortal, pero no al suicidio, así Roithamer, porque, en fin de cuentas, todo está una y otra vez, en una cabeza así, en contra de la autoaniquilación, sin embargo es sorprendente con qué regularidad una persona así habla del suicidio y de la autoaniquilación, el tema no lo deja en paz, deforma su juicio, que entonces tiene que aclararse él una y otra vez, pero sin embargo fue sorprendente en nuestro primo, así Roithamer, el que, después de su enlace con la hija del médico de Kirchdorf, hablase casi ininterrumpidamente de suicidio, lo que sin embargo no tomaron en serio, así Roithamer, nadie tenía ya miedo de que cometiera un suicidio, porque hablaba permanentemente de suicidio, como si hablase de un objeto absolutamente claro y que, al mismo tiempo, lo fascinase, como si se tratase de un objeto artístico y siempre de una forma científica. Y quien habla de esa forma científica del suicidio, como de un objeto artístico, y con tal claridad que sólo podía avergonzar a todos interiormente, ése no comete un suicidio. Hasta que, sin embargo, cometió el suicidio, precipitándose en la sima, así Roithamer. Pero, al fin y al cabo, yo estaba hablando de uniones humanas, de la convivencia y del matrimonio, así Roithamer. Dicen que no es verdad lo que está demostrado, así Roithamer, porque sencillamente es la Naturaleza, que el sexo femenino, lo que hoy no se atreve a decir nadie, por ser femenino, está en contra del intelecto y sólo por sentimiento a favor del sentimiento y, de hecho, en contra del intelecto en todas sus posibilidades, lo mismo que, por sentimiento, a favor del sentimiento en todas sus posibilidades, así Roithamer. La tendencia es hoy una cosa, la Naturaleza otra. Pero esta época es una época para el absurdo y la deformación y la inversión de todos los conceptos y hechos. Yo mismo sé por experiencia que el *ser femenino*, así Roithamer, ser femenino subrayado, que el

sexo femenino no va más allá de una primera disposición para lo intelectual. En nuestro caso, en lo que se refiere a mi madre y a mí, se trataba nada más que de ganarme, al precio de la aniquilación de lo que constituye mi personalidad, mi carácter y mi cabeza, y del intento siempre repetido en esa dirección perversa, porque tenía que ser posible apartar de mí una testarudez como la mía, chiflada por su propia cabeza y por las invenciones de su propia cabeza, y empujarme a una burda vida doméstica (eferdinguense). Rebajarme al mínimo existencial de Eferding, porque ella, mi madre, tenía que conseguir conmigo lo que, hasta cierto grado, había conseguido con mi padre, apartarlo de sí mismo por lo menos en gran medida, porque ella apartó a mi padre de sí mismo *en una medida grande, inquietante*, lo que ella sabía, y lo que le proporcionó cierta satisfacción (eferdinguense) durante toda su vida. Por una parte, la fascinación de una persona que es algo distinto de quien la contempla, la mira, se le opone, por otra hacerlo todo en contra de esa persona y en contra de esa fascinación, quitarle todo lo que constituye su fascinación. La mujer de Eferding odiaba en el fondo todo lo que yo hacía o dejaba de hacer y todo lo que mi hermana hacía y dejaba de hacer y todo lo que mi padre hacía y dejaba de hacer, víctimas de su odio eran, sobre todo, todos aquéllos con los que yo tenía relaciones intelectuales, o sea, sobre todo, todos los naturalistas, escritores, incluso poetas, y filósofos que había sobre el papel de mis libros, en los que ella creía reconocerme, y en todos mis libros, que yo tenía en mi habitación, ella creía reconocerme, en los libros más diversos, que me pertenecían y que yo utilizaba permanentemente. En cada uno de esos libros, ella *tenía que* reconocerme y odiaba esos libros lo mismo que me odiaba a mí, pero no se atrevía a aniquilar los libros, a eliminarlos no se atrevía, eso no osaba hacerlo, aunque todo en ella pensaba y tendía en esa dirección. Cuando pienso sólo en todo lo que, en nuestros llamados paseos, se convertía en disputa con regularidad y pasajera obsesión, sólo íbamos siempre a pasear por la Naturaleza para disputar, a través de bosques, y disputábamos, a través de prados, y disputábamos, a través de nuestros jardines, y disputábamos, incluso en las riberas, que siempre habían sido ejemplos de la mayor calma, disputábamos, transformando esas riberas en poquísimo tiempo en un paisaje que se había vuelto ruidoso, maligno, y en el que podían oírse nuestras voces lanzadas una contra otra, nada más que insultos, así Roithamer, río arriba y río abajo. Y el motivo eran siempre insignificancias, pero todas esas insignificancias, como motivos, se convertían pronto en monstruosidades contra nuestros semejantes, contra todo. Ni siquiera en sociedad podía la mujer de Eferding dominarse, contenerse, y por eso nuestro padre no iba jamás con ella a reuniones sociales, porque los primeros intentos en esa dirección fracasaron lamentablemente. Como siempre estaba en juego *toda* la reputación de Altensam, no llevaba a su mujer, nuestra madre, la mujer de Eferding, a ninguna reunión social, por otra parte, nada deseaba ella más que ir a reuniones sociales, pero sin embargo, por la firmeza de mi padre, pronto le fue posible nada más ir a *sus* reuniones sociales, a las llamadas reuniones sociales de Eferding y no a las reuniones

sociales de Altensam, lo que en cambio no le interesaba a la mujer de Eferding, porque quería entrar en la sociedad de Altensam, lo que, sin embargo, le impedía mi padre, le he puesto una barrera, así mi padre a menudo, así Roithamer, ella hubiera hecho perder a Altensam, que al fin y al cabo en la época de ella, o sea en la época de la mujer de Eferding, había perdido ya la mayor parte de su reputación, hasta los *últimos restos* de su reputación, así mi padre, así Roithamer, *últimos restos* subrayado, pero la consecuencia del hecho de que mi padre, después de esos primeros intentos fracasados, no la llevara ya sencillamente más a las reuniones sociales y la dejara en casa, fue que nuestra madre, la mujer de Eferding, odió de pronto a Altensam *más que a nada*, más que a nada subrayado. Mi padre cayó en el error de creer que podía hacer de una persona como la mujer de Eferding, o sea, de una mujer de Eferding, una mujer de Altensam, *jamás* se puede hacer de una persona otra persona, así Roithamer, *jamás* subrayado, ni mucho menos de una mujer de Eferding una mujer de Altensam y, como consecuencia de ese error, probablemente, se la llevó consigo y se casó con ella, porque comprendió demasiado tarde ese aspecto, que, efectivamente, *jamás* se puede hacer de una mujer de Eferding, con lo que eso significa, una mujer de Altensam, *jamás* de una naturaleza otra. De vez en cuando ella había intentado leer algún libro, *hipocresía*, hipocresía subrayado, algún libro muy apreciado por mí, algún libro del que, en su presencia, yo había dicho algo, que lo estimaba mucho, pero esos intentos suyos se revelaban enseguida como hipocresía, naturalmente, la mujer de Eferding tuvo siempre en Altensam una *posición* difícil, no hubiera debido ir jamás a Altensam, porque si una persona así, que no es de Altensam, va a Altensam, así Roithamer, es aniquilada, se hace todo para aniquilarla, para alejarla de Altensam, porque es una persona que no tiene nada que hacer en Altensam, porque su *naturaleza es distinta*, naturaleza es distinta subrayado, la mujer de Eferding no hubiera debido cometer el crimen de ir a Altensam, nuestro padre no hubiera debido hacerla subir a Altensam, *hubiera tenido que abrirle los ojos a la mujer de Eferding*, pero por confusión y con debilidad de juicio la hizo subir a Altensam y la puso desde el primer instante en una situación a la que no podía hacer frente, aun cuando jamás tuvo conciencia de ello, ella, la mujer de Eferding, jamás pudo hacer frente a Altensam, es verdad que la mayor parte del tiempo creyó poder hacer frente a Altensam, creyó incluso dominar Altensam, la mayor parte del tiempo, pero no pudo hacer frente a Altensam, realmente dominaba Altensam, así Roithamer, como me consta, lo dominaba realmente, pero no podía hacerle frente, así Roithamer, nuestro padre tuvo que pagar caro el crimen de su enlace con una mujer de Eferding, así Roithamer, y la mujer de Eferding, con una infelicidad perpetua, el crimen de subir a Altensam, porque sólo por el hecho de subir a Altensam, la mujer de Eferding se convirtió en un ser infeliz, cuando antes, en Eferding, en casa de su padre, como hija de carnicero e hija de propietario de hospedería, jamás había sido infeliz o, en esa época, jamás se la pudo calificar de infeliz, aunque sí, siempre, se pudiera en Altensam. Las fotografías que conozco, que la muestran como hija del carnicero de

Eferding, como hija del propietario de la hospedería, no muestran a una persona infeliz, es una persona joven, aunque ya vieja, pero no infeliz, las imágenes de Altensam que conozco de ella y la realidad que conozco muestran una persona infeliz y nada más que vieja, que tenía achaques permanentemente. Nosotros, los niños, no teníamos naturalmente con nuestra madre *ninguna clase* de consideración, ninguna clase subrayado, nosotros, mi hermana y yo, así Roithamer, nosotros los de Altensam a diferencia de los de Eferding, nuestros hermanos. Por ejemplo, la mujer de Eferding decía al principio muy a menudo, cuando yo volvía de Inglaterra, que le gustaría bajar conmigo a Stocket, porque sabía que a mí me gustaba siempre bajar a Stocket, pero, cuando bajaba conmigo a Stocket, yo tenía que darme cuenta pronto de que ella no tenía ninguna gana de bajar conmigo a Stocket, porque en el fondo odiaba ese bajar a Stocket y odiaba a las gentes que había abajo, en Stocket. O bien pretendía interesarse por un artículo científico, porque sabía que yo me interesaba por ese artículo, todo *hipocresía*, hipocresía subrayado, así Roithamer. En esas ocasiones yo respondía siempre con alguna observación malévola, que ponía al descubierto toda su desvergüenza, y nuestra situación de odio quedaba restablecida. Pero no es verdad que no *quisiéramos* que hubiera armonía entre nosotros. Pero si yo decía, desprecio a esa persona o a aquella por esa o aquella razón, ella se unía siempre enseguida, sin pensarlo, a ese juicio mío y, por tanto, a mi observación, y eso tenía que repelerme otra vez inmediatamente. Si yo sentía predilección por una obra de teatro determinada y elogiaba esa obra de teatro, ella creía tener que elogiar la obra de teatro sin conocerla, pero no por mí, como me consta, sino por ella misma, aunque no conocía la obra de teatro, creía, pues, poder elogiar también la obra de teatro, y eso me repelía. Por ejemplo, yo decía una y otra vez que me encantaban *Las afinidades electivas*, pero sabía que ella odiaba *Las afinidades electivas*, en el fondo, no había otro libro que odiase de la forma que odiaba *Las afinidades electivas*, en tan alta medida, pero a ella le encantaban también *Las afinidades electivas*, pretendía, y eso tenía que repelerme, así Roithamer. Luego afirmaba haber leído a *Novalis*, pero jamás había leído ni una línea de *Novalis*, aunque, una y otra vez, no era un esfuerzo por acercarse a mí, el intento de establecer una armonía entre ella y yo, entre nosotros, sino el intento de tenderme una trampa, pero yo jamás caía en esa trampa, en cualquier caso no en épocas posteriores, porque al principio, en mi infancia y también, todavía, en los primeros años de mi juventud, había caído muy bien y muy a menudo en sus trampas, la mujer de Eferding tendía siempre trampas en Altensam y todos caían siempre en esas trampas. *Las afinidades electivas como trampa en la que yo debía caer*, así Roithamer. Ella me daba a entender a menudo que se ocupaba, al mismo tiempo que yo, del mismo objeto intelectual, pero pronto descubría yo que no se trataba más que de hipocresía, que otra vez me había tendido una trampa en la que yo debía caer. Recurrir a todas estas notas una vez para hacer una descripción de mi madre y poner esa descripción en relación con mi hermana y en contraposición con mi padre y mis hermanos, así Roithamer. Debemos recurrir siempre a todo, agotarlo.



Cuando nos ocupamos de lo que se llama un objeto intelectual y ese objeto intelectual es tan grande que tiene toda nuestra fascinación, tenemos que estar completamente solos en nuestra habitación (en la buhardilla de los Höller) o donde nos encontremos en ese momento, aun cuando (en realidad) no nos encontremos en la buhardilla de los Höller, en la buhardilla de los Höller, hacer del lugar en que nos encontramos en ese momento con ese objeto intelectual la buhardilla de los Höller, no debemos tolerar la menor distracción y, aunque nos distraiga el ser que nos está más próximo (hermana), debemos evitar todo lo que perjudique o pudiera perjudicar el ocuparnos de ese objeto intelectual y, por tanto, pudiera destruir, aniquilar y extinguir ese objeto intelectual nuestro que nos fascina, porque un objeto intelectual así es destruido y aniquilado y extinguido enseguida, y es siempre sólo el *único* objeto intelectual, único subrayado. Retener ese objeto intelectual hasta que lo *dominemos*, así Roithamer, dominemos subrayado. Intentos de concebir Altensam, de comprenderlo y, poco a poco, concebir y comprender *todo* lo relacionado con Altensam, especialmente todo lo que se refiere a mi padre, intentar una y otra vez llegar a las causas y, a partir de esas causas, a los efectos de esas causas, porque con agudeza de pensamiento y de sentimientos por una parte, y con hipocresía de pensamiento y de sentimientos por otra, nada puede comprenderse ni aclararse completamente, y porque tengo que decirme siempre que todo eso es *desde mi punto de vista*, no *desde el punto de vista de los otros*, siempre sólo desde mi punto de vista, desde el punto de vista de los otros es algo completamente distinto, probablemente lo opuesto. Pero lo opuesto no es tarea *mía*. Me acerco a Altensam, pero no me acerco a Altensam para aclararlo, para explicármelo, me acerco a Altensam, a *mi* Altensam, al que *yo* veo. Mientras vivió no le pregunté a mi madre, no le pregunté todas esas preguntas sin respuesta, jamás le hice una sola pregunta decisiva, porque jamás pude hacerle una pregunta así, porque tenía miedo de la falsificación de una de esas preguntas, y por eso no hice ninguna y por eso no tuve ninguna respuesta. Ahora la mujer de Eferding está muerta, no puedo preguntarle ya y ella no puede responderme. Pero ¿sería ahora todo distinto, si pudiera preguntarle hoy y ella pudiera responder? No preguntamos a los que queremos, como no preguntamos a los que odiamos, así Roithamer. Realmente estoy asustado de todo lo que he escrito ahora, porque todo fue muy distinto, pienso, pero corregiré lo que he escrito, no *ahora*, lo corregiré cuando llegue el momento de esa corrección, entonces lo corregiré y entonces corregiré lo corregido y lo corregido lo corregiré entonces otra vez y así sucesivamente, así Roithamer. Continuamente nos corregimos y nos corregimos a nosotros mismos con la mayor desconsideración, porque a cada instante nos damos cuenta de que todo (lo escrito, pensado, hecho) lo hemos hecho mal, de que hemos actuado mal, de cómo hemos actuado mal, de que, hasta ese momento, todo es una falsificación, y por eso corregimos esa falsificación y la corrección de esa falsificación la corregimos otra vez, y corregimos el resultado de la corrección de esa corrección y así sucesivamente, así Roithamer. Pero *la verdadera corrección* la aplazamos, cuando otros, sin más, la

hicieron de la noche a la mañana, pienso, así Roithamer, pudieron hacerla cuando ellos mismos no pensaban ya en ello, porque tenían miedo hasta de pensar en ello, pero entonces se corrigieron, como mi primo, como su padre, mi tío, como todos los demás que hemos conocido, hemos creído conocer de pies a cabeza, pero no conocíamos a todas esas personas como caracteres, porque nos *sorprendió* su corrección, si no, no nos hubiera sorprendido su *verdadera corrección esencial, su suicidio*. Éste es sólo, una y otra vez, nuestro pensamiento, pero no nos corregimos. Estamos sentados durante horas en un sillón, pensando en ello, puede ser que estemos sentados durante días enteros en el mismo sillón, que estemos de pie ante la ventana (como, por ejemplo, en la buhardilla de los Höller), vayamos de un lado a otro por nuestra habitación, estemos echados en la cama, encerrados en la buhardilla de los Höller o en la habitación de Altensam, que siempre me ha parecido mi verdadera *celda de corrección*, celda de corrección subrayado, pero siempre he demorado, aplazado la corrección, aunque jamás he renunciado a ese pensamiento de corregirme, lo haremos de pronto, saldremos muy de pronto, fuera, romperemos con todo, un paso fuera del camino, fuera, se acabó, así Roithamer, porque hemos perdido la razón, así Roithamer, o porque de pronto *somos* todo lo más extremo, así Roithamer. Estamos con la mayor concentración, no nos permitimos siquiera cambiarnos de prendas de vestir y no nos permitimos nada que no sea esa concentración, pero no lo hacemos. Estamos siempre muy cerca de corregirnos, de corregirlo todo, matándonos, pero no lo hacemos. Corregir toda nuestra existencia como un solo falseamiento y falsificación insondables de nuestra naturaleza, así Roithamer, pero no lo hacemos. A medida que ese pensamiento se hace cada vez más profundo, estamos entregados a él y cedemos ante él en todos los aspectos, porque no somos más que concentración en ese pensamiento, pero no lo hacemos. Entonces olvidamos el tema, no corregimos, seguimos existiendo, hasta que estamos otra vez con ese pensamiento, hasta que hemos recaído en ese pensamiento, así Roithamer. Pero un día, de la noche a la mañana, haremos lo que tenemos que hacer, y entonces no nos distinguiremos de los que hicieron ya su corrección, de los que se mataron. Escribir, por ejemplo, a una persona porque no podemos soportar más la soledad, hemos aguantado el estar solos hasta lo más extremo pero no podemos aguantar más, a fin de no estar ya solos sino ser dos, a mi hermana, por ejemplo, que me alegraría si viniera a Inglaterra, *pronto, enseguida, escribimos al ser querido que conocemos más íntimamente*, escribiré y telegrafiaré al mismo tiempo, nada es pensado ya en mí con más intensidad que ese pensamiento de que mi hermana, en poquísimos tiempo, vendrá de Altensam a Inglaterra, vendrá a verme para poner fin a ese estado de mi estar solo en el que yo mismo he *maniobrado para entrar*, así Roithamer, ella debe venir para que yo me salve, pienso, pero no escribo, aunque pienso, *tiene que venir* para que yo me salve, porque se han agotado todas las posibilidades de distracción, han fracasado todas las artimañas de distracción, porque sólo pienso en el pensamiento de tener que cesar, en mi habitación, si esa persona íntima, querida por

nosotros, no viene, no tendremos ya *ninguna posibilidad*. Durante días enteros espero la respuesta, y entonces mi hermana telegrafía de pronto que no puede venir, venir ahora, a pesar de todo, seguimos adelante otra vez, no lo hacemos. Me precipito otra vez inmediatamente en mi trabajo. Ahora, de repente, ya no tengo ninguna razón para matarme, para hacer la corrección. La noticia de que mi hermana no viene porque no puede venir basta para que yo *no* lo haga. Pero ¿lo hubiera hecho?, me pregunto, así Roithamer. En lugar de suicidarse, los hombres se dedican al trabajo. Durante toda la vida, mientras su existencia permite ese proceso que se repite una y otra vez, así Roithamer. La muerte de mi tío, así Roithamer, fue también una sorpresa para Höller, porque Höller, como yo, había opinado siempre que un hombre como mi tío, que hablaba de suicidio una y otra vez, por el hecho de hablar de ello una y otra vez y casi ininterrumpidamente, no se mata, pero él se mató, la atmósfera en casa de los Höller, por la sorpresa del suicidio de mi tío, se tiró en Stocket al pozo de la quesería, estaba totalmente bajo la impresión del suicidio de mi tío, toda la casa de los Höller, también la buhardilla de los Höller, pienso, así Roithamer, toda esa morada sencilla con sus complicadas relaciones o, a la inversa, esa morada complicada con sus relaciones sencillas, así Roithamer. Inmediatamente después de entrar en casa de los Höller y, por tanto, enseguida, al ver la gigantesca ave negra disecada que colgaba de la pared del vestíbulo, me fue evidente que toda la casa de los Höller estaba bajo la impresión del suicidio de mi tío. Entonces recordé mi último encuentro con mi tío de Stocket, así Roithamer, y me pregunto si había algo entonces en ese hombre, en nuestro último encuentro, que apuntase a su suicidio ulterior, observándolo primero al borde del bosque, botas de goma, una chaqueta corta, vieja, deshilachada, así Roithamer, una vara de avellano cortada por él mismo, con su sombrero negro en la cabeza y, probablemente en consideración a su inmovilidad, desde hacía años tenía ya una pierna de madera, y en consideración también a mi repentina presencia, se ocupaba de un así llamado objeto filosófico, me dije yendo hacia él, el tiempo hizo de él poco a poco, porque todo en él interior y exteriormente, tendía a ello, lo que se llama un *hombre natural*, no una figura ridícula como, por lo demás, vemos muy a menudo, no puedo salir ya de la Naturaleza, decía todo en él cuando fui hacia él, probablemente no notó en absoluto que yo iba hacia él, porque todo indicaba que no había notado mi presencia, al fin y al cabo estaba ocupado por su objeto filosófico, por ese objeto filosófico que era un objeto natural. Cuando él hablaba, era sólo con insinuaciones, siempre había sido *mi filósofo*, por su causa había bajado yo siempre de Altensam a Stocket, y a la idea de pensar había llegado yo en mis encuentros primero vacilantes pero luego determinados con aquel hombre, que fue siempre para mí la institución suprema, mi filósofo me enseñó a pensar de la forma menos llamativa y, al mismo tiempo, más decisivamente duradera. Yo no soy filósofo, decía siempre. Sus preferencias eran por los trajes usados, el levantarse temprano y el lavarse con agua fría. Ponía a Novalis por encima de todo. La Naturaleza todavía no ensuciada por el hombre, y de ahí su madrugar. Un desayuno frugal, gruesos calcetines de lana tejidos

por su hermana con lana sin desengrasar, y un pensamiento de Novalis. El tiempo era para él sólo un medio para el estudio continuo del tiempo. ¿Tengo que convivir con algún ser humano?, lo respondía siempre con: no, no tengo que convivir con ningún ser humano, esa pregunta suya y esa respuesta suya lo explican a él mejor que las mías, así Roithamer. Admiramos a un hombre como mi tío, que se mató porque *no pudo soportar más la desgracia de los hombres*, como escribió en el papel que encontraron en el bolsillo de su chaqueta y que él había fechado el día en que se tiró al pozo de la quesería, porque nos aventajaba en la capacidad de suicidarse, no sólo hablar de suicidio, sino suicidarse, así Roithamer. Son siempre aquéllos en los que pusimos diariamente nuestra esperanza, así Roithamer, los que se mataron, aquéllos cuyo talento y cuyo ser quisimos y cuya proximidad nos era la más agradable y la más familiar, así Roithamer. Y luego: a menudo me he despertado en la noche y me he preguntado, ¿cómo son realmente de elevados los gastos de construcción?, y si los gastos de construcción no superan, por una parte, mis medios, si los gastos de construcción no superan mis medios monetarios y, por otra parte, mis medios intelectuales. Lo mismo que, a menudo, he venido sin ser reconocido a Austria y a Altensam, y me he quedado en el bosque de Kobernauss, en la cabaña de madera construida por mí mismo exactamente en el lugar destinado por mí al emplazamiento del Cono, exactamente en el centro del bosque de Kobernauss, así Roithamer. Y muy a menudo, sin ser reconocido, he ido de Inglaterra a Altensam y al bosque de Kobernauss, y allí, en su centro, he estado en una concentración de días enteros en el Cono, pero también, una vez, de semanas enteras, e igualmente sin ser reconocido he vuelto a Inglaterra, a Cambridge. *Varias veces*, varias veces subrayado, comencé a escribir una carta a mi hermana, pero jamás terminé de escribir esa carta porque, al fin y al cabo, no podía revelar a mi hermana nada del Cono y, si le hacía una insinuación, y varias veces le hice insinuaciones en ese sentido, ella me tomaba por loco, incluso mi querida hermana me tenía por loco, así Roithamer, de ahí mi constante silencio sobre el Cono, también con respecto a mi hermana. La construcción que debía darme satisfacción, pero a mi hermana la felicidad suprema, la más suprema, así Roithamer. Porque una carta así sobre el Cono la habría tenido que asustar. De qué ideas se compone el Cono, que todas juntas componen la idea del Cono. Él, Roithamer, veo, temía que él mismo pudiera volverse loco en las profundidades del bosque de Kobernauss, exactamente en el punto geométrico por él mismo determinado en el centro del bosque de Kobernauss, porque tenía *predisposición* para ello, *predisposición* subrayado. Como su hermana, tenía tendencia a la locura repentina a causa de un repentino esfuerzo excesivo para el todo, de forma que, a causa de un repentino esfuerzo excesivo para su cabeza, podía volverse loco. En el primer instante, había determinado el tamaño del Cono y el interior del Cono, pero no podía acordarse ya del momento exacto, determinar ahora ese momento, *tantos años después*, tantos años después subrayado, le resultaba imposible. Debemos pensar en los espectadores, que comprueban el instante de

debilidad, de debilidad mental, en un esfuerzo tan monstruoso, y lo aprovechan y nos matan, así Roithamer. No debemos ceder en la intensidad. El tiempo es la realización, idea, desesperación, y a la inversa, así Roithamer. Pero no puedo actuar exclusivamente de acuerdo con mi plan y de acuerdo con una geometría muerta, así Roithamer. Titubear sí, pero sin la menor debilidad. La igualdad de valor, tanto si se trata de la idea (como todo) como de la parte constitutiva más pequeña de la idea. Realmente siempre la simultaneidad de la contemplación de la idea, de forma que lo contemple todo simultáneamente, y adiestre mi contemplación en esa simultaneidad, de forma que lo vea todo cada vez más claramente, nada con menor nitidez, de forma que la construcción exista (en mi cabeza) y que, sacándola de la (de mi) cabeza, tenga que situarla en el punto geométrico. La cuestión es, alcanzaré o no mi objetivo por medio del silencio, con mis medios, o será la resignación al final la única realidad, así Roithamer. Resignación, debilidad, vacío, falta de realización. Todo es escuela y en esa escuela soy profesor y alumno y, en la intensidad entre ambas cosas, la consecuencia lógica, el Cono. La mayor claridad durante la noche, un estado de cabeza excepcional, así Roithamer, al amanecer, el Cono se desintegra en mi cabeza. La suposición de que la concepción del Cono corresponde exactamente a las necesidades de mi hermana, exactamente a su carácter, a su naturaleza. Novalis: el Cono no es lo que ella es en el momento actual, es todo lo relacionado con ella. Concuerta con sus ojos y orejas, oído, sentimientos, entendimiento, vigilancia, atención. Concuerta. Es el hecho lo que desconcierta y mata lentamente, no lo otro, así Roithamer. Así, jamás he hablado con nadie en Altensam (ni con mi padre) sobre el Cono, aunque todos saben que estoy construyendo el Cono, han oído hablar de ello. Una construcción así cambia a la persona que la construye, de la forma en que esa persona que la construye la impulsa, la termina. Yo estaba en libertad para todo antes de tener la idea (de construir el Cono), ahora soy sólo una víctima de quien construye el Cono. Si mi cabeza lo hubiera *sabido*, así Roithamer. Cómo se aventura la cabeza una vez y otra en las mayores dificultades, tiene que aventurarse, tiene que mostrarse, así Roithamer. Si no nos metemos, una y otra vez, en las mayores dificultades estamos perdidos, nada más, así Roithamer. Entonces viene la catástrofe de la interrupción de ese objeto de la idea, cuando nos despiertan en medio de lo que hacemos en sueños, así Roithamer. Si nos damos cuenta del proceso, se ha interrumpido ya, y queda un ser destruido, muerto. Nos replegamos en una idea, posiblemente la única de la que nada sabemos, así Roithamer. Buscamos el contacto con las cosas partiendo de nuestra experiencia por medio de la idea. Si me esfuerzo demasiado poco, destruyo, si me esfuerzo demasiado, destruyo, así Roithamer. Se plantea siempre la cuestión de si el momento es el adecuado. Lo vemos todo en una relación ridícula, así Roithamer, desde Inglaterra, desde Altensam, en medio del bosque de Kobernauss. Tenemos una idea y al final no es nada, así Roithamer. Una vez fue realmente hasta la puerta de la habitación de su hermana, para confesarle lo del Cono, a las tres de la mañana, así Roithamer, porque la despertaré para darle mi

explicación. Pero a las cuatro me puse a reír a carcajadas y volví a mi habitación. Y aunque otro se atenga exactamente a mis notas, a mis planes, a todo lo que tengo en la cabeza en relación con el Cono, no será el mismo Cono, así Roithamer. Y, a partir de todos esos cientos y miles de planos, no será, sin embargo, el mismo Cono, así Roithamer. Pero si hubiera descuidado mi trabajo con las ciencias naturales, las mutaciones hereditarias, habría descuidado también la construcción del Cono, así, al no haber descuidado mi actividad de enseñanza y estudio de las ciencias naturales, tampoco he descuidado la construcción del Cono. Porque realmente, mientras me ocupaba en Cambridge, de la forma más fatigosa, de las mutaciones hereditarias, me ocupaba (de la forma más intensa) de la construcción del Cono en el bosque de Kobernauss, y a la inversa (3 de marzo). La razón de la ocupación y de la intensificación en una cosa, la razón de la ocupación y de la intensificación en la otra, así Roithamer, no se me planteaba la cuestión de si, al impulsar la construcción del Cono, descuidaba mis ciencias naturales y a la inversa, no podía plantearme la cuestión, así Roithamer. La época era tan favorable para la construcción del Cono como para mis ciencias naturales, logré *todo lo posible*, así Roithamer. Y abandonar a la Naturaleza las ciencias naturales y el Cono, así Roithamer. Lo mismo que en el Cono no entrará ya nadie, nadie entrará ya tampoco en mis ciencias naturales. Porque es posible pensar simultáneamente en dos objetos (aparentemente) contrapuestos y actuar en ellos, así Roithamer. Aprovechar el estado mental en todo caso y en todo instante y no ceder nunca en esa dirección, así Roithamer. No debemos preguntar cómo actuaremos, así Roithamer. A la falta de comprensión de mi madre, de mis padres, de mis hermanos, contraponer mi falta de comprensión, así Roithamer. El Cono es más caro que cualquier otra construcción de Austria, he oído decir, hacer que me presenten las cuentas, así Roithamer. Un total aislamiento en Cambridge alternaba con un total aislamiento en el bosque de Kobernauss, donde, en el cobertizo de la construcción, me he arreglado un cuarto sólo para mí, para cuando me sea imposible estar en la buhardilla de, los Höller, porque tengo que estar en el lugar de la construcción (7 de marzo), así Roithamer. El sigilo con que me he ocupado en Cambridge de la construcción del Cono, el mismo sigilo en Altensam, el mismo sigilo en casa de los Höller, así Roithamer. Por la noche, sin embargo, tanto en el cobertizo de la construcción como en la buhardilla de los Höller, mientras me ocupaba sin embargo totalmente del Cono, trabajaba en las mutaciones hereditarias, así Roithamer, para el extraño no resultaba perceptible que yo, mientras vigilaba los progresos de la construcción en el bosque de Kobernauss, me ocupase de las mutaciones hereditarias, y en Cambridge, durante mi actividad docente, mis estudios, de la construcción del Cono, así Roithamer. Todos los días un pensamiento no relacionado ni con la construcción del Cono ni con mis ciencias naturales, así Roithamer. La exigencia más alta con respecto a una disciplina, aplicada a la otra disciplina, así Roithamer. Construir y realizar y terminar una construcción así significa oír y ver siempre *todo* lo relacionado con esa construcción, o sea oírlo y

verlo todo y actuar con la experiencia de ese oír y ese ver, así Roithamer. ¿Qué hubiera pasado si, de pronto, le hubiera *abierto los ojos* a mi hermana acerca de la construcción del Cono?, lo que no hice, salvándome yo y salvando mi proyecto. Callamos lo que sabemos y avanzamos satisfactoriamente, así Roithamer. Durante la noche él oía siempre en Altensam la carcoma, la voracidad de la carcoma no lo dejaba dormir durante la noche, por todas partes y durante la noche, como es natural, a causa de la agudeza de su oído y de la hipersensibilidad de su cabeza, con mayor claridad, oía a la carcoma que trabajaba, en las tablas del suelo y bajo las tablas del suelo, en los armarios y las cómodas, en todos los armarios de cajones sobre todo, así Roithamer, en las puertas y en los marcos de las ventanas, incluso en los relojes y en las sillas y sillones, podía distinguir siempre exactamente dónde y en qué objeto, qué mueble, trabajaba la carcoma, realmente la carcoma se había abierto ya camino hasta su propia cama, mientras permanecía despierto en la cama toda la noche, así Roithamer, seguía, tenía que seguir el trabajo de la carcoma, con la mayor atención, respiraba el dulce olor del serrín fresco y le resultaba opresivo tener que comprobar que, en el curso de los años, miles, posiblemente decenas de miles y cientos de miles de gusanos de la carcoma se habían introducido en Altensam para, como tenía que pensar siempre durante la noche, corroer Altensam, roer y corroer Altensam hasta que, en un solo instante, que posiblemente no se haría esperar ya tanto, se derrumbase sobre sí mismo. No había un solo objeto en Altensam, así Roithamer, en que no estuviera la carcoma, y si se trataba de un objeto nuevo, que se hubiera adquirido, también en ese nuevo objeto estaba en poquísimo tiempo la carcoma, así Roithamer. Si cojo una prenda interior del armario, así Roithamer, tengo que sacudir esa prenda interior, porque hay en ella serrín a montones, de la noche a la mañana serrín a montones en mis prendas interiores, así Roithamer, si cojo un pañuelo del cajón tengo que soplar en él, hasta la vajilla utilizada diariamente tiene que ser soplada y fregada, así Roithamer, porque está llena de serrín, y realmente todos están siempre en Altensam llenos de serrín, sus rostros llenos de serrín, sus cabezas y sus cuerpos llenos de serrín, así Roithamer. Constantemente, todos tenían miedo siempre de hundirse a través de las tablas del suelo, porque las tablas del suelo cedían ya de una forma inquietante, porque Altensam, por el trabajo de la carcoma (¡y de los hongos, como es natural!) cambiaba constantemente, tenían constantemente miedo, porque en realidad lo más sorprendente y lo más alarmante en Altensam era el trabajo de la carcoma, así Roithamer. Primero se hizo todo para combatir la carcoma, pero finalmente tuvimos que comprobar que no se puede hacer nada para combatir la carcoma, y dejamos de hacer nada para combatir la carcoma. Durante toda nuestra vida estuvimos en Altensam frente a millones de gusanos de la carcoma, sin poder defendernos de esos millones de gusanos de la carcoma. Impotentes contra la carcoma, así mi madre, así Roithamer, hemos combatido durante toda la vida contra la carcoma, pero finalmente hemos renunciado a la lucha, así mi madre, así Roithamer. Cada generación creía, así Roithamer, acabar con la carcoma de

Altensam, que era *ella*, temía cada una, aquélla sobre la que se derrumbaría de pronto Altensam, por estar totalmente agujereado por la carcoma, así Roithamer. Una vez mi padre hizo subir de Linz a Altensam un, así llamado, especialista en lucha antiparasitaria, pero esa estancia de semanas del especialista en lucha antiparasitaria de Linz fue totalmente absurda, así Roithamer. Y así, todos en Altensam, a causa de la carcoma y de su trabajo de siglos, que había minado ya casi todo Altensam, se habían acostumbrado a unos andares curiosamente cautos, unos andares exactamente adaptados a los suelos y los techos de madera, y que tenían también en cuenta los muebles, unos andares curiosamente cautos que, sencillamente, tenían en cuenta a Altensam, y cuando nosotros, así Roithamer, hablábamos juntos de algo, lo que ocurría como mucho una vez al año, hablábamos de la carcoma. Y aunque en Altensam haya un gran silencio y se crea no oír nada en absoluto, se oye, sin embargo, la carcoma de Altensam, así Roithamer. Los armarios, las mesas, están torcidos, las cómodas, los sillones, así Roithamer, y los suelos están hundidos, los postigos no encajan ya en los marcos de las ventanas, así Roithamer, la lucha contra la carcoma ha sido definitivamente abandonada (9 de marzo), así Roithamer. De pronto, después de un trabajo intelectual de semanas, así Roithamer, fui a Marks & Spencer para comprarme un jersey, porque el viejo, que había llevado durante todo el año, me pareció de repente demasiado raído. Bajar por Oxford Street hasta Marks & Spencer, como felicidad suprema, así Roithamer, y volver a mi cuarto con el jersey nuevo (11 de marzo). Se encierra en su habitación e intenta comenzar el trabajo sobre los aloploidios, inevitable, ya muy avanzado, así Roithamer, no podía salir ya de ese trabajo en su cabeza, pero después de haber hecho todos los preparativos para ese trabajo, el control de las ventanas, el control de la puerta, así Roithamer, tanto el control de su sillón como el control de la puerta, después de haber comprobado todas las cosas importantes relativas al proceso de trabajo que iba a comenzar, de lo que formaba parte también la comprobación de los objetos, sometidos a una geometría exacta y situados por él, con sus propias manos, sobre su mesa y en el entorno de su mesa, de su mesa de trabajo, todo tenía su sitio y el menor cambio le hubiera hecho imposible comenzar el trabajo, así Roithamer, cada vez, antes de comenzar el trabajo, emplea un tiempo no escaso en poner todos los objetos en la posición favorable para el proceso de trabajo que tiene que comenzar, también su persona está sometida a esa voluntad de orden y a ese absoluto rigor del orden, estado físico, traje, todo, el que, por ejemplo, los botones superiores de su camisa estén desabrochados, las mangas *remangadas* y así sucesivamente, así Roithamer, *remangadas* subrayado, sobre todo, sin embargo, que la puerta de su cuarto de trabajo esté cerrada con llave, dos vueltas de llave en la cerradura, a esa doble vuelta tenía que atribuirle siempre la mayor importancia, porque sólo el hecho de que de pronto pudiera abrirse la puerta y entrar alguien y, de hecho, en todos los casos, alguien que molestase, lo hacía incapaz de trabajar, y así ocurría a menudo que había comenzado ya su trabajo, o sea que se había dispuesto ya al proceso de trabajo y se había sentado a la mesa, pero había



olvidado cerrar la puerta con llave, y tenía que ponerse en pie otra vez de un salto y cerrar la puerta con llave, pero entonces ya era demasiado tarde, sólo esa corta interrupción, porque, al fin y al cabo, estaba ya sentado a la mesa, o sea, el ponerse en pie de un salto para cerrar la puerta con llave, bastaba para que le fuera imposible seguir trabajando, o bien había algo en las cortinas que no estaba bien, y tenía que levantarse de un salto y poner orden en el desorden de las cortinas, o era un ruido lo que lo hacía ponerse en pie de un salto y lo obligaba a ir a la ventana, o era algo que había en el suelo, un pedazo de papel o un resto de comida o un hilo o incluso sólo una mosca muerta, que no había visto y que ahora lo irritaba de repente horriblemente, muy a diferencia de lo que ocurría en la buhardilla de los Höller, así Roithamer, en la que todo era siempre como él consideraba *ideal*, cuando trabajaba en otro lugar, por ejemplo en su habitación inglesa, siempre en las circunstancias que acaban de describirse, las cuales, en todo caso, eran unas circunstancias siempre espantosas, que le robaban el tiempo y le atacaban los nervios, sólo tenía el deseo, una y otra vez, cuando no podía estar en ella, de estar en la buhardilla de los Höller, así Roithamer, o a veces era sólo el pensamiento repentino en un posible objeto en desorden de esa índole. No un objeto de esa índole en sí, sino sólo un pensamiento de esa índole en un objeto de esa índole, así Roithamer, e inmediatamente tenía que levantarse del escritorio con un pensamiento de esa índole y lograr claridad sobre ese pensamiento, sobre su suposición y así sucesivamente, así Roithamer, posiblemente estaba profundamente sumido en su trabajo y el trabajo avanzaba muy bien y de pronto descubría un desorden de esa índole en su entorno de trabajo, aunque sólo fuera una sombra que lo irritaba, arrojada por un objeto en orden, que introducía el desorden en ese objeto, una sombra de esa clase arrojada por un objeto sobre el quicio de la ventana, sobre el suelo o incluso sobre el escritorio como mesa de trabajo, así Roithamer, que de pronto lo turbaba todo y lo perturbaba todo, y tenía que levantarse del escritorio y poner primero en orden ese objeto, porque no podía soportar el desorden, conseguir al menos claridad sobre el factor perturbador, y así, en realidad, la mayor parte del tiempo (en Cambridge) no le era posible trabajar, sólo cada tres o cuatro días, porque siempre había obstáculos o porque, cuando había empezado ya con su trabajo y, posiblemente, estaba ya profundamente sumido en su trabajo, posiblemente muy profundamente sumido, de pronto había una irritación, un ruido que lo irritaba o un objeto que lo irritaba, los cuales primero, posiblemente, antes de empezar su trabajo, no había visto ni había oído, de forma que a menudo tenía que levantarse y ponerse en pie de un salto, sólo porque un libro no estaba situado sobre el escritorio en ángulo recto, o porque de pronto lo molestaba lo que se llama una señal de lectura en un libro o un escrito, uno de los muchos cientos de pedazos de periódico que utilizaba como señales de lectura y con los que marcaba páginas en todos los libros y escritos que tenía por todas partes, porque, cuando esos pedazos de periódico, como señales, sobresalían de los libros, de forma que le resultaba insoportable, más de la longitud soportable de seis o siete u ocho

centímetros, cuando de pronto se daba cuenta, o aunque se tratase sólo de una huella dactilar, que hasta entonces no había notado, de una de esas huellas dactilares en los libros y escritos, en la mesa de trabajo o incluso en la puerta de la habitación, en los marcos de las ventanas y así sucesivamente, así Roithamer, que como es natural otras personas no percibían en absoluto, no podían percibir en absoluto, o de la *impresión de toda una palma de la mano*, así Roithamer, impresión de toda una palma de la mano subrayado, aun cuando sólo sospechase que esa huella dactilar o esa impresión de toda una palma de la mano pudiera estar en la puerta, tenía que ponerse en pie de un salto y hacer un control de puertas o ventanas, y si una vez, por muy profundamente que estuviera ya sumido en él, se veía irritado en su trabajo, al principio no de forma que perjudicara ese trabajo, pero luego, de pronto, con la mayor desconsideración hacia lo observado, de una forma que perjudicaba sin duda su trabajo, produciendo incluso, de repente, su paralización, tenía que interrumpir su trabajo y comprobar su suposición de que en la puerta o en el bastidor de la ventana y así sucesivamente había una huella dactilar (de él mismo o de otra persona) y levantarse y *precipitarse* a la puerta, precipitarse subrayado, y mirar, y realmente encontraba siempre confirmado lo que había supuesto, aunque fuera la suposición más absurda, todo lo supuesto se revelaba siempre como real, si por ejemplo suponía que bajo su mesa de trabajo había algo que no estaba en orden, lo que no podía ver enseguida porque la tabla de la mesa no le permitía echar sobre el suelo una mirada esclarecedora, y trataba de aclarar esa suposición sin consideración hacia el proceso de su trabajo, ya emprendido, esa suposición resultaba ser un hecho, y entonces interrumpía su trabajo y se metía bajo la mesa, encontraba el desorden o la perturbación y así sucesivamente, así Roithamer, *siempre* encontraba, si se metía bajo la mesa, un motivo de perturbación, algo en desorden, una suposición de esa índole no resultaba jamás equivocada, así Roithamer, un desorden de esa índole como realidad, y ponía orden en el desorden, con lo que él mismo comprometía su trabajo intelectual, que había comenzado y había tenido que interrumpir por el desorden, pero se veía *obligado* a poner orden en el desorden que había bajo su mesa o en la ventana o donde fuera en su habitación de trabajo, y yo intentaba, así Roithamer, asegurándome una vez más del hecho de que realmente estaba encerrado con llave en mi habitación, mediante una doble vuelta de la llave en la cerradura, así Roithamer, tenía el control y, mediante ese control, la tranquilidad de que realmente estaba encerrado en mi habitación, *intentaba* adelantar en mi trabajo sobre los aloploiploides (17 de marzo), así Roithamer, intentaba subrayado. Recuerdo un pequeño trabajo sobre el estramonio, el llamado *Datura stramonium*, que fue para él, después de la muerte de su hermana, al volver de Altensam a Cambridge, ocasión para tranquilizarse, mientras iba a la Tate Gallery, así Roithamer, solo, porque ese museo, mi museo favorito, el único museo del mundo que no sólo he podido aguantar, soportar, sino que realmente he podido también amar, porque ese museo sólo estaba en condiciones de visitarlo siempre solo, durante esa visita al museo, así Roithamer,

pude tranquilizarme con mi trabajo sobre el estramonio, el llamado *Datura stramonium*, porque mientras estaba en la Tate Gallery me ocupaba muy intensamente de ese escrito breve y, como creo, logrado, por una parte me ocupaba de William Blake, por otra me ocupaba del estramonio, tranquilizado en el estado en que había caído por la muerte de mi hermana, ese estado apático, turbador de la mente y perturbador de la mente, así Roithamer, que me dio de pronto la idea de escribir algo sobre el estramonio para mi propia distracción, para distraer mi cabeza de la muerte de mi hermana, así Roithamer. El estudio sobre el estramonio, completamente bajo la impresión de la causa de la muerte de mi hermana: terminación del Cono, así Roithamer. Refugiarse de una ciencia enseguida otra vez en la otra, así Roithamer, estratagema, interrumpir un objeto (atormentador), volviendo a ocuparse de otro objeto (viejo, viejísimo), así Roithamer (19 de marzo). El estramonio, porque consideraba concluida mi ocupación con el Cono, así Roithamer. Pero, una y otra vez, la idea de tener que ocuparme del Cono, así Roithamer, cuando el Cono es un capítulo concluido, el Cono está expuesto a la Naturaleza y abandonado a la Naturaleza, así Roithamer. La idea que tuve enseguida, en el primer instante, del emplazamiento del Cono en el centro del bosque de Kobernauss, que coincide con el emplazamiento actual del Cono. La felicidad suprema, así Roithamer, como causa de muerte instantánea (de mi hermana), así Roithamer. La idea de hacer de un centro *calculado* (a veinticuatro kilómetros de Mattighofen) un centro *real*, dudas ininterrumpidas (21 de marzo). Primero la Historia Natural, luego la Estática, o primero la Estática y luego la Historia Natural, la Estática como Historia Natural y así sucesivamente, así Roithamer. Naturaleza/Hombre/Estática, así Roithamer. Ocupar a los hombres como al propio cerebro, y tratar con esos hombres ocupados como trato con mi propio cerebro, orientado hacia mi objetivo hasta el límite de su productividad (23 de marzo), así Roithamer. A cada instante, la aplicación total de todas las posibilidades. Ligereza, desvergüenza, vemos la construcción surgida de nuestra planificación, el plan de construcción realizado, *acontecimiento*, *terminación del acontecimiento*. Estar en Inglaterra, hacer surgir el Cono en el bosque de Kobernauss, pero estar en Inglaterra para todo el porvenir. Lo que hacemos con sigilo tiene éxito, así Roithamer. Lo que publicamos es aniquilado en el instante de su publicación. Si decimos lo que hacemos resulta aniquilado. El esfuerzo va tan lejos, que tiene que ser (del cuerpo) la aniquilación (de la cabeza) de la naturaleza de la cabeza y del cuerpo, así Roithamer. Trabajamos desde la periferia (Inglaterra) en el centro (bosque de Kobernauss). En compañía silenciosos, y luego, de pronto, hablar desde ese silencio, hablar una y otra vez, convencer, desesperar, hablar y, una y otra vez, tener y causar miedo, un proceso continuo de aclaración, que afecta a todo, eso lo temen tanto como nosotros mismos, así Roithamer. Hasta que se agota la capacidad de absorción. Quien se ocupa de la Estática comprende cada vez más la Naturaleza, así Roithamer. Primero hacer entrar esos cientos de libros en mi cabeza, luego repulsión hacia todos esos libros y escritos, a los que de pronto renuncié (2 de abril). Primero lo ato (lo

encadenado) *todo* a mi cabeza, luego a mi cuerpo, a mi cuerpo y mi cabeza al mismo tiempo, todo subrayado. El Cono es consecuencia lógica de mi (la) naturaleza (de mi hermana). Construyo el Cono como un científico, así Roithamer, desde Inglaterra, en Austria, desde Austria no habría tenido fuerzas para ello, así Roithamer. Primero la idea de aniquilar el Cono (después de la muerte de mi hermana), lo abandonaré a la Naturaleza, *totalmente*. Pero la construcción como obra de arte sólo está acabada cuando se produce la muerte de aquél para quien se ha construido y terminado, así Roithamer. Pensamos que construimos una construcción, una obra de arte, pero es otra cosa lo que construimos. Las puertas del Cono se abren todas hacia *dentro*, así Roithamer, dentro subrayado. A los dieciocho o diecinueve años *no* hubiera podido tener esa idea, a los cuarenta y uno no hubiera podido tenerla *ya*, así Roithamer. Los llamados arquitectos, así Roithamer, me tuvieron todos por loco, una construcción así no podía construirse, pero es una cuestión de oportunidad de la agudeza del entendimiento (3 de abril). La cuestión no era sólo cómo construir el Cono, sino también cómo guardar en secreto el Cono, la construcción del Cono, así Roithamer. Mis fuerzas se concentraban por mitad en la construcción del Cono y por mitad en guardar en secreto el Cono, así Roithamer. Si un hombre se propone una monstruosidad así, tiene que dominarlo todo y guardarlo todo en secreto siempre, así Roithamer. Primero sobre la base de mis lecturas, luego sobre la base de las lecturas no tenidas ya en cuenta, así Roithamer. Mis propios pensamientos condujeron lógicamente a la realización y terminación del Cono, cuando mi hermana se asustó mortalmente, el Cono estuvo terminado, así Roithamer, no hubiera podido llevarla al bosque de Kobernauss *en ningún otro momento que no fuera ese momento mortal*, ella temía ese momento y, cuando lo temía más profundamente, yo la llevé y la maté, y al mismo tiempo terminé el Cono (7 de abril), así Roithamer. Porque la felicidad suprema es sólo la muerte, así Roithamer. Rodeo por las ciencias hacia la felicidad suprema, la muerte, así Roithamer. Los expertos, los críticos, los destructores, aniquiladores, así Roithamer. Nos acercamos siempre al abismo y tememos el exceso de peso, así Roithamer. Si un cuerpo, después de una breve perturbación de su equilibrio, recupera inmediatamente su posición original de equilibrio, su estado de equilibrio es estable, así Roithamer. Si un cuerpo, en cambio, muestra otra vez, en cualquier *posición nueva* arbitraria, posición nueva subrayado, sin volver a la original, un equilibrio, su estado de equilibrio es indiferente. Si un cuerpo, después de una breve perturbación de su equilibrio, no vuelve a su posición original de equilibrio sino que tiende a adoptar otra, su estado de equilibrio es inestable, así Roithamer. El centro de gravedad físico del Cono se encuentra en el eje, así Roithamer, que pasa por el centro de gravedad de la base y la cúspide del cuerpo, a 1/4 de su altura, y para la sustentación estable de un cuerpo es necesario que tenga al menos tres puntos de apoyo que no estén en línea recta, así Roithamer. Cuando nos despertamos, nos avergonzamos de despertar en ese mínimo existencial que siempre causa miedo, así Roithamer (9 de abril). La situación es siempre la misma, con arreglo a razón:

despertar, lavarse, vestirse, trabajar, relacionarse con el entorno, no desesperar, intentar no desesperarse (11 de abril). Aceptamos (11 de abril). No respondemos las cartas que recibimos, de quienquiera que sean y de dondequiera que sean, porque en todas esas cartas se nos tiende una trampa (13 de abril). Si no hubiera entrado en contacto con el arte de la construcción, hubiera sido con *alguna otra cosa horrible*. La ordinariez de los hombres repele siempre de pronto, su indignidad, mal gusto, grosería, bajeza. Comprender la Naturaleza al comprenderme a mí mismo, nada. Ellos (los amigos) entran y se sientan y es como siempre ha sido: sobre filosofía, construcción, Historia Natural, viajes, catástrofes naturales, libros, pasado, futuro, teatro y así sucesivamente, parece como si fuera ahora como siempre ha sido, pero ahora es de repente mortal (17 de abril). *Todo* es en definitiva el Cono. Cuando escucho, me doy cuenta de que lo pienso todo mucho más allá que la persona que piensa y que habla, así Roithamer. Probablemente la construcción del Cono hizo que su enfermedad mortal se declarase, mi hermana había tenido ya siempre su enfermedad mortal, lo mismo que todo el mundo tiene ya siempre su enfermedad mortal. Primero el aplazamiento de la enfermedad mortal, de la muerte, súbitamente aparece la muerte, así Roithamer. Troncos de abeto: gigantescos espárragos de la muerte, así Roithamer. El bosque de Kobernauss, el fin para ella (mi hermana) y para mí (19 de abril). Mozart, Webern y nada más (21 de abril). Levantar una construcción para una persona, para la persona más querida, como idea demencial, y aniquilar, matar a esa persona con la terminación de la construcción, del Cono. Primero: muchas salas, luego: pocas salas, luego: las salas que corresponde, que le corresponden a ella, así Roithamer. No todas las fuerzas que actúan en un cuerpo tienen que hacer que se vuelque, así Roithamer, aplicadas a la arista de vuelco, producen más bien momentos de distinto sentido de giro, y actúan por tanto, parcialmente, *en contra* del vuelco (23 de abril). Un cuerpo no se vuelca cuando el momento de su emplazamiento es mayor que su momento de vuelco, así Roithamer. Justicia del material. Ante el objetivo no podemos ya volvernos atrás, así Roithamer. Mis conocimientos en relación con la construcción, en el momento en que me decidí a construir el Cono para mi hermana, no eran todavía de grado suficiente como para poder empezar tranquilamente la construcción del Cono, así pues, comencé la construcción en un estado de la más extrema tensión nerviosa, y al mismo tiempo inicié un estudio más amplio aún de la construcción, al principio pensé en *un año* de estudios de esa clase, luego en *dos años* de estudios, y finalmente, sin embargo, tuve que estudiar *tres años* la Estática y la teoría de la resistencia de materiales y la construcción en sí. Mis entrevistas con las personas que había que tener en cuenta no condujeron a nada, mis lecturas, en definitiva, no condujeron a nada, sólo mis conversaciones con Höller y, luego, la completa independencia de mi pensamiento en materia de construcción me permitieron realizar mi plan, así Roithamer. Los expertos sólo me distrajeron, me engañaron y me retrasaron, contemplando y estudiando continuamente la casa de los Höller pude progresar en mi pensamiento sobre el Cono.

Libros, escritos y expertos no fueron jamás competentes en mi caso, así Roithamer. Todos esos expertos pensaban que tenían que vérselas con un loco, y por eso mis entrevistas con ellos fueron sólo retrocesos en mi proyecto, así Roithamer. Si construyo para mi hermana una construcción que concuerde con ella, que se le acerque en un ciento por ciento, así pensé, tendré que estudiar sobre todo el ser de mi hermana y, además, los fundamentos de la Estática y de la teoría de la resistencia de materiales, así Roithamer. Cuanto más abiertamente hablaba de mi proyecto, por tanto más loco me tenían mis oyentes, pero finalmente no me preocupaba la opinión de todas esas personas, que creían ser expertas, nada más que mi proyecto, la ejecución de mi plan, la realización de mi idea, que a mí mismo, cuanto más profundamente me sumía en ella, me parecía cada vez más demencial, pero todo idea, al fin y al cabo, es una idea demencial, así Roithamer. Tenía que perseguir esa idea demencial como todos los que siguen una idea y, por tanto, una idea demencial, y no podía dejarme apartar de esa idea demencial, sobre todo por mí mismo, porque tenía las mayores dudas y, cuanto mayores eran mis dudas, tanto más obstinada era la persecución de mi idea, y finalmente nada hubiera podido apartarme tampoco de mi idea, no me hubiera dejado apartar por nada, me dejaba irritar todo el tiempo pero no apartar de mi idea, pero por la irritación constante de mi idea, sin embargo, tuve finalmente la mayor seguridad de que perseguiría y realizaría mi idea hasta mi objetivo y terminaría el Cono, así Roithamer. Imperturbablemente, todas esas irritaciones sólo producían en mí una obstinación cada vez mayor y una fascinación cada vez mayor, así Roithamer. Con creciente irritación, tenía que pensar y actuar cada vez más exactamente, así Roithamer. A quien dice que construye un Cono para su hermana, *en el que ella tendrá que vivir en el porvenir*, se le tiene por loco, así Roithamer. Y a quien dice que construye el Cono para su hermana en el centro del bosque de Kobernauss, *en el centro geométrico exacto*, que los expertos consideraban imposible de calcular, lo que, finalmente, pude demostrar, se le tiene por más loco aún, y a quien dice que construye para su hermana en el centro del bosque de Kobernauss un Cono, *en el que su hermana tendrá que vivir y ser feliz en el porvenir, en la felicidad suprema*, se le tiene por más loco todavía, así Roithamer. Sin embargo, no debemos dejarnos irritar de forma que tengamos que interrumpir nuestro proyecto, así Roithamer, dejarnos irritar siempre en nuestro proyecto sólo en la medida provechosa para nuestro proyecto, porque, por otra parte, la irritación es siempre lo más provechoso para cualquier proyecto, aunque sea el más demencial, así Roithamer. Creemos siempre que estamos irritados ahora de una forma en que tendremos que interrumpir nuestro proyecto, cualquier proyecto que sea, porque nuestro entorno no tolera un proyecto así (como la construcción del Cono), pero no debemos dejarnos irritar de forma que tengamos que interrumpir nuestro proyecto. A dondequiera que miremos, no vemos más que proyectos interrumpidos, porque incluso las llamadas construcciones realizadas y terminadas que vemos por todas partes en el mundo no son otra cosa que proyectos interrumpidos, así Roithamer. Yo,

sin embargo, a diferencia de esos cientos de miles y millones de, así llamados, proyectos (de construcción) realizados y terminados, pero en realidad interrumpidos, que se alzan por todas partes en la superficie de la tierra, he terminado mi proyecto, he podido realizarlo y terminarlo con la mayor intensidad de irritación, porque todo se basa sólo en la irritación, así Roithamer. Toda idea tiene su máxima irritación, así Roithamer. La cabeza del planificador y del constructor, así Roithamer, tiene que alcanzar y terminar su objetivo con la máxima irritación, así Roithamer. Primero me causaron los llamados geólogos, a los que creí tener que recurrir, la máxima irritación y el máximo desprecio, luego los llamados arquitectos la máxima, la más extrema irritación y el máximo, el más extremo desprecio, luego también los artesanos la máxima irritación y el máximo desprecio, pero esa irritación máxima posible y ese desprecio supremo posible fueron necesarios, así Roithamer, para poder realizar y terminar el Cono, sin esa irritación y ese desprecio no hubiera podido alcanzar jamás mi objetivo, entonces hubiera sido sencillamente demasiado débil para ello. Que me faltaban todas las condiciones para la realización, por no hablar de la terminación de mi proyecto, me lo decían por todas partes, pero ahora puedo decir que *tenía precisamente todas esas condiciones*, porque el Cono está terminado. Aunque la verdad es que el efecto de la terminación del Cono es distinto del esperado, así Roithamer, pero el efecto de la terminación es siempre distinto y siempre opuesto y muy a menudo mortal, así Roithamer. Que sin duda tenía talento, pero no la perseverancia necesaria, me decían, pero tuve la perseverancia y tuve la suerte de estar, durante toda la construcción del Cono, en un estado ininterrumpido de inflexibilidad hacia *todo*, todo subrayado. De repente comprendí que mi entorno, al que yo, porque creía con más experiencia, había considerado competente, no tenía en absoluto ninguna competencia, que la llamada competencia no es competente jamás en nada, y que siempre es sólo la propia cabeza y, en esa cabeza propia, siempre sólo la parte de la cabeza orientada a nuestro objetivo la que puede ser competente, así Roithamer, pero hasta entonces fue un proceso largo y doloroso. Quien dice que construye para su hermana una construcción concorde con ella, en la que reinan las condiciones de aire y de luz ideales para ella, y cita además el emplazamiento y dice que no se dejará apartar por nada de su plan y de la realización de su plan, es, para todos a los que confía ese objetivo suyo, un loco, y por eso yo, así Roithamer, pasaba por una parte por sabio y, por otra, se me tenía por completamente loco. El entorno finge respeto y lo hace todo para aniquilar las ideas en el mundo, así Roithamer. Y así tenemos siempre, dondequiera que miremos, sólo ideas aniquiladas en el mundo, todo, tenemos que decir razonablemente, es sólo ideas aniquiladas, lo mismo que todo es siempre sólo fragmento y proyecto abandonado, así Roithamer. Pero el mundo se ha conformado con ello y se ha instalado en sí mismo, así Roithamer. Mientras ellos (los llamados arquitectos) se consideraban a sí mismos competentes, renovadores de la superficie de la tierra, planificadores atrevidos, abiertos y libres, no eran sin embargo más que continuos abandonadores de ideas, no realizadores, no

constructores, no terminadores, ejecutores siempre sólo de fragmentos, así Roithamer, toda la superficie de la tierra está llena de fragmentos. No estaban en condiciones, ni dispuestos en absoluto, para comprender mi idea, jamás aceptaron mi idea en absoluto, el atrevimiento y el progreso los fingían, así Roithamer. No me siguieron en mis pensamientos, en mis procesos mentales, ni el más corto trecho, probablemente porque les resultaba inquietante a dónde hubieran tenido que seguirme, y por eso habían renunciado siempre enseguida ante mi propuesta de que me siguieran en mis pensamientos y procesos mentales, se habían quedado atrás y, quedándose atrás ya antes de entrar en mis procesos mentales, me declaraban loco, al calificarme, lo que yo les había insinuado, de *interesante*, me declaraban loco, así Roithamer. Temían ahogarse en mis procesos mentales, así Roithamer. Así, en realidad y en verdad, tenía sólo a Höller, y él me siguió, desde el principio mismo, en mis procesos mentales, se atrevió a seguirme en mis procesos mentales porque los míos le eran ya conocidos por los suyos propios, que había recorrido antes que yo, y no eran sólo esos procesos mentales temidos y sombríos que temían los llamados arquitectos, puede ser, sin embargo, que Höller no se sintiera nada seguro entrando en mis procesos mentales que, al fin y al cabo, eran mucho más largos, así Roithamer, pero Höller no me tuvo por loco, jamás, así Roithamer, porque él, Höller, tenía experiencia en esos procesos mentales y *no necesitaba temer* entrar ni permanecer en esos procesos mentales, no necesitaba temer subrayado. Hay que poder levantarse e irse de toda reunión social que no sirve para nada, así Roithamer, y dejar los rostros que no son nada y las cabezas a menudo ilimitadamente estúpidas, y poder salir y bajar e ir al aire libre, y dejar atrás todo lo relacionado con esa reunión social inservible, así Roithamer, tener la fuerza y el valor y la desconsideración también hacia uno mismo para dejar atrás a todas esas personas ridículas, inútiles y embrutecidas y llenar los pulmones, vaciar los pulmones de todo lo dejado atrás y llenar los pulmones de algo nuevo, hay que dejar por el camino más rápido esa reunión social inútil, convocada nada más que para su propio embrutecimiento, y no convertirse en parte de esas reuniones sociales embrutecidas, volver a uno mismo desde esas reuniones y encontrar en uno mismo tranquilidad y claridad, así Roithamer. Hay que tener el valor y la fuerza para romper con una reunión social así, conversaciones, violencias verbales y así sucesivamente, en las que uno se ve envuelto en contra de su voluntad, en todas las circunstancias, así Roithamer, poder romper esa conversación indeciblemente estúpida, romper con todos esos temas absurdos, inútiles y que no constituyen más que un peligro público, y marcharse para salvarse, poder poner en fuga a la propia cabeza en todo momento, en todo instante, dondequiera que sea, huir al aire libre, así Roithamer. Si somos sinceros, comprendemos que casi todas las conversaciones en que nos vemos metidos, sin que sepamos cómo ni por qué razón, son inútiles, siempre conversaciones que no son convenientes para nosotros, que sólo nos debilitan. En el momento oportuno tenemos que levantarnos de esas reuniones sociales, circunstancias y situaciones e irnos, como



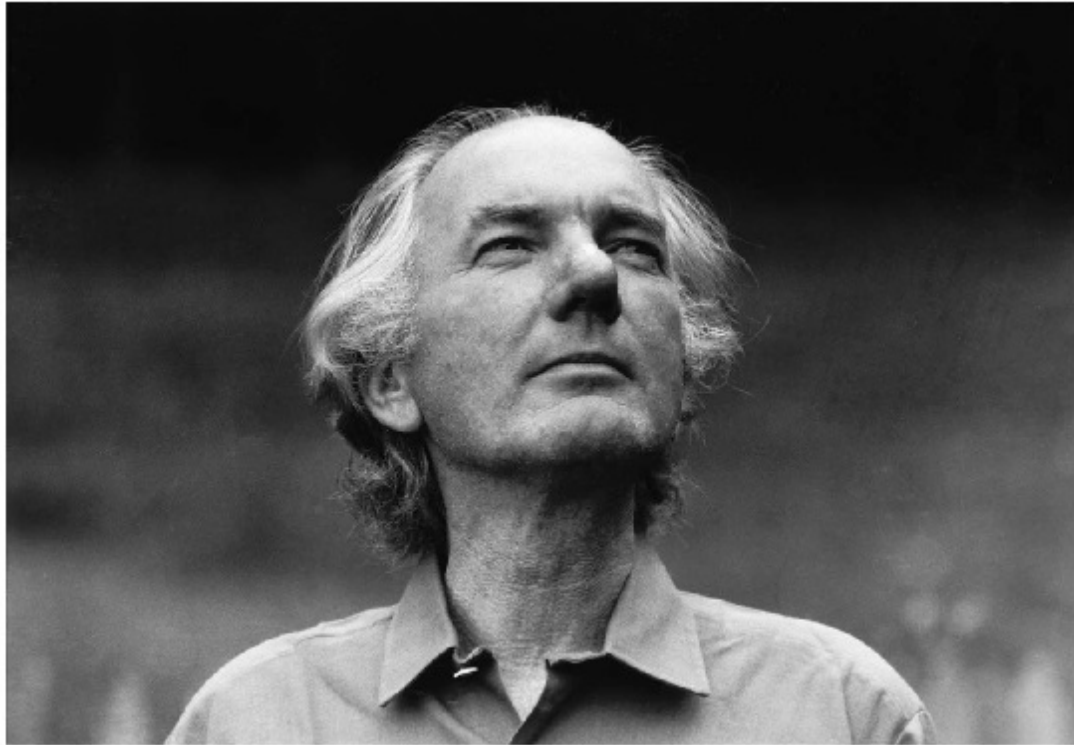
es natural, a un estar solos bastante largo, largo, siempre infinito, así Roithamer. Es cotidiano ese levantarse e irse, el dejar siempre una reunión social que nos repugna, así Roithamer. Pero, como consecuencia de nuestro marcharnos, nos declaran locos y nos odian cada vez más, y esa circunstancia se refuerza de día en día en contra de nuestra cabeza y en contra de nuestro carácter y en contra de todo nuestro ser, así Roithamer. Que, en el caso de las personas que he descrito en *De Altensam y todo lo relacionado con Altensam, con consideración especial del Cono*, se trataba de personas distintas de las descritas me resultó evidente cuando en Londres, más exactamente en la Estación Victoria, subí al tren y al departamento de segunda clase. Todavía no había salido el tren, así Roithamer, y tuve que reconocer que todo lo que había descrito en el manuscrito era distinto, que todo era siempre distinto de lo descrito, lo real distinto de lo descrito, Altensam y todo lo relacionado con Altensam distinto. Dover, Bruselas, Colonia, y así tuve que comprender que lo he hecho todo mal en el manuscrito, los caracteres son distintos, el carácter es distinto, así Roithamer. Cuando mis hermanos vinieron a recibirme en Stocket, tuve la prueba de que todo lo que había descrito era equivocado. Y, todavía antes de Dover, comencé a corregir y luego, poco a poco, lo corregí todo y finalmente comprendí que nada es como realmente es, lo descrito se opone a lo real, pero saqué las consecuencias de ello, así Roithamer, y no tuve miedo de corregirlo todo una vez más y, al corregirlo todo una vez más, así Roithamer, lo aniquilé todo. Porque todos no son lo que son, porque todo no es lo que es, así Roithamer, ya en la estación Victoria. El hecho del entierro de mi hermana por una parte, el hecho de que todo era equivocado, por otra, dominado por esos hechos sobre el Canal, hasta el continente, y por toda la llanura inundada de lluvia hasta Altensam, donde mi primer nuevo contacto con mis hermanos fue la prueba de todo lo que temía, así Roithamer. Había sacado el manuscrito de la bolsa de viaje y había visto inmediatamente que todo estaba equivocado en mi manuscrito, que no sólo había escrito equivocadamente partes, sino que lo había escrito equivocadamente todo, porque era lo opuesto, así Roithamer. De pronto, sin embargo, tuve otra vez ganas de hacer otra vez, de lo que había hecho con un esfuerzo de años, una cosa distinta, de forma que, de repente, en el tren, estuve otra vez en la misma situación en que estaba una y otra vez cuando creía haber terminado una cosa, y luego sabía que era totalmente distinta, y estaba dispuesto a hacerla distinta. Poco a poco ha surgido entonces, una y otra vez, otro manuscrito, lo mismo que ahora otra vez, mediante la aniquilación del antiguo, surge un nuevo manuscrito, totalmente distinto, pero lo supremo sería no dejar surgir ningún manuscrito nuevo, no corregirlo, no aniquilarlo más, así Roithamer. Cuando corrijo destruyo, cuando destruyo aniquilo, así Roithamer. Lo que él había calificado anteriormente de mejoramiento no era más que empeoramiento, destrucción, aniquilación. Toda corrección es destrucción, aniquilación, así Roithamer. Tampoco este manuscrito es más que una locura, como quizá y *con seguridad*, con seguridad subrayado, la edificación del Cono no haya sido tampoco otra cosa que una locura, de

forma que los que siempre calificaron la construcción del Cono de locura, en el fondo tenían razón, y así tampoco el manuscrito era más que una locura, pero él tenía que responder de esa locura y ejecutarla consecuentemente, la mayor locura, así Roithamer, fue construir el Cono y escribir ese manuscrito sobre Altensam, y esas dos locuras, la una surgida de la otra y las dos con la mayor desconsideración, *me han matado*, me han matado subrayado. Cuando le dije a mi hermana, *el Cono es tu Cono, te pertenece, lo he construido para ti y, de hecho, lo he construido exactamente en el centro del bosque de Kobernauss*, así Roithamer, comprobé que el efecto del Cono en mi hermana era un efecto aniquilador. Lo que siguió fue una sucesión de horrores, así Roithamer, nada más, morirse lentamente, encerrarse en su enfermedad mortal, nada más, a partir de ese momento todo condujo a su muerte segura (3 de mayo). Todos recluidos en sus habitaciones, esperando la cena, que era siempre motivo para todas las acusaciones mutuas imaginables, como si en esas cenas se descargase lo que se había acumulado en veintidós horas de odio, de aversión, de odio redoblado, de aversión redoblada, así Roithamer. Primero el silencio (pero un silencio distinto del de casa de los Höller), y luego las acusaciones, la cortesía, luego las sospechas, el odio abierto hacia todo, así Roithamer. La mujer de Eferding, que siempre hacía varias acusaciones, sospechas contra mí y contra mi hermana sobre todo, contra mi padre, que en los últimos tiempos tomaba su comida siempre apático, concentrado sólo en la tabla de la mesa, y no participaba ya en absoluto en toda aquella basura verbal del mediodía, así Roithamer. Entonces todos los demás actuaban a partir del contenido de sus cabezas, golpeando sin consideración, de una forma baja, infame. El primer plato, por así decirlo, como preparación para las acusaciones, el plato fuerte descarga de la tormenta verbal, así Roithamer. Heridas emocionales y mentales, así Roithamer. Mutilación de las almas, destrozo de los cerebros, así Roithamer. Porque todo aquello podía sobrepasar ampliamente la capacidad de imaginación de quienes no participaban, todos los días, con regularidad, espantoso, así Roithamer. Si había invitados de visita, la contención no podía mantenerse más de una hora, luego no nos avergonzábamos tampoco delante de esos invitados y, por tanto, cada vez menos invitados en Altensam, así Roithamer. Ya en mi más temprana infancia buscaba estar solo, encerrado en mí mismo, la infancia fue para mí siempre sólo una infancia junto a los otros. Con mis padres y hermanos pero junto a ellos, solo, con los otros pero junto a ellos en la escuela, con los otros, pero junto a ellos, estudios, ciencia, realización, terminación, destrucción, aniquilación. En todo caso y en cada cosa por ese orden, así Roithamer. Sólo poquísimo tiempo entre (y con) personas, la cualidad de alejarme, de marcharme otra vez (de), ya en el instante de acercarme, ya mientras me acercaba a las personas, así Roithamer. Porque las personas sólo se cercan y acercan siempre para turbarse, para perturbarse, por experiencia, distancia hasta el fin de mi vida, así mi tío, así Roithamer. Si un hombre se acerca a otro no se propone más que aniquilarlo, así Roithamer. Porque sacamos provecho vamos con las personas, creemos sacar provecho de su compañía, nos llamamos siempre el (único)

verdadero motivo de nuestra aproximación, la compañía, sólo pretendemos lo que se llama desinterés, así Roithamer. No vemos mucho tiempo a una persona que se desenvuelva bien sin que vayamos a ella y la turbemos y perturbemos, y la aniquilemos si podemos. Con nuestros medios, así Roithamer. Los padres como primeros destructores de sus hijos, aniquiladores de sus hijos, y a la inversa. En guardia contra todo, finalmente estamos muchísimo tiempo solos con nosotros mismos, con una falta de contacto, con un dolor total, así Roithamer. Si tomamos contacto, tenemos que romperlo otra vez enseguida, si tenemos carácter, si *todavía tenemos*, así Roithamer. Cada vez más, siempre sólo la compañía más breve, así Roithamer. Durante la construcción del Cono, conocí a todas las personas imaginables, jamás había conocido a tantas personas y trabajé con todas esas personas y fui feliz con esas personas, pero nunca estuve tan solo como con todas esas y entre todas esas personas, así Roithamer. Con mi idea completamente sola, así Roithamer. Somos distintos de aquél a quien se juzga cuando se juzga nuestra persona, nuestro carácter, así Roithamer. Como el paisaje, que es la Naturaleza en (torno a) nosotros, lo que hemos realizado, así Roithamer. Vemos un paisaje y vemos una persona en ese paisaje, y paisaje y persona son siempre distintos, en todo instante, aunque suponemos, y en ese error nos atrevemos a seguir existiendo, que es siempre lo mismo, así Roithamer. Y así no somos jamás como el (o la) que somos precisamente en ese momento, sino siempre sólo distintos, si tenemos suerte, precisamente a tiempo, así Roithamer. Nos hemos desarrollado, al renunciar poco a poco a nosotros mismos, y hemos seguido siendo los mismos, convertidos en otros, así Roithamer. Las escuelas a que hemos asistido han tenido en nosotros sólo un influjo devastador, me han *deprimido*, toda escuela a que he asistido, a que he tenido que asistir, me ha *humillado*. Primero escuchaba en todas las direcciones imaginables e iba en todas esas direcciones, luego nada ya, hacia ninguna ya, así Roithamer. Tan pronto adoptaba un sistema, tan pronto el otro, tan pronto estaba convencido por uno, tan pronto por otro, así Roithamer. En las escuelas se difunde siempre la vieja materia rancia que destruye el intelecto y destruye el ánimo del que aprende, del que estudia, de forma consecuente, nos convierten en las escuelas en hombres desesperados que no salen ya de su desesperación, así Roithamer, entramos en la escuela para ser destruidos en esa escuela, aniquilados en la Historia, así Roithamer, las matemáticas nos aniquilan, la antinaturalidad de la escuela nos aniquila, así Roithamer. No nos reponemos ya más de la escuela, cuando dejamos la escuela, no importa qué escuela, estamos marcados por la escuela, lo que quiere decir que estamos destruidos, así Roithamer. Sólo entramos siempre en una escuela para ser aniquilados, las escuelas son gigantescos establecimientos de aniquilación, en los que quienes buscan ayuda son aniquilados, pero el Estado tiene sus buenas razones para subvencionar las escuelas, así Roithamer, cuando dejamos la escuela, nuestro proceso de muerte lenta ha avanzado aún más, y nada más. Como dementes, los que necesitan ayuda para su intelecto entran en las escuelas y vuelven a salir aniquilados, pero contra eso no se

rebela nadie, así Roithamer. Los jóvenes, los caracteres sanos entran en las escuelas buscando ayuda, y salen destruidos, mutilados, debilitados para toda la vida, así Roithamer. Ya en las escuelas elementales se destruye al joven, así Roithamer, tanto más en las escuelas algo superiores y superiores y muy superiores. Centros de deformación de los hombres, así Roithamer. He tenido que acabar *De Altensam y todo lo relacionado con Altensam, con consideración especial del Cono*, para darme cuenta de que *todo* es distinto, todo subrayado. Corrección de la corrección de la corrección de la corrección, así Roithamer. Síntomas de locura, insomnio, cansancio de la vida. Cada vez más soliloquios, porque no tenemos ya a nadie, salvo Höller a nadie, dejado solo conmigo mismo en la buhardilla de los Höller, no tengo ninguna posibilidad de salir de la buhardilla de los Höller (7 de mayo). Cárcel, cárcel de soliloquios (9 de mayo), así Roithamer. Leemos un libro y nos leemos a nosotros mismos, por eso aborrecemos la lectura, así Roithamer, no abordamos ya la lectura, no nos permitimos ya leer. Oír y ver (11 de mayo), así Roithamer. No podemos existir siempre con la máxima intensidad, y por eso retardamos de pronto nuestro pensar y actuar (sentir), a fin de que, al cabo de cierto tiempo, podamos pensar, actuar con intensidad aún mayor, sentir; de esa forma, llegamos con el tiempo a una intensidad cada vez mayor, mientras no traspasamos el límite, el límite exterior, no estamos locos, así Roithamer. Contemplando la rosa de papel amarilla, y nada más (3 de junio). Vamos siempre demasiado lejos, para no quedarnos cortos, siempre hacemos realidad lo que nos hemos propuesto, la desconsideración hacia todo y, sobre todo, hacia nosotros mismos, hasta el límite extremo, sin traspasar ese límite, así Roithamer. Todo siempre hasta el límite extremo, no nos asustamos de él, como no nos asustamos de la muerte. Un día, en un solo instante, atravesaremos el límite extremo, pero el momento no ha llegado aún. Conocemos el método, pero el momento no lo conocemos. Da igual si vuelvo a Inglaterra desde Austria o a Austria desde Inglaterra, así Roithamer. Seguimos teniendo una razón para no atravesar el límite extremo. Nos sentimos tentados de hacerlo, pero no lo hacemos, así Roithamer, continuamente pensamos en hacerlo, en no hacerlo, consecuencia, consecuencia, hasta que atravesamos el límite extremo. La ciencia por una parte, mi proyecto, el Cono, por otra, felicidad suprema / infelicidad suprema, no hemos logrado más que lo que todos los demás lograron también, al realizar y terminar lo extraordinario, nada más que estar solos, así Roithamer. Cuando, además de su propio peso, actúan sobre un cuerpo fuerzas exteriores, se vuelca sobre un lado de la superficie de apoyo, cuando la línea de acción de la llamada resultante de todas las fuerzas activas corta el plano de base fuera de la superficie de apoyo, en caso de equilibrio estable, la llamada resultante cae dentro de la superficie de apoyo y, en caso de equilibrio inestable, la encuentra exactamente en un lado de la superficie de apoyo, *exactamente en la arista de vuelco*, exactamente en la arista de vuelco subrayado. Siempre fuimos demasiado lejos, así Roithamer, y por eso fuimos siempre hasta el límite extremo. Pero atravesarlo no lo atravesamos. Cuando lo haya atravesado una vez, *todo* habrá

acabado, así Roithamer, todo subrayado. Estamos siempre orientados al *momento determinado*, momento determinado subrayado. Si el momento llega, no sabemos que el momento ha llegado, pero es el momento oportuno. Podemos existir con la máxima intensidad mientras vivimos, así Roithamer (7 de junio). El fin no es ningún proceso. Claro del bosque.



THOMAS BERNHARD (Heerlen, Países Bajos, 1931 - Gmunden, Austria, 1989). Poeta, prosista y dramaturgo austriaco considerado como uno de los más grandes autores de la literatura en lengua alemana posterior a la Segunda Guerra Mundial. Después de seguir estudios de música, se orientó hacia la literatura, y desde su primera novela, *Helada* (1963), desarrolló un universo nihilista habitado por personajes ferozmente autocríticos y autodestructivos.

Hijo ilegítimo de un carpintero austriaco y de la hija del escritor Johannes Freumbichler, Bernhard vivió en casa de sus abuelos maternos hasta que su madre se casó. El marido de ésta no lo prohijó sino que pasó a ser únicamente su tutor. A los dieciséis años interrumpió sus estudios de bachillerato en Salzburgo y empezó a trabajar como aprendiz en un almacén de comestibles. Contrajo entonces una grave pleuresía que degeneró en una tuberculosis, enfermedad que padecería toda la vida. Pasó cuatro años ingresado en el sanatorio de Grafenhof (Salzburgo), donde comenzó a escribir.

Ya en 1943 empezó a tomar clases de música y a partir de 1952 estudió canto, dirección teatral e interpretación en el Mozarteum de Salzburgo. Paralelamente a sus estudios trabajó como reportero para el *Demokratisches Volksblatt*, en donde publicó también sus poemas. Realizó numerosos viajes, algunos con Hedwig Stavianicek, una mujer 37 años mayor que él que fue su mecenas y «el ser de su vida».

Siempre lo acompañó la polémica: en 1983 fue secuestrada por orden judicial su obra *Tala*, a consecuencia de una querrela del compositor G. Lampersberg. El escritor

prohibió entonces la venta en Austria de su obra y no modificó su actitud hasta el año siguiente, en que Lampersberg retiró su demanda. El último gran escándalo lo produjo el estreno de su obra *Plaza de héroes* en 1988.

La gran producción de Bernhard puede dividirse en tres etapas: una fase religiosa, una fase intermedia más patética y una tercera, que se deriva de la anterior, en la que lo patético se expresa preferentemente a través de la ironía. Los primeros intentos líricos de *Así en la tierra como en el infierno* (1949) muestran un Bernhard que en la línea de Pascal busca a Dios. El infierno (*Hölle*) es la realidad terrenal que espera redención. «Negro es mi mensaje», dice el yo lírico de estos poemas, una afirmación que se revelará válida para todo el *opus* bernhardiano.

El tono todavía conciliador con el mundo de estos poemas desaparece ya en el ciclo *Ave Virgilio* (1981), que compila las poesías de la década de 1970. El fervor religioso se convierte aquí en pura negatividad y ésta pasará a dominar su prosa. El primer resultado de este giro es la novela *Helada* (1963) con la que entra de lleno en el panorama literario contemporáneo. «El suicidio es mi naturaleza», dice el pintor Strauch al estudiante de medicina que se ha desplazado a Weng, un pueblo situado en un valle, para observar la paranoia del artista.

La locura es presentada como la única respuesta posible en un mundo pervertido, falto de toda espiritualidad y sentido que, en la novela, está representado por el pueblecito rodeado de montañas, un espacio frío, malvado, enemigo del hombre, en donde sus habitantes han adoptado las características de la naturaleza. Los espacios que tradicionalmente la literatura ha escogido como idílicos, Bernhard los transforma en escenarios de delirio, en los que únicamente domina la ley de la muerte y la locura. Strauch es el primer artista (de los muchos que aparecen en la obra del autor) que vive alejado del mundo para sacar el máximo partido de su creatividad.

Sin embargo, esta utopía de la soledad será constantemente negada. El intelectual, el artista, es un ser absolutamente ridículo, con una retórica repetitiva, hiperbólica y patética. Konrad, en *La Calera* (1970), lo ha abandonado todo para poder escribir un estudio sobre el oído; cuando ya está a punto para empezar a redactar, mata a su mujer y enloquece. Destinos comparables padecen los protagonistas de *Corrección* (1975) y *Hormigón* (1982). Paradójicamente, el valor de la producción artística y, en general del arte, es puesto en duda por un gran artista que, después de fantasear con su propia vida en los libros autobiográficos *El origen* (1975), *El sótano* (1976), *El aliento* (1978), *El frío* (1981) y *Un niño* (1982), queda libre para la ironía más feroz.

Uno de los componentes más destacables de la obra bernhardiana, especialmente de la dramática desde *Una fiesta para Boris* (1970), es su musicalidad. Se trata de piezas casi escritas como para representar con marionetas que actúan como repetitivos altavoces de distintas posiciones. Más que dramas son libretos escritos para actores admirados por el escritor, como Minetti. Entre sus títulos más importantes se hallan

*La fuerza de la costumbre* (1974), *La partida de caza* (1974), *Ante la jubilación* (1979), *Almuerzo en casa de Ludwig W* (1984) y la última, *Plaza de héroes* (1988) en la que arremete de nuevo contra la Austria católica y nacionalsocialista.